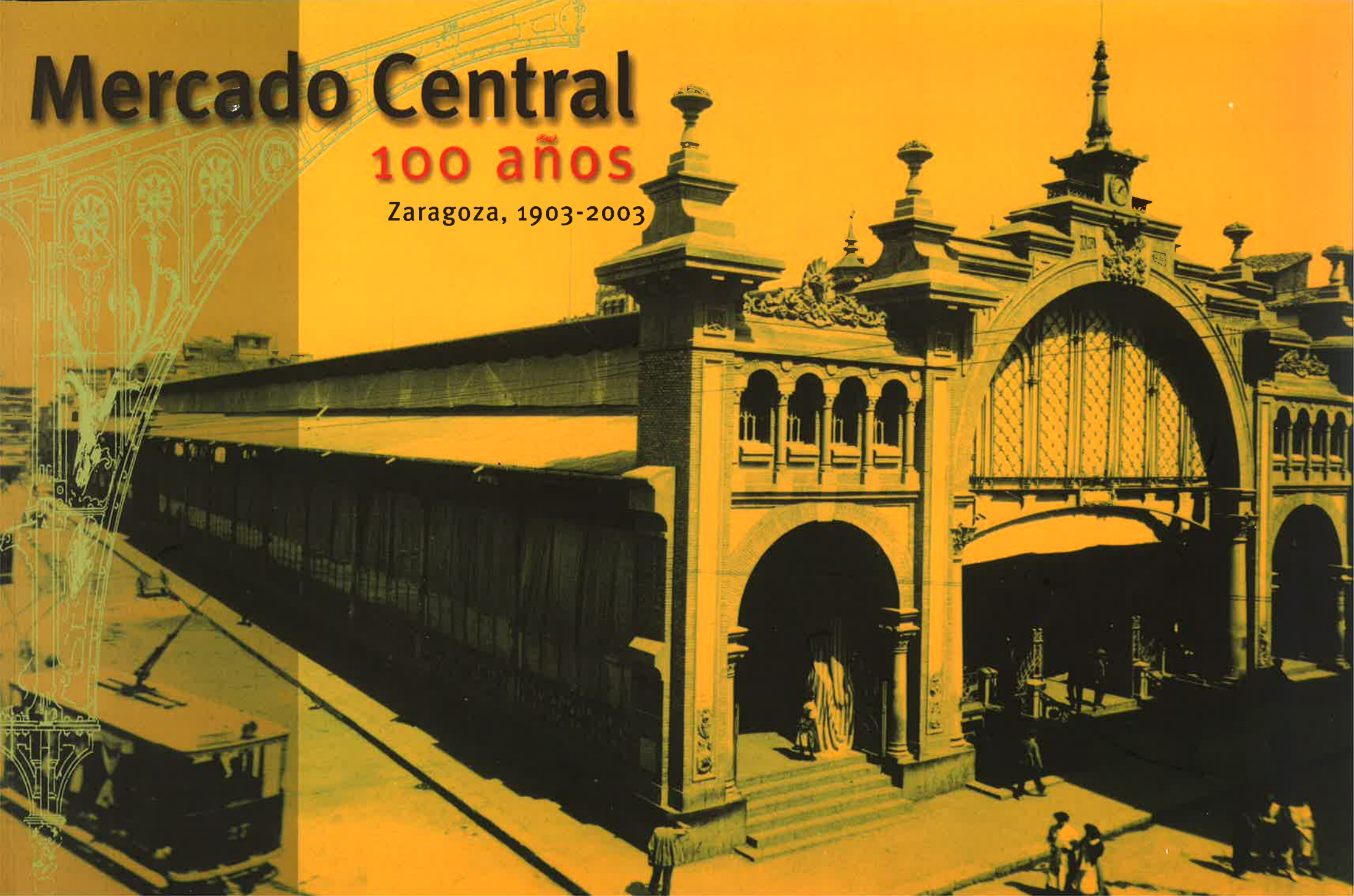
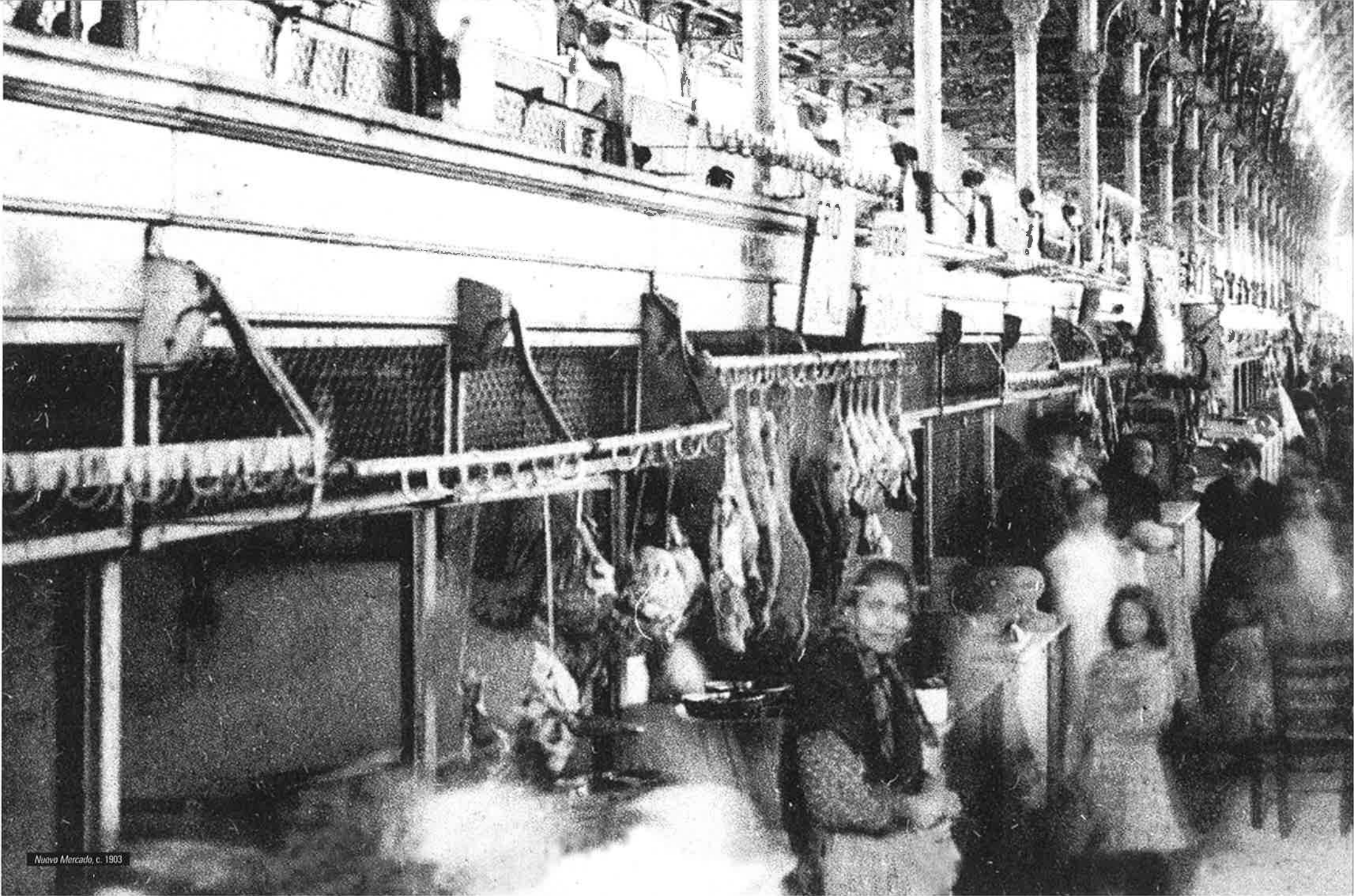


Mercado Central

100 años

Zaragoza, 1903-2003





Nuevo Mercado, c. 1903



MERCADO CENTRAL. 100 AÑOS
Zaragoza, 1903-2003

MERCADO CENTRAL. 100 AÑOS
Zaragoza, 1903-2003

Comisarios
Ignacio Guelbenzu
Chus Tudelilla

La Lonja, Zaragoza
8 julio - 31 agosto, 2003



AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA

Juan Alberto Belloch Julbe
Alcalde

Rosa Borraz Pallarés
Teniente de Alcalde del Área de Cultura,
Acción Social y Juventud

Rafael Ordóñez Fernández
Director del Área de Cultura, Acción Social y Juventud

Carmen Aguaro Ota
Jefe del Servicio de Cultura

José Luis Azón Soto
Gerente de la Sociedad Municipal Zaragoza Cultural, S. A.

ASOCIACIÓN DE DETALLISTAS MERCADO CENTRAL

Ramón Badía Artiaga
Presidente

Valentín Cantalapiedra Obis
Coordinador

José María Turmo Molinos
Comisario I Centenario del Mercado Central

CAJA INMACULADA

Fernando Gil Martínez
Presidente

Luis Calvera Serrano
Director General

Francisco Río López
Director de la Obra Social y Cultural

EXPOSICIÓN

Promueve y patrocina
Ayuntamiento de Zaragoza
Área de Cultura, Acción Social y Juventud
Asociación de Detallistas Mercado Central

Organiza
Ayuntamiento de Zaragoza
Servicio de Cultura. Unidad de Museos y Exposiciones
Asociación de Detallistas Mercado Central

Comisarios
Ignacio Guelbenzu
Chus Tudelilla

Coordinación técnica
Alejandro Salvador Zazurca
Rosa Alastrué Carcasona
Ana Armillas

Diseño soportes expositivos
Ana Bendicho

Diseño gráfico
José Luis Romeo

Producción elementos gráficos
Gráfic. Comunicación Visual

Ampliaciones fotográficas
SABATÉ. Ampliaciones de gran format

Título
Mercado Central. 100 años
Zaragoza, 1903-2003

Espacio
La Lonja

Período
8 julio-31 agosto, 2003

CATÁLOGO

Edita
Ayuntamiento de Zaragoza
Asociación de Detallistas Mercado Central
Caja Inmaculada

Textos
Juan Alberto Belloch Julbe
Ramón Badía Artiaga
Fernando Gil Martínez

Andrés Álvarez Gracia
Miguel Beltrán Lloris
Ricardo Berdié
Leonardo Blanco Lalinde
José Luis Corral Lafuente
Javier Delgado Echevarría
Mariano Faci Ballabriga
Isabel Falcón Pérez
Guillermo Fatás Cabeza
Luis García Camañes
Ignacio Guelbenzu
Ignacio Iraburu
Jesús Martínez Verón
Miguel Ángel Santolaria Barranco
Chus Tudelilla
José María Turmo

Diseño gráfico
José Luis Romeo

Fotografías
Archivo Asociación de Detallistas Mercado Central
Archivo Diputación Provincial de Zaragoza
Archivo Escuela de Arte
Archivo Ibercaja
Archivo Municipal de Zaragoza
Archivo Navarro Trallero
Archivo José Manuel Pérez Latorre

Pedro Avellanad - Gonzalo Bullón
Ángel Carrera - Virginia Espa
P. J. Fatás - J. Garrido
Carlos Madrid - Aránzazu Peyrotau & Toño Sediles
Luis Pomarón - Agustín Tafalla Riaguas

Impresión
ARPI Relieve

ISBN: 84-8069-327-4

D.L.: Z-1.747/03

© de esta edición
Ayuntamiento de Zaragoza
Asociación de Detallistas Mercado Central
Caja Inmaculada

© de los textos
sus autores

© de las reproducciones
archivos y autores

© de la cubierta
José Luis Romeo

Agradecimientos
El Ayuntamiento de Zaragoza y la Asociación de Detallistas Mercado Central agradecen la colaboración brindada por quienes han prestado su apoyo en el desarrollo de esta exposición:

Archivo Diputación Provincial de Zaragoza
Archivo Municipal de Zaragoza
Biblioteca Universitaria de Zaragoza
Centro Municipal de Patrimonio Cultural
Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón
Ibercaja
Museo de Zaragoza

Andrés Álvarez - José Francisco Bergua - Ana Biel
Carlos Buil - Miguel Beltrán - Marta Echevarría
Francisco A. Escudero - Blanca Ferrer - Antonio Gajón
Pilar Galve - Ricardo Marco - María Victoria Montes
Remedios Moralejo - Miguel Ángel Navarro Trallero
Pedro Joaquín Navarro Trallero - Juan Paz
José Manuel Pérez Latorre - Javier Peñafiel
Estela San Millán - Chus Tafalla - Hugo Valdivielso

Presentaciones

Juan Alberto Belloch Julbe	11
Ramón Badía Artiaga	13
Fernando Gil Martínez	15

ITINERARIO POR LA HISTORIA DEL MERCADO EN ZARAGOZA

Cien años... que son ochocientos	19
Guillermo Fatás Cabeza	
Los mercados de <i>Caesar Augusta</i>	23
Miguel Beltrán Lloris	
El mercado en la Zaragoza musulmana	37
José Luis Corral Lafuente	
El mercado de Zaragoza en la Edad Media	43
Isabel Falcón Pérez	
Torneos y solemnidades en la Zaragoza de los siglos XVI y XVII	47
Leonardo Blanco Lalinde	
Lanuza, un linaje de magistrados al servicio del viejo Reino	59
Mariano Faci Ballabriga	
Mercado Central y San Pablo	69
Luis García Camañes	

MERCADO CENTRAL. 100 años

La obra de un detallista	85
Ignacio Iraburu	
En el centenario del Mercado Central	91
Jesús Martínez Verón	
Félix Navarro y el escultor Jaime Lluch en el Mercado Central	107
Andrés Álvarez Gracia	
Mercado Central y templo de Mercurio	113
Javier Delgado Echeverría	
Pilar Lorengar. La diva de la parroquia del Gancho	135
Miguel Ángel Santolaria Barranco	
Cuando la ciudadanía salvó el Mercado Central	141
Ricardo Berdié	
El nuevo Mercado de Lanuza	153
José María Turmo	
EXPOSICIÓN	161
Ignacio Guelbenzu Chus Tudelilla	
Relación de obras en exposición	161

Al celebrar el Centenario del Mercado Central, acontecimiento ciudadano de primer orden que ha motivado un extenso y diverso programa de actividades desarrolladas a lo largo del último año, siempre con el apoyo permanente e incondicional del Ayuntamiento de Zaragoza, estamos disfrutando la irrepetible oportunidad de recuperar y difundir la memoria histórica de los mercados zaragozanos desde la romanidad hasta nuestros días, de rememorar, conocer con detalle y valorar en su extraordinaria significación la ya centenaria historia del Mercado Central, y de reflexionar acerca de su futuro inmediato e impulsar definitivamente las actuaciones de renovación ya iniciadas.

Como bien queda de manifiesto en este catálogo de la gran exposición dedicada a su centenario, y no casualmente en otro edificio municipal tan excepcional como la Lonja (muy vinculada durante siglos, aunque en otros ámbitos, a las actividades comerciales de la ciudad), el Mercado Central no hizo sino recoger, proseguir y actualizar –de acuerdo con los valores de comienzos del siglo XX– la muy dilatada tradición de los sucesivos mercados que, desde el siglo XIII, han venido ocupando el mismo entorno urbano en que se construyó el edificio de Félix Navarro, circunstancia que presta una extraordinaria singularidad a un enclave zaragozano cuya densidad histórica y significación sociológica a lo largo del tiempo son ciertamente insuperables.

Un edificio singular e irrepetible y una actividad comercial decisiva para la vida cotidiana de muchas generaciones de zaragozanos, en cuyo imaginario personal están profundamente enraizados –como se demostró cuando la integridad del Mercado estuvo amenazada a principios de los años setenta–, que se han venido adaptando, con mayor o menor acierto, a la natural evolución de nuestra sociedad y de sus usos y costumbres, pero que, por la vertiginosa velocidad con que se producen actualmente toda suerte de cambios, necesitan más que nunca un profundo replanteamiento y una verdadera y eficaz adaptación a la realidad actual, incorporando planes y procedimientos de actuación que sean capaces de adelantarse a los requerimientos del futuro.

Si esta exposición que ahora presentamos no se limita, con ser mucho, a recordar y celebrar la magnífica historia y la ejemplar ejecutoria de nuestro Mercado Central, sino que también sirve como acicate y nuevo motivo de reflexión acerca de las realidades de su presente y, sobre todo, propicia el desarrollo efectivo de los planes de renovación ya definidos, estaremos prestando el mejor servicio posible al propio Mercado, a los detallistas que lo mantienen vivo cada día, a los zaragozanos del Centro Histórico y del resto de la ciudad –que seguro será receptiva a las nuevas propuestas– y desde luego a la historia, la cultura y el espíritu de Zaragoza, la de antes, la de hoy, la del futuro para el que todos trabajamos.

Juan Alberto Belloch Julbe

Alcalde de Zaragoza

Celebrar los cien años del Mercado Central en Zaragoza es hacer historia de la ciudad. A cumplir tal objetivo se ha comprometido la Asociación de Detallistas Mercado Central con la organización de un amplio programa de actividades, entre las que se incluye la exposición y el catálogo que ahora se presentan.

Conscientes del apoyo que los ciudadanos de Zaragoza nos han brindado a lo largo de estos cien años, tan decisivo que incluso salvó al Mercado Central del derribo, el principal objetivo de la Asociación no es otro que el de demostrar nuestra gratitud y nuestro empeño en mantener vigentes las funciones que los mercados han mantenido a lo largo de la historia. Además de centros aglutinadores de la vida comercial y revitalizadores de la actividad sociocultural de los barrios, los mercados cumplen un papel determinante en la conformación del tejido urbano y humano de las ciudades.

Zaragoza vive en la actualidad un proceso de transformación al que en modo alguno puede permanecer ajeno el Mercado Central. Esta es la voluntad de nuestra Asociación, inmersa en un proyecto de modernización del Mercado para un mejor servicio al ciudadano. Con la misma vocación de futuro que en 1901 animó a la Sociedad Anónima Nuevo Mercado de Zaragoza a iniciar los trámites para la construcción de un mercado cubierto en la que fue plaza del mercado de la ciudad desde 1210, encomendando el proyecto a Félix Navarro, el más progresista de los arquitectos de su tiempo, la Asociación de Detallistas Mercado Central, fundada en 1964, está decidida a dar continuidad a la función para la que fue creado el emblemático edificio que lo alberga.

Preservar la historia de un lugar privilegiado de nuestra ciudad, rendir homenaje a Félix Navarro, el arquitecto del Mercado Central, y afrontar el futuro con decisión inquebrantable, son los fundamentos que argumentan nuestra posición y presiden el desarrollo expositivo de esta muestra, que ha sido posible gracias al apoyo incondicional del Ayuntamiento de Zaragoza y a la colaboración de Caja Inmaculada. Hemos de agradecer también el empeño de quienes con su trabajo han facilitado la organización de esta exposición conmemorativa del Centenario del Mercado Central

Ramón Badía Artiaga

Presidente Asociación de Detallistas Mercado Central

A comienzos del siglo XX, Zaragoza mantenía una rígida y anticuada estructura urbanística, poco adecuada para una ciudad moderna, en proceso de industrialización y que experimentaba en esa época un gran impulso demográfico.

El turiasonense Félix Navarro (1849-1911), junto con otros arquitectos zaragozanos, como Ricardo Magdalena o, más tarde, Fernando García Mercadal, participó activamente en la remodelación urbanística de nuestra ciudad, dotándola de modernas infraestructuras, muchas de las cuales han quedado para la posteridad como significativos ejemplos de la arquitectura aragonesa del momento.

La celebración de esta exposición, organizada con gran acierto y solvencia por la Asociación de Detallistas del Mercado Central de Zaragoza, nos va a permitir repasar la historia de uno de esos edificios emblemáticos: el Nuevo Mercado de Zaragoza (hoy conocido como Mercado Central), diseñado por Navarro y declarado en 1978 Monumento Artístico Nacional.

En torno a esta sorprendente fábrica de piedra y hierro fundido, que cumple ahora cien años de vida, el visitante va a poder realizar un apasionante recorrido por los mercados históricos zaragozanos, desde el *macellum* romano hasta el actual Mercado Central, que sustituyó al que desde la Edad Media se situaba junto a las murallas, en la antigua Puerta de Toledo.

Nosotros nos sentimos muy satisfechos de haber podido cooperar en la celebración de esta excepcional exposición conmemorativa mediante la que también queremos testimoniar y renovar los estrechos vínculos de colaboración que nos unen con la Asociación de Detallistas del Mercado Central de Zaragoza.

Confío en que sea una cita multitudinaria en la que todos podamos aprender algo más sobre nuestro rico pasado. Reciba, pues, la Asociación de Detallistas nuestra más sincera felicitación y ánimo para continuar trabajando como hasta ahora, con el mismo éxito y entusiasmo.

Fernando Gil Martínez
Presidente del Consejo de Administración de Caja Inmaculada



Itinerario por la
historia del mercado
en Zaragoza

Cien años... que son ochocientos

Guillermo Fatás Cabeza

La historia ajena puede resultar sumamente aburrida. Pero la propia nunca lo es. Nos gusta saber de dónde venimos y explicarnos, más o menos, nuestro pasado. Hay quien prefiere conocer su pasado –aunque lo tenga por vergonzoso– que ignorarlo. Así, al menos, se le puede hacer frente.

El edificio del Mercado Central de Zaragoza tiene una historia harto conocida, de cien años justos. La ciudad se dotó de ese importante servicio, en las condiciones que el tiempo requería, porque era imperativo poseerlo y acertó plenamente al encargarlo a persona tan eficaz y laboriosa como Félix Navarro, arquitecto instruido, capaz y lleno de vocación por su tarea.



Plaza del Mercado, c. 1880. Archivo Municipal de Zaragoza



Cecilio Gasca, Mercado de Lanuza, c. 1930. Archivo Municipal de Zaragoza

Ocho siglos de servicio. Pero, al igual que el edificio de 1903 no es –por fortuna– el último capítulo de los grandes mercados zaragozanos, tampoco fue el primero. Y en eso tiene el Mercado ganados todos los galardones históricos, pues habrán de transcurrir, al menos, ochocientos años más para que otro en Zaragoza pueda aducir un pasado tan denso. En efecto, aunque el edificio se alzó de nueva planta a comienzos del siglo XX, lo hizo sobre un lugar en el que, de forma secular, Zaragoza –que siempre actuó, desde su fundación romana, como un núcleo articulador y distribuidor para un amplísimo territorio metropolitano– situó gran parte de sus actividades mercantiles. Y no sólo las relacionadas con la alimentación.

Se mire hacia donde se mire, gran parte de la vida de Zaragoza se orientó siempre hacia esta especie de “espacio imán”. Da igual examinar láminas del siglo XVI –la de Wijngaerde que se guarda en Viena– que documentos del Medievo –como los estudiados por Isabel Falcón– o disposiciones de los reyes de Aragón –tutores de Zaragoza– o de los eficaces administradores del Siglo de las Luces: siempre está presente el mercado por antonomasia, entraña de la urbe.

Obra de reyes. No hay vida, ni ciudad, sin mercado. Por siglos fue así. Los romanos pusieron el suyo en la plaza

de la Seo y ocupaba un área gigantesca y bien dotada del excelente urbanismo cesaraugustano. Cuando el Reino de Aragón entró en su primera madurez e hizo de Zaragoza una auténtica “capital de Estado”, el mercado encontró asiento amplio y lugar inmejorable para seguir con su función. En torno a él giran la vida de ganaderos y hortelanos, los transportes por tierra y por agua, corrales para carros agrícolas, almacenes y hórreos, barcas, fondas, fielatos, mesas de cambio, ediles e inspectores que velan por la evitación del fraude en calidad, medidas y precios, normas y ordenanzas que el pulular del mercado promueve desde su propia actividad o que la autoridad o los consumidores imponen o reclaman. También hubo abrevadero propio.

A comienzos del siglo XIII comienza el larguísimo e ininterrompido capítulo de su biografía, cuando Pedro II, poco antes de luchar en Las Navas de Tolosa y de morir luego en combate defendiendo a sus vasallos del Mediodía francés contra el Papa –aunque la historia conoce al monarca como *el Católico*, que nunca dejó de serlo en su ánimo–, decide que el almudí o lonja de pan y el alfolí o pósito de la sal abandone la Puerta Cineja, en la actual plaza de España –la entrada del “Tubo”– para aposentarse donde hoy está el flamante Mercado Central. Nada menos que el pan y la sal: un germen que fructificó enseguida, porque el joven Jaime I el Conquis-

tador (un niño de diez años en 1218, pero bien aconsejado), a la vez que reforzaba la jurisdicción de los ganaderos contra cuatreros y abigeos y que engrandecía con prerrogativas a los pobladores del barrio de San Pablo, decretaba que aquellos amplios solares fueran la sede fija de un mercado en el que, además, tendría lugar cada año, y durante quince días, una feria para san Juan Bautista.

El mercado hizo la feria. Añádase que la vasta superficie era un lugar urbano y oficial de primer orden: apoyo de la novísima “población real” –el barrio de San Pablo–, trazada a escuadra y cartabón; lugar de solemnidades públicas; apoyado en una de las cuatro grandes puertas –la de Toledo– que permitían la entrada a la bien guardada plaza fuerte; con presencia de la justicia, tanto en la cárcel como en el patíbulo (cuyos pilones desaparecieron en 1835); y, en fin, solar para regocijos y lutos oficiales, congregaciones vecinales, fiestas populares y exhibiciones del poder y de la queja. Tan estaba allí todo, que Jaime II, llamado *el Justo*, creyó oportuno prohibir en la zona los negocios de burdeles, de tantos como se acumularon.

Un mundo entero. Dicho de otra forma: el lugar del Mercado quedó convertido en institución, al cuidado de



Mercado Central, 2003

la ciudad y bajo protección directa de la Corona: porque, sobre lo dicho, una feria anual de dos semanas implicaba un amparo legal específico, que transcendía con mucho los límites del negocio urbano, ya que daba amparo jurídico a negociantes, compradores y viajeros y obligaba a instituciones locales y lejanas y a los particulares a respetar y obedecer el privilegio otorgado por el soberano. Así, aunque se subraye raramente –si es que se ha hecho alguna vez–, creo que no es exagerado obsequiar al venerable Mercado Central de Zaragoza, desde mi cívico oficio de historiador y mi condición de zaragozano, con este modesto subrayado: también en “nuestro” Mercado está el origen de “nuestra” Feria: hoy internacional y –me atrevo a llamarla así, con todo afecto– fruto de la actividad e iniciativa que, hace casi ocho centurias, crearon en el corazón de la capital del Ebro sus imparables comerciantes del Mercado. Que eran sólo 185 cuando abrieron, gozosos por el estreno, sus flamantes puestos en 1903.

Los mercados de *Caesar Augusta*

Miguel Beltrán Lloris

La colonia de Augusto, que ostenta su nombre, *Caesar Augusta*, representa, como fenómeno urbano, la más alta expresión del mundo romano. Una colonia, constituida por ciudadanos romanos, era una auténtica imagen de Roma, y como tal, dotada de todas las instituciones municipales que distinguían a la capital del Imperio. El colono gozaba de todos los derechos del ciudadano romano y los habitantes de *Caesar Augusta* podían sentirse orgullosos de esta condición, además de vivir en la ciudad más floreciente del valle del Ebro, que era a su vez la capital del convento jurídico caesaraugustano, cuyos límites administrativos rebasaban con mucho los de Aragón actual, alcanzando por el norte hasta Pamplona y un corredor hasta el mar; al sur, Lérida y por el oeste, hasta Calahorra. A la capital del



Aes romano de bronce. Sacerdote con yunta fundacional, c. 37 a. C. Museo de Zaragoza



Emilio Gil Murillo, *Origen y fundación de Zaragoza (boceto)*, 1896. Ayuntamiento de Zaragoza

convento venían a dirimir sus asuntos legales los habitantes de las cincuenta y cinco comunidades políticas que abarcaba.

Este papel de la ciudad fundada por el emperador Augusto en el año 14 a. de C. venía asegurado por la amplia red de carreteras que centralizaba la misma, constituida en un eje de vital importancia en todas las comunicaciones del N.E. de *Hispania*. Efectivamente, la colonia *Caesar Augusta* constituye el centro neurálgico de los dos grandes ejes del Valle del Ebro: la *Via Augusta*, que la unía con la capital de la provincia, *Tarraco* y el navegable río Ebro, que constituía uno de los más formidables medios de comunicación con el exterior, con el mar Mediterráneo. *Dertosa*, *Tortosa*, fue en todo tiempo el gran puerto de *Caesar Augusta*, relación vital que perdurará durante los siglos.

En el valle del Ebro confluían así las distintas rutas que comunicaban a la capital de la provincia, *Tarraco*, con *Emerita Augusta* (Mérida), *Asturica Augusta* (Astorga) o *Legio VII* (León). Además, por *Caesar Augusta* pasaban las vías que desde los Pirineos se dirigían a la *Baetica*. En total, ocho de las once rutas que describe el Itinerario de Antonino, algo así como el mapa oficial de carreteras de la época, pasaban por la Zaragoza romana, cuya posición se reforzaba notoriamente por su ubicación fluvial. Situada a la orilla derecha del padre Ebro y en la con-

fluencia y desembocadura en éste del *Gallicus flumen* (Gállego) por el norte y el Huerva (*Orba*) por el sur, gozaba pues de una posición privilegiada.

No es de extrañar que la ciudad se constituyera desde sus primeros días como un auténtico emporio comercial y administrativo, generador de riqueza y centralizador de un amplio territorio. Estas circunstancias se revelan en las dimensiones de la colonia, la presencia de un puente-acueducto sobre el Ebro, de una muralla como elemento de prestigio y en una planificación monumental de primer orden desde la época de Augusto, evidenciada por la magnitud y calidad de sus cloacas urbanas, de la red viaria, del espacio habilitado para el teatro, las áreas religiosas, el importante centro político y una larga lista de mejoras urbanas, todas las cuales facilitaron el papel de mercado del Ebro que ostentó la colonia desde sus primeros días.

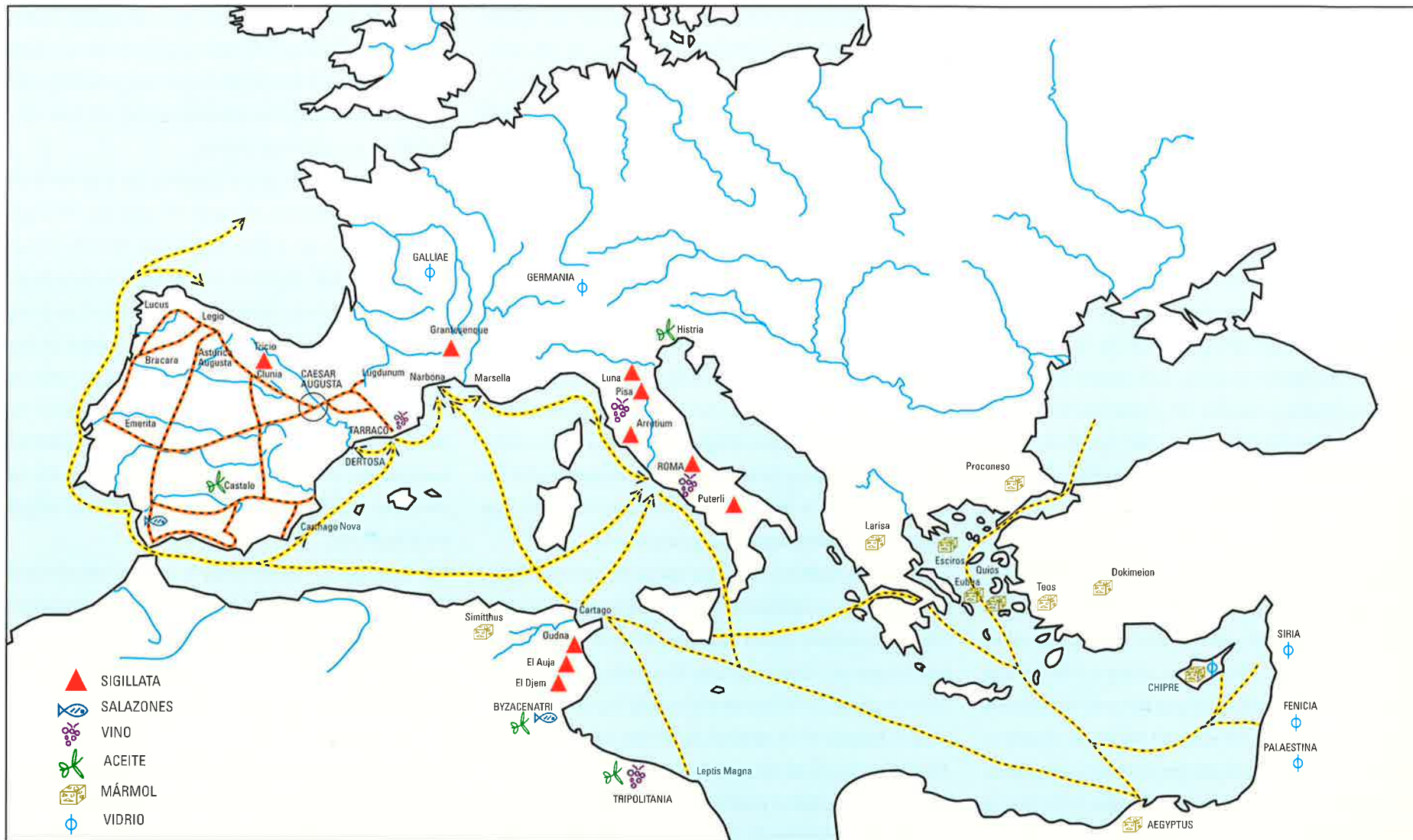
La época de Augusto significa así la descentralización, junto con la reorganización administrativa de las provincias (convento caesaraugustano), el aumento de las inversiones en infraestructura, vinculado al crecimiento de las exportaciones provinciales y de la política colonizadora basada en el reparto de tierras a los veteranos. Tras la fundación de *Caesar Augusta*, Augusto dará continuidad a la política colonizadora, con la potenciación de redes de carreteras y la adecuación de diques y

puertos en los ríos, como el Ebro y el *Baetis*. Todo ello más las condiciones de *pax* (después de las guerras cántabras) sentó las bases para el crecimiento y consolidación de los centros urbanos, como núcleos de producción y consumo de bienes.

La implantación de Roma significa un enorme cambio en nuestra economía regional. El valle del Ebro parece convertirse en un vasto organismo común. Ahora se intensifican las distintas actividades productivas de cada territorio y su potenciación permitirá al punto la creación de excedentes, sentando las bases de importantes intercambios comerciales, la mayor parte servida por la navegación fluvial que va a aprovechar todos los cauces útiles, facilitando la circulación y acopio de mercancías y constituyéndose *Caesaraugusta* como centro de recepción de numerosos productos industriales y agrícolas.

A lo largo del s. I asistiremos al crecimiento generalizado de las villas y las infraestructuras relacionadas con la comercialización de los productos. Grandes áreas se incorporarán a la economía romana como elemento productivo y no solo consumidor.

El Mercado (*Macellum*) de *Caesar Augusta*. En sentido literal, el mercado es un establecimiento cubierto, formado habitualmente por una plaza, rodeada de pór-



Los mercados que abastecieron a *Caesar Augusta* (según Miguel Beltrán)

ticos en los que se abría una serie de tiendas. En el mercado se vendían sobre todo productos alimenticios, además de una variada gama de géneros. En sentido estricto la palabra latina *macellum* deriva del griego “makellos” o “makellon”, cuyo contenido semántico se refiere en primera instancia a un lugar cerrado, característica esencial de este tipo de establecimientos.

El mercado/foro de Augusto: Los saneamientos previos. Las necesidades de un área mercantil, al lado del río, impusieron el saneamiento de la terraza inmediata al Ebro y de la zona de confluencia con la Huerva, así como la habilitación de un puerto fluvial que se localiza entre el puente de piedra y la desembocadura del Huerva.

El levantamiento del terreno entre el interfluvio Ebro - Huerva (desde el paseo de Echegaray y Caballero a la plaza de las Tenerías), se obtuvo mediante la disposición de un inmenso lecho de ánforas, que consiguió no sólo realzar el nivel, sino drenarlo continuamente, permitiendo de este modo normalizar la relación de la ciudad y el río, en un área que constituía el primer acceso de mercancías.

Las ánforas aparecieron inclinadas y boca abajo todas ellas, en gran número, para levantar y sanear efectivamente una amplia franja que debía alcanzar, por el S.O., hasta la plaza de San Miguel y calle Gastón, al igual que

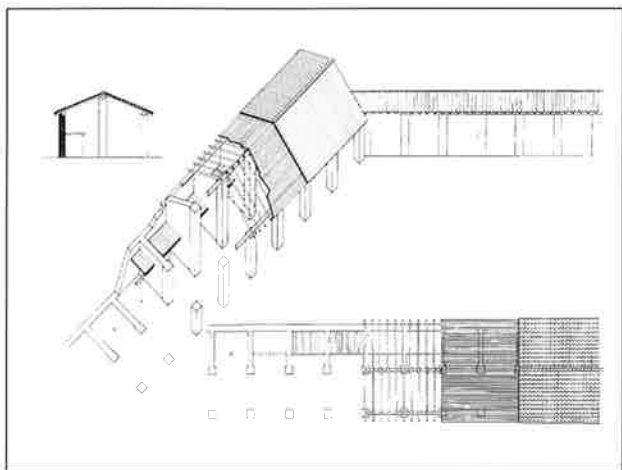
se hizo con la gran fosa del *Castro Pretorio* de Roma. Sobre ellas se dispuso una capa de gravas y en la línea posterior, inmediatamente se levantó la muralla, protegida de la orilla inmediata por este saneamiento del terreno.

Se ha querido identificar este hallazgo de ánforas con un almacén de las mismas junto a un muelle fluvial, que quedó soterrado por una avenida del Ebro y cuyos arrastres afectaron a la ribera. Para ello se han relacionado erróneamente las ánforas con el Puerto de *Caesar Augusta*, interpretando su presencia como una evidencia del lugar de embarque y desembarque de mercancías. Nada más lejos de la realidad, pues este sistema de saneamiento y drenaje, con las ánforas invertidas, es un procedimiento habitual documentado en todo el mundo romano, junto a las riberas de ríos, en áreas pantanosas, garantizando los cimientos de edificaciones y en otros usos análogos.

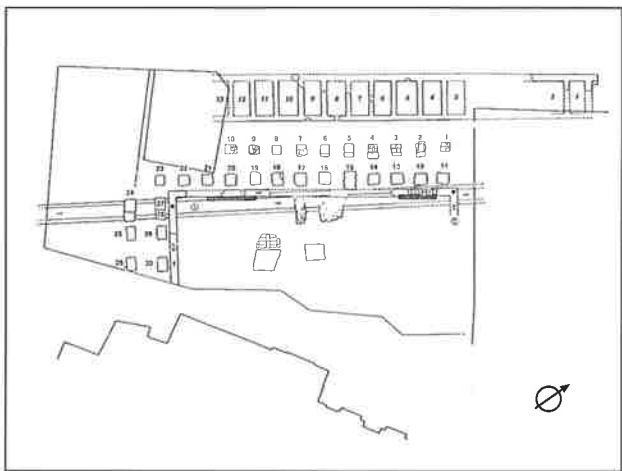
Estas acciones debieron acompañarse al tiempo de un sistema de diques exteriores a la ciudad (bajo el paseo de Echegaray y Caballero), paralelos al río, para proteger de las avenidas el recinto urbano, y especialmente el ámbito comercial vecino, circunstancia que debió de ser particularmente grave en la zona de confluencia del Huerva con el Ebro. Recuérdese el ejemplo homólogo de *Emerita Augusta* que se dotó de un dique, indepen-

diente de la muralla y que flanqueaba toda la ciudad por la orilla del Guadiana.

Muelle comercial. Las obras más directamente relacionadas con un muelle en este área se localizan precisamente en los niveles inferiores del pórtico pétreo que surge desde la etapa de Tiberio en la zona de la plaza de San Bruno (a dos metros de profundidad). Aquí se procedió a la construcción de un muelle mediante el sistema de postes de pino verde, aguzados en la punta, y clavados sobre el nivel de arcilla natural, para formar un paramento de pies verticales, cada 1,5 - 2 m aproximadamente que debía de reforzarse interiormente por otro paramento pétreo del que no tenemos noticias. Dicho paramento de madera debió de trabarse además mediante postes horizontales para dar solidez al conjunto. La altura supuesta del muelle, según los troncos descubiertos, debió de rebasar los 2 m, que puede ayudar a hacerse una idea del calado de las barcas que accedieron hasta el mismo. No se han observado en el curso de las excavaciones otras señales de fosas de drenaje para facilitar los trabajos de construcción del muelle, cuya época debe ser augústea. El puerto estuvo en uso a lo largo de toda la historia de la ciudad, según se demuestra por la llegada de mercancías especiales (sarcófagos, ánforas).



Reconstrucción hipotética de las tiendas del mercado augústeo (según A. Mostalac, J. A. Pérez y J. M. Pérez Latorre)



Planta del recinto del foro tras las reformas de Tiberio (según M. Beltrán, A. Mostalac, J. A. Pérez, J. F. Casabona)

Toda la zona del muelle queda en este momento oculta por el paseo de Echegaray y Caballero.

El primer recinto comercial. En la zona de la plaza de La Seo se habitó el recinto comercial, junto al puerto fluvial y adosado por el O. al cardo máximo de la colonia. Tomó su fisonomía en el último decenio a. de la Era después de las obras antecitadas. A juzgar por los restos arquitectónicos reutilizados posteriormente en este ámbito, presumimos la presencia de otros edificios singulares, de grandes sillares, que se integrarían en la arquitectura pública propia de estos espacios.

Los escasos restos identificados nos ofrecen un mercado (*macellum*) que corresponde a una plaza rectangular, únicamente delimitada en sus lados largos, pero cuya anchura se ha podido calcular en un *actus* de 120 pies (unos 40 m) y en cuyos lados se albergaron sendos cuerpos de tiendas (*tabernae*) precedidas hacia el interior de la plaza de un pórtico cubierto, sencillo, habiéndose conservado siete tiendas en el lado oriental y restos confusos en el occidental. Este mercado rectangular (como los de Pompeya -45 x 30 m- ó Puteoli -68 x 58 m-), debió de tener su acceso por el lado N. Se utilizó en su construcción el aparejo de *opus vittatum* y desde el punto de vista decorativo se adornó con pinturas del III estilo, en su fase inicial. En varios de

estos locales, de unos 20 m² de superficie (como las tiendas del mercado de la vecina colonia *Celsa*), se localizaron perforaciones para conservar grandes *dolia* (tinajas). Tuvieron un segundo piso, como almacén. Además, un sistema de canalillos excavados en el suelo y cubiertos mediante lajas de yeso suponen la existencia, a la vez de las tiendas, de talleres de fabricación artesanal cuyo carácter desconocemos. Una cloaca general recogía todas las aguas y desembocaba, en pronunciado desnivel, hacia el vecino río Ebro.

Este mercado estuvo dotado en su zona central, como era frecuente (por ejemplo en la africana Timgad), de un estanque de agua alimentado mediante tubería de plomo y que debió subvenir a las necesidades de consumo y limpieza de los locales.

No han aparecido en las excavaciones *tabernae* en los lados N. y S. del conjunto. Se supone que hubo una estructura en el lado sur, el más alto, de la que no han quedado restos y que debió de presidir el conjunto. También se sugiere la presencia de otro edificio en el lado norte, según los elementos arquitectónicos reutilizados en el foro de época de Tiberio (sillares de arenisca con molduras cimbras rectas y reversas, etc.).

Así sería éste un recinto forense con carácter mercantil, del que se han conservado parte de las tabernas de los lados mayores, la plaza con canales de drenaje, una

posible fuente y parte del pavimento original. El recinto, sin embargo, pudo estar abierto al N. al Ebro y presidiendo el conjunto al sur, tal vez se alzó un edificio de planta basilical. Este conjunto se construye en el último decenio del s. I a. de C.

A los *horrea* (depósitos de cereal) aluden también las inscripciones encontradas en *Caesar Augusta* relativas a *Hyacintus* y *Eucharistus*, libertos ambos que debieron de estar al mando de grandes almacenes en la colonia, cuya ubicación exacta se desconoce.

El mercado y zona mercantil en época de Tiberio.

La importancia de la colonia queda patente en las magnitudes del foro que se alza en época de Tiberio en la plaza de La Seo, sobre el sepultado mercado de Augusto, que se queda a cuatro metros de profundidad. El nuevo espacio resultante, punto de encuentro de la colonia, asume funciones precisas: administrativas (curia), judiciales (basílica), religiosas (templo), económicas (tiendas) e incluso docentes (pórticos). Conforma hasta el momento un gran rectángulo de 160 x 120 metros. El lado abierto al cardo en la actual calle de D. Jaime I, estuvo dotado de un amplio porche abrigando en su interior una importante serie de tabernas, de las que se ha conservado la planta de sótano y un sistema de pórticos dobles (entre 5 y 6 metros de anchura)

hacia el interior del foro, repitiéndose este esquema posiblemente en el lado sur.

El recinto estuvo pavimentado con losas de caliza y desde el punto de vista técnico se emplearon el *opus caementicium* (hormigón) y revestimientos pétreos particulares (*opus vitatum* y *opus africanum*). Quedan además dos grandes basamentos en la superficie de la plaza, de *opus caementicium*, que sustentaron grupos escultóricos. Al sur se construyó la curia. A continuación, tras la curia (bajo la actual calle del Cisne) las últimas excavaciones han proporcionado sólo una serie de cinco muros paralelos, de *opus caementicium*, separados entre sí entre 2 y 4,50 m, cuya disposición parece la adoptada en determinados hórreos para facilitar una superficie perfectamente ventilada y aislada y apta para su uso, como se observa en numerosos ejemplos del mundo romano.

Finalmente, y bajo el templo de La Seo, se ha puesto al descubierto, todavía inédito, un potente basamento de *opus caementicium* identificado al parecer con los fundamentos de un edificio religioso. En este gran espacio de representación que fue el foro se alzó con seguridad un ciclo estatuario honorífico dedicado a la familia imperial julio-claudia.

Los almacenes públicos relacionados con el mercado. En la zona de la plaza de San Bruno se localizan

restos de notables cimientos, pertenecientes a áreas de almacenamiento, así como una escalinata y espacios de diverso orden, además de un acceso de comunicación entre el muelle y el foro, que fue interpretado como una puerta de cuatro vanos. Se trata de un porche corrido en dirección hacia el puente de piedra actual. Dicho porche, como elemento de diferenciación y representación, facilitaba el acceso desde la orilla del Ebro al foro. Uno de los vanos presenta unos rebajes internos, en las jambas, que tienen sentido como una puerta improvisada que debió de ser practicada, con fortísimos cerrojos y pestillos, en un momento avanzado de la colonia, mientras que el resto, por seguridad, debió de ser cegado y esto pudo ocurrir ante el asedio de la ciudad en el año 541 d. C.

Un mercado secundario de época de Nerón. Siguiendo el ámbito más cercano al río en dirección nordeste (Sepulcro 1- 15) se ha reconocido junto a los restos anteriores del pórtico monumental, la estructura de un pequeño *macellum* de planta rectangular y espacio porticado interior, que se ha fechado en época neroniana y de cuya especialización mercantil nada sabemos. Junto al mismo se han identificado al tiempo espacios abiertos al río Ebro que hacen pensar en la instalación portuaria ya comentada.



Vaso del taller de Arezzo. Época de Augusto. Museo de Zaragoza



Vaso del taller de la Graufesenque. Época de Tiberio. Museo de Zaragoza

Cerca de esta zona debió de situarse un ámbito específico donde se desarrollaron las operaciones mercantiles y bursátiles, así como comerciales, necesarias en una ciudad como *Caesar Augusta*, en la que el tráfico fluvial fue notable.

Una gran variedad de mercados abastece a *Caesar Augusta*.

La privilegiada situación de la capital del convento caesaraugustano queda demostrada por la variedad de mercancías y centros de abastecimiento presentes en la colonia durante los siglos de la romanidad. Las mercancías fluyen hacia *Caesar Augusta* en las barcas de comercio fluvial, de quilla alargada y poco profunda, que remontaban el Ebro desde Tortosa y cuya morfología se adaptaba a las características de las mercancías que remontaban el río: embarcaciones con puertas a los lados para embarque y desembarque de animales, las dedicadas al transporte del mármol o de las ánforas. En general, embarcaciones muy planas y de costados casi verticales, movidas con velas, remos o remolcadas mediante sirgas desde las orillas del río.

Las representaciones iconográficas nos han dejado abundantes modelos, como el *ponto* (navío fluvial de gran tamaño, con vela, casco curvado y gran robustez), el *nausus* (del que derivan las gabarras usadas en los estuarios de nuestros grandes ríos), la *ratis* (especie de

gabarra, larga y plana para mercancías y pasajeros), el *linter* (de menor capacidad y para lugares de escasa profundidad), la *scapha* (de pequeñas dimensiones y muy ágil) y una gran variedad de tipos, algunos de los cuales en su evolución final nos ha llegado en forma del medieval *llaut*, embarcación de transporte de toda suerte mercancías, que se construía con madera de pino doncel. Estos llautes sobrevivieron en la zona de Mequinenza y Fayón hasta la década de los años 60, gracias al transporte de carbón y caliza. Madoz, a mediados del siglo XIX, se dolía de que su tráfico cada vez era menor y que raramente remontaban las playas de Gallur.

La densidad de productos que llegaban desde el río se une al comercio terrestre y los descubrimientos y áreas de repartición de los productos nos dejan ver el papel de mercado central y redistribuidor de productos que tuvo *Caesar Augusta* en todo tiempo. No se olvide que el territorio centuriado de la colonia fue de 25.621 ha, territorio que estaba puesto en cultivo salvo las parcelas dedicadas a los recursos forestales, y cuyos productos de regadío, fundamentalmente hortalizas y frutas, junto a la enorme riqueza del trigo, la cebada, el cultivo del vino y del aceite, estuvieron presentes en todo momento en el mercado de *Caesar Augusta*, en donde los hórreos públicos, como se ha comentado, fueron abundantes y de grandes dimensiones.

El inicio. La época de Augusto. Desde su fundación, la colonia asumirá el papel de un variado mercado, con especial incidencia de los productos itálicos que ya enseñoreaban nuestro territorio desde el comienzo del siglo I a. de C., con el predominio de las denominadas vajillas de cerámica campaniense, que constituyen el menaje de lujo en las familias indígenas romanizadas, junto con los vinos campanos y sicilianos, llegados en ánforas específicas.

Muy pronto, desde Augusto, la *terra sigillata* itálica de los talleres etrusco, campano y de la Italia central harán acto de presencia y desde este momento, con las lógicas variantes de época y talleres, estas bellas cerámicas de lustre rojizo anaranjado se constituirán en las más representativas cerámicas de mesa de la sociedad hispano-romana.

En la misma época, el mercado de la colonia se surte de una variada gama de salazones de procedencia bética, sobre todo de la bahía de Cádiz, así como de los vinos, no sólo italianos sino también de la costa de la Tarraconense (Barcelona, Tarragona), así como de las frutas en conserva de la misma procedencia o aceite de Istria, aunque en pequeñas cantidades, que debió de consumirse junto al producido localmente. Junto a estos productos también se consumió el *mulsum* (vino mezclado con miel) y el *defrutum* o *sapa*, producto de la

cocción del mosto, empleado como sustituto de la miel. Ambos intervinieron en gran número de las salsas de la cocina caesaraugustana y figuran normalmente en los recetarios de Apicio.

A partir de este momento se inicia además la producción local aceitera, que debió de alternarse en alguna medida con el producido en la Bética.

Entre los productos alimenticios habituales, se contaban también los conejos, gallinas, cabras domésticas, y bóvidos y sobre todo el cerdo y la oveja.

La consolidación de los mercados. De los emperadores Julioclaudios a los Flavios. Siglo I de la Era.

Los primeros años del siglo ven continuarse la corriente de la *sigillata* itálica de los centros ya conocidos, juntamente con los vasitos para beber de “paredes finas” de los mismos talleres. Muy pronto se iniciaron las primeras producciones de *sigillata* fabricadas en el sur de las Galias, y hacia los años 10/20 de la Era, inicia su andadura la *sigillata* de la Graufesenque, cuyos alfareros se quintuplican en pocos años, monopolizando el mercado de la colonia zaragozana. Su distribución se benefició de la ruta de retorno de las salazones y aceite béticos que se acompañan con la exportación de las cerámicas de paredes finas. Desde estos primeros momentos *Caesar Augusta* actúa además como centro

de almacenamiento y redistribución de los *marmora* extraídos en las canteras imperiales, parte de cuyos sobrantes era difundido en las provincias para el uso privado (*numidicum, phrygium, luculleum...*). Los mármoles evidencian una enorme variedad de mercados de origen, desde el Egeo (Eubea, Quíos), la Tesalia (Larisa), *Achaea* (Esciros), el Hellesponto (Proconeso), Asia (Teos) o *Phrygia* (Dokimeion), hasta el norte de África con el mármol de la Numidia (*Simitthus*) o Egipto (*lapis onyx*). Junto a estos materiales no faltan los mármoles y materiales del propio valle del Ebro (yesos, alabastros, arenisca fosilífera de Fuentes de Ebro), además, posteriormente, de las producciones de Tortosa.

Continúa en la colonia, durante la primera mitad del siglo I, la presencia de los caldos tarraconenses que impiden la llegada del vino producido en la Galia Narbonense. También muy pronto comenzarán su producción los talleres de *sigillata* hispánica de Tricio, desde el reinado de Claudio, que compondrán la vajilla habitual en las casas caesaraugustanas, acabando por anular la penetración de las *sigillatas* gálicas.

La ruta africana irá desplazando paulatinamente a la de *Narbo* (Narbona), produciéndose a su amparo la exportación masiva de una nueva especie cerámica producida en los centros nortetunecinos (Cartago, Oudna, El Aouja, El Djem y otros), la *sigillata* africana, desde el



Campo de ánforas hallado en la plaza Tenerías 3-5 (según J. L. Cebolla)

año 80 de la Era. Durante el siglo I, las cerámicas vidriadas nos sitúan en los centros norteitalicos.

En lo referente a las producciones locales, se documenta la fabricación de cerámicas comunes de cocina y mesa (alfar de la calle Predicadores), en el s. I d. C., así como la recepción de otras de carácter regional. Del mismo modo los vinos regionales del Ebro figuran entre los artículos habituales del mercado caesaraugustano.

La dinastía Antonina. El siglo II. Durante el siglo II los principales fósiles directores siguen siendo la *terra sigillata* hispánica y africana, así como la cerámica de pátina cenicienta de la última procedencia, que se constituye en uno de los mejores envases de cocina conocidos en el momento. Durante esta etapa se produce así una clara perduración de las corrientes comerciales ya establecidas, desde la Bética, especialmente las salazones de pescado, desde el norte de África las cerámicas especializadas de cocina y desde el interior del valle del Ebro, de los potentes focos riojanos productores de los servicios de mesa para las clases medias, la *terra sigillata* hispánica.

Los Severos y los emperadores Ilirios. El siglo III. Desde el final del siglo III *Caesar Augusta* y su hinter-

land forman parte de una subárea o nudo de comunicaciones, cerca del Mediterráneo, conformando un territorio económico de enorme personalidad en el que la colonia seguirá gozando de una posición privilegiada. La escasez de abastecimiento de moneda de finales del siglo III no es sino la consecuencia de la saturación del mercado producida por las masivas emisiones de Galieno y Claudio II (tesoro en el teatro de CCA).

Aparecen ahora las denominadas producciones intermedias de la *terra sigillata* hispánica y después, comprobamos la llegada a *Cesar Augusta* de las producciones tardías, de gran vitalidad en el valle del Ebro, (talleres de *Tritium Magallum*) y en la destinada a la cocina, piezas de fabricación hispana de los alfares del valle medio (cuencos, morteros, tinajas de almacén), junto a cazuelas norteafricanas que se transportaban en los barcos mercantes que, cargados de aceite, vino y salsas de pescado, llegaban a las costas de *Hispania*, haciendo también estos productos (vino, salazones) acto de presencia (minoritaria pero significativa) en nuestra colonia. En el menaje casero continúan las jarras de formas especiales y las producciones de “pátina cenicienta”, que conviven con bellas producciones de vidrio del norte de las Galias y Germania o de *Aegyptus*, Palestina, Siria y Chipre, evidenciando la potencia de los mercados.

La falta de ánforas aceiteras (africanas o béticas) evidencia la autosuficiencia que debió de manifestar el valle del Ebro, insistiéndose en una línea ya enunciada en el siglo I de la Era. En el consumo de carne animal destacamos la presencia de bóvidos, y sobre todo cerdo (la carne habitual de consumo en los mercados urbanos), oveja, conejo, cabra pirenaica y gallina y frecuente presencia de animales viejos, índice de su explotación por las actividades lecheras, trabajo y huevos.

El siglo IV. La disminución o ausencia en los niveles arqueológicos de ánforas de aceite, salazones o vino, se ha interpretado habitualmente como un abastecimiento de productos procedentes del campo periférico y la llegada a la ciudad de los mismos productos en envases distintos de las ánforas (odres, pellejos, toneles, etc.).

También debe tenerse en cuenta que a comienzos del s. IV d. C. se desarrollan en la Tarraconense grandes fincas rústicas, con aumento de población en las mismas y un mayor consumo de sus excedentes, quedando en consecuencia menos productos para los mercados públicos de las ciudades, por lo que ya no se envasaron en ánforas.

Las nuevas infraestructuras económicas se basan en los principios propios de una sociedad de base rural, y



Ánfora para el traslado de frutas en conserva de la Tarraconense. Museo de Zaragoza

partiendo de familias de nuevo cuño de ambiente militar y burocrático, junto a la rancia clase senatorial hispana vinculada a los antiguos centros urbanos.

En época tardía se detectan solo algunas ánforas de la Byzecna (forma Africana I, vino/salazones) y de la Tripolitania en menor medida, frecuentes en la costa. Se aprecia además el aporte de salazones en ollas de tipo ovoide y borde triangular de posible origen cantábrico, que no sólo estuvieron presentes en el mercado de la colonia, sino en buena parte de la actual provincia de Zaragoza.

La *Sigillata* hispánica “tardía” encontrada en *Caesar Augusta* procede masivamente de Tricio y la difusión de la *sigillata* africana, esencialmente costera, no falta, en todas sus versiones, en la colonia. *Caesar Augusta* fue sin duda el gran centro distribuidor de estos productos que siguen llegando hasta los puertos ocupando espacios muertos en las naves de carga. También se difunden en nuestro mercado las cazuelas y tapaderas cerámicas de cocina de la misma procedencia africana.

La presencia del vidrio sigue prolongando las áreas ya constatadas, con producciones desde Italia a las Galias y desde Siria y Palestina a Egipto y Chipre.

Es significativa la presencia de porcentajes importantes en la masa monetaria procedente de cecas orientales. También encontramos *sigillata* gálica tardía, cerá-

micas finas, cuencos y fuentes, predominando las del grupo languedociense cuyo centro estuvo en *Narbo*. Junto a estas producciones cerámicas, otras en vidrio de origen sirio, tallado, se difundieron en la colonia.

Además de estas mercancías, grandes y costosos sarcófagos, como los dos procedentes de Santa Engracia, del taller lateranense de la capital del Imperio, llegaron hasta la colonia a través del Ebro, en la segunda mitad del siglo IV.

El final de la Romanidad. Siglos V y VI. El testimonio de Paulino de Nola dice que *Caesar Augusta* mantiene la prosperidad y la plena civilización romana, en síntomas que se repiten en la cultura material y que ayudan a configurar el gran mercado de la ciudad.

En la vajilla de mesa sigue apareciendo la *sigillata* hispánica tardía (II estilo decorativo) con decoración estampada, así como la africana, que decaerá en la segunda mitad del siglo, como consecuencia de la irrupción de los vándalos en el N. de África, provocándose de paso la introducción de la cerámica focense en el Mediterráneo Occidental. También encontraremos cerámicas gálicas.

La terra *sigillata* hispánica deja de fabricarse en el siglo VI (primer cuarto), llegando a *Caesar Augusta* producciones riojanas y en escaso número de la meseta norte.

Los vidrios, por su parte, siguen prolongando la influencia de los mercados conocidos, además de otros como Fenicia e incluso la posible presencia de vino itálico envasado en anforillas de este material.

Desde finales del siglo VI no hay ánforas de vino y aceite importadas del Mediterráneo Oriental o de África, síntoma de la conquista por Bizancio del Mediterráneo Occidental. Después de la conquista de África en 534 los bizantinos dismantelaron la red de aprovisionamiento de cerámica africana y de aceite, dada su hostilidad con los reyes visigodos de Hispania.

Conclusiones. Lo dicho hasta el momento depende de las fuentes arqueológicas en gran medida, puesto que los textos de la época no ofrecen datos de interés sobre el mundo de los mercados de *Caesar Augusta*. No hay duda de que el panorama descrito es sólo un aspecto parcial de los mercados y sus actividades en la colonia, cuyas vertientes rebasan con mucho lo que queda escrito más arriba, tanto en lo relativo a las relaciones comerciales que indican los productos conocidos, como al establecimiento de locales, oficinas y negocios relacionados con la importación y exportación de productos y el almacenamiento de éstos en la capital del convento. La privilegiada situación de *Caesar Augusta* la convirtió, además de su carácter “internacional”, en el cen-

tro receptor, consumidor y redistribuidor de las riquezas naturales del valle del Ebro. Cereales a gran escala, vinos y aceites locales, metalurgia de los centros productores del Jalón, Ribota y Moncayo, tejidos, servicios de vajillería de mesa variados, productos de la huerta como el cardo, el granado, los melocotones, las moras, incluso las frambuesas, además de especies silvestres como la bellota, estuvieron presentes en el mercado caesaraugustano, así como productos de la caza como el zorzal, el faisán, las palmípedas, la perdiz, los caracoles, el conejo, la liebre, el corzo o el ciervo, amén de las aves de corral como la omnipresente gallina, así como los productos de derivación animal, huevos y leche e ictiofauna, muy mal conocida en *Caesar Augusta* pero a la que podemos aplicar las conclusiones de otros núcleos, como la colonia *Celsa*, igualmente a orillas del Ebro (ostras, mejillón de río, vieiras, berberechos, chirlas, caracoles de mar, almejas, etc.). Estas líneas evidencian la interrelación de nuestra colonia con su territorio natural, en tendencias que de alguna forma dibujan además las dispersiones de la masa monetaria encontrada en la ciudad, con evidencia importante de las emisiones de las principales ciudades del valle (*Bilbilis*, *Calagurris*, *Celsa*, *Oscá*, etc.) que ayudan a comprender mejor el complejo entramado sobre el que se alzaba la capital

del convento jurídico caesaraugustano, cuya importancia e interés comercial ha de prolongarse a lo largo de los siglos.

Bibliografía general

- BELTRÁN LLORIS, M., “Caesaraugusta”, *Guía Histórico-Artística de Zaragoza*, Zaragoza, 1991, pp. 29-66.
 BELTRÁN LLORIS, M., FATÁS CABEZA, G., *César Augusta, ciudad romana*, Historia de Zaragoza, 2, Zaragoza, 1998.
 ESCRIBANO PAÑO, M^a. V., *Zaragoza en la Antigüedad tardía (285-714)*, Historia de Zaragoza, 3. Zaragoza, 1998.

El mercado en la Zaragoza musulmana

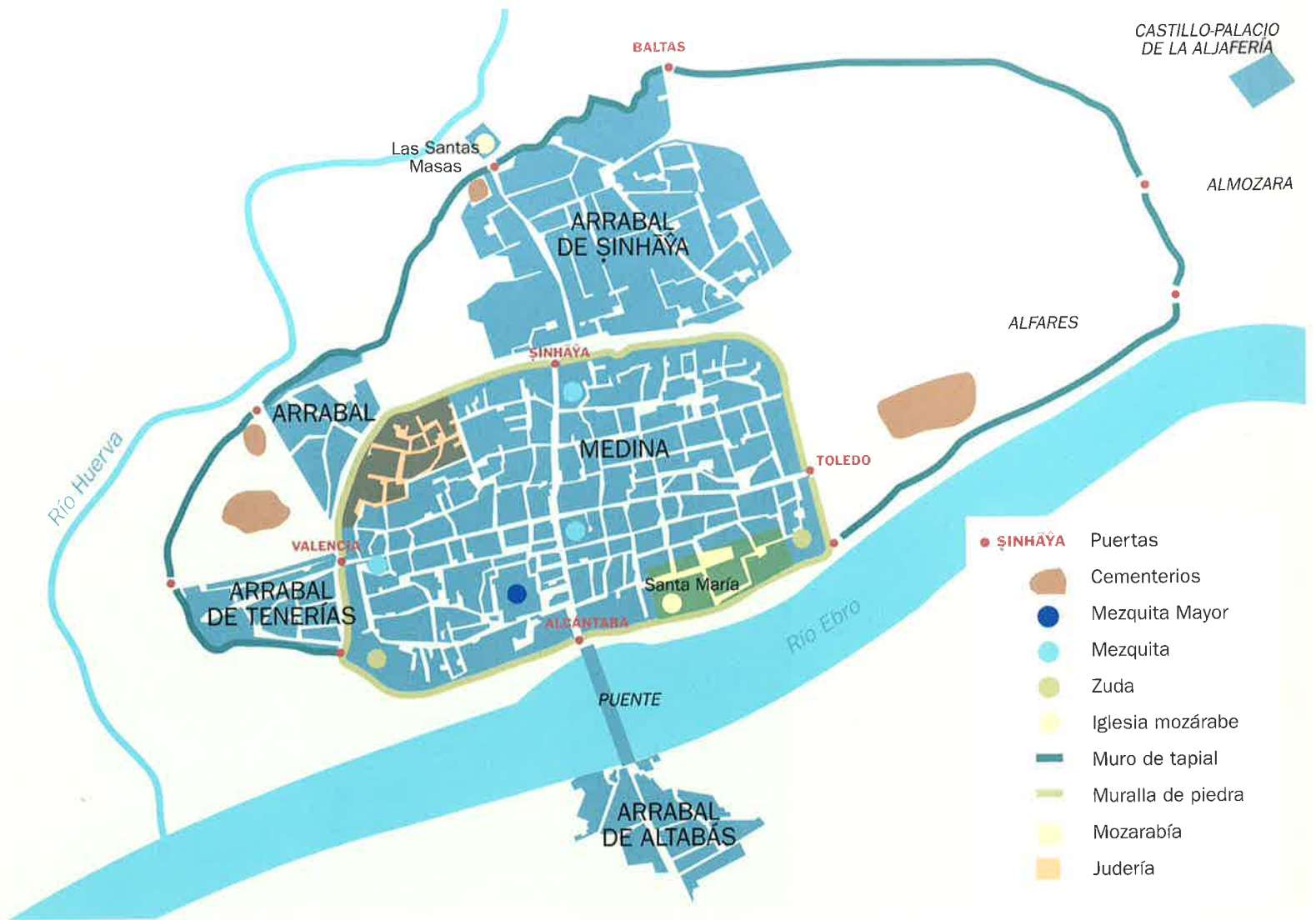
José Luis Corral Lafuente

Con las crisis del Imperio Romano las estructuras económicas, y entre ellas especialmente las comerciales, se tambalearon hasta derrumbarse estrepitosamente en algunas provincias. La desvertebración y posterior desaparición del Imperio, la ausencia de una autoridad fuerte que garantizara el tránsito de mercancías por vías y caminos, y el colapso de la producción y de los mercados urbanos arrastraron a la economía a una nueva etapa caracterizada por la ruralización y la pérdida del sistema tradicional de relaciones económicas, basado hasta mediados del siglo III al menos en un ajustado sistema de equilibrio entre producción y consumo.

Fueron las ciudades, especialmente las más grandes, las primeras en sufrir los cambios de los nuevos tiempos, pues era precisamente en ellas donde se manifes-



Puerta de Toledo con traza islámica según un cuadro del siglo XV (Museo de la basílica del Pilar)



- ŞINHAYA Puertas
- Cementerios
- Mezquita Mayor
- Mezquita
- Zuda
- Iglesia mozárabe
- Muro de tapial
- Muralla de piedra
- Mozarabía
- Judería

Zaragoza musulmana, siglo XI
(según José Luis Corral Lafuente)

taban de manera más efectista y monumental los grandes logros de la economía romana.

Zaragoza era a fines del mundo antiguo una de las grandes ciudades de la Hispania romana. Encrucijada esencial en los caminos del noreste de la Península, disponía de un gran foro comercial y de un entorno propicio para el desarrollo de la agricultura. Pero las graves crisis que asolaron el Imperio Romano en el siglo III se cebaron con las grandes infraestructuras comerciales de la ciudad, y entre los siglos III y VI su foro comercial, su puerto fluvial y otras infraestructuras comerciales fueron decayendo hasta perder su función original. Durante la época visigoda, entre la segunda mitad del siglo V y los primeros años del VIII, el comercio zaragozano quedó reducido a muy escasas manifestaciones. Tal vez sólo la presencia, continua desde fines del siglo III, de una sede episcopal y de una guarnición militar goda propició el mantenimiento de una mínima infraestructura mercantil, sin duda necesaria para abastecer al obispo y a su entorno y a los soldados acantonados.

Cuando los musulmanes avistaron Zaragoza y tomaron pacífica posesión de ella en la primavera del año 714, la ciudad mantenía una cierta vida urbana, pero no era, ni mucho menos, el gran centro regional de los primeros siglos de la Era. Mantenía, evidentemente, su privilegiada posición geoestratégica, aumentada si cabe al

convertirse las tierras del Ebro desde mediados del siglo VIII en la frontera última del Islam, la llamada Marca Superior. Su situación en la frontera le confería una especial atención para los musulmanes de al-Andalus, que supieron aprovechar por un lado su situación en la confluencia de varios ríos (Ebro, Huerva, Gállego y, algo más lejos, el Jalón) y las correspondientes vías de comunicación que sus cauces generan.

Fueron precisamente esos mismos ríos, con los recursos hídricos que aportan, los que sirvieron para el desarrollo de una notabilísima agricultura, que enseguida se constituyó en uno de los principales sectores productivos de la nueva Zaragoza islámica, y en consecuencia una fuente de desarrollo del comercio gracias a los excelentes agrícolas.

Los cronistas musulmanes alaban la feracidad de la huerta zaragozana y su gran capacidad para la producción de alimentos. Dice al-Himyarí que Zaragoza posee “el territorio más fértil y los vergeles más numerosos” de todo al-Andalus, en tanto el famoso geógrafo Idrisi señala que “está rodeada de jardines y vergeles”. Era tal la abundancia y los rendimientos de las cosechas de frutas que en algunos años excepcionales y de gran producción los precios bajaban tanto que el coste del transporte era superior al del producto, por lo que la fruta se reutilizaba en el mismo campo como abono orgánico.

Los productos agrícolas de las huertas zaragozanas, que se extendían en unas ocho millas (doce kilómetros) alrededor de la ciudad en una irregular mancha verde distorsionada por los cursos de los ríos, eran muy apreciados por su calidad y tan numerosos que “no había necesidad de secar los frutos de tantos como se producen”. Estas huertas proporcionaban a los mercados zaragozanos excelentes uvas, aceite, trigo, higos, cerezas, peras, melocotones, ciruelas, habas, garbanzos y otros vegetales.

Desde las ricas huertas zaragozanas se suministraban los mercados urbanos usando de manera habitual grandes barcazas que discurrían por el Ebro cargadas de frutas. Al-Himyarí escribió que en Zaragoza se solía vender el cargamento de una de estas barcas a un precio tan bajo debido a la abundancia que en otras ciudades equivalía al coste de unas pocas libras de la misma fruta.

No menos importante para el comercio y la industria de Zaragoza era la ganadería. Las pieles de los animales nutrían de cuero a los talleres de la ciudad, en los que se fabricaban unas excelentes piezas que se exportaban a todo al-Andalus. Se fabricaban unas famosísimas pellizas de piel de una gran calidad, elegancia de corte y finura, así como bordados sin igual, pero no les iban a la zaga los también famosos paños de algodón, de



Jarra de cuerda seca parcial con dos asas. Hornos calle San Pablo. Ayuntamiento de Zaragoza



Ataifor de cuerda total seca con cierva. Ayuntamiento de Zaragoza

lino, de cáñamo y de seda; en los talleres zaragozanos se confeccionaban paños y bordados de textura sin igual, tan extraordinarios que pronto se conocieron en todo al-Andalus con el nombre de “zaragocíes” los vestidos que con ellos se realizaban, que en palabras de al-'Udrí “no tienen rival ni pueden imitarse en ningún otro país del mundo”.

En los talleres de fundición se elaboraban espadas, cotas de malla, yelmos y otros objetos de hierro, así como de cobre y de bronce. Y también eran famosas las tiendas de plata, en las que se vendían los maravillosos objetos repujados por los mejores orfebres.

En las cercanías de Zaragoza había unas canteras –las de Remolinos– en las que se extraía una sal gema blanca y sin impurezas, de la que al-Himyarí dice que “es de una calidad superior a la que se puede encontrar en otras partes”, y alabastro en Gelsa, empleado con cierta profusión en las construcciones zaragozanas de esta época.

En los últimos años, las excavaciones arqueológicas han puesto de relieve la importancia de la alfarería zaragozana, sobre todo en el siglo XI, con la localización de varios hornos de cerámica situados unos en la avenida Cesaraugusto esquina con plaza Salamero, en el arrabal de Cinejia, y otro extenso conjunto de varios hornos en el barrio de San Pablo. Estos alfares produje-

ron notabilísimas series cerámicas, con variadas formas (ataifores, candiles, jofainas, ollas, tambores), tipos y elementos decorativos, con leyendas como “salud” o “el imperio es de Dios”.

Todas estas industrias y talleres, unidos a la privilegiada situación de Zaragoza, la convirtieron en un foco comercial de primer orden y su posición central en la Marca Superior la hizo “puerta de todas las rutas”. Por su ubicación fronteriza, fue sede de un importante mercado de esclavos, que gozó de fama en todo al-Andalus; a Zaragoza llegaban esclavos procedentes de Europa, sobre todo del norte y del este, especialmente esclavos, muy apreciados en las cortes hispanomusulmanas.

El zoco, palabra que define el sector de las ciudades islámicas en donde se concentra la actividad comercial, forma parte esencial de la medina. A diferencia de los reinos cristianos, donde el comercio era una actividad muy marginal, entre los musulmanes lo mercantil formaba parte esencial del desarrollo económico. En la ciudad de Zaragoza había al menos dos zonas en las cuales el comercio era especialmente intenso; la primera en el entorno de la mezquita mayor (en el solar que hoy ocupa la catedral del Salvador), cuyos alrededores estaban llenos de tiendas, configurando un barrio eminentemente comercial que se mantuvo al menos duran-

te los primeros decenios de la ocupación cristiana a principios del siglo XII; y un segundo centro en el arrabal de Cinejia (actual paseo de la Independencia y alrededores), donde existían tiendas de todo tipo y donde los comercios de los judíos se mezclaban con los de los musulmanes, así como una calle que conserva el topónimo árabe de Azoque, es decir, el “mercado”.

Junto a las puertas de la muralla y en las mezquitas de barrio, zonas de mayor tránsito de viandantes, también se ubicaban tiendas y mercados.

No faltaba una alhóndiga, zona de mercado cerrada y protegida que estaba provista de un amplio patio, una pardina y un corral, y una alcaicería para los objetos de comercio más preciados (joyas, sedas, etc.).

Las ciudades musulmanas se rodeaban de unos espacios de uso público ubicado en el exterior de sus recintos murados. El más habitual era la almozara (*musara*), un espacio abierto y amplio en el cual se realizaban ejercicios ecuestres, carreras de caballos, demostraciones y desfiles militares, etc. Zaragoza tenía una amplísima almozara ubicada entre el Ebro, la ciudad y el castillo-palacio de la Aljafería, que conserva hoy su topónimo en el barrio de la Almozara.

También hay documentada en Zaragoza una *sari'a*. Este espacio solía usarse con fines parecidos a los de la almozara, a fin de poder congregarse a grandes multitu-

des para lo que no se disponía de espacio suficiente en el interior de la ciudad.

En estos amplios espacios ubicados al exterior de las murallas es donde se celebraban las ferias, especialmente aquellas a las que concurrían mercaderes con gran cantidad de cabezas de ganado, que por sus características no podían hacerlo en el interior de la ciudad.

La riqueza comercial propició una abundante circulación monetaria, imprescindible para un comercio desarrollado. Durante las épocas emiral y califal (siglos VIII al X) se utilizaron los dirhemes (moneda de plata) y dinares (de oro) del cuño de Córdoba. Pero a partir de la independencia en 1018 el reino de Zaragoza emitió moneda propia. Las acuñaciones de oro se realizaron de manera intermitente a lo largo del siglo XI, pero las de plata, más prácticas para el uso diario, se hicieron de manera ininterrumpida durante el siglo XI. Para los pequeños pagos también se acuñó moneda de vellón (feluses).






El mercado de Zaragoza en la Edad Media

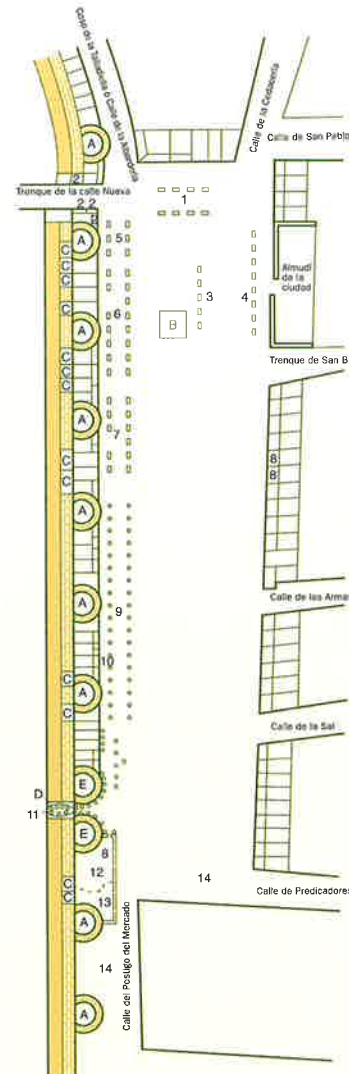
Isabel Falcón Pérez

Desde tempranas fechas Zaragoza contó con un mercado semanal que se celebraba los jueves; en el reinado de Pedro III, en el año 1283, se trasladó a los viernes. A principios del siglo XIII el mercado estaba emplazado en la Puerta Cinegía, en el Coso. En virtud de un privilegio concedido por el rey Pedro II el 16 de octubre de 1210 y confirmado por su hijo y sucesor, Jaime I, el 5 de abril de 1218, fue trasladado al sector de la Puerta de Toledo y allí permaneció durante toda la Edad Media. Un documento de 1283, relativo a ciertas casas que la ciudad poseía en este sector lo confirma: *... las cuales casas confrontan con el muro de piedra y con el mercado del señor rey...*



Procesión medieval. Miguel Jimenez, Retablo de la Piedad de Ejea de los Caballeros, 1490. Museo del Prado

-  Muro de piedra
-  Muro de argamasa
-  Puestos comerciales al aire libre
-  Casa
-  Casa en cuyos bajos hay una "botiga" o tienda
- A Torres
- B Pellerich o picota
- C Patio alto
- D Puerta de Toledo
- E Cárcel
- 1 Zapateros de calzado nuevo (judíos)
- 2 Especiería
- 3 Zapateros de viejo (judíos)
- 4 Venta de hierba (cristianos)
- 5 Lenceros (judíos)
- 6 Prendas de vestir nuevas (judíos)
- 7 Ropavejeros (judíos)
- 8 Cambistas
- 9 Frutas y hortalizas (cristianos)
- 10 Chatarrero
- 11 Panadería franca
- 12 Carnicería del Mercado
- 13 Corral de la carnicería
- 14 Salazones y pescados



Plano del mercado de Zaragoza a mediados del siglo XV (según Isabel Falcón)

En 1332 el almutazaf –juez del mercado–, ordenó trasladarlo a la plaza del Pilar, pero por orden del rey Jaime II fue devuelto a su anterior emplazamiento, donde siguió durante toda la Edad Media, y aún continúa.

En el siglo XV la plaza del Mercado se extendía a lo largo y a lo ancho de un espacio limitado por el muro romano de piedra, a ambos lados de la Puerta de Toledo, por el tramo inicial de la actual calle de Torre Nueva, por la zona frontal al muro, donde ahora están los porches y la embocadura de las calles de San Pablo, San Blas, Casta Álvarez y Predicadores, y hacia el Ebro por callejuelas hoy desaparecidas al abrirse Cesar-augusto. Su ámbito era más reducido que el espacio de la actual plaza de Lanuza, ya que el muro de piedra atravesaba el solar que hoy ocupa el edificio del Mercado.

Para acceder a la plaza del Mercado desde el interior de la ciudad se usaba la Puerta de Toledo y una abertura en el muro llamada Trenque de la Calle Nueva. Desde el barrio de San Pablo se accedía fácilmente por las mencionadas calles de San Pablo, San Blas, Armas, Casta Álvarez (que entonces se llamaba de la Sal) y Predicadores. Una calleja llamada del Postigo del Mercado llevaba al Ebro por la Puerta de la Tripería, y al otro lado, dos calles hoy desaparecidas, englobadas por Cesaraugusto, las calles de Cerdán y Escuelas Pías

(llamadas entonces Albardería y Cedacería) conducían respectivamente hacia el Coso y hacia la Morería.

La muralla romana estaba formada por torres de planta ultrasemicircular separadas por lienzos de muro lisos denominados *compases*; podemos verlos en las vecinas ruinas romanas contiguas al torreón de la Zuda. En los *compases* del muro se adosaban las casas, que tenían tiendas en los bajos, al igual que ocurría con las construcciones de la parte frontal, la de los actuales porches. La documentación indica en algunos casos la dedicación de estas tiendas: había un astero, un bole-ro, un lencero cristiano, varios mercaderes ultramarinos, varios especieros...

Paralelas al muro se levantaban hileras de puestos comerciales o *bancos* de piedra, para la venta al por menor. En ellos se expendían hortalizas y frutas por labradores cristianos. En sector aparte los judíos comerciaban con lienzos, ropas y zapatos. La hierba para pastos la vendían cristianos frente al Almodí. Todos estos puestos eran de propiedad municipal, arrendados a censo enfiteúutico (*treudo*, en aragonés) a los particulares que los regentaban.

También había puestos fijos dentro del Arco de Toledo, entre ellos una panadería franca. Las panaderías francas de Zaragoza eran sólo cuatro, dos de licencia municipal y otras dos de licencia real; en ellas se vendía el pan de

peso y precio libres, en tanto que en todas las restantes las piezas obligatorias costaban uno y dos dineros, llamadas por ello *dinaral* y *doblero*, cuyos pesos variaban en función de la cotización del trigo ese jueves en el Almodí. Los citados *bancos* entorpecían mucho el paso a los viandantes, hasta que el 15 de octubre de 1593 un estatuto de los jurados los hizo desaparecer.

En la parte frontera estaba el citado Almodí o lonja cerealista, recinto murado donde todos los jueves se procedía a la contratación del trigo que abastecía a Zaragoza. Tenía una puerta grande hacia la plaza del Mercado y otra pequeña que daba a la calle de San Blas.

El Alfolí o estanco de la sal estaba en ese mismo lado pero hacia la ribera, en la embocadura de la calle de Casta Álvarez (de ahí la denominación medieval de la Sal).

El pescado fresco, la carne, los salazones de carnes y pescados y todas las mercancías que pudieran contaminar el ambiente y molestar a los vecinos y visitantes del barrio, tenían prohibida su venta en esta plaza. Ya formalmente, en 1460, Juan II prohibió vender estos productos en el mercado, designando ciertos lugares para su comercialización.

Porque hay que desechar la idea de un lugar sucio y maloliente. La del Mercado era la plaza principal de la ciudad, lugar habitual de fiestas, torneos y corridas de toros. Por allí pasaba la comitiva regia que proveniente

de la Aljafería franqueaba la Puerta de Toledo camino de La Seo. Era pues centro de la vida de Zaragoza en sus diversas manifestaciones.

Al fondo, cerca del Almodí, se alzaba el *pellerich* o picota donde se llevaban a cabo las penas físicas de azotes, se exponía a los delincuentes a la vergüenza pública en el cepo, y se ejecutaban las mutilaciones y penas capitales, realizadas por el verdugo de la ciudad. También se colocaban allí, convenientemente rotas, las armas confiscadas a los que las llevaban por la ciudad sin atender las prohibiciones dictadas por los jurados.

A mano derecha saliendo por la Puerta de Toledo, en recinto cerrado, estaba la carnicería del Mercado. Era un edificio que ocupaba el *compás* que separaba las torres primera y segunda. La puerta grande se abría junto al Arco de Toledo; otra puerta, interior, llamada del *Medio* o del *Corral* permitía el paso desde la zona de *taulas* o mostradores donde se efectuaban las ventas al sector privado donde estaban las casetas, descargaderos y pozos. En la zona abierta al público se extendían una veintena de *taulas* o puestos para la venta de la carne despiezada. Al fondo se encontraba el corral de la Carnicería.

Existía otra carnicería, denominada Mayor, que estaba en el cruce de las calles Mayor y Don Jaime. Y diseminadas por toda la ciudad había muchas panaderías, casi un centenar.

Dentro de la carnicería del Mercado se encontraban varios puestos de cambistas de moneda; ignoro por qué estaban allí, puesto que su actividad no tenía nada de maloliente, al menos físicamente.

Fuera de la pared de la carnicería, a espaldas del edificio, en la calleja llamada del Postigo del Mercado, se vendían pescados frescos y en salmuera; para su comercialización el municipio mandó construir a mediados del siglo XV unos mostradores *–bancos–* de piedra, por los que se pretendió cobrar un censo a los concesionarios, con gran disgusto de los mismos, que hasta entonces habían vendido libremente en cestas colocadas en el suelo.

En el siglo XIV se cita con frecuencia el peso público. Había uno en la parroquia de San Pablo, que en 1330 hubo de modificar su emplazamiento. En este mismo año se trasladó a ese barrio la tabla para el cobro de los derechos reales de peaje y lezda que antes estaba en la plaza del Mercado, cerca del Alfolí y del Almodí del grano.

Zaragoza tenía una feria anual de quince días, del 16 al 30 de junio concedida por Jaime I por privilegio dado el 7 de marzo de 1250. Sabemos que aquí concurrían muchos mercaderes forasteros, atraídos no sólo por los buenos negocios sino también por las amplias exenciones fiscales y seguridad que por voluntad real se con-

cedían durante la quincena ferial. Se celebraba en la plaza del Mercado.

El privilegio de la feria anual fue renovado por Pedro IV el 12 de junio de 1344, si bien la trasladó al cuarto domingo después de la Pascua Florida. Juan I, en sus ordenanzas dadas a Zaragoza en 15 de agosto de 1391 confirmó la feria, pero prohibió el juego en ella *porque había tahúres y muchas gentes perdían así sus haciendas*. El rey Fernando I de Antequera se refirió en sus ordenanzas de 1414 a esta interdicción, ratificando tanto la feria como la prohibición del juego durante la misma.

El rey Juan II en un decreto dado en 27 de abril de 1462 modificó el privilegio concediendo dos ferias a la ciudad. La primera, que duraba un mes, comenzaba el domingo de Cuasimodo y la segunda llamada “de retorno” y de quince días de duración se celebraba a partir de la fiesta de Santa María de septiembre. Ambas ferias fueron confirmadas por las Cortes de Calatayud de 1492; gozaban de protección regia en cuanto a salvaguardia de personas y bienes y de las habituales exenciones de impuestos y restantes facilidades protectores de las ferias.

Por su parte los parroquianos de San Pablo pertenecientes a la cofradía de San Francisco (artesanos) obtuvieron en 1293 del rey Jaime II la licencia para organizar ellos otra feria, a celebrar siempre en el Mercado, que

estaba en la demarcación de la parroquia. Esta concesión fue confirmada por Pedro IV en 1345.

La plaza del Mercado ha visto pasar procesiones, señaladamente la del Corpus, pues en su espacio se representaban las funciones teatrales o entremeses, costeadas por el municipio, que era el propietario de los Carros de los Entremeses y pagaba a los músicos que amenizaban la representación y la procesión en su conjunto. Ha visto pasar comitivas reales, que tenemos descritas en los documentos que hablan de las coronaciones de los reyes. Ha sido escenario de todo tipo de fiestas, torneos, corridas de toros, justas, etc. con las que se obsequiaba a los visitantes ilustres o simplemente se festejaba a determinados santos patronos de la ciudad o de las cofradías profesionales.

En resumen, la actividad comercial de la ciudad de Zaragoza, muy antigua como es obvio, se encuentra localizada en el lugar que hoy ocupa el Mercado de Lanuza, al menos desde comienzos del siglo XIII, sin interrupción.

Torneos y solemnidades en la Zaragoza de los siglos XVI y XVII

Leonardo Blanco Lalinde

Desde la conquista de la ciudad de Zaragoza por los ejércitos aragoneses uno de los puntos centrales de la vida de la ciudad fue la plaza del Mercado, auténtico punto neurálgico en el que, además de su función como mercado, se realizaban actuaciones de diverso carácter, como novilladas, volatineros y equilibristas, contradancistas, pantomimas, fuegos artificiales y rífas, cestones, perros de presa y oreja, etc., además de pasar por ella todas las comitivas que desde la Aljafería se dirigían a La Seo, o en sentido contrario, junto a todo tipo de actividades religiosas y torneos de caballeros, y desde actos fúnebres por los reyes fallecidos a ejecuciones de muerte, al ser el lugar donde se instalaba la picota de la ciudad, teniendo en todos los casos una gran concurrencia de habitantes de la ciudad y visi-





tantes, celebrando con la misma pasión una corrida de toros que una ejecución, en una extraña mezcla en la que no se diferenciaba la tragedia de la muerte de lo lúdico y festivo.

Todo ello ocurría en la plaza del Mercado de Zaragoza, gracias a sus grandes dimensiones y abundantes casas con ventanas, además de su céntrica localización uniendo la *vieja* ciudad romana con la nueva *Población*, como se llamaba al actual barrio de San Pablo, entonces un nuevo y floreciente barrio en donde se habían instalado los artesanos.

En muchas ocasiones los actos que se realizaban en la plaza del Mercado eran una suma de diversas muestras festivas, por lo que era normal que se comenzara el día con unas justas o torneos y por la tarde o la noche se realizara una corrida de toros, terminando con unos fuegos de artificio en la plaza o en la cercana ribera del río Ebro, con lo que muchas veces es difícil separar los actos organizados, ya que en la época formaban un conjunto que incluso podían durar varios días.

En Zaragoza las corridas de toros¹, hasta la construcción del Coso de la Misericordia, se realizaban principalmente en dos amplios lugares: en la plaza del Mercado y en el Campo del Toro, terrenos en los que en el siglo XVIII se edificó el citado Coso. La plaza del Mercado se acondicionaba para dichos actos cerrando

las bocacalles y dejando la más estrecha como toril. La confluencia de la calle de las Armas con la plaza era el lugar de preferencia, donde se levantaba un tablado, ricamente adornado y con dosel, en el que veían la corrida los visitantes regios o el corregidor y otras autoridades públicas. Si la corrida era en día festivo no extraordinario, el concejo tenía alquiladas varias ventanas y balcones de las casas que daban a la plaza, para poder presenciar la corrida, o los actos taurinos programados, sin dificultades.

Las corridas se realizaban, por lo general, por la mañana o al mediodía, razón por la cual la gente no se iba a su casa, organizándose en los alrededores de la plaza comidas y algún baile para amenizar la espera o seguir la fiesta después de la corrida. Comenzaban generalmente las corridas con toque de clarines y timbales.

La primera referencia conocida data del año 1377, estando organizada por la cofradía de San Jorge, por la que pagaron por lidiar un toro 22 sueldos y un par de zapatos², acabando la corrida con una invitación a bebidas refrescantes.

Otra modalidad con mucho arraigo entre la población, lo más seguro por su vistosidad, eran los toros de ronda o de fuego, que se corrían por la noche en la ribera del Ebro o en la plaza del Mercado. Una de las últimas organizadas antes de la realización de la nueva plaza de

toros fue el 19 de octubre de 1723 cuando se corrieron los toros³ de ronda en la plaza.

Unos actos muy vistosos que alegraban las noches festivas, como todavía ocurre en la actualidad, eran el lanzamiento de cohetes. Se solían celebrar en la isla enfrente al palacio arzobispal o en la plaza del Mercado⁴, para pasar luego a la plaza de toros de la Misericordia. Otras fiestas que tenían lugar en la ciudad también servían para que las personas se reunieran en la plaza del Mercado y, normalmente, fueran invitadas a distintas pitanzas, como en 1783 cuando se montó un surtidor de “buen vino”, o también cuando el gremio de los boteros invitaba a la gente que celebraba en la plaza alguna fiesta.

Una costumbre del barrio de San Pablo y del Portillo, bastante antigua, era la de “matar la vieja”⁵. Era una fiesta religiosa con actos en el Santuario del Portillo, al que asistían en procesión el Cabildo Metropolitano, el Ayuntamiento y cofradías y hermandades de la ciudad, además de los chicos del Hospicio. Cuando la procesión desembocaba en la plaza del Mercado, por el Arco de Toledo, se unían a ellos infinidad de chiquillos con palos, estacas u otros elementos contundentes, después de salir de la iglesia de San Pablo iban dando golpes por las puertas de las casas, por lo que luego recibían su propina. La costumbre desaparece en 1868.

Parece que ésta data de un testamento otorgado en 1453 por Doña Gracia Lanaja (o Gracia Lavieja), mujer de Juan Berlanga, aunque puede no ser cierto.

También era una costumbre que la procesión del Corpus pasara siempre por la plaza del Mercado entrando por la Puerta de Toledo, lugar donde se celebraban todos los actos importantes. En la plaza se colocaban varios tablados, tanto para las reliquias que se llevaban en la procesión, como para sentarse las autoridades civiles y religiosas, caballeros, etc. En el centro de la plaza estaba el tablado para los ministriles, atabaleros, músicos, cantores y juglares. En las cuentas de los años 1471-1472 se recoge una partida para la limpieza y conservación de la plaza.

Aprovechando las grandes dimensiones de la plaza, también se celebraban en ella representaciones teatrales y entremeses, como los del año 1459, con diversos actos realizados delante de la casa del Justicia de Aragón.

Sobre los cadalsos para ajusticiar a los condenados a muerte que se levantaban en la plaza, lo único que se puede decir es que en aquella época eran una fiesta más que se celebraba en la ciudad, salvo el ajusticiamiento del Justicia de Aragón Juan de Lanuza después de las alteraciones de Zaragoza de 1591, ajusticiamiento al que se prohibió que acudieran los vecinos de la

ciudad. En los demás ajusticiamientos, la plaza se llenaba de gente vendiendo comida, músicos y danzantes, que esperaban con ansiedad el momento cumbre de la ejecución.

Otros de los festejos que también se celebraban en la plaza del mercado, acompañados de una gran parafernalia, eran las coronaciones de los reyes aragoneses, las cuales fueron recogidas en un libro escrito por Gerónimo de Blancas⁶. La primera coronación que recoge es la Alfonso III (1286), en la que hubo grandes fiestas, pero en las fuentes que consultó Blancas no se especifican que tipo de fiestas se realizaron, pero que podemos adivinar al conocer las que se celebraron en las siguientes coronaciones reales⁷.

La siguiente coronación que recoge el cronista aragonés es la del rey Alfonso IV (1328), en la que también hubo grandes fiestas, destacando las celebradas con la intervención de los señores de Gascuña y de Provenza, además de los embajadores de Castilla, Navarra, Bohemia y de los reyes *moros* de Granada y Tremecén, sus aliados, y toda la nobleza, clero, etc. de Valencia y Cataluña⁸.

Se juntaron en la fiesta preparada más de 30.000 hombres a caballo, al acudir muchos de los señores acompañados de sus vasallos y teniendo que acampar en las afueras de la ciudad. Una de las comitivas que más

llamó la atención a los zaragozanos fue la de los síndicos de Valencia, los cuales una vez afeitados y peinados (era Sábado Santo), salieron con atabales, dulzainas, menestres y escuderos, en una comitiva que fue a la Aljafería desde La Seo, pasando por la plaza del Mercado, creando sensación por las músicas y vistosidad de sus ropajes.

La siguiente coronación que nos relata Gerónimo de Blancas es la de el rey Martín (1397-1398). El nuevo Rey acudió a su coronación desde el palacio de la Aljafería hasta La Seo, lugar en el que eran coronados los reyes aragoneses, organizando para el traslado una amplia y llamativa comitiva. Abriendo la comitiva⁹ se organizaron diversos grupos bailando y danzando, que eran miembros de los oficios de la ciudad, todos ellos bien *aderezados*. Detrás marchaban doce bordonadores y seis tablajeros, todos montados en muy buenos caballos con paramentos de sedas coloreadas con las armas reales y muchos leones de oro, que representaban a Zaragoza.

Los que iban a ser armados caballeros, ya que en todas las coronaciones reales se aprovechaba para armar nuevos caballeros, cabalgaban de dos en dos, aragoneses y valencianos a la derecha y catalanes y mallorquines a la izquierda, según la marcha de la comitiva, y delante un caballero que les llevaba la espada y espue-

las, y detrás otro con el escudo, si era noble también llevaba otro caballero con el estandarte o *vanderas*.

Detrás de los grupos citados marchaba Alonso de Aragón, marqués de Villena, que ese día recibió el título de duque de Gandía, en caballo vestido de terciopelo carmesí, rodeado de varios caballeros y gentiles. Tras él iba Antonio de Luna con la bandera Real, y el Maestre de la Orden de Montesa, fray Belenguer March (que delegó en fray Ramón del Jardín, Comendador Mayor), portando la bandera de San Jorge, marchando ambos delante del Rey.

De la Aljafería, lugar de partida de la comitiva, se pasó por el Portillo y por la calle de Predicadores para salir al mercado donde los bordonadores y tablajeros hicieron ante el rey su fiesta de *tirar* al tablado, para continuar luego la comitiva su recorrido hasta La Seo. Para la ocasión la plaza del Mercado estaba adornada con paños y tapices, blandones y hachas de cera y otras luminarias, que sumaban entre unas y otras de nueve a diez mil hachas, dando una iluminación extraordinaria al lugar.

Durante la coronación de Fernando I se celebraron también las Cortes de Aragón del año 1412. La ciudad se procuró que estuviera bien aderezada y abastecida. Dos justas se celebraron, una en la plaza del Mercado y otra en la Aljafería, con muchos y diversos caballeros que justaron durante varios días, siendo el principal

mantenedor Juan Martínez de Luna, señor de Illueca, con otros tres caballeros que le ayudaron. Duraron hasta el 10 de febrero, sábado, cuando comenzó la coronación. Entre otros personajes importantes participaron en las justas el infante Don Enrique, el duque de Gandía, el conde de Luna don Fadrique de Aragón y otros, además de venir moros de Medellín y de “Valencia del Cid”.

La tabla del mercado estaba colocada en la Puerta de Toledo, en la que estaban situados los oficiales de la ciudad con juglares de cuerda, trompetas, órganos de mano, unos danzando y bailando y otros tañendo. Como curiosidad el cronista Blancas recoge que los judíos iban vestidos como cristianos danzando y bailando con cintas de plata ceñidas. También estaban los embajadores del rey moro de Granada, que causaron gran sensación con sus albornoces, capuces, aljuvas, espadas jinetas de plata, trompetas, etc., dedicando gran parte del tiempo que estuvieron en la Aljafería a jugar a las cañas¹⁰.

Las calles estaban guarnecidas con paños de sirgo y franceses, y el suelo lleno de verduras, en las ventanas “de los sobrados” dueñas y doncellas guarnecidas con vestidos de oro, sirgo y lana bordados de oro y cintas, y *firmales* y cadenas de oro y plata y tocados, peñas de martas y veros y grises “muy afeytadas, que bien pare-

cía, que se non afeytaron a lumbre de pajas”. Después de la coronación hubo un vistoso desfile de carrozas que en nada envidian a las que podemos ver en la actualidad, cargadas con villas, gente de armas y castillos que combatían en las carrozas, creando el efecto de batalla. Una de las carrozas estaba realizada con torres en las que iban doncellas, que representaban a las cuatro virtudes: la Justicia con la espada, la Verdad con la balanza, la Paz con la paloma y la Misericordia con el cetro¹¹.

Los actos que más se prodigaron y tenían mayor aceptación entre la población eran la realización de justas y torneos, que iban siempre acompañados de una impresionante presentación y ocupaban a muchas personas de la ciudad, e incluso de sus alrededores.

Las justas y torneos¹² se organizaban desde el final de la Edad Media y en la Edad Moderna por el Capítulo de Caballeros de la Cofradía de San Jorge, cofradía que había sido creada en 1457 por el rey Alfonso V, y que desde sus orígenes obligaba a sus miembros a justar tres veces durante el año, y tornear a caballo otras tantas veces. Eran los torneos, en fin, una alternativa festiva a la guerra que se había acabado muchos años antes. Pero también existía una secular oposición de la Iglesia a los torneos, ya que consideraban que potencialmente eran una pérdida de caballeros aptos para



combatir a los sarracenos, con los que todavía estaba enfrentada la Iglesia.

En Zaragoza¹³ siempre hubo una gran afición a los torneos y justas, y como una prueba de ello se puede indicar que en la ciudad se imprimió por Jorge Cocci la primera edición del *Amadís de Gaula*, uno de los primeros libros de caballería¹⁴, o que en la apócrifa segunda parte del Quijote se relata la presencia del personaje en Zaragoza, donde cuenta la fiesta de la Sortija¹⁵.

Ya se han citado algunos de los torneos y justas que se celebraron durante las coronaciones de los reyes aragoneses, por lo que vamos a citar algunos de los más importantes celebrados durante la Edad Moderna, una época ya tardía para la celebración de dichos actos. Uno de los más conocidos, al ser citado por el arquero Cock, es el celebrado el 28 de marzo de 1585 con un juego de cañas en la plaza del Mercado.

En el viaje de Felipe III y la reina Margarita de Austria a Zaragoza en el año 1599 Juan Martínez fue el autor de la carta-relación de las fiestas celebradas para honrar la visita regia, entre las que se encontraba el desarrollo de un torneo. Para ello se hizo una montaña en la plaza del Mercado cubierta de figuras mitológicas, con siete cuevas por donde entraban a caballo los caballeros que iban a participar, y de donde también salían muchos

animales. Acabó con una fiesta de toros y una justa acuática en el Ebro.

Durante el año 1614 se celebró un nuevo torneo para celebrar la beatificación de santa Teresa, y otro en 1619 cuando se puso el estafermo. Igualmente se celebró un nuevo torneo en 1626 con motivo de la visita de Felipe IV a la ciudad.

Pero los más importantes actos celebrados en Zaragoza fueron en honor de la emperatriz de Hungría¹⁶ que venía acompañada del rey Felipe IV y los infantes, celebrando para conmemorar su presencia diversos actos en la ciudad, entre ellos un gran torneo en la plaza del Mercado el 13 de enero de 1630, relatada por el cronista aragonés Bartolomé Leonardo de Argensola¹⁷.

Distintas relaciones en prosa y verso se escribieron sobre el citado torneo, como recoge Alenda y Mira¹⁸. Una de las relaciones fue publicada en Madrid, en casa de Bernardino de Guzmán. De las prensas zaragozanas de Diego Latorre salen dos relaciones: una en prosa, escrita “de orden de la Señora Reyna por un caballero de la Cámara del rey Nuestro Señor”, publicada por Miguel Batista de Lanuza y otra en verso por el licenciado Juan Bautista Felices de Cáceres. A ella se suma la citada de Bartolomé Leonardo de Argensola, que después la editó el conde de la Viñaza¹⁹.

El escrito de Bartolomé recoge las fiestas celebradas entre los días 8 y 14 de enero, para celebrar la estancia de los reyes en Zaragoza. Está escrito con buen lenguaje, claridad en las descripciones y gran exactitud, y en concreto recrea el torneo celebrado el día 13 de enero²⁰. En la relación vienen expuestas las condiciones del torneo, entre otras, que el caballero debía entrar armado a caballo y como un hombre de armas (con lanza, maza y espada de torneo), con un escudero a caballo que llevará la tarja²¹ de su empresa; sólo podían entrar en la plaza a caballo el caballero y su escudero, y no podía ir acompañado por más de ocho lacayos. El combate que se iba a realizar iba a ser con lanza, maza y cuatro golpes de espada.

La plaza del Mercado estaba poblada de tablados, tiendas, blasones, tapicerías, poetas, sastres, pintores, etc., que trabajaban en los actos preparatorios para que el espectáculo fuera brillante. La gente se acumuló para ver el extraordinario torneo hasta en los tejados de las casas de la plaza del Mercado, para cuya ocasión estaba adornada con dos grandes puertas: en la del norte estaban representadas las flechas del Dios del Amor y en la del sur los Rayos de Júpiter.

En un balcón dorado y azul en el oeste de la plaza, en la unión con la calle de las Armas, estaba el tablado para el Rey y su séquito. En otros balcones se apiñaba la

corte, gentilhombres y patricios de la ciudad. Antes de comenzar el torneo salió un carro con la alegoría de Zaragoza: un león coronado.

Encargado de la fiesta fue Francisco de la Naja, zalmédina de la ciudad, Pedro Luis de la Porta, Juan Herme-negildo de Herbas, lugarteniente por Su Majestad del Bayle General de Aragón, Antonio Francés (Maestre Racional), Diego Amigo (Juez de Encuentros), Alonso Marzilla, Lupercio de Contamina, Juan Luis de Sora, Miguel Batista de Lanuza (Regidor del Real Hospital de Gracia), Juan Francisco Torrero. Se eligieron doce combatientes, un maestre de Campo y cuatro padrinos, dos para cada puerta.

La Reina llegó el 12 de enero al mediodía, acompañada del Rey. Se aderezó la plaza del Mercado “por donde antes corrían sus muros romanos” y que los separaba de la nueva ciudad (San Pablo)²², que llaman *La Población*. Se eligió la plaza para el torneo por lo grande que era y ser de “altísimos edificios, llenos de ventanas”.

El domingo 13 de enero²³, amaneció claro y con sol. Acudiendo sus majestades y sus altezas temprano a la plaza. Junto al Rey se sentó Ramiro Felipez de Guzmán, señor de la Casa de Guzmán, duque de Medina de las Torres, marqués de Eliche y de Toral, Sumiller de Corps de S. M., y Diego López de Aso “su gentilhomme de la Cámara”, que hacía el oficio de primer Caballerizo (por

ausencia del Conde-Duque). También asistió el conde de Barajas, Mayordomo de S. M., y la condesa de Siruela, Victoria Colona, que era Camarera Mayor de la Reina, sus damas y meninas.

Al otro lado de la plaza en cuatro casas, estaba el cardenal Gil de Albornoz, Diego de Guzmán, arzobispo de Sevilla, aunque ya hemos indicado que la Iglesia no aprobaba los torneos, no por ello dejaban de asistir a los mismos, y Alfonso Pérez de Guzmán, Patriarca de las Indias. Los gentileshombres de la Cámara más cerca de las personas reales. También pajes reales y otros criados.

Debajo del balcón real, “en un tablado autorizado”, estaba el Gobernador de Aragón, a su derecha Diego Martel jurado segundo, que presidía el torneo, y a su lado el zalmédina Francisco la Naja, señor de Pradilla, junto a él estaban Jusepe Cerdán, Diego Pérez, Martín Tomás de Lanuza, jurados tercero, cuarto y quinto. Al otro lado los consejeros de las dos reales Audiencias, civil y criminal.

Enfrente a la ventana de los reyes, ocuparon las rejas de la cárcel de la Manifestación el Justicia de Aragón, Lucas Pérez Manrique y sus lugartenientes, los diputados Pedro Apaulaza, arzobispo de Albaracín, Gaspar Monterde, caballero del hábito de San Juan, Alonso Fernández de Híjar, Martín de Foces, Dincencio Ximénez Samper, y muchas más personas de la nobleza.

Se realizó un cartel anunciador del torneo, siendo *La Fama* quien lo presenta. El torneo se dividió en dos grupos de combatientes “los unos, a honor de los Rayos de Júpiter y los otros al de las Saetas y del Arco de Amor, para averiguar qual Deidad tiene mayor imperio, Júpiter o Cupido”, que se correspondían con las dos puertas levantadas.

En una “puerta de la Estacada” apareció el Águila, encima de un roble, con sus rayos, con éste mote:

Vencedoras invencibles

Vibra Iúpiter sus Iras

En la otra puerta “entorno de Diosas y de Ninfas, sobre un alegre Mirto, ostenta la paloma de Venus”, colgando de sus uñas el arco y las flechas del amor con el siguiente mote:

Quando Pudieron los Rayos

De love, lo que estas Flechas?

Las condiciones establecidas para el torneo eran claras²⁴. Cada combatiente entraba a la plaza montado a caballo, armado a fuero de hombre de armas, con la lanza, maza, espada (o espadas) de torneo, y llevando la tarjeta de su empresa (el escudo) un escudero a caballo. Además debía entrar con “invención”, que no era otra cosa que un gran carro adornado con los más inusuales e increíbles adornos, y demostración de aparato, que también consistía en llevar un gran número de personas ricamente vestidos. Sólo entran su caballo y el de su escudero y ocho pajes.

No podrá ganar el premio quien perdiese la lanza, la maza o la espada, ni el que en el combate quedase desarmado, o perdiese alguna pieza del arnés que le impida el poder combatir otra vez sin peligro, o si hiriese con la lanza, la maza o la espada el caballo del contrario²⁵.

Los precios (premios) generales eran los siguientes:

Para el mejor hombre de armas.

Para la mejor lanza.

Para el mejor golpe de maza.

Para el mejor golpe de espada.

Para la mejor empresa y letra.

Para la mejor invención.

Se entraba en la estacada por dos puertas altísimas y de perfecta arquitectura. Una miraba al mediodía y en lo alto los rayos de Júpiter; la otra, al septentrión, con el arco y las flechas de Eros. En la mitad de la plaza se fabricó un balcón dorado y azul, para las cuatro personas reales, y un corredor al mismo suelo que cerraba la calle de las Armas, por cuya calle se subía a las gradas reales.

La vistosidad de los actos que se iban a celebrar.

Había gente hasta en los tejados y en la estacada, teniendo Martín de Alagón, conde Sástago, que desalojarlos con las guardas reales, la alemana y la española.

Al conde le servían 24 lacayos, vestidos de raso pardo, guarnecido de plata, espadas y dagas plateadas.

Por la puerta de Júpiter entraron gran número de chirimías, trompetas y atabales, “con baqueros carmesíes”, guarnecidos y realzados de lata; otros con baqueros verdes y pasamanos de oro, acompañando un carro triunfal “que al parecer andaba con propio conocimiento”, de 30 palmos de largo y 20 de ancho y 25 de alto, con un trono en la popa de 12 palmos, viniendo sentada Zaragoza, vestida de oro y plata, con sus armas: un león coronado. Luego leyó Zaragoza al Rey un escrito que portaba²⁶.

El rey nombró por jueces para el torneo al conde de Franquenburg, embajador del Emperador, y a Diego Mejía, marqués de Leganés, y a Fernando de Borja, Comendador Mayor. Dio comienzo el torneo con la entrada en el tablado del conde de Aranda, vestido de raso azul bordado de oro y sombrero con muchas plumas con diamantes. Le precedían 50 lacayos vestidos de *lama* de plata azul.

Por la puerta de Júpiter entró Alonso de Villalpando, que era padrino, acompañado de ocho lacayos. El otro padrino, Gerónimo de Vera y Deza, entró por la puerta del Amor, con otros ocho lacayos. Todos, después de reverenciar a S. M., dieron una vuelta a la estacada y fueron a su sitio: Villalpando a la puerta de Júpiter y Vera a la de Cupido.

Entró el primer combatiente²⁷, Lope de Francia y Espés, señor de Bureta, que llevaba sobre la celada un león de plumas carmesíes y blancas, seguido de su paje que portaba el escudo (un león de oro en campo rojo) y ocho lacayos.

Por la puerta de cupido entró Juan Fernández de Heredia²⁸, conde de Fuentes, precedido de su *invención*: entre gran multitud de salvajes, un carro de oro, sobre cuya popa se levantaba un sol de oro con rayos, que giraba, con gitanos bailando sobre el carro (luego de presentar las armas a los jueces se retiró a su puerta).

Seguidamente, también por la puerta de Júpiter, entró un carro tirado por cuatro elefantes con seis salvajes cubiertos de yedra. En lo alto del carro había una pirámide que arrojaba agua por cada una de sus esquinas, desde una alcachofa grande, que al llegar junto al Rey se abrió y salieron gran cantidad de pájaros y una ninfa, que representaba a Europa. Seguía al carro su inventor, Alonso Celdrán de Bolea y Castro, señor de Sobradíel.

Por la otra puerta entró Diego de Contamina²⁹, ricamente vestido con armas azules sembradas de estrellas de plata y sus escuderos portando su escudo: una mano que procuraba asir una palma. Su carro o invención, de los mismos colores azul y plata, llevaba una corona imperial y un sol y en el centro un águila coro-

nada; debajo el globo del mundo, que por un lado salía el rey de Hungría y por el otro su esposa, en alusión a la anfitriona de la fiesta.

Desde la puerta de Júpiter entro una invención con un monte pintado de verde y azul cubierto con tomillos y romeros, que al llegar a la altura del Rey se abrió en cuatro, saliendo de su interior conejos y liebres en cantidad, perseguidos por perros, apareciendo en el centro del monte Juan Fernández de Heredia, señor de Cetina, armado de todas las piezas, con faldón de raso leonado; el penacho de su celada estaba adornado con el dios del amor (con cifras que eran el nombre de su amada, que también estaban en las ropas del caballo), seguido de ocho lacayos en cuyos pasamanos de plata se formaba la figura de unos dados.

De nuevo por la puerta de Cupido³⁰ entró un carro tirado por cuatro caballos, con un monte en cuya cima estaba Felipe *El Hermoso*, y un verso. Del monte salía un cedro con muchos pájaros en sus ramas. Llegado delante del Rey se abrió el árbol, dentro del cual venía la Fama en un trono y a sus pies un caballo, además de un cielo y dos soles (uno representaba a Alemania con rayos macilentos, el otro a España con rayos vivos). Su dueño era Raimundo Gómez de Mendoza, acompañado de menestres y otros instrumentos.

Ferrer de Lanuza, conde de Plasencia, entró por la puerta de Júpiter a caballo con ocho lacayos. Su invención era un carro con dragones infernales que arrojaban fuego, y entre las llamas las tres furias, con túnicas verdinegras, ceñida su greña por una sierpe.

Por la puerta de Cupido entró Manuel Belvis, caballero de Santiago, hijo del marqués de Benavides, seguido de su invención: un carro adornado de yedra y laurel y en los asientos doce héroes romanos, vestidos de las cotas con que suelen pintarlos en aquella época, coronados de laurel, con trompetas y menestres, tirada toda la invención por seis caballos.

Por Júpiter entra Gabriel Leonardo de Albió³¹. Justo Pérez de Pomar, Torres de Mendoza, señor de la baronía de Sigués, entró por la puerta de Cupido³². También por Cupido entró Manuel Abarca de Bolea, con una celada que representaba la figura de un gusano de seda³³.

Dio comiensa el torneo³⁴, celebrándose los siguientes combates:

Lope de Francia – conde de Fuentes.

Alonso Celdrán – Diego de Contamina (ganador).

Conde de Plasencia – Lope de Francia (no se presentó), lo hizo Manuel Belvis.

Gabriel Leonardo de Albió – Justo de Torres (ganador), aunque le tocaba al marqués de Torres, pero estaba ausente.



Manuel Belvis – señor de Cetina (ganador).

Luego se realizó el reparto de los guerreros para la *Folla*, o lucha en grupo, excusados Lope de Francia, Manuel Belvis, Gabriel Leonardo. Cuatro guerreros a cada lado.

En Júpiter estaban: conde de Plasencia, señor de Cetina, Alonso Celdrán, Manuel Bolea.

En Cupido estaban: conde de Fuentes, Manuel Bolea, Diego de Contamina y Alonso Celdrán y Raimundo Gómez.

Después del combate acaba la fiesta y se van todos con los reyes a comer³⁵. Luego se entregan los premios, que correspondieron a los siguientes caballeros:

Juan Fernández de Heredia, conde de Fuentes, mejor lanza.

Manuel Belvis, más galán.

Gabriel Leonardo de Albión, mejor letra.

Justo de Torres y Mendoza, mejor hombre de armas.

Juan de Heredia, señor de Cetina, mejor golpe de maza.

Ferrer de Lanuza, mejores heridas de espada.

Lope de Francia y Espés, mejor invención.

Diego Contamina, mejor combatiente en la *Folla*.

En la edición de Madrid pone escrito a mano en la portada que fue el último torneo celebrado en España, pero resulta falso. En Zaragoza en 1631 se celebraron las *Carnestolendas* con torneos a pie y a caballo, y en 1638

Andrés de Uztarroz cuenta la justa que en el Coso zaragozano mantuvo Raymundo Gómez. En 1645 por el juramento de los Fueros por el Príncipe Baltasar Carlos. También en 1656 se realizan justas el día de San Jorge, siendo el mantenedor Joseph de Bardaxí, corriéndose el día 29 de mayo cuatro lanzas cuyos premios eran fuentes de plata y espejos cristalinos. en 1658, con ocasión del nacimiento del príncipe Felipe Próspero, se celebró otro torneo, en 1669 por la entrada de Don Juan de Austria; 1677 por la entrada de Carlos II y la jura de los Fueros. Duraron hasta mediados del siglo XVII, cuando decaen como demostraciones de una época pasada, como dice M.^a Carmen Martín³⁶ “Cuando la caballería parecía que era ya cosa de locos, en el Coso zaragozano o en la plaza del Mercado revivía con todo su esplendor y seguía siendo una forma de cultura y de comunicación”.

Notas

¹ Eliseo Serrano Martín, *Tradiciones festivas zaragozanas. Historia de los festejos populares en Zaragoza*, Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza [1981], pp. 124-134.

² A. Beltrán, J. M. Lacarra y A. Canellas, *Historia de Zaragoza*, Zaragoza, 1976, tomo I, p. 322; v. n. 1, p. 211.

³ *Relación histórica y panegírica de las Fiestas que la ciudad de Zaragoza dispuso, con motivo del Decreto, en que la Santidad de Inocencio XIII, concedió para todo este Arzobispado, el oficio propio de la Aparición de Nuestra Señora del Pilar, en el de la Dedicación de los dos Santos Templos del Salvador y del Pilar*, Zaragoza, Pascual Bueno, 1724, pp. 320-ss.

⁴ Ver nota 1, p. 139.

⁵ Ver nota 1, p. 167.

⁶ Gerónimo de Blancas, *Coronaciones de los serenísimos reyes y reinas de Aragón*, Zaragoza, 1583.

⁷ Blancas, p. 22.

⁸ Blancas, p. 26.

⁹ Blancas, p. 66

¹⁰ Blancas, pp. 98-99.

¹¹ Blancas, p. 113.

¹² V. n. 1, pp. 135-145.

¹³ Eliseo Serrano (coordinador), *Fiestas públicas en Aragón en la Edad Moderna*, VIII Muestra de Documentación Histórica Aragonesa, Ed. Centro de Documentación Bibliográfica Aragonesa, 1996. B.U.Z. E-87-4.

¹⁴ M.^a Carmen Martín, "Fiestas caballerescas aragonesas en la Edad Moderna", *Fiestas públicas en Aragón en la Edad Moderna*, VIII Muestra de Documentación Histórica Aragonesa, Zaragoza, 1996, pp. 109-118.

¹⁵ Ver nota 14.

¹⁶ María Ana era hija de María (1606-1646), hermana del rey Felipe IV, que se casó en 1631 con Fernando III (1608-1657) archiduque de Austria, rey de Hungría (1625) y Bohemia (1627) y Emperador (1637-1657).

¹⁷ *Relación del torneo a caballo con que la imperial çaragoça solemnizó la venida de la Serenísima Reyna de Ungría, y de Boemia, Infanta de España, presentes el Rey nuestro Señor, y los dos Serenísimos Infantes sus hermanos, que a su Majestad acompañaron*, Impreso en Zaragoza por Juan de Lanaja, 1630.

¹⁸ Jenaro Alenda y Mira, *Relaciones de Solemnidades y fiestas públicas en España*, Madrid, 1903. Entradas 932, 933, 934, 935, 936 y 937.

¹⁹ Conde de la Viñaza, *Obra sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, II. Obra de Bartolomé*, Madrid, 1889, pp. 197-240.

²⁰ En la B.U.Z. existen tres libritos que recogen la obra de Bartolomé Leonardo de Argensola, en concreto los D-83-28, Caja 24-549 y Caja 30-749 ar. Para el presente trabajo se ha utilizado el segundo de los citados.

²¹ Escudo grande que cubría todo el cuerpo, y en especial la pieza de la armadura que se aplicaba sobre el hombro izquierdo como defensa de la lanza contraria.

²² Bartolomé, p. 7.

²³ Bartolomé, p. 11.

²⁴ Bartolomé, p. 9.

²⁵ Bartolomé, pp. 9-10.

²⁶ Bartolomé, pp. 15-16.

²⁷ Bartolomé, p. 19.

²⁸ Bartolomé, p. 20.

²⁹ Bartolomé, p. 23.

³⁰ Bartolomé, p. 26.

³¹ Bartolomé, p. 31.

³² Bartolomé, p. 34.

³³ Bartolomé, p. 38.

³⁴ Bartolomé, p. 39.

³⁵ Bartolomé, pp. 45 y 46.

³⁶ Ver nota 1, p. 116.

Lanuza, un linaje de magistrados al servicio del viejo Reino

Mariano A. Faci Ballabriga

Al entrar en el casco histórico de Zaragoza por el puente de Santiago dejamos a la izquierda la vista de las cuatro agujas principales del Pilar, descubrimos la inclinada torre de San Juan de los Panetes, admiramos el restaurado Torreón de La Zuda y, tras disfrutar de la muralla romana, nos topamos con el Mercado Central; con el Mercado de Lanuza, en la plaza que la ciudad quiso en 1885 perpetuar la memoria de un personaje singular en la historia de Aragón o incluso, de un linaje de justicias de Aragón.

La Casa de los Lanuza en Zaragoza. Era en la misma plaza donde tenía sus balcones posteriores la casa de los Lanuza en Zaragoza; el actual Colegio Notarial, residencia que fue de varios justicias, incluido Juan de Lanuza V.



Sello de Juan de Lanuza



Victoriano Balasanz Sánchez, *Lanuza en el cadalso*, 1886. Ayuntamiento de Zaragoza

Algún historiador señala que desde allí presenció doña Catalina Ximénez de Urrea la ejecución de su hijo. La actual calle del Buen Pastor, lateral del edificio, era conocida como la “subidica” del Justicia.

La casa fue demolida, pues en la sentencia de Lanuza Felipe II ordenó derribar sus propiedades y sembrar sus campos de sal..., pero en lo que fue el archivo del Colegio Notarial queda un sencillo artesonado en cuya decoración están las armas de la familia.

Es en esa misma plaza del Mercado donde los cronistas de la época sitúan el lugar de la decapitación de Juan de Lanuza V, tras ejercer durante noventa días como Justicia que, según reseña Vicencio Blasco de Lanuza: “... es Magistrado que Benedicto XIII le llamó el mayor del mundo y don Hernando de Aragón, Arzobispo de esta Santa Iglesia y Ciudad, el Ave Fénix de los Magistrados de la tierra.”

Se denomina plaza del Justicia (y no de la justicia ni de San Cayetano, como muchos mal la llaman) a la que confluyen las calles del Temple (por haber estado allí establecidos los templarios), Santa Isabel (en honor de la Santa Reina aragonesa, llamada en tiempos Roída y antes de los Agujeros por estar allí los fabricantes de agujas de la ciudad) y Buen Pastor, y es bordeada por la de Manifestación (llamada con anterioridad de las Platerías por el gremio allí establecido), la que alberga

la nueva edificación de lo que fue la vivienda de los Lanuza y en ella se levanta el templo de Aragón por excelencia: la Real Capilla de Santa Isabel de Aragón, donde reposan los restos de Juan de Lanuza V desde el 17 de octubre de 1914, siendo desde entonces su depositaria la Muy Ilustre, Antiquísima y Real Hermandad de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y Madre de Dios de Misericordia de Zaragoza.

Los Lanuza y la institución del Justiciazgo. Pero esboecemos el poco más de un siglo que el linaje de los Lanuza estuvo vinculado a la alta magistratura del Justiciazgo.

Es en 1439 cuando Ferrer de Lanuza y Gil de Castro, desde hacía cinco años Baile General de Aragón, sucedió a Martín Díaz de Aux como Justicia de Aragón. Era el primero de los de linaje que ocupaba tan alta magistratura, en la que permaneció hasta 1478, que abdicó del cargo, siendo sustituido por su hijo Juan de Lanuza y Garabito, primero de los de este nombre.

Algún autor señala la coincidencia de la muerte no natural de Díaz de Aux y la de Juan de Lanuza V, tras más de un siglo de Lanuzas en el Justiciazgo.

Ante Juan de Lanuza I juró los fueros el rey Fernando el Católico el 28 de junio de 1479 (precisamente el mismo día del fallecimiento de Ferrer de Lanuza, padre del Justicia) y

dos años más tarde lo haría su esposa, Isabel, en nombre de su hijo Juan, príncipe de Asturias y de Gerona.

Tras veinte años como Justicia, y por abdicación, le sucedió su hijo Juan de Lanuza y Pimentel, Juan de Lanuza II, a quien se le llamó “el mozo” o “el menor” y no a Juan de Lanuza V como algunos autores adjudican, por haber ocupado la magistratura del Justiciazgo en vida de su padre. Los dos primeros “juanes” murieron en Nápoles y sus cuerpos fueron trasladados a Zaragoza para recibir enterramiento en un panteón muy próximo a la Santa y Angélica Capilla del Pilar.

No había tenido hijos varones el Justicia, por lo que le sucedió su primo Juan de Lanuza y Torrellas, tercero de los de este nombre. Era hijo de Martín Lope de Lanuza, hermano de su padre, y Grayda de Torrellas, su segunda esposa tras enviudar de Beatriz de Bardají. A Martín Lope le había concedido el Rey, mediante documento fechado en Barcelona a 26 de junio de 1474, el privilegio de utilizar en su escudo las armas reales; es decir, las cuatro barras, por haber salvado la vida del monarca en una batalla. Heredó de su padre los señoríos de Bardallur y de la mitad de Plasencia. Fueron sus hijos Claudio y Jerónimo que fue abad de San Juan de la Peña y Grayda, del segundo matrimonio. Del primero sólo nació Martina que casó con Francisco Fernández de Heredia, Gobernador de Aragón.

Juan de Lanuza III, vizconde de Rueda y de Perellós, mantuvo el señorío de Bardallur y mediante concordia con Miguel Ximénez de Urrea, conde de Aranda, fechada a 13 de septiembre de 1528 sobre el uso de la acequia de Mareca, obtuvo la totalidad del señorío de Plasencia de Jalón.

Era aún Justicia cuando fue nombrado Virrey de Aragón, el 17 de mayo de 1529, un Juan de Lanuza, mayordomo de boca de Felipe I de Aragón y II de Castilla, aún príncipe. Casó con Beatriz de Espés, de cuyo matrimonio nacieron Ferrer, Martín, Juan y Grayda. A su muerte, el 27 de noviembre de 1532, fue enterrado también en el Pilar. Por ser sus hijos menores le sucedió Lorenzo Fernández de Heredia y Lanuza, hijo de Martina Lanuza y Bardají, antes citada. Fue Justicia desde el 26 de abril de 1533 hasta el 4 de mayo de 1547. Ante él juró, siendo príncipe, el que más tarde sería Felipe I de Aragón y II de Castilla, con ocasión de su visita a Zaragoza, en 1551, a inaugurar la Lonja.

Al alcanzar en ese 4 de mayo la mayoría de edad fue nombrado Justicia Ferrer de Lanuza y Espés, segundo de los de ese nombre, primogénito de Juan de Lanuza III. Fue Justicia hasta su muerte, sin haber contraído matrimonio, el 14 de marzo de 1554.

Al no tener descendencia le sucedió su hermano Juan de Lanuza y Espés, cuarto de los de su nombre, a quien

nombró Carlos I, desde Bélgica, el 16 de abril de 1554. Casó con Catalina Ximénez de Urrea y Toledo, hija de Miguel Ximénez de Urrea y María de Toledo, condes de Aranda. Del matrimonio nacieron siete hermanos: Juan, Pedro, Martín, Beatriz-María, Catalina, Ana e Isabel. En el archivo del Pilar se encuentran las inscripciones bautismales de Beatriz-María (23 de noviembre de 1557) y Luisa (24 de agosto de 1565).

Martín de Lanuza y Ximénez de Urrea era Maestre de Campo del ejército de Aragón y huyó a Francia con Antonio Pérez, por lo que le fueron confiscados sus bienes, pasando parte de ellos por donación real al monasterio oscense de Loreto.

En mayo de 1591 se producen las tristemente célebres alteraciones de Zaragoza, siendo Justicia Juan de Lanuza IV. El 24 de mayo hacen preso al Virrey, marqués de Almenara, que muere en la cárcel del reino el 6 de junio, según consta en la oportuna inscripción en el archivo del Pilar. En aquellas jornadas el Justicia recibe importantes lesiones que le producen la muerte el 21 de septiembre. En la anotación de su entierro en el convento de San Francisco al día siguiente, también en el archivo del Pilar, hay constancia de que “juró su hijo por Justicia”.

Se trataba de Juan de Lanuza y Ximénez de Urrea, vizconde de Rueda y de Perellós, señor de Plasencia de

Jalón y de Bardallur, quien desde el 22 de septiembre al 20 de diciembre de 1591 fue Juan de Lanuza V.

Fue a su hermano Pedro a quien Felipe II de Aragón y III de Castilla concedió en 1611 el título de conde de Plasencia de Jalón, reponiéndole los bienes incautados a su familia en aquel desdichado diciembre de 1591, ingresando en la Orden de Caballeros de Santiago. Pedro de Lanuza y Ximénez casó con Luisa de Silva y Portocarrero, dama de Margarita de Austria. Del matrimonio nacieron Ferrer, Francisco y Sancha, que murieron de poca edad, María Antonia, que fue monja de Santa Inés en Zaragoza y Miguel, que murió en 1630 peleando en el Casal de Montserrat.

Ferrer de Lanuza y Silva contrajo matrimonio con María Sanz de Latrás, hija del conde de Atarés. A su fallecimiento, sin descendencia, su viuda ingresó en un convento.

Se corta aquí la línea sucesoria directa de los Lanuza Justicias de Aragón, pasando todos los títulos a los sucesores de Claudio de Lanuza y Torrellas, hermano que fue de Lanuza III.

El origen de los Lanuza. A todo lo expuesto cabe añadir que el origen de los Lanuza lo encontramos en el señorío de Lanux, en el Valle de Tena, conocido como la Casa de Lanuza de Aragón, correspondiendo al Condado de Bigorra.

Por aquel tiempo el nombre geográfico se escribe Lanuze, por galicismo, pronunciado Lanus o Lanuss. También se denomina Lanux, expresión latina como lengua oficial de la época.

Luis de Bigorra, conde de su nombre, murió sin herederos en 1005, sucediéndole en el título su hermano Arnaldo y, posteriormente, García Arnaldo y Blasco Arnaldo de Bigorra, primer señor de Lanuza por concesión de su pariente Gisberga de Bigorra, hija de Gracinda, condesa de Bigorra y de Roger de Comenge, conde de Comerans y de Fox, que casó en 1036 con Ramiro I de Aragón.

García Blasco de Bigorra, segundo titular del señorío de Lanuza, aparece en un documento de 1070. Le sucedió su hijo Roger de Bigorra y de Lanuza, de quien hay referencias escritas de 1092 y 1094. Otro de sus hijos, Beltrán, estuvo con Alfonso I en la conquista de Zaragoza y murió en 1134 en la batalla de Fraga.

Con posterioridad anteponen el apellido Lanuza y encontramos en documentos de 1250 a Osés de Lanuza. Su hijo Ferrer, según indican Blancas, Pedro Vitales y Latassa, estuvo en 1323 en la conquista de Cerdeña, concediéndole el Rey el señorío de Alfocea, que añadía a los que ya poseía de Arguisal y Essun de Basa, en los Pirineos.

Tuvo este Ferrer dos hijos: Ferrer y Martín Lope, que heredó a su padre y hermano, y casó con Urraca Fernán-

dez de Tarba, nieta del Justicia de Aragón Galacián de Tarba. Pedro Vitales la llama Urraca Fernández de Jaraba, justificando así que se incorporase a la Casa de los Lanuza toda la hacienda de los de Jaraba.

Hijo de este matrimonio fue Martín Lope a quien se llamó Galacián de Tarba, que estuvo a favor del conde de Urgel en tiempos del Compromiso de Caspe, por lo que Fernando I de Aragón le confiscó todos los bienes. Casó con Elvira López de Sesé, con quien tuvo a Violante Lanuza y López de Sesé (también llamada Violante de Tarba). Del matrimonio de ésta con Álvaro de Garabito, Baile General de Aragón, nació Inés o Violante Garabito y Lanuza, esposa que fue de Ferrer de Lanuza I.

El antes citado Ferrer, hermano de Martín Lope defendió Zaragoza frente al rey de Castilla en 1357, por orden de Pedro IV. Casó con Galaciana Gil de Castro, descendiente de la baronía de Castro, rama bastarda de la Casa Real de Aragón. Del matrimonio nacieron Ferrer, Martín y Pedro de Lanuza, siendo el primogénito, el primer Justicia de Aragón de los de su linaje.

Juan de Lanuza, Justicia de Aragón. Parece prudente centrar al lector en la figura del más célebre de los Lanuza justicias: Juan de Lanuza V.

Acusado del asesinato de Escobedo, secretario de Felipe II, llevaba Antonio Pérez doce años preso en

Madrid, en la casa de Benito Cisneros, en la plaza del Salvador. Había recibido tormento, quedándole señales en los brazos, por el juez particular nombrado por el rey, Rodrigo Vázquez de Arce.

Con la ayuda del soldado Gil de Mesa, cuyo padre era de Bubierca, y del estudiante de leyes Gil González, Antonio Pérez consigue escapar acompañado de Francisco Mayorini, su compañero de celda. Eludieron la aduana de Arcos, y consiguieron llegar a Bubierca y más tarde a Calatayud.

En el monasterio dominico de San Pedro Mártir encuentran asilo, escudándose Antonio Pérez en que su padre, Gonzalo, era natural de Monreal de Ariza y quería acogerse al derecho de la manifestación, por lo que quedaba bajo la jurisdicción del Justicia de Aragón.

Ramón Cerdán, gobernador del reino, con numeroso séquito, llegó a Calatayud para trasladar a Antonio Pérez a la cárcel de los Manifestados, junto a la plaza del Mercado de Zaragoza. El 24 de mayo de 1591, a pesar de todo, era trasladado Pérez a la cárcel del Santo Oficio, es decir, a la Aljafería, con el consiguiente alboroto en la ciudad. Eran, sin duda, momentos de alta tensión política y social los que se vivían esos días en Zaragoza.

El Justicia, Juan de Lanuza IV, con sus hijos Juan y Pedro y sus lugartenientes Jerónimo Charles y Martín Bautista de Lanuza, habían ido a casa de Iñigo Mendoza y de la

Cerda, marqués de Almenara, virrey de Aragón. Se incorporaron más tarde Juan Gaco, el regente Francisco Torralba y Gerardo Clavería. Propusieron al marqués que huyera ante el alboroto suscitado, a lo que éste se negó, no teniendo más remedio que conducirlo preso.

Al abandonar la casa con el virrey preso, un criado de Antonio Pérez, Gil González, alertó a la multitud, que se abalanzó sobre el marqués, el Justicia y sus acompañantes. Ambos recibieron importantes heridas, a consecuencia de las cuales el marqués murió en la cárcel el 6 de junio, de mucha calentura. El Justicia tuvo lesiones de consideración que fueron, sin duda, la causa de su fallecimiento el 21 de septiembre.

Antonio Pérez había sido conducido, entretanto, a la cárcel de la Manifestación, siempre escoltado por sus incondicionales Juan de Luna, Diego de Heredia y Martín de Lanuza, hijo del Justicia.

Ante el cadáver de su padre, antes de que fuese enterrado en el panteón familiar en el convento de San Francisco el día 22, juró como Justicia Juan de Lanuza V. Su primera intervención fue dictar un mandamiento mediante el que se restituía a Antonio Pérez desde la cárcel de la Manifestación a la del Santo Oficio, en la Aljafería.

A la prisión de la plaza del Mercado, la cárcel de los Manifestos, junto a la Puerta de Toledo, había llegado

el nuevo virrey, acompañado de Miguel de Santángel, Jurado Mayor de Zaragoza, el duque de Villahermosa y los condes de Sástago, Aranda y Morata con buen número de caballeros.

Cuando Antonio Pérez iba a atravesar el umbral de la puerta, Gil de Mesa, al grito de “¡viva la libertad!”, propició la huida de su amigo Antonio Pérez, quien a su vez decía: “con esa voz no hay que temer, que todo se os hará llano”.

Habían escrito al Rey los condes de Aranda, Morata, Sástago y Ribagorza y el duque de Villahermosa, el 10 de septiembre, pidiéndole consejo en cuanto a cómo actuar en tan delicado momento, sin obtener respuestas alguna del monarca.

El joven Justicia (tan sólo contaba con 27 años) desoyó los consejos de un canónigo, un cartujo y un noble, los mismos que le aconsejaron que no jurase el cargo sin antes hablar con el Rey, que intentaron asesorarle en vano.

Había concentrado Felipe II un importante ejército en Ágreda, a las órdenes de Alonso de Vargas, bajo pretexto de que debía dirigirse a Francia. Los aragoneses eran algo incrédulos respecto al destino final de las tropas y no erraron. De Tarazona fueron los soldados a Calatayud. Estando en la antigua Bilibis recibieron la orden del monarca de restituir en Zaragoza la justicia en su autoridad.



Félix Navarro, Monumento al Justiciazgo, 1887-1904. Archivo Navarro Trallero

El Justicia, mediante declaración pública hecha el 31 de octubre, manifestó su resistencia a la entrada del ejército real en Aragón y en Zaragoza, aconsejado por sus lugartenientes.

El ejército aragonés, si es que puede llamársele así, estaba en el Campo del Toro de Zaragoza. El conde de Aranda y el duque de Villahermosa picaron espuelas y huyeron hasta refugiarse en el monasterio de los Jerónimos, en Santa Engracia. De allí, con ayuda del prior, fueron a pie hasta Cuarte y después, en carro, a Muel donde el marqués de Camarasa les proporcionó mejor transporte hasta Épila.

Ya “a salvo” en casa del de Aranda, escribieron a Calatayud a Alonso de Vargas indicándole que no entrase en Aragón sin ellos acompañarle, sin que les atendiese, pues entró en la ciudad sin resistencia alguna.

El Justicia, conocedor de la situación, salió con mermado ejército, acompañado de Juan de Luna. Al llegar a Utebo ambos dejaron a los soldados y fueron a Épila. Llegaron hasta Calatayud donde se entrevistaron con el marqués de Lombay y después regresaron a Zaragoza, previo paso por Épila, desde donde Lanuza y Luna escriben cartas a los pueblos de Aragón de fechas 11 y 13 de septiembre.

Prisión y muerte de Juan de Lanuza V. Entretanto Juan II, asesorado de algunos letrados de su corte,

envió a Zaragoza a Gómez Velázquez con órdenes bien concretas. Consistía el mandamiento que el que había sido alcaide de Almuñecar, el capitán Juan de Velasco, en nombre del Rey, prendiese al Justicia cuando acudiese a la misa que acostumbraba a oír en la iglesia de San Juan del Puente, tras la sesión con sus lugartenientes. Cumplió fielmente su cometido. Por la Puerta del Ángel, junto a la Diputación del Reino, al pie de cuya escalera fue hecho preso Juan de Lanuza V, extramuros de la ciudad fue conducido a casa del marqués de Ayerbe, Hugo de Urriés, alojamiento de Alonso de Vargas y de allí a la de Juan de Torrellas, en la plaza del Pilar, frente a la basílica, donde se había instalado el Maestre de Campo Francisco de Bovadilla.

Al tiempo, Vargas se había ocupado en cumplir otro mandato del Rey: prender al conde de Aranda y al duque de Villahermosa y trasladarlos de inmediato a Castilla. Al conde le llevaron a La Mota, en Medina del Campo y de allí a Coca, donde murió el 3 de agosto de 1592, y al duque al castillo de Burgos y más tarde al de Miranda.

Varios autores relataron en su tiempo lo ocurrido en aquellos días en Zaragoza. Lupercio Leonardo de Argensola, en su *Información de los sucesos del reino de Aragón en los años 1590 y 1591*, que escribió en 1604 y publicó en 1808 la Imprenta Real de Madrid, anotó:

“Desta manera llegó a la plaza estremeciendo a todos los del ejército (que de la ciudad no asistió gente a tal espectáculo), porque demás de su edad y apacible presencia, que siempre en semejantes trances es más notada, asía con el mismo luto que pocos días antes había traído por la muerte de su padre, y sin cuello en la camisa. Cortóle el verdugo la cabeza y, con poco respeto, llegó a quitarle unas medias de seda. Pero un gobernador de una tropa de ejército, dándole con un palo, le mandó que las dexase y no tocase ni un hilo de aquel cuerpo. Después los caballeros y capitanes del ejército le llevaron a hombros hasta el monasterio de San Francisco, donde está su sepultura, y pocos días antes habían sepultado a su padre. Esto pasó a 20 de diciembre del año 1591. día cuya memoria deben los aragoneses señalar con piedra negra, como los del 24 de mayo y septiembre, en que dieron la causa de tanto mal.”

Registrado con el número 35 de los manuscritos, se conserva en el Archivo Municipal de Zaragoza un documento de 216 páginas en folio con el título *Relación de lo que D. Francisco de Bovadilla, Maestre del Campo de Su Majestad, sirvió en la jornada de Aragón*. Tras hacer pormenorizada reseña de la prisión del conde de Aranda, del duque de Villahermosa y del propio Justicia, relaciona en doce apartados las ubicaciones de las tropas al clarear el alba del 20 de diciembre. En el primero de ellos dice:

“En la plaza del Mercado, donde es la Plaza Principal, amaneció un escuadrón grande de las tropas de Diego de Vargas Machuca y Francisco de Miranda; donde asimismo amaneció un cadalso cubierto de bayeta negra. Esa misma noche estuvieron de guardia en todas las calles que salían a ella para que sintiesen cómo se hacía el cadalso.”

Es, como puede verse, la versión del soldado que pormenoriza en los nombres de todos los jefes militares que mandaban las respectivas tropas. Aclara Bovadilla la identidad de cuatro clérigos que le asistieron en su última noche y le acompañaron al cadalso: su confesor, el jesuita P. Ibáñez, el Dr. Mancebón, predicador del ejército y los agustinos Jerónimo Aldovera y Pedro Leonardo de Argensola. Deja constancia de que el coche descubierto en que iban el Justicia y los sacerdotes fue escoltado hasta la plaza del Mercado por doce soldados coseletes, con sus alabardas:

Tras reproducir el pregón mandado leer por el Rey, termina lo referente al asunto que nos ocupa:

“Y habiéndole llevado a la dicha Plaza del Mercado y subido al cadalso, le fue cortada la cabeza en él, a las once horas antes del mediodía. Y por la tarde fue llevado a enterrar, con mucho acompañamiento de capitanes y personas principales del ejército.”

El canónigo Vicencio Blasco de Lanuza fue el autor de las *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón en que se continúan los Anales de Zurita desde el año 1555 hasta el de 1618*, que vieron la luz en 1622 en la imprenta de Juan de Lanaja.

Hace el autor un relato pormenorizado de lo acaecido durante todo el día 19, con la prisión de Lanuza y los dos nobles, así como una serie de disquisiciones sobre la culpa y los culpables. Señala también que Juan de Lanuza desoyó a algunos asesores, como un canónigo (probablemente él), un cartujo y una persona de nobleza. Al contar lo acaecido en la mañana del 20 de diciembre, dice:

“Y así, llegando al Mercado y puesto de rodillas en el cadalso, que estaba de luto, y él también lo estaba porque lo llevaba por la muerte de su padre, volviendo los ojos al Cristo y después diciendo con grande devoción las palabras del Himno a la Virgen *María Mater gratiae, Mater misericordiae. Tu nos ab hoste propege et hora mortis suscipe*, que fueron las últimas que pudo pronunciar.”

La parroquia de San Pablo, donde se encontraba la inscripción de su defunción en libro, desgraciadamente, desaparecido y de la que se tiene constancia por la reproducción que de ella hizo *La Derecha*, el 20 de diciembre de 1891, pretendía acompañarle al entierro. También la de San Felipe quiso encargarse del cometi-



Eduardo López del Plano, *Los últimos momentos de Lanuza*, 1864. Diputación Provincial de Zaragoza

do. Vicencio Blasco de Lanuza tiene un lapsus al señalar que se cumplió con lo dispuesto por el Vicario, pues, como luego veremos, no fue así.

En el archivo del Pilar se encuentra una curiosa nota fechada a 20 de diciembre de 1591. Sobre el 20 está inscrito “ojo” y en ella se lee:

“Enterraron al Justicia de Aragón. Los de San Pablo lo llevaron a San Felipe y de allí lo llevaron los de la Seo a San Francisco. De su desdichada muerte, pesó a todos.”

Lo que sí señala Blasco de Lanuza con exactitud es que: “Las andas donde iba el cuerpo del difunto y la cabeza, llevaban el conde de Oñate, D. Francisco de Bovadilla, D. Luis de Toledo, D. Antonio Manrique y D. Agustín Mejía y otros hombres principales, cinco en cada parte.”

Este autor es quien aporta un curioso dato al señalar que Juan de Lanuza V era rubio.

En el Armario de Privilegios, letra M, del Archivo Capitular de la Seo del Salvador de Zaragoza se conserva el libro manuscrito inédito *Memorias de las cosas que en la iglesia de la Seo de Zaragoza se han ofrecido tocantes a ella desde Agosto del año 1570 hasta el año 1601, inclusive. Hecho por el Doctor Pascual Mandura, canónigo de dicha iglesia*, en cuyos folios 338v al 341 se ocupa de lo concerniente a las jornadas que nos ocupan.

Había tenido noticia el Cabildo de la prisión de Lanuza y sabían que los soldados impedían la entrada a la Seo

en la mañana del día 19: “Sabida esta novedad, ese mismo día, después de comer se tuvo Capítulo en donde se hallaron el Prior, D. Vicencio Agustín, muy sentido y casi medio desmayado y los canónigos Otal, Mandura, Monreal, Torrellas, Sora y López. Tratóse de lo que en esta ocasión se había que hacer y, pasando varias razones, se resolvió que no se invocase cosa alguna, porque podía ser de mucho inconveniente, y que lo mejor era encomendarlo a Dios con más frecuentes y fervorosas oraciones.”

Pero la cosa no quedó así. De nuevo se reunió el Cabildo porque se le había pedido que acompañase al Justicia en su entierro y decidieron que fuese el canónigo López a casa del Capitán General, Alonso de Vargas. Después de vísperas hubo nueva sesión capitular a la que asistió el Dr. Mancebón enviado por Vargas. Acordaron enterrarle gratis, como queda constancia en el acta correspondiente.

A propósito del acta. Es curioso que se tachasen, y así están en el libro original, las tres líneas del texto correspondientes al acuerdo adoptado el día 19 y se mantuviesen los del día siguiente...

“Y así el Capítulo salió al entierro a las cuatro horas y, aunque el cuerpo estaba en el distrito de San Pablo, avisó el oficial que se llevase a San Felipe... Y lo llevó el Cabildo sólo a San Francisco con la solem-

nidad y música que se acostumbra con semejantes entierros.”

Como señalaba al principio, fue en la plaza del mercado, denominada plaza de Lanuza desde 1885, donde se produjeron estos hechos, de triste recuerdo para Zaragoza y los zaragozanos; para Aragón y los aragoneses. En ese “día cuya memoria deben los aragoneses señalar con piedra negra”, como escribió Argensola.

De plaza del mercado a plaza de Lanuza. Por privilegio de Pedro II de 16 de octubre de 1210, confirmado por Jaime I el 5 de abril de 1218, se trasladó a esta plaza el mercado que hasta entonces se ubicaba junto a la puerta Cineja.

En ella se celebraron justas, torneos, juegos de cañas y hasta el 8 de octubre de 1764, día de la inauguración del Coso de la Misericordia, corridas de toros, situándose la presidencia en la actual entrada a la calle de las Armas y toriles en la calle del Olmo, tabicándose el resto de las bocacalles para el festejo.

Era la plaza del Mercado de Zaragoza el lugar donde se llevaban a cabo las ejecuciones públicas. Además de la ya señalada de Juan de Lanuza V, hubo otra destacada, la de Martín de Pertusa, Jurado Primero de la ciudad (cargo equivalente al actual alcalde), a quien decapita-

ron el 22 de junio de 1485. No menos célebre fue el ajusticiamiento, en 1364, de Bernardo de Cabrera por instigación de los partidarios aragoneses de Enrique de Trastámara. Nacido en Calatayud en 1298, fue consejero de Pedro IV y participó en varias expediciones marítimas, destacando la de Mallorca y la toma de Alguer (Cerdeña) en 1353, al mando de la escuadra aragonesa. Queden estas notas sobre la plaza del Mercado de Zaragoza que guarda en su suelo siglos de historia de nuestra ciudad.

Mercado Central y San Pablo

Luis García Camañes

En la margen derecha del parroquiano Ebro surgió el barrio de San Pablo, fundado por el rey Jaime I el Conquistador quien, entre otros privilegios, le concedió el asentamiento del Mercado, cumpliendo el deseo de su padre Pedro II. Aquel ensanche de la Zaragoza del siglo XIII, llamado en principio Población del Rey, tenía una humilde ermita dedicada a San Blas, que luego sería magnífica iglesia bajo la advocación de San Pablo. La demarcación parroquial llegó hasta Miralbueno, Valdespartera, Puerta del Carmen y Santa Engracia, constituyendo una Zaragoza nueva, algo distante por estar extramuros pero muy influyente. La llamada parroquia Alta, de San Pablo o del Gancho, acogía a labradores, artesanos, comerciantes, nobles y religiosos, quienes actuaron en la vida ciudadana con carac-



Mercado. Archivo J. M. Pérez Latorre



terísticas propias dada la diversa procedencia de dentro y fuera del Reino, haciendo un barrio urbanístico y social que con el tiempo llegaría a ser el centro comercial zaragozano.

El Gancho, honrosa enseña parroquial, tiene su origen en el empleo de un machete en forma de hoz con el que los labradores limpiaban malezas y ramajes, acequias y brazales de riego. También lo utilizaban cuando por San Blas se iba en romería a la ermita para cortar la exuberante vegetación que impedía el paso. El gancho que cortaba cuanto era un estorbo en el campo, ha quedado como símbolo del pasado de todo un sector formado por gente buena y sencilla, donde siguen vivas algunas de las mejores tradiciones zaragozanas. Decir “soy del Gancho”, es un orgullo para quien lo pronuncia y, en ocasiones, pasaporte para muchos caminos.

El Mercado se integró en el barrio al ser trasladado de la Puerta Cineja a la de Toledo, permaneciendo hasta nuestros días; hubo un intento de establecerlo en un solar al lado del Pilar, pero Jaime II ordenó que continuase en el lugar habitual. El mismo monarca autorizó a los parroquianos del Gancho, pertenecientes a la cofradía de San Francisco, el que pudiesen tener una feria anual en la plaza, como anteriormente se había concedido poder celebrar otra feria mercantil por San Juan Bautista, convirtiéndose el barrio, por estas y

otras circunstancias, en la zona más unida al Mercado. Barrio y Mercado marchan juntos desde hace casi ocho siglos, habiendo crecido entre glorias y desdichas (“Barrio que ha reído en parlas en el Mercado y ha callado en lamentos junto a la Cárcel vieja”...). Desde 1210 se extendían las mercancías al aire libre, en losas y tenderetes cubiertos con toldos en el verano. Frutas y hortalizas de las huertas próximas llegaban al alba, cultivadas y transportadas en carros por hortelanos del Gancho, para ser vendidas a una clientela fiel y variada. Aquí se compraba para las mesas ricas y humildes para conventos, casas de caridad, palacios y prostíbulos, para los mesones y posadas que se abrían del principio de San Pablo a su iglesia: San Blas, Las Almas, San Pablo, La Campana, El Gallo; en Boggiero, la posada de Plasencia (hoy el Oasis); en Predicadores, La Salina, San Benito, San Jerónimo... Vendedoras y parroquianas rivalizaban en genio y carácter, festivamente reflejadas en la zarzuela “Gigantes y Cabezudos”.

La iglesia de San Pablo en la Parroquia del Gancho goza de acreditado prestigio que llega mucho más allá de los límites de la ciudad. Monumento Nacional y Patrimonio de la Humanidad, cuenta con torre mudéjar sin par, portadas, capillas, imágenes y tesoros, habiendo permanecido siempre al servicio de Zaragoza y, por su nexa, al Mercado, tanto en devociones como en su

fisonomía social. En sus archivos, y en el primer libro de bautizados que data de 1528, tiene en la página primera el nombre de Miguel de Azpeitia, cuya madre de origen soriano atendía un puesto de verduras en una de las esquinas de la plaza. No es nada fácil poder calcular el número de bautizos, bodas y entierros de feligreses vinculados al Mercado que han tenido lugar en tan insigne templo, muchos de ellos desconocidos al haber desaparecido algunos libros como es el caso del que contenía la partida de defunción de Juan de Lanuza, Justicia de Aragón, decapitado en la plaza por orden de Felipe II.

Desde su creación, y durante años, la función específica como mercado se interrumpía para transformarse en escenario de justas y torneos, representaciones de autos de fe, ejecuciones de justicia, corridas de toros y revueltas populares como el Motín del Trigo en 1504, o el de los Broqueleros en 1766, éste a consecuencia de una manifestación para que se abaratasen el pan, las judías y el aceite, siendo incapaces las autoridades para restablecer el orden. El final de los incendios, saqueos y pillaje, se debió a la intervención de un pequeño grupo de parroquianos armados de espada y broquel que lograron pacificar toda una ciudad. El labrador del Gancho, Domingo Tomás, abastecedor del Mercado, dio por terminado el episodio diciéndoles al

Capitán General y autoridades que “el motín está resuelto y pueden irse a sus casas a dormir tranquilos”. Algunos de aquellos broqueleros volverían a participar en 1808, en un acontecimiento más trascendente: Los Sitios de Zaragoza, en los que los de San Pablo escribieron páginas gloriosas, teniendo como uno de los ejemplos el de las Compañías Cívicas de San Pablo, dirigidas por Mariano Cerezo. Otro suceso sería el de la madrugada del 5 de marzo de 1838, cuando entraron las tropas carlistas ocupando el Coso, el Mercado y plaza de San Pablo, llegando hasta la Tripería. La reacción popular propició la derrota. Entre tanto ciudadano valiente destacó un atípico personaje, cruel y pendero, de nombre Melchor Luna y de apodo Chorizo. Nacido en la Parroquia a principios del XIX, hijo de un carnicero del Mercado, había participado en el degüello de frailes en el convento de San Francisco. En la mencionada mañana de marzo, su lucha al frente de un centenar de vecinos fue determinante para poner fin a la breve ocupación de la Ciudad por el regimiento carlista, dejando muertos y heridos en las calles del barrio y en la propia iglesia de San Pablo. El tal Melchor Luna, que llegó a estar varias veces en prisión condenado a trabajos forzosos, pasó sus últimos años, cojo, pobre e inútil, en el puesto que en el Mercado tenía un hermano suyo y allí murió.

Si la relación entre Gancho y Mercado se intensificaba en la adversidad, lo mismo ocurría cuando había que disfrutar. Son de recordar los festejos celebrados durante la estancia del rey Carlos III en Zaragoza. En la plaza del Mercado, donde se hizo uno de los actos de mayor solemnidad, se alzaban arcos de triunfo con tapices, alfombras, flores y adornos, de manera idéntica a la plaza de San Pablo donde además había hachones y retratos de los reyes. Uno de los días de las fiestas fue destinado exclusivamente al barrio, con corrida de toros, músicas, meriendas y continuado jolgorio. En 1908 bien se conmemoró el Centenario de Los Sitios con la colocación de lápidas a sus héroes, celebración de honras fúnebres y procesiones, conciertos, verbenas y fuegos artificiales... y la célebre comida en la Posada de Las Almas, reproducida en 1975 con motivo del Centenario de la Cofradía de San Roque, santo de devoción popular con cofrades del Mercado arraigados también a otras hermandades parroquiales como San Antón, Santa Bárbara, El Rosario, Esclavas de los Dolores, El Silencio... Antes, en agosto, ahora, en junio, las fiestas del sector se viven animadamente desde el Mercado a la plaza de Santo Domingo, de la Ribera a Conde de Aranda.

Paso principal a la plaza del Mercado lo constituían las calles de la Albartería y de la Cedacería (llamadas



luego Cerdán y Escuelas Pías y, al derribar la manzana por ocurrencias de la Administración convirtiéndose en avenida, primero Imperial y finalmente César Augusto), donde se encontraba el mejor y más numeroso comercio; bien lo saben los del Gancho y el Mercado que padecieron las molestias de aquellas transformaciones de hace unos lustros, junto a la pérdida de unas tiendas aún recordadas. Por allí pasaba desde el año 1925, el tranvía de la línea 7 Ayuntamiento-Portillo que recorría con lentitud todo el nervio del sector, con parada en plaza de Lanuza (Mercado), Palacio de Villahermosa (Cárcel y Juzgados), Santo Domingo (Ayuntamiento y Casa de Amparo) y Portillo, con apeadero en marcha a la entrada de la Hilarza (Casta Alvarez), donde vendían los caracoles. El tranvía hace mucho que desapareció, pero permanecen las calles por las que transitaba, siendo para Ramón J. Sender la de Predicadores su preferida, porque “en ella el barullo del Mercado se apaciguaba y la gente que antes era fenicia y gritadora con sus pregones de mercadería se hacía más razonable y noble. Noble, porque a veces las piedras calladas y los arcos de los dinteles proyectan alguna clase de distinción sobre las personas”. Otro escritor aragonés, expa-roquiano, el doctor Santiago Lorén, sabe del entrañable entorno habiendo dejado retazos de sus recuerdos en algunas de sus obras: “Las noches calurosas de

agosto lanzaban a la calle a las gentes agobiadas en las viejas casas del barrio de San Pablo... Diez céntimos de escorzonera permitían esperar hasta más de la una la brisa del río que si llegaba traía bochorno del sur; otros se sentaban cerca, en los soportales de la plaza de Lanuza bajo las antiguas farolas oscurecidas por las miríadas de insectos que chocaban contra los sucios cristales de protección de las bombillas...” Noches de los tiempos del estraperlo en los alrededores del Mercado, con bares donde se reunía la vecindad trasnochadora y donde los madrugadores tomaban el café, el revuelto o el aguardiente: Aurora, Central, Lanuza, Vasconia, Chipirón, Gallo Perico...

Con el inicio del siglo XX se acercaban a su final los puestos al aire libre. Se construiría un mercado amplio y bien acondicionado que ocuparía toda la plaza y algo más. Así se hizo, levantándose una magnífica representación de la edificación modernista en hierro y piedra. La obra se debió en su mayor parte a la industria local, con artesanos y talleres del Gancho: Averly, que realizó las columnas y remates; Viñado que hizo los esmaltes; Vigatá y los hermanos Lasheras construyeron los forjados, cierres y verjas, etc. La mano de obra la pusieron en su mayoría trabajadores especialistas y obreros del barrio. El enorme galeón –primera despensa en la que se junta la buena gente que vende y compra–, quedaba

anclado en el pulmón del Gancho a la sombra de la torre capitana de su iglesia: “Mis miradas se cerraban siempre con una torre bellísima. Desde mi casa de la calle de Aguadores, la ventana enrejada agobiaba con la torre esbelta y solemne. Cincuenta años después, una acuarela que mi hermano pintara para mi con la torre de San Pablo amagada por el silencio de la neblina, sigue en la cabecera de nuestra cama al lado de un Cristo que fue el último regalo que me hizo mi padre” (Manuel Alvar. Revista *El Gancho*).

A partir de la inauguración del nuevo Mercado el 24 de junio de 1903, se incrementó la actividad viéndose beneficiados los comercios donde se complementaban las compras; tiendas de los porches y calles próximas siempre acogedoras, con una dependencia eficaz y amable, hoy integrada con la triple simbología “mercado–iglesia–gancho” en la Asociación de Comerciantes del Casco Antiguo–Sector Mercado. Y continuaron llegando los carros rompiendo el silencio de la madrugada con el ruido de las ruedas sobre los cantos rodados. Al abrirse Mercazaragoza en Cogullada, torreros y mercadores dejaron de caminar entre fardos y cajas, y de apilar banastas de frutas y verduras en el hondo, lo mismo que años atrás había cesado el traqueteo de vehículos que llevaban la mercancía desde el mercado de pescados en la plaza de Santo Domingo hasta el de

Lanuzá. Los más viejos recuerdan aquella especie de pequeño pueblo en el que nada era ajeno a nadie, y en el que eran puntal unas mujeres que tenían la dualidad de ser parroquianas y vendedoras: Carlota la Maja, Francha la Herrera, Mariana la Cañamonera, la tía Tambora, la tía Culeca, la Morena, la tía Escoscada, las señoras Nazaria, Cesárea, Lucía... Con aquellas y tantas otras, los hombres –padres, maridos, hijos–, formados en las buenas escuelas del ámbito parroquial: Escolapios, El Pilar, Santo Tomás, Buen Pastor, Eulogia Lafuente (de la Golondrina), Valentín Zabala (de la Ribera), todas desaparecidas excepto la Escuela Pía y que siga por muchos años. De esas clases salieron con el certificado de gente de bien aquellas y estas personas, anteriores y actuales responsables del Mercado.

La vida del nuevo Mercado transcurría apacible y feliz, con sus lutos y dolores, de acuerdo con los acontecimientos familiares, sociales o políticos. Todo giraba con la monotonía de la normalidad que mueve a las personas, hasta los años setenta en que se pretende derribar el suntuoso edificio, o trasladarlo piedra a piedra a lejano emplazamiento, con el pretexto de prolongar la avenida hasta el puente de Santiago. No se hace esperar la reacción de detallistas, compradores, colectivos vecinales, asociaciones e instituciones, prensa... y parroquianos de siempre oponiéndose a tamaña amenaza. La

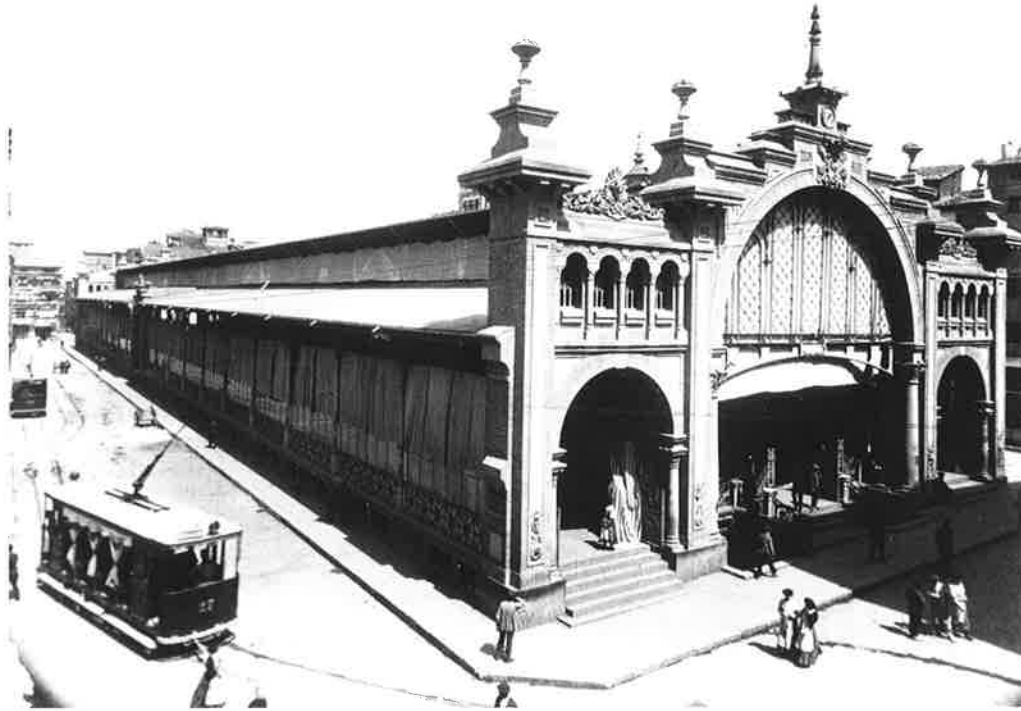
campaña en contra apoyada por miles de firmas recogidas en los puestos, establecimientos y en las calles, logra vencer el empecinamiento oficial consiguiendo, además de no tirar el Mercado, el ser declarado Monumento Nacional. El lema “Salvemos el Mercado” sirvió para agrupar voluntades de arriba y de abajo, llegando a estampar sus firmas desde el alcalde Miguel Merino al último cargador. Especial mención merecen las primeras voces que clamaron por la continuidad del Mercado que fueron muchas, representadas por Lázaro Soler, Ángel Sánchez, José Luis López... Mucho se escribió en los periódicos y se habló por los micrófonos, destacando profesionales, políticos e intelectuales vinculados al Gancho: Sebastián Contín, Federico Torralba, Santiago Lorén, José María Zaldívar, Fernando Solsona; este, defensor y divulgador de siempre de todo lo del Barrio, escribió una proclama que comenzaba así: “A los parroquianos de San Pablo. ¡Salvemos el Mercado!” Seguía con un encendido razonamiento mostrando el sentir de la mayoría de los zaragozanos, convocándoles a todos a firmar, terminando “Porque salvar el Mercado es salvar Zaragoza y la continuidad de nuestra entrañable Parroquia”. Eran los primeros días del año 1977 cuando el peligro había pasado. Seguiría en pie el Mercado, siendo el Gancho el primer beneficiario en su economía.



En 1986, interior y exterior del edificio fueron objeto de una importante remodelación y, Ayuntamiento y Asociación de Detallistas, para un inmediato futuro preparan un estudio de viabilidad del Mercado Central de Lanuza con el fin de proceder a una renovación, tanto de sus estructuras físicas como de sus componentes comerciales. Ahí está una nueva etapa en la que seguir compartiendo y construyendo la historia común de cada día hasta otro centenario, por lo menos. Para entonces serán otros quienes aprenen los recuerdos y ojeen viejas páginas, conformando un nuevo relato sobre estos lugares de la Zaragoza amable y profunda.

**Mercado Central
100 años**





Mercado Central. Archivo Asociación de Detallistas Mercado Central



Jean Laurent, *Plaza del Mercado*, c. 1870. Archivo Municipal de Zaragoza

PLAZA DEL MERCADO EN ZARAGOZA

Situada casi en la parte media de la ciudad y muy cerca del caudaloso Ebro, la plaza del mercado de Zaragoza es típica, por sus edificios, de una población aragonesa y una de las de mayor animación y movimiento, especialmente en determinadas horas del día, durante las cuales el observador puede estudiar caracteres y costumbres que por su sencillez y originalidad llaman agradablemente la atención. Al lado de casas de moderna construcción, se ven algunas que quizás conserven en sus paredes huellas de los memorables sitios de 1808, unas y otras con numerosas aberturas y salientes balcones, y todas con tiendas en su mayoría destinadas a expender artículos de primera necesidad. Delante de éstas y en pintoresca confusión se amontonan barriles, sacos, cajas y canastas que contienen las nutritivas y exquisitas producciones de la agricultura aragonesa, los dones de las comarcas que se distin-



Plaza del Mercado, c. 1880. Archivo Municipal de Zaragoza

guen por su notable fertilidad entre los cuales figuran en primer término las hortalizas y las frutas. Sencillos son los puestos y mostradores, tan sencillos como las necesidades y carácter de aquellos sobrios habitantes, pero la bondad de la mercancía compensa la falta de aparato y lujo con que otras capitales de España y sobre todo del extranjero, suele exhibirse. Y si a todo esto se añade la pureza del ambiente, la claridad de que los rayos solares inundan esta plaza, realzando todos sus detalles con vigorosos tonos, se convendrá en que presenta un golpe de vista pintoresco, digno de la contemplación y el estudio de un artista.

Panorama Nacional. Bellezas de España y sus colonias. Un gran panorama y 14 fotografías, Hermenegildo Miralles, Barcelona, c. 1900



Archivo Asociación de Detallistas Mercado Central

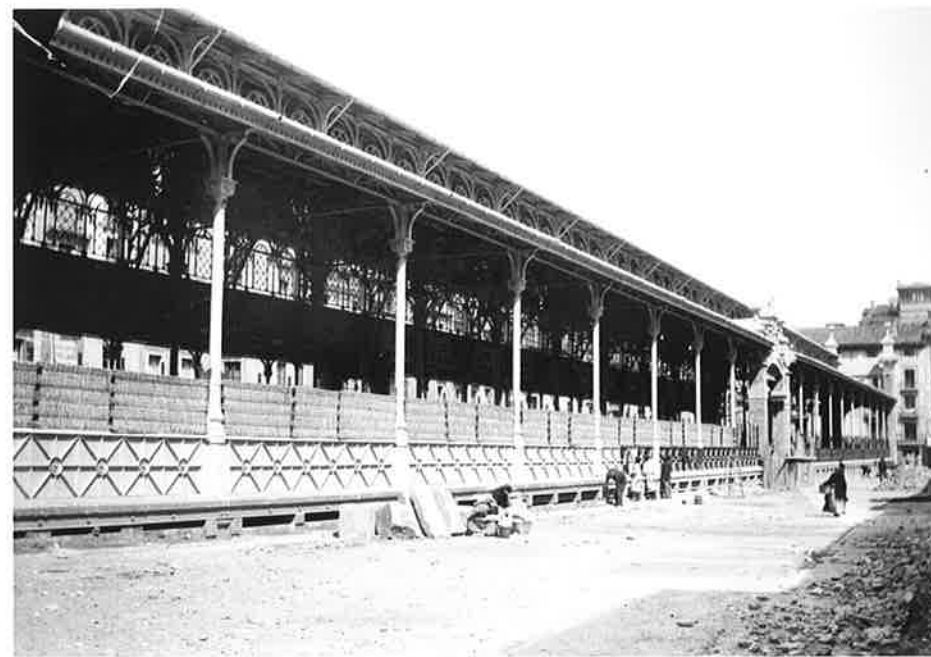


Entre lo ahora no visible se cuenta la antigua manzana iya histórica de las casas expropiadas, conjunto o cuerpo de cuarenta fincas que contaba como espinazo algo difícil de descubrir y desarrancar: el cimiento de la muralla romana de cuatro metros y medio de base, y de dureza tal, que solamente con explosivos pudo deshacerse. Redacción, "Reformas urbanas. El mercado nuevo", en *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 24 junio 1903



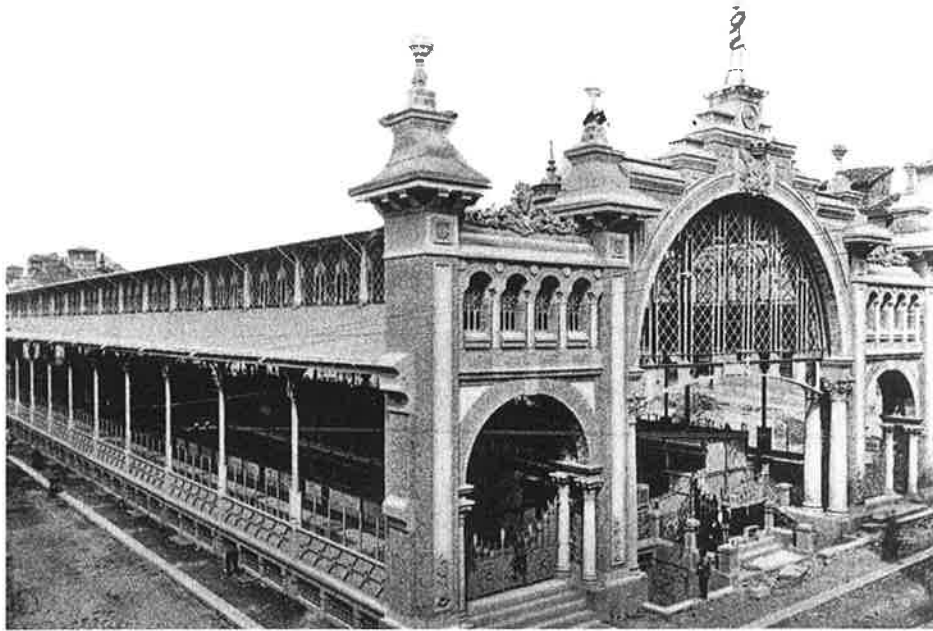


Félix Navarro supervisando la construcción de las obras del Mercado. Archivo Asociación de Detallistas Mercado Central



La estructura del mercado, hállase toda a la vista, siendo de las llamadas lineales, con tres naves paralelas, y la central más alta para dejar dos filas de ventanas en el exceso de altura sobre las laterales. Aquella se eleva hasta unos catorce metros sobre el suelo exterior, y tiene de anchura trece, siendo de seis metros las naves exteriores. Como el decoro de un edificio no estriba sólo en que resulte útil y con buenos materiales, había que hacerlo también artístico. Los armados de hierro, por sí solos, dada la delgadez de las mesas necesarias, no son monumentales. Por esta razón, se han hecho las fachadas de testero y las portadas de ingreso lateral con ese carácter de robustez que conviene a lo propio de toda una ciudad. Las fachadas de testero de las naves afectan forma de arcos triunfales romanos, por los cuales pase el pueblo ya culto, victorioso sobre anteriores rudezas y mezquindades.

Félix Navarro, "El nuevo mercado", en *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 24 junio 1903



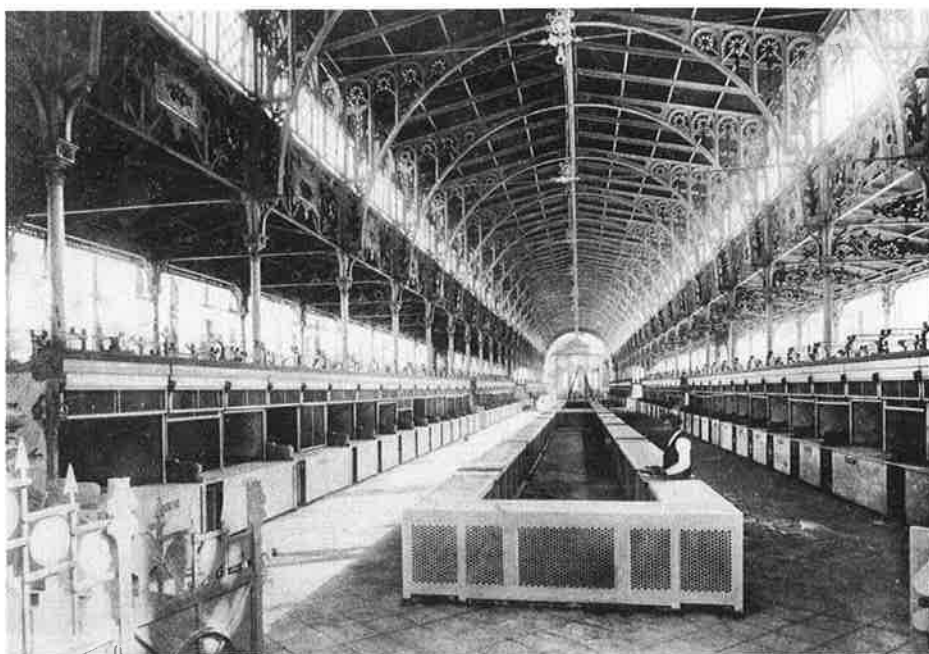
Exterior del Nuevo Mercado. Archivo Asociación de Detallistas Mercado Central



Madriguera, Exterior del Nuevo Mercado. Archivo J. M. Pérez Latorre

El conjunto del mercado ofrecerá a la vista un cubierto de tres naves, siendo la central de doble ancho y más alta que las laterales (...). Lateralmente no habrá cierres de cubierto para evitar olores malos; a lo sumo, si se considerase necesario para contrarrestar la molestia del viento, se colocarán a lo largo de las balaustradas unos gruesos cristales montados al aire, como se ven en algunos cafés de París, cuya concurrencia se sitúa en las aceras. Esto resultaría elegante y hasta de trascendencia en las costumbres urbanas; porque los objetos sugeridos por la cultura, enseñan insensiblemente a ser cultas a las gentes. Cada cosa engendra su semejante, y con detalles cultos se puede tener la cultura urbana.

Félix Navarro, "Reformas urbanas. El Mercado Nuevo", en *Diario de Avisos*, Zaragoza, 24 junio 1903



Interior del mercado, 1903. Archivo J. M. Pérez Latorre

Los nuevos puestos formarán filas longitudinales en la plataforma; cuatro de ellas de banco sencillo y otras cuatro de cajón es decir ocho filas que dejen entre sí, dos pasos longitudinales de unos tres metros y medio, y otros dos algo menores, además de bastantes transversales para muy cómoda circulación. Habrá accesos o salidas por los testeros y por los centros laterales. Los puestos de cajón ofrecerán uniformidad completa de aspecto diferenciándose por sus tarjetas esmaltadas y por algún detalle de instalación interior según sean las mercancías, pescados, frutos verdes, productos secos, etc. Félix Navarro, "Noticia proyecto del mercado", en *Diario de Avisos*, Zaragoza, 24 junio 1903



Palacio, Mercado de Lanuza, c. 1930. Archivo Municipal de Zaragoza

En el sótano, aparte de los encierros, entre muros o entre redes, hay también una plaza al por mayor, para vender en el suelo y hasta la cual pueden llegar a descargar las caballerías para no dejarlas desatendidas en el exterior, sus conductores que ya las hayan descargado en parte. Félix Navarro, "El nuevo mercado", en *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 24 junio 1903

Un poco más abajo, por la calle Cerdán, se iba al mercado, donde millares de compradores y vendedores hacían cada día sus negocios en frutas, legumbres, carne y pescado, protegidos del sol por un inmenso cobertizo de metal y cemento complicado como el laberinto de Creta. Los olores más diversos se mezclaban allí dentro, pero dominaba una sensación de fresca húmeda. Por el centro del pavimento de ladrillo había arroyuelos de agua circulando como en los alcázares moros. Aquel sitio me parecía terriblemente exótico.

Ramón J. Sender, *Crónica del alba*, 1942



Fototipia Thomas, *Entrada del Nuevo Mercado*, 1910-1912. Archivo Municipal de Zaragoza



Interior del mercado. Archivo J. M. Pérez Latorre

La obra de un detallista

Ignacio Iraburu

En el camino de vuelta a la infancia siempre hay un mercado abierto. Un mercado con las luces encendidas desde primeras horas de la mañana y hasta últimas de la tarde. Un mercado es mucho más que un recinto donde unos compran y otros venden. Es un espacio lleno de memoria personal y colectiva. El Mercado Central acompaña a millares de zaragozanos desde pequeños y se ha quedado fijado en nuestros cinco sentidos.

Este lugar refleja la historia de las personas que lo han frecuentado, pero también la de la ciudad entera y, por supuesto, la de su autor, Félix Navarro Pérez. Son los tres ejes de un mundo que ha cumplido cien años. Las fotografías de época nos muestran, en la fecha inaugural del 24 de junio de 1903, día mágico de san Juan, las grandes telas oscuras que velaban las ventanas de las casas de la



Carlos Madrid, *Sin título*, 2003



capital aragonesa. Eran telas que cumplían el papel de persianas dispuestas contra un sol que entonces –sólo es preciso constatar la altísima mortalidad infantil de la época, los índices de pobreza o el problema de la falta de higiene– calentaba para unos pocos.

El año del Mercado. Veinte años atrás había comenzado la instalación de la luz eléctrica en la ciudad y una década después las primeras chimeneas de las azucareras –la Azucarera de Aragón, “La Vieja”– apuntaban hacia un cielo que empezaba a cambiar. Aquellos gigantes de ladrillo eran fundamentales para poner en marcha el proceso de industrialización.

En 1902 los tranvías tirados por mulas iban a ser sustituidos por los modernos tranvías eléctricos, coches con dos motores de 25 caballos y dotados de todos los adelantos “para evitar desgracias casuales”. El interior era lujo y esplendor, con su forro de caoba, fresno y roble. De la vieja tracción a sangre al motor del progreso. El ritmo urbano iba cambiando, como variaba también su forma de establecer comunicaciones, sus servicios internos. Con aquellos postes metálicos que sostenían la línea eléctrica Zaragoza daba pasos para modificar su marcha. La capital aragonesa debía espabilar como los tranvías y mejorar las condiciones de sus habitantes. Y eso, entre otras cosas, pasaba por la creación de un

mercado cubierto y bien ventilado, que transformara las penosas condiciones higiénicas, tal como había sucedido en otras ciudades españolas.

En el mismo año en que se inaugura el mercado, moría en la localidad de Andújar Antonio Candalija, que fue alcalde de la ciudad. En la década de los años 60 del siglo XIX, él impulsó la creación de la calle Alfonso, convertida en la arteria principal, zona de acomodo burgués y punta de lanza de un replanteamiento urbanístico hacia espacios más amplios, nuevos trazados saneados con calles rectas y largas.

También en 1903, con una ciudad en torno a los 100.000 habitantes y en vísperas de su expansión, el Ayuntamiento falla el concurso de alcantarillado. Las aguas dejarán de bajar turbias por mitad de las calles, pero eso no significará que la ciudad se cuide más de sí misma. En el mes de febrero de ese año, el Año del Mercado, comenzó el procedimiento de derribo de la Casa Zaporta, convaliente de un gran incendio que en 1894 afectó a la parte posterior de patio. El anticuario francés Fernand Schultz adquirió piedra a piedra el patio de la Infanta, instalando la joya renacentista en su casa del número 25 del Quai Voltaire, en París. Zaragoza, como se ve, seguía perdiendo maravillosas piezas, aunque ésta, por suerte, se recuperó y pudo volver a casa, medio siglo después.

Brindis por la prosperidad. Mientras la capital aragonesa dejaba escapar parte de su historia y sus símbolos, responsables políticos y sociales venían tratando desde hace tiempo la necesidad de levantar un moderno edificio que terminara con la provisionalidad de los vendedores bajo los entoldados. Y para eso encargaron la obra a un autor de ideas progresistas, políglota, viajero, experimentador y abierto al mundo. Un arquitecto absolutamente singular en el panorama de entonces (como también lo sería ahora): Félix Navarro Pérez.

Entre finales del siglo XIX y principios de XX, en Madrid, Barcelona o Valencia se fueron levantando recintos cerrados, con autores que aprovecharon las magníficas posibilidades que ofrecía un nuevo material que se abría paso en el perfil de las ciudades: el hierro. Buena parte de estos espacios todavía subsisten hoy y se han convertido en obras imprescindibles del conjunto urbano.

Zaragoza no es una ciudad pródiga en arquitectura de hierro, ni siquiera las estaciones de trenes retomaron ese lenguaje. Así que, como casos excepcionales, nos queda el Mercado Central y un puente de más antigüedad, el del Pilar. Pero en aquellos años existía un ejemplo pionero y hoy desaparecido, el Teatro Pignatelli (1877), obra también del autor turiasonense en el paseo de la Independencia, con su estructura interna hecha de material férreo.

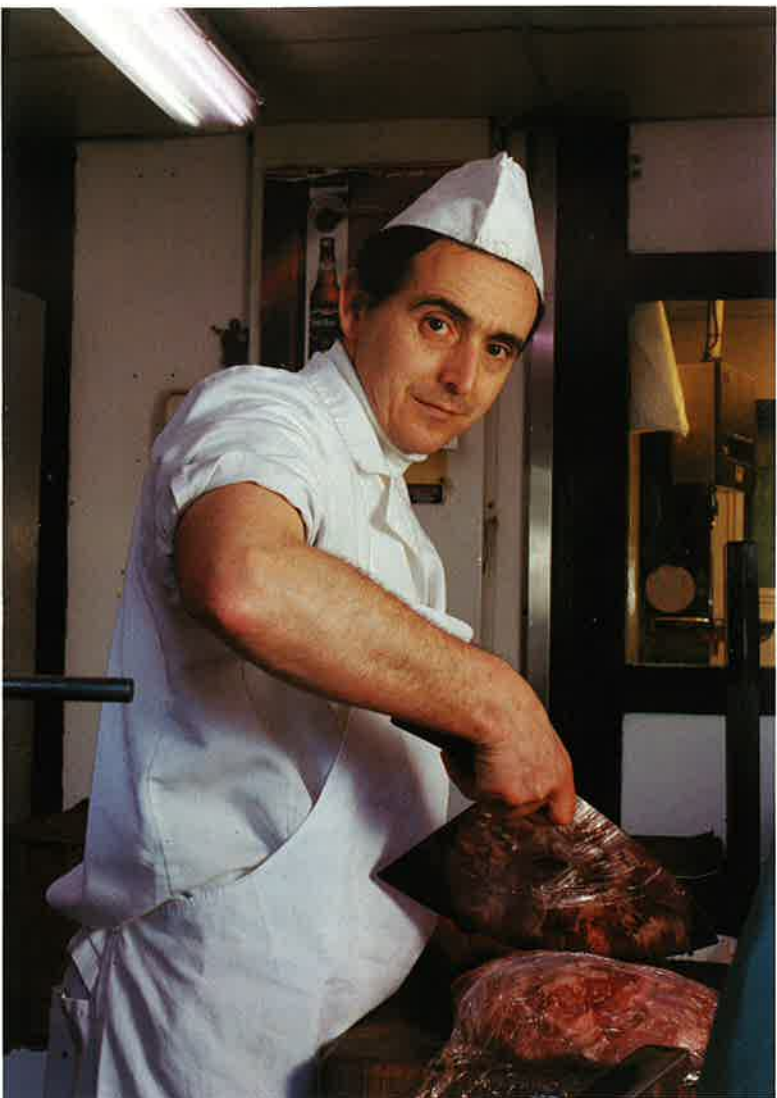
Sobre un espacio lleno de ecos antiguos, como un eslabón distinto en la vieja cadena de los mercados al aire libre, Félix Navarro alzó este magnífico edificio, con empaque y sin parecido con ningún otro. En el paisaje urbano de comienzos de siglo, con un acertado empleo del hierro y el cristal, el autor volcó finalmente muchas ilusiones. Desarrolló un proyecto en la línea del Ecléctico, firmado años atrás, en 1895 y, en buena parte, deudor de sus asombros en la visita realizada a la Exposición Universal de París en 1889, con la Galería de Máquinas y su Torre Eiffel como estandarte de nuevas épocas. En los doce días que duró la visita a la exposición tomó buena nota de los progresos en el ámbito de la higiene, de los materiales y del nuevo mundo que allí empezaba a plantearse.

Castillajes robustos. El secreto de los grandes éxitos constructivos del hierro es, según sus escritos, su “poquedad de masa con enorme fortaleza. Verdad es que análogamente, las energías más poderosas son las de más sutil apariencia”. El autor turiasonense también constatará que las estructuras de hierro “tienen aún más importancia en la parte de las osaturas o armados, por cuanto, lo mismo que en la naturaleza, el insecto, el crustáceo y otros seres que se arman con piel dura, son al fin tipos pequeños, y en cambio los colosos de la animalidad tienen esqueleto especial interno; así también

en la construcción cabe el cobertizo y la casilla, el pabellón suelto, con un mero chapeado resistente por sí o con ligeros refuerzos adosados; pero los grandes vanos utilizables, las magnas armazones, exigen costillajes robustos, ya en el lomo para proteger con la cubierta soportada, de la intemperie, ya en el vientre de un buque para obtener las fuertes superficies de flotación sobre las aguas”.

Navarro, hombre de entusiasmos, vitalista, lleno de proyectos, abordó un mundo, el de los mercados, donde la vida rebosa. Y lo hizo al detalle, porque era un hombre de detalles. Basta observar sus cuadernos de dibujo, o el cuidado que puso en tantas cosas. Él demostró que sólo a través de los detalles, de los matices, se puede construir una gran obra.

El arquitecto trabajó en un espacio cargado de historia, un espacio que durante siglos albergó un mercado al aire libre. Allí se celebraron fiestas, torneos, representaciones teatrales, corridas de toros (hasta mediados del siglo XVII) y fue paso de las comitivas que iban de la Aljafería a La Seo para coronar a los reyes. En este histórico lugar que hace cierta la imagen de las culturas antiguas como anillos en el tronco de un árbol, se decapitó a Juan de Lanuza, Justicia Mayor de Aragón, el 20 de diciembre de 1591, tal como recuerda una placa en el costado del mercado.



Virginia Espa, *Sin título*, 2003

La historia en estos pagos no sólo está en los libros, sino que también queda marcada en el propio terreno. Así, para levantar la nueva obra se demolieron con pólvora grandes restos de las murallas romanas. Las explosiones hacían temblar a todo el barrio y con ellas se perdió un eslabón más en el patrimonio arqueológico de la ciudad. Junto a las murallas se reventaron igualmente varios bloques de casas.

Félix Navarro tenía 46 años cuando proyectó el mercado y 54 cuando se inauguró. Zaragoza no contaba todavía con automóviles matriculados (eso tendría lugar en 1905), pero el progreso, al menos desde este rincón, pedía vía libre. La ciudad dio un paso adelante con esta obra que no podía esperar. El autor aragonés auguró larga vida a su construcción: “El nuevo Mercado estará dotado de su particular reloj, que ojalá regule muchos y prósperos años”. El reloj esférico de números romanos, sigue ahí, coronando el edificio con sus dos campanas y la compañía de las palomas sobrantes de la plaza del Pilar. Pero estuvo a punto de caer, el reloj y todo el mercado, por culpa de demenciales proyectos urbanos. Gracias a la contumaz presión popular se logró dejar las cosas en su sitio. En 1978 se catalogó como Monumento Histórico Nacional, y cuatro años más tarde fue declarado Bien de Interés Cultural.

Los cinco sentidos. El reloj del tejado ha marcado un tiempo lleno de sucesos. El mercado es un referente inamovible en la capital aragonesa, una presencia imponente con sus ocho columnas en sus fachadas. Cada una de las columnas esgrime una letra: Z, A, R, A, G, O, Z, A. Accedemos al interior, por ejemplo entre la A y la G, y reconstruimos pasados, reflejamos presentes y aventuramos futuros, con ayuda de nuestras experiencias.

El arquitecto Pierre de Meuron sostiene “lo más importante no son los edificios sino la vida de las personas”. La vida de las personas que los habitan, o los viven a diario. Quizá lo uno no se entienda sin lo otro. El mercado nos da nuestra medida, como sin nos pesaran en una de esas balanzas de plato ancho. Sabemos que bajo la bóveda de hierro, sus capiteles frutícolas, sus relieves con patos, peces y aves, está la vida en carne y hueso. Un mercado permite entrar en una ciudad sin pedir la vez. A través de sus sonidos, colores y olores sabemos con qué tipo de dieta nos vamos a encontrar en otros ámbitos. Ahora nosotros entramos, entre cualquiera de las ocho letras, con los cinco sentidos en guardia. Viajamos por pasado y por el presente.

Oído. “¡Mancho y corto medias!”. En los años 40 ese era el grito de guerra de un conocido repartidor de fruta, que avanzaba en bicicleta por la calle, camino del

Mercado Central. Era una forma contundente de pedir paso a los viandantes que ocupaban la calzada, sin necesidad de tocar el timbre. Apártense que voy. Quizá ya en este punto móvil comenzaba a dibujarse un espacio acústico especial. Porque el Mercado Central tiene sus propios sonidos, su suma de voces. Aquí concurre el golpe seco de las cajas de madera en la zona de carga y descarga, el ruido metálico de las persianas que marcan el principio y el fin de la jornada, las ruedas de los carritos de la compra, las máquinas registradoras... y también un hilo musical añadido, canciones de ambiente que acompañan en su viaje al consumidor.

Pero lo más importante del mercado son sus voces; éste es un lugar donde la gente escucha. Hay personas que buscan prolongar con su charla el ceremonial de la compra. Antiguamente en las barberías se desarrollaba un periodismo todavía sin nombre, pero el verdadero testigo para ponerse al día estaba en los mercados. Mercados como fuentes de información y de comunicación, lugares de roce e intercambio. Un mercado sin voces no es nada; si a un mercado le bajarán el volumen perdería interés.

Vista. Primero miramos, después escogemos. Y a veces lo importante es el proceso entre lo uno y lo otro. Conozco a una mujer que dice que las aceitunas le qui-

tan el dolor de cabeza y siempre que puede se lanza alegremente hacia el mercado como quien va a una farmacia. Con hueso o sin hueso, tanto da: lo importante es que en ella las aceitunas hacen milagros.

En sus cubos, las aceitunas tienen un despegue glorioso, con esos cazos blancos perforados con pequeños agujeros por donde chorrea un caldo que huele más a aceitunas que las mismas aceitunas. En el momento del despegue es donde comienza el remedio.

Conozco también a un hombre que se chiflaba por las pescaderías del mercado. Le gustaba conocer el nombre de cada pescado, adivinar, antes de preguntar, si algunos de esos desconocidos ejemplares colocados en el mostrador eran de río o de mar. El caso era morder el anzuelo de la curiosidad y repasar con la vista los perplejos ojos de los peces, ojos que tienen la misma expresión—como de fotomatón—vivos que muertos. Los peces son así. El comprador nadaba a sus anchas, no disimulaba su admiración ante tanta maravilla, pese a que él era un hombre de ciencias y de números. Algunas personas se transforman en los mercados, se vuelven del revés.

La escenografía de las pescaderías siempre ha ofrecido un mundo que atrapa desde la orilla quieta del Mercado Central, un territorio que va de la pequeñez de una sardina a la grandeza de una merluza fresca, recién llega-

da del Cantábrico. Las pescaderías huelen a puerto de mar en una ciudad como ésta—qué le vamos a hacer—que no tiene mar.

Unas manos enfundadas en guantes de goma manejan el género con increíble soltura. Cuando el vendedor sopesa alguna pieza de su repertorio, deja caer cierto orgullo por el género alzado. En eso pasan los años, pero los gestos permanecen. Debe de ser orgullo de clase, como si ese tesoro del litoral lo hubiese pescado él.

Gusto. Las carnicerías siempre han tenido su punto de tecnología añadida, con esas máquinas para cortar jamón fino o grueso, al entero gusto del consumidor. En la parte manual causa asombro la destreza en el manejo de los cuchillos, los golpes, los cortes y recortes sobre el género. Los carniceros, en el entreacto de vender, afilan su material y se limpian las manos con un trapo como para tomar carrerilla. El papel de envolver la carne tiene en su reverso un plástico adhesivo, con el que de pequeños fabricábamos estupendos paracaídas, anudando en sus extremos unos hilos de lana y colocando en el centro del artilugio casero un soldado de sobre sorpresa. Hay que reconocer que el envoltorio era un añadido interesante para una ciudad como Zaragoza que se presta a jugar con el viento.

En los mercados importantes, el paladar se cuida mucho. Te dan para probar, y ese detalle puede decantar el fiel de la balanza. Probar es comprobar lo bueno que está, la calidad de lo que se exhibe. En las carnicerías, como en las fruterías, una muestra a tiempo puede cambiar de golpe el rumbo de una compra.

El Mercado Central se mueve al ritmo de la vida, incorporando las transformaciones que se están produciendo en el paladar moderno. Los cambios de cocinar de muchas formas. Existen productos que son nuevos en esta plaza y nada tienen que ver con los que traían los carros de la huerta zaragozana a principios del siglo XX. Las fruterías, por ejemplo, han roto fronteras y también la estricta temporalidad de algún producto de temporada, tradicionalmente adscrito al verano o al invierno. La cesta de la compra resulta cada día más internacional, un poco más mestiza, mientras la estacionalidad también se va diluyendo, bajo el milagro de los invernaderos.

Olfato. La distancia de 126 metros de largura del Mercado Central, con sus tres pasillos, se puede recorrer con los ojos cerrados y saber en todo momento en qué territorio se halla uno. La nariz no engaña. El mercado reúne, todo seguido, el campo y el mar, como los símbolos que ideó Navarro en los capiteles de sus columnas. En este lugar se respiran aires muy diferentes.

El olfato es importante para provocar el recuerdo, para obtener el gusto de las cosas y poder asociarlas de golpe a otras imágenes. Y en el Mercado Central todo eso ha cambiado poco. Una gallina viva costaba hace cien años 3,50 pesetas y un kilo de ternera, 3,25 pesetas. Varía el cartel del precio, pero el producto sigue igual, aunque en estos tiempos las gallinas deban colgarse de los ganchos necesariamente muertas y bien muertas.

Tacto. El tacto es fundamental. Tacto para tocar con propiedad y tacto para tratarse entre unos y otros. En los puestos del mercado palpamos diariamente muchas cosas. Existe gente capaz de comprobar con sus manos si un melón es bueno o malo. La operación se aplica igual a las sandías: se coge la pieza y se aprieta con los dedos por los extremos; luego se mira hacia arriba con ojos de adivino. Ya está, me lo quedo.

Miles de personas comienzan en la infancia su relación con el mercado. Mañanas o tardes de recados de la mano de unos padres que iban cargados de bolsas. El campo visual de los pequeños acompañantes se agotaba en el murete del puesto, así que entonces sólo existía la posibilidad de escuchar una voz diferente en cada parada y de atisbar manos en continuo movimiento por encima del género expuesto. Las manos, decenas de manos: un recuerdo común en el fondo de la memoria

de miles de asiduos clientes. Ver manos de la mano de los padres, de esos padres con tacto.

Detrás de todo este mundo, en el Mercado Central se nota también la mano de Félix Navarro. Aquí está su sello personal. El autor se identifica de lejos, a primera vista y sin necesidad de ver su firma estampada al pie de esta obra felizmente centenaria.

En el centenario del Mercado Central

Jesús Martínez Verón

Hace cien años abría sus puertas el Mercado Central de Zaragoza. Su inmensa nave de piedra y hierro, que se levanta en el corazón del casco histórico de la ciudad, forma ya parte indiscutible del paisaje sentimental de los zaragozanos.

Pocos edificios han logrado, como él, superar la amenaza de su derribo gracias a la resistencia popular. El Mercado Central aglutinó el espíritu ciudadano demostrando que era mucho más que una simple construcción; un elemento de su propia historia personal, de sus recuerdos y de sus vivencias. Es, en definitiva, un hito de la historia colectiva local.

Para que la arquitectura alcance semejante grado de identificación con los habitantes de una ciudad debe ser capaz de convertirse en una referencia obligada en



Matriguera, Interior del nuevo mercado. Archivo J. M. Pérez Latorre

la vida diaria. El Mercado Central de Zaragoza lo ha conseguido plenamente gracias a su rotunda y colorista presencia y a su bulliciosa vitalidad.

El mérito de su éxito corresponde a uno de los más interesantes arquitectos aragoneses de la época contemporánea: Félix Navarro Pérez. Entre ambos, autor y obra, hay una mutua relación de dependencia poco conocida. No sólo el Mercado Central debe su propia existencia a Félix Navarro sino que se puede afirmar que, sin el proyecto del Mercado, Navarro no habría dejado excesiva huella en la arquitectura zaragozana. Fue el encargo del Nuevo Mercado el que hizo retornar a la ciudad a un Félix Navarro que la había abandonado dos años antes por la falta de incentivos para desarrollar su carrera.

Hay, por lo tanto, un antes y un después en la trayectoria profesional de Félix Navarro que viene marcado por la construcción del Mercado. Hasta entonces sólo el magnífico Teatro Pignatelli, situado en el paseo de la Independencia, tenía un interés significativo dentro de su producción. Informes, estudios, un corto número de encargos y sus tareas como arquitecto provincial, no eran suficientes para las expectativas profesionales y personales de Félix Navarro. A partir del proyecto y, sobre todo, de la fama obtenida por la construcción del Mercado, será cuando el autor, ya en

plena madurez, obtenga los encargos que le han convertido en uno de los arquitectos más influyentes de su época en Aragón.

Félix Navarro Pérez nació en la localidad zaragozana de Tarazona el día 10 de septiembre de 1849. Era hijo de Nicolás Navarro Ruiz, también turiasonense, y Mauricia Pérez Santas, procedente de Los Fayos, una pequeña población de la provincia de Huesca. Tuvo dos hermanos, Pío y Leandro.

Su infancia transcurrió en Tarazona, en un ambiente tranquilo y acomodado. Allí realizaría sus estudios primarios. Sin embargo, en la población no había ningún centro donde poder cursar la enseñanza secundaria pese a que ya se había reclamado su necesidad en algún caso. En consecuencia, Félix Navarro, quien desde muy pronto destacó como un muchacho inteligente, capaz y trabajador, obtuvo su título de bachiller por el instituto de Zaragoza en 1864.

En aquella época no era algo tan frecuente como en nuestros días cursar el bachillerato y, mucho menos, una carrera universitaria. Era preciso sobresalir de una manera llamativa para que las familias pudieran realizar el gran esfuerzo que suponían los gastos derivados de los estudios. El esfuerzo era aún mayor cuando a ello se unían los desplazamientos y los gastos de alojamiento en otra ciudad en un momento en que las comu-

nificaciones y los transportes españoles resultaban claramente deficientes.

Desde 1846 el título de arquitecto sólo podía obtenerse, en España, en Madrid, situación que se vio reforzada cuando dos años más tarde se creó la Escuela Especial de Arquitectura. Así que el jovencísimo Félix Navarro se vio obligado a abandonar Zaragoza e instalarse en la capital. Contaba entonces con quince años, la edad mínima y habitual para el ingreso en la Escuela de Arquitectura.

En el periodo en el que Félix Navarro cursó los estudios de Arquitectura, era preciso realizar un examen de ingreso muy exigente en el que se incluían materias técnicas, como álgebra o aritmética, dibujo artístico y francés. Superada la prueba, se iniciaba la carrera propiamente dicha, que se dividía en dos grandes fases: estudios preparatorios y estudios especiales.

Los estudios preparatorios, de dos cursos completos de duración, se llevaban a cabo en la Escuela Preparatoria donde los estudiantes de Arquitectura compartían aulas con los futuros ingenieros civiles y de montes. En estos dos años se recibía una formación fundamentalmente técnica completada con materias de dibujo y ciencias.

Los estudios especiales se realizaban en la Escuela Especial de Arquitectura y tenían una duración de cuatro cursos académicos. Eran muy duros y exigentes

desde el punto de vista académico, y el acceso a los mismos no garantizaba, ni mucho menos, su finalización. Baste pensar que en el curso en el que Félix Navarro entró en la Escuela había tan sólo cuarenta y nueve alumnos matriculados en el conjunto de los cuatro niveles. De ellos, diez se encontraban en el último curso, pese a lo cual sólo titularían siete.

En contraprestación, la exigencia venía acompañada de un grado de reconocimiento social muy alto. El arquitecto titulado en el siglo XIX gozaba de un prestigio elevado que solía corresponderse con una situación laboral y económica desahogada.

Finalizados los estudios, los futuros arquitectos aún debían superar una doble prueba: el proyecto fin de carrera, consistente en un proyecto completo de edificio tal y como si fuera realmente a ser construido; y un periodo de trabajo en el estudio de un arquitecto en activo. Una vez superados ambos requisitos, se obtenía el título que habilitaba para ejercer la profesión.

Este ambiente, que podemos considerar selecto y elitista, rodeó a Félix Navarro en Madrid. Fueron unos años decisivos en los que, además de recibir la formación puramente profesional, estableció amistad con otros estudiantes vinculados a los círculos más ilustrados que le abrieron nuevos horizontes intelectuales. Entre ellos destacó Gerardo de la

Puente, con quien Navarro compartió sus experiencias de juventud.

Ambos obtuvieron una medalla de plata en la Exposición Nacional de Bellas Artes del año 1871. Este reconocimiento, siendo aún estudiante de Arquitectura, hubo de ser muy importante para Navarro. En aquella época las exposiciones de Bellas Artes tenían un eco social relevante y suponían un espaldarazo para cualquier joven que triunfase en ellas.

Quién sabe si animados por su éxito en la Exposición Nacional de Bellas Artes, Félix Navarro y Gerardo de la Puente iniciaron, en 1872 una aventura apasionante al abandonar la comodidad de su vida de estudiantes en Madrid y embarcarse para los Estados Unidos. El viaje, envuelto en un evidente halo romántico, debió producirse cuando tanto Félix como Gerardo ya habían acabado los cuatro cursos académicos de la Escuela Especial de Arquitectura y estaban pendientes del periodo de trabajo supervisado durante dos años y el proyecto final de carrera para obtener su título.

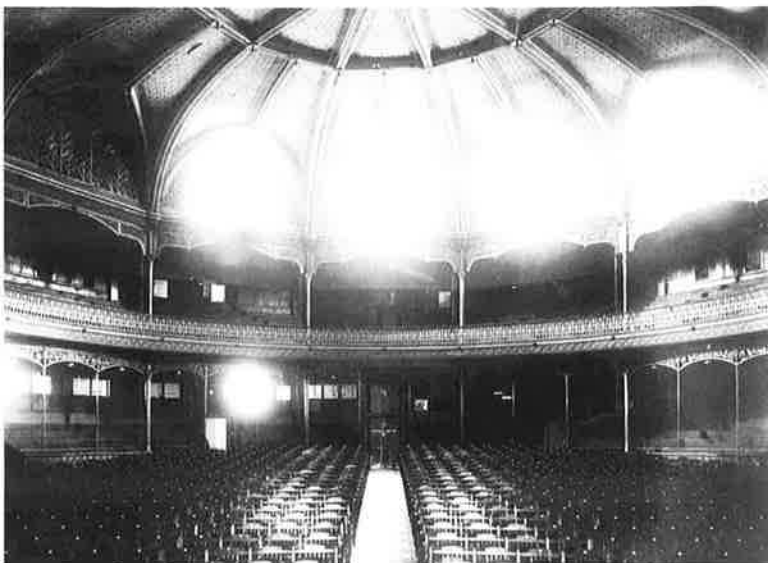
Durante cinco meses, Félix Navarro estuvo trabajando en un estudio de arquitectura de Boston justo en un momento clave, en el que en Estados Unidos se están produciendo profundos cambios tecnológicos y conceptuales de la arquitectura.

La estancia americana de Félix Navarro dejó una profunda huella en su manera de entender la arquitectura. Más libre, más avanzada tecnológicamente, más pragmática y menos ligada a las cuestiones formales y estilísticas que la arquitectura europea, la estadounidense anteponía cuestiones como la economía o la racionalidad sobre los de composición o adecuación. Félix Navarro fue fruto, en gran medida, de esta actitud. Su obra es más flexible, variada y libre que la de la mayor parte de sus coetáneos, sujetos a unos valores constructivos más rígidos.

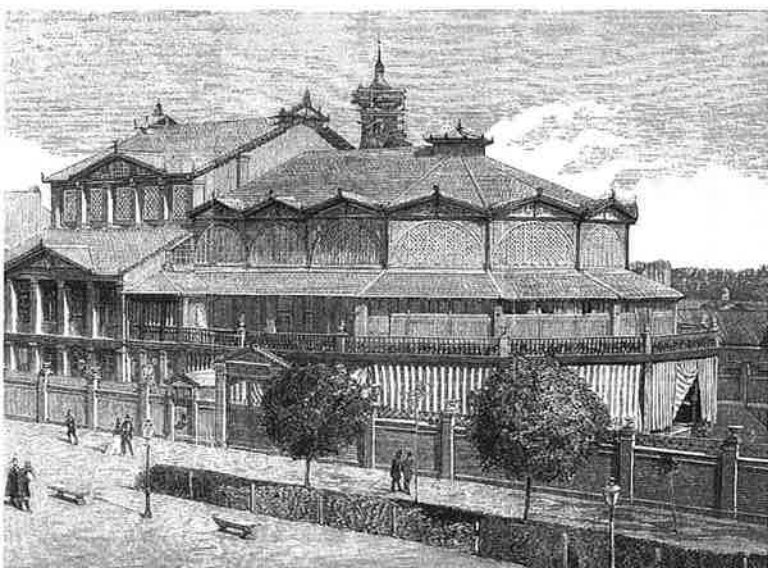
Él será, por ejemplo, uno de los primeros arquitectos interesados en la divulgación de métodos constructivos o en la edificación de viviendas de bajo presupuesto, en un momento en el que la arquitectura seguía ocupándose, mayoritariamente, de cuestiones como el estilo o la conveniencia.

Juan Moneva, una de las personas que mejor conocieron a Félix Navarro, afirma que éste regresó pronto de Estados Unidos debido a que no acababa de sintonizar con el espíritu norteamericano, para el turiasonense excesivamente prosaico. Sea como fuere, lo cierto es que antes de que se cumpliesen dos años de su partida, Félix Navarro y Gerardo de la Puente estaban otra vez de regreso a España.

Entre su vuelta a Madrid y la obtención de su título de arquitecto en 1874, Navarro dio nuevas muestras de su



Teatro Pignatelli, fotografía, 1911. Archivo Navarro Trallero



Teatro Pignatelli, xilografía, 1878. Archivo Municipal de Zaragoza

extraordinaria vitalidad y capacidad de trabajo. Probablemente fue en esta época cuando intervino en las obras del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional a las órdenes de Francisco Jareño, según su propio testimonio. Además, participó en la Exposición Universal de Viena, ciudad a la que debió desplazarse con tal motivo, obteniendo un diploma de mérito en la muestra.

La primera intención de Félix Navarro debió de ser la de permanecer en Madrid. Había llegado a ella a los quince años, siendo prácticamente un niño, y allí había madurado tanto personal como académicamente. Se sentía identificado con la ciudad y con su Escuela de Arquitectura. Es más, durante un tiempo, Navarro ejerció como profesor auxiliar de la Escuela en las materias de Teoría del Arte y Proyectos. Su condición de profesor auxiliar le situaba en una posición destacable para su juventud, teniendo en cuenta la reducida nómina de docentes con que en aquel momento contaba la Escuela, que no sobrepasaba la veintena entre todas las categorías profesionales y materias.

Durante esta época de profesor en la Escuela de Arquitectura, Navarro puso un singular empeño en establecer relaciones de colaboración y comunicación entre la institución española y la Bauakademie de Berlín, su equivalente alemán. Navarro, buen conocedor de la arquitectura y la cultura de Estados Unidos,

Francia y Alemania, siempre mostró una especial inclinación hacia ésta última. Para él, la capacidad organizativa y la simbiosis entre el respeto a la tradición y la vanguardia tecnológica se identificaban con la sociedad alemana, y eran el ejemplo más valioso para una España muy alejada de los últimos avances de la arquitectura occidental.

La Escuela Especial de Arquitectura de Madrid había tenido una orientación más francófila desde su creación. Los manuales, las lecturas obligadas de los alumnos y los modelos propuestos para su estudio eran casi exclusivamente franceses. Los vínculos que Navarro propició entre la Bauakademie y la Escuela madrileña no debieron de ser poco relevantes como lo prueba el hecho de que por ellos mereció tanto la condecoración de la Orden de Prusia como la Orden de Carlos III por parte española.

Evidentemente en Zaragoza se tenían noticias de la valía de Félix Navarro. En aquel momento el número de profesionales de la arquitectura era muy limitado y, además, la personalidad inquieta y expansiva de Navarro no podía pasar desapercibida. Incluso sus propios compañeros de estudios que habían regresado a Zaragoza tras la titulación, como Elías Ballespín Larroyed y Ricardo Magdalena Tabuena, pudieron ser los primeros en dejar constancia de la categoría y capacidad profesional del turiasonense.

En 1875 Félix Navarro Pérez recibió dos encargos para trabajar en Zaragoza: el Oratorio de Colegiales del colegio de las Escuelas Pías y el Teatro Pignatelli. Pese a mantenerle ocupado hasta el año 1884, el primero no había de dejar una gran huella en la trayectoria posterior de Navarro. Sin embargo, el Teatro Pignatelli puede considerarse el primer hito de su trayectoria profesional.

Zaragoza es una ciudad de tradición teatral. Los espectáculos dramáticos y musicales tenían en el último cuarto del siglo XIX una excelente acogida por parte del público. Sin embargo, la programación quedaba limitada, casi exclusivamente, a la temporada de invierno. El único teatro estable de aquellos años, el Principal, cerraba sus puertas en verano.

Una serie de empresarios locales vieron la posibilidad de construir un nuevo coliseo para cubrir el hueco dejado por el Principal. Sería un teatro de verano en el que tanto su propia arquitectura como su programación deberían responder a un tono de mayor ligereza que el proporcionado por el señorial y formal Teatro Principal. El edificio se debía levantar en un solar situado al final del paseo de la Independencia. La gran avenida estaba en aquel momento en plena fase de expansión. El lado de los números impares estaba casi completamente construido, incluidos los característicos porches que definen desde el punto de vista formal sus fachadas. El

de los pares, avanzaba de manera mucho más lenta. Además, la regularidad de los porches no estaba en absoluto generalizada. La glorieta de Pignatelli y la Puerta de Santa Engracia seguían siendo para los zaragozanos el límite de la ciudad. Más allá, sólo los paseos arbolados construidos por la empresa del Canal Imperial rompían el paisaje de huertas y acequias.

En este espacio, en el que más adelante se levantaría la sede de Correos, muy próximo a la iglesia de Santa Engracia, se construyó el Teatro Pignatelli. El hecho de que se planificara con una vida útil de diez años condujo a Félix Navarro a una dura polémica con el Ayuntamiento para que el proyecto de teatro no incluyera el diseño de los soportales del paseo. Si se trataba de una construcción provisional no le afectaba la obligación. En el supuesto de que tuviera carácter permanente, tendría que haber incluido las arcadas. Finalmente, Félix Navarro convenció al Consistorio y levantó tal y como lo había previsto: sin porches.

El éxito del Teatro Pignatelli se debió a su deslumbrante originalidad, a su perfecta adecuación funcional y a la economía lograda en su construcción por el propio uso masivo del hierro. Brillando en las cálidas noches del verano, al final del paseo de la Independencia, consiguió acercar un poco más a los zaragozanos hacia territorios del extrarradio, zonas que al poco tiempo

iban a ser urbanizadas y donde se levantarían el magnífico edificio de las Facultades de Medicina y Ciencias y las primeras casas del paseo de Sagasta.

Los primeros años de la estancia de Félix Navarro en Zaragoza no supusieron un límite a su carácter viajero y dispuesto a nuevas experiencias. Fueron el periodo en el que participó en los concursos para la construcción de un gran hospital en Bilbao, el palacio para la Diputación Foral de Vizcaya o el monumento a las Grandezas de Ávila, que finalmente ganó.

Sin embargo, poco a poco Navarro fue asentándose en la vida de la ciudad. Aunque la cantidad de encargos que recibía y, sobre todo, la entidad de los mismos no podían satisfacer plenamente sus perspectivas profesionales, tampoco le faltó el mercado de trabajo. La mayor parte de las propuestas en aquellos años fueron bloques de viviendas en las vías del casco histórico o en las correspondientes a zonas de expansión urbana. En este último supuesto, con obras en calles como San Miguel o Bilbao, la intervención solía consistir en construcciones de nueva planta. En contraposición, en los trabajos en el casco histórico, por ejemplo, en la zona de San Pablo, eran habituales las reformas de edificios preexistentes. En este caso la labor de Navarro consistía en adecuar los interiores y regularizar los exteriores para modernizar su aspecto. Fueron abundantes los

edificios de viviendas zaragozanos que en esta época perdieron su aspecto casi rural, cambiándolo por otro más urbano y ecléctico.

Lo más llamativo de estos trabajos de Félix Navarro es que, fuera cual fuera su entidad, localización o carácter de la intervención, él siempre puso un especial cuidado en su tarea. El dibujo de los proyectos presentados a la aprobación del Ayuntamiento de Zaragoza se muestra firme y rico en detalles, a diferencia de otros profesionales que se limitaban a recoger el mínimo exigido por el Municipio: un esbozo de las líneas generales de la construcción. En Navarro siempre hay un detenimiento y un gusto que nos hablan de un arquitecto orgulloso de serlo.

Tampoco el número de encargos que recibía Navarro era abundante. El mercado constructivo zaragozano no tenía todavía la vitalidad que habría de adquirir al consolidarse el fenómeno de la primera industrialización y el arranque de su imparable crecimiento demográfico. Quizás este escaso volumen de trabajo le animó a presentarse como candidato al cargo de arquitecto provincial, que obtendría, con carácter interino, en junio de 1879.

La relación de Félix Navarro con la Diputación Provincial no parece haber sido nunca del todo cómoda para ninguna de las dos partes. El arquitecto no veía satisfechas

sus necesidades profesionales ni era correspondido por la Diputación, que le mantuvo en una situación de provisionalidad durante un periodo de tiempo más prolongado de lo habitual.

Un oscuro acontecimiento relacionado con la construcción de la Granja Modelo provocó un duro enfrentamiento entre arquitecto y Diputación en el año 1885. Incluso se le llegó a instruir un expediente rápidamente sobreesido. Fue un hecho lamentable que escondía intereses de otros profesionales por acceder al cargo provincial. Félix Navarro dio muestras en aquella situación de su dignidad profesional y, poco después, presentó su dimisión del cargo forzando a la Diputación a que convocara un procedimiento para cubrir la plaza de arquitecto provincial de manera definitiva.

El proceso selectivo se concretó en un concurso de proyectos para la erección de un monumento al Justiciazo. La selección del mejor diseño correspondería a la Academia de Bellas Artes de Madrid.

Fueron varios los pretendientes al cargo, incluidos quienes venían aspirando al mismo desde hacía tiempo, dificultando el trabajo de Navarro. El resultado no hizo más que demostrar la gran valía de Félix Navarro. Su proyecto no sólo fue el elegido por la Academia de Bellas Artes, lo que supuso su reincorporación al puesto de arquitecto provincial con carácter estable, sino

que sobresalía con creces sobre la franca vulgaridad de sus rivales en el concurso.

Aunque no sería hasta 1904 cuando el monumento se erigiera definitivamente en el centro de la actual plaza de Aragón, el diseño es de 1887. Félix Navarro dio a la obra un porte monumental y riguroso, como corresponde al hondo contenido histórico del tema. Cada uno de los detalles, desde la elección de los materiales hasta la disposición de los elementos simbólicos y los textos alegóricos, fue concebido por Navarro con exquisito cuidado.

Al margen de los avatares cotidianos y de las dificultades puntuales surgidas en el puesto de arquitecto provincial, el cargo le dio a Navarro la oportunidad única de intervenir en monumentos históricos del patrimonio aragonés. Así, en 1880 realizó un ambicioso proyecto para la reforma de la Casa Consistorial de su Tarazona natal, en 1882 se ocupó del derribo y reconstrucción de la torre de la iglesia de San Miguel en Fuentes de Ebro y, ya en 1891, redactaría, junto a Mariano López Altaoja, un completo informe sobre el estado de conservación de la Torre Nueva de Zaragoza.

Lo más interesante de estos trabajos es que aportan a Navarro un conocimiento directo de la arquitectura histórica aragonesa, que acabaría reflejando en sus proyectos de la última década del siglo XIX y la primera del

XX. El Félix Navarro de la primera etapa, que tiene en las formas eclécticas de inspiración francesa y el uso del hierro sus señas de identidad, se iría enriqueciendo con aportaciones mudéjares y renacentistas.

Félix Navarro va madurando tanto desde el punto de vista personal como desde el profesional. En el primer aspecto resulta fundamental su matrimonio con la zaragozana María de la Concepción Pérez Michelena, con quien tuvo trece hijos y formaría una familia de fuerte raigambre en la arquitectura contemporánea de la ciudad. En cuanto a su prestigio profesional, no le faltaron a Navarro los reconocimientos: miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, en sustitución del también arquitecto Juan Antonio Atienza García, correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, miembro de la Comisión Provincial de Monumentos de Zaragoza, arquitecto del Ministerio de Instrucción Pública para la provincia de Huesca...

Sin embargo, los años pasaban sin que Félix Navarro desarrollara una obra constructiva acorde con las expectativas apuntadas en su juventud. Parecía como si la ciudad de Zaragoza, con sus limitadas posibilidades para la actividad arquitectónica ahogase el potencial creador de Navarro.

En 1889 se produjo un hecho que parece haber desencadenado una serie de acontecimientos fundamen-

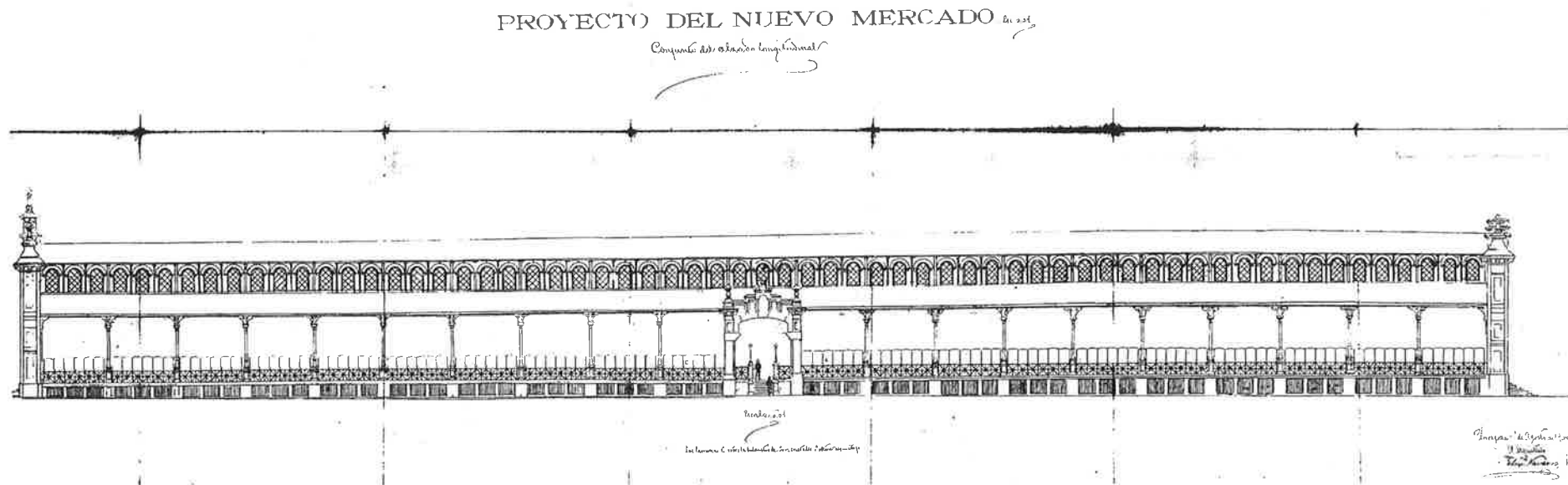
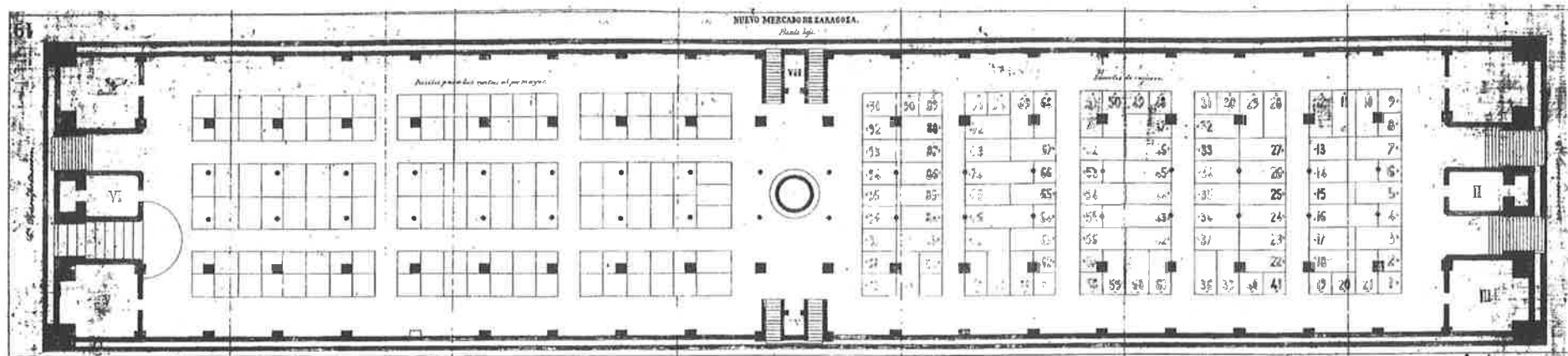
tales en la trayectoria de Félix Navarro. Ese año se celebró en París una Exposición Universal. La Diputación Provincial, como otras instituciones públicas y privadas, comisionó a diferentes profesionales para que acudieran a la muestra y emitieran informes sobre las novedades más significativas que se presentaran en ella. Félix Navarro recibió el encargo de visitar el certamen y elaborar una memoria sobre los principales avances expuestos en el ámbito de la construcción.

Navarro visitó la Exposición Universal en el verano de 1889. Para él fue como recuperar su espíritu viajero y aventurero que le llevó hasta los Estados Unidos y Centroeuropa en su juventud. El París de la Exposición fue una explosión de estímulos para alguien de la capacidad de observación de Félix Navarro. Allí se imbuyó de las nuevas propuestas del uso del hierro, de los más avanzados métodos constructivos como los basados en el uso del hormigón armado, de los más adelantados sistemas para la seguridad e higiene de los edificios, y de la estética más vanguardista de la arquitectura y la ingeniería del momento. Fue, realmente, estar en el centro aglutinador de las novedades en uno de los instantes más apasionantes de la época industrial, asistir y embeberse de la culminación de los logros de un nuevo mundo.

Félix Navarro redactó su informe de la visita a la exposición y lo tituló: *Memoria de los progresos constructivos y de higiene en la edificación exhibidos en la Exposición de París*, editado en aquel mismo año 1889. Fue su primer texto escrito en solitario. Con anterioridad había participado en la elaboración del *Dictamen para la reparación de la cúpula mayor y apoyos que la sostienen del Santo Templo de Nuestra Señora del Pilar*, pero este había sido redactado en colaboración con Ricardo Magdalena y Fernando de Yarza.

La *Memoria de la Exposición* tiene el mérito de dejar entrever algunos de los rasgos personales del arquitecto. El primero es su entusiasmo por el progreso, un fervor que él expresa con vehemencia y concreta en la nueva estética de la máquina. El segundo, su creencia en el protagonismo que la arquitectura había de tener en el nacimiento de una nueva sociedad, más próspera, más culta y más libre.

Navarro era una persona acorde con los planteamientos avanzados de su momento. Él se definía como librepensador y republicano. No se trataba de posturas radicales pero sí de propuestas que se pueden considerar progresistas. El ejemplo más claro del talante social de Félix Navarro fue su preocupación por temas como el de la vivienda obrera cuando aún eran una cuestión menor para los profesionales de la época.



De la unión de su talante progresista y de su interés por los avances tecnológicos nació una de las iniciativas más queridas por Félix Navarro. Se trataba de la construcción de viviendas populares a un precio muy asequible, que el propio arquitecto cuantificó en *mil pesetas*, basándose en la utilización de un método constructivo ideado por él mismo y consistente en el uso de estructuras de ladrillo hueco ensartado en listones de madera, método que Navarro patentó con el nombre de *carpintería del ladrillo*.

Durante los meses siguientes a su regreso de París, Navarro se dedicó al estudio y perfeccionamiento de su propuesta, que finalmente formalizó en un doble texto titulado *La casa de mil pesetas y el nuevo procedimiento constructivo de la carpintería del ladrillo*, que se editó en 1891. A la vez, Navarro pronunciaba charlas en defensa de su iniciativa e incluso llegó a levantar una casa modelo en el camino de las Alcachoferas de Zaragoza, la cual presentó al público en agosto de aquel mismo año.

La vivienda propuesta por Félix Navarro era unifamiliar, de una planta y pequeñas dimensiones. Pese a su modestia, su habitabilidad era muy superior a la del alojamiento a que accedía la mayor parte de los obreros y jornaleros que, cada vez en mayor número, llegaban a la ciudad.

Navarro puso un especial cuidado en las condiciones higiénicas de la casa, en el detallado estudio de los materiales, en su economía y, por supuesto, en el método constructivo que él mismo había ideado.

La respuesta ciudadana no fue tan positiva como el arquitecto esperaba. Aunque los periódicos se hicieron eco de la presentación de la vivienda y no faltaron los comentarios elogiosos, en ellos también se advierte una cierta frialdad. Probablemente aún no se apreciaba entonces en Zaragoza una necesidad de vivienda de bajo coste con la urgencia que se haría evidente apenas una década más tarde.

El modelo de casa de mil pesetas fue un fracaso. Sin embargo, el método de la carpintería de ladrillo se utilizó en diferentes viviendas que, de forma particular, se construyeron en los alrededores de Zaragoza. En cualquier caso, ínfimos resultados para las esperanzas de Navarro.

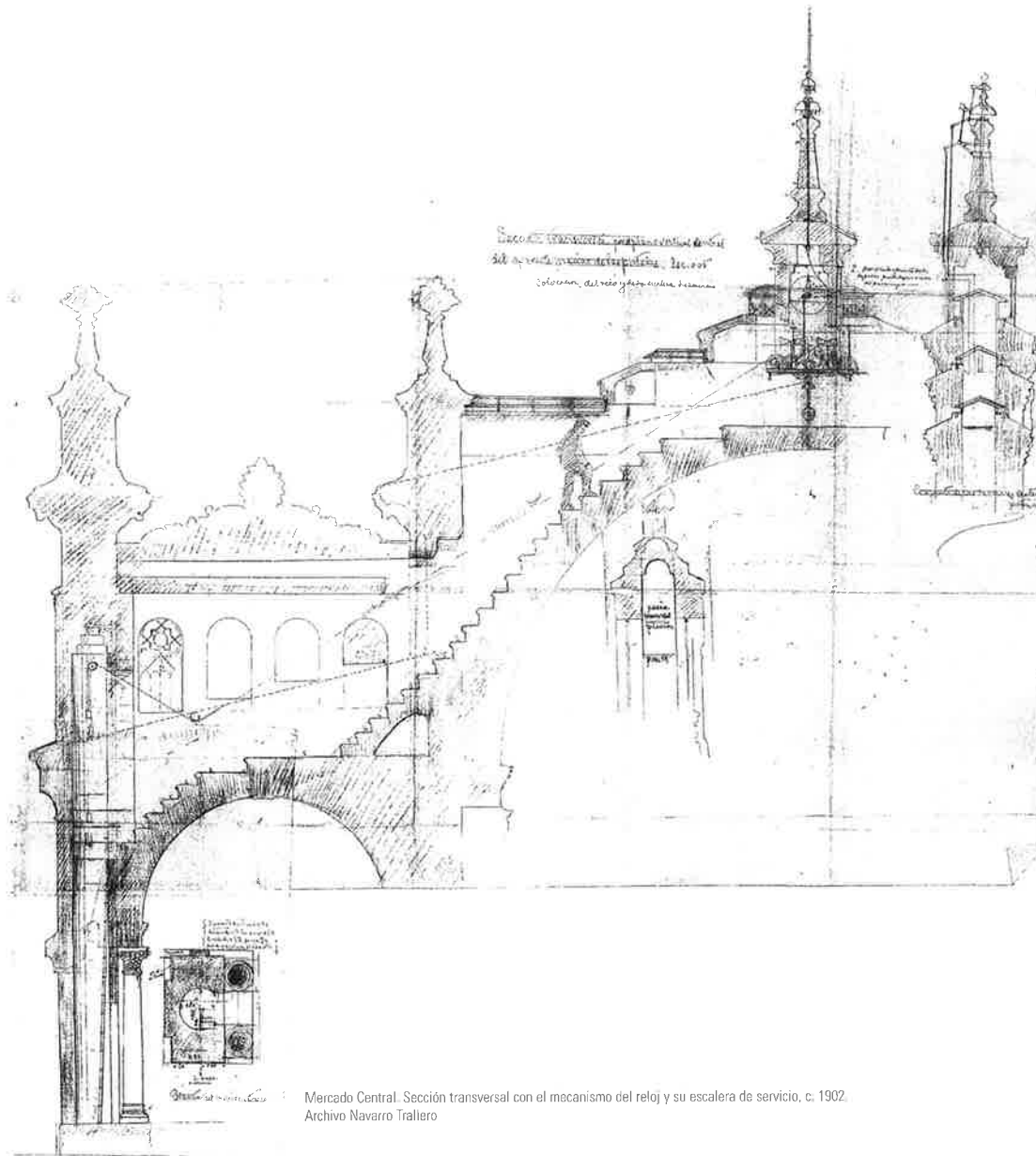
Decepcionado, y consciente de que el mercado constructivo zaragozano estaba en aquel momento limitando su creatividad, Félix Navarro optó por presentar su dimisión como arquitecto provincial y abandonar Zaragoza. La decisión no debió de resultar fácil puesto que Navarro era ya un hombre maduro, con responsabilidades familiares: esposa e hijos de corta edad que habrían de acompañarle en una aventura incierta.

En 1892, Félix Navarro era un profesional con prestigio, ideas y capacidad de trabajo que apenas había tenido oportunidad de demostrar su valía. Desde la construcción del Teatro Pignatelli, no había en su trayectoria obras de interés, y sus proyectos más elaborados, como el monumento al Justiciazgo, no habían pasado del papel.

En principio, Navarro marchó a Madrid, pero pronto se trasladó a Francia, y allí pasó prácticamente todo el año de 1893. Probablemente fijó su residencia en Bayona, donde sabemos que cursó parte de sus estudios básicos su hijo Miguel Ángel. El motivo de su estancia allí fue el encargo que recibió para la construcción de una serie de frontones en diferentes ciudades: París, Niza y Biarritz. Sin embargo, tampoco este proyecto tuvo mejor suerte que los anteriores y los frontones nunca llegaron a levantarse.

De vuelta a España, Félix Navarro se instaló de nuevo en Madrid. Su intención debió de ser la de reencontrarse con la ciudad que había visto sus primeros logros profesionales; además, las posibilidades para el desarrollo de su creatividad eran muy superiores a las de Zaragoza.

Pero, en 1895, cuando Navarro parece haber roto definitivamente con la capital aragonesa, le llega un encargo que habría de resultar trascendental en su trayecto-



Mercado Central. Sección transversal con el mecanismo del reloj y su escalera de servicio, c. 1902.
 Archivo Navarro Trallero

ria profesional: la erección del Nuevo Mercado de Zaragoza, un proyecto de gran entidad. Por fin su ciudad, probablemente cuando menos lo esperaba, le ofrecía de nuevo una auténtica oportunidad para demostrar su verdadera valía como arquitecto.

Igual que había ocurrido casi veinte años antes con el Teatro Pignatelli, el Nuevo Mercado hizo posible el retorno de Félix Navarro a Zaragoza. Pero ahora se producirá una novedad fundamental: el éxito de la construcción del Mercado Central llevará aparejada la sucesión de una serie de encargos de la suficiente categoría como para que Navarro no vuelva a abandonar la ciudad y, sobre todo, construya sus mejores obras.

En gran medida se puede afirmar que si el Nuevo Mercado es obra de Félix Navarro, el Félix Navarro que conocemos, el que ha pasado a la historia de la arquitectura zaragozana, es también consecuencia de la propia construcción del Nuevo Mercado.

La historia de la edificación del Nuevo Mercado fue larga y hubieron de salvarse innumerables dificultades hasta su inauguración en el año 1903. El sitio elegido para su ubicación fue la plaza del Mercado, la más amplia y concurrida de la ciudad. En ella se disponían tradicionalmente los numerosos puestos provisionales de los vendedores que día a día acudían allí con su mercancía. Pero también en ella se habían celebrado las

fiestas de toros hasta la construcción del Coso de la Misericordia, e incluso había sido escenario de ejecuciones públicas.

Desde mitad de siglo se estaban llevando a cabo propuestas de mejora y adecuación del lugar. Incluso se proyectó un modelo de porche, con arcos de medio punto similares a los del paseo de la Independencia, para facilitar el mercadeo en el duro clima zaragozano. Los soportales comenzaron a aplicarse en algunas de las viviendas de la plaza; sin embargo, la decisión definitiva fue la sustitución del mercado de puestos callejeros por una gran construcción estable.

El proyecto de Félix Navarro consistía una gran nave rectangular dividida en dos niveles: el inferior destinado a la venta al por mayor; y el superior, por encima del nivel de la calle, para la venta directa al público. La construcción, básicamente de piedra y hierro, destacaría por la gran cubierta metálica que le prestaría no sólo amplitud sino, en especial, luminosidad y ventilación.

Para materializar la obra fue preciso ensanchar el solar derribando un buen número de casas. La plaza tenía, aproximadamente, la mitad de la anchura actual y venía a coincidir con el espacio en el que desembocaban las calles de Cerdán y Escuelas Pías. Además, la remodelación de la plaza afectó también a otras construcciones,

en general antiguas y en mal estado de conservación, y al trazado de los porches, idea que se mantuvo pero sustituyendo su trazado de medio punto por dinteles sostenidos por columnas metálicas.

Tras su inauguración, el Mercado Central se convirtió en un auténtico hito ciudadano. Su emplazamiento se correspondía con la zona más vital y dinámica de aquella Zaragoza, área que quedaría a su vez potenciada por la nueva construcción. El edificio resultaba soberbio, sobresaliendo por su espectacular volumen, el trazado de los monumentales arcos de acceso y la gran bóveda metálica sin parangón en la arquitectura local.

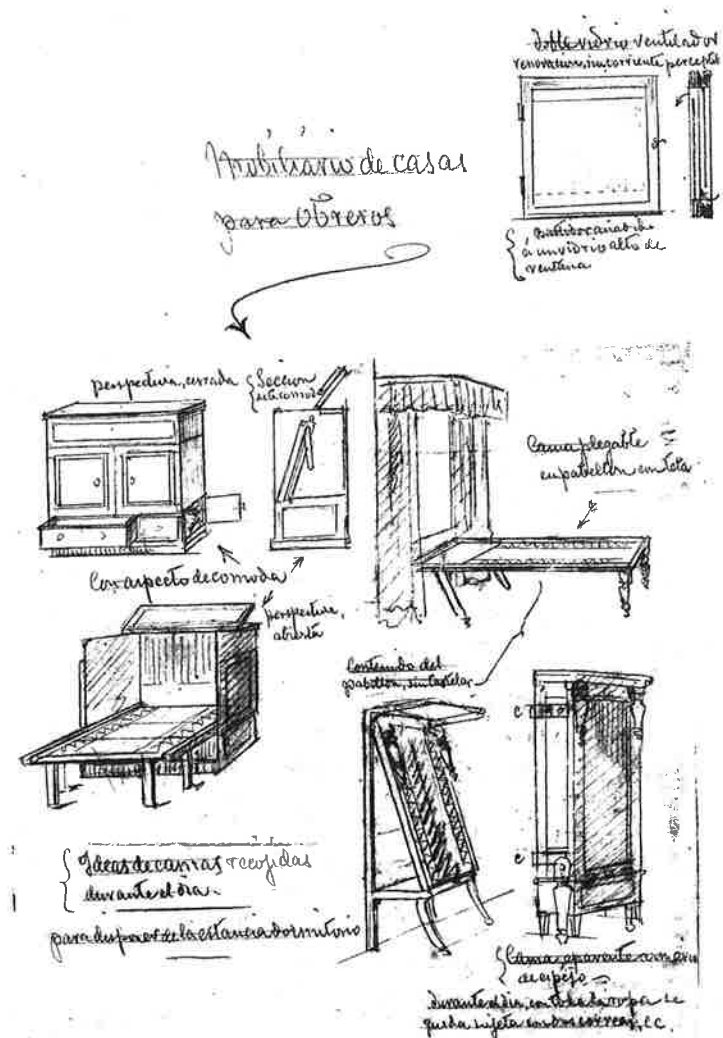
Mención aparte merece el repertorio decorativo. Félix Navarro, un enamorado del diseño y del detalle, eligió un programa en armonía con la función del edificio: frutas, verduras, animales... parecen invadir cada rincón del Mercado. La piedra, el hierro y la cerámica son válidos para acoger estas muestras de la gran creatividad de Navarro.

En la concepción y materialización del Mercado son evidentes los recuerdos de las grandes obras de ingeniería que el arquitecto había conocido en sus viajes por Europa. Aunque no tenga la entidad de los referentes franceses, sí que resulta palpable el gran conocimiento que Navarro tiene de las posibilidades constructivas del hierro.

En alguna ocasión se ha calificado al Mercado Central de *edificio modernista*. Sin embargo, el edificio no puede ser considerado como un ejemplo de este estilo. Su diseño es alegre, imaginativo y ornamental, pero no se encuadra dentro de los parámetros del Modernismo sino, por el contrario, en lo que se ha denominado Arquitectura del Hierro. Esta tendencia, límite entre la arquitectura y la ingeniería, fue muy característica de la segunda mitad del siglo XIX y tuvo gran relación con el estilo Ecléctico, corriente en la que se inscribe el conjunto de la producción de Félix Navarro.

El Mercado Central fue el punto de inflexión en la trayectoria profesional de Félix Navarro. El grueso de las obras por las que ha sido reconocido como uno de los arquitectos más interesantes de la época contemporánea en Aragón, las construyó en la última década de su vida y, en gran parte como consecuencia, por un lado, del éxito ciudadano obtenido por el Nuevo Mercado y, por otro, de la mayor potencialidad del panorama constructivo local derivado de la expansión económica y demográfica que experimenta Zaragoza a partir de la última década del siglo XIX.

De hecho, nada más regresar a Zaragoza para ocuparse de las obras del Mercado, Navarro comenzó a recibir encargos de mayor entidad a lo que había sido usual en el periodo anterior. La muestra más temprana de este



Mobiliario de casas para obreros, 1905. Archivo Navarro Trallero

giro experimentado en la trayectoria de Félix Navarro fue el proyecto para la Litografía Portabella de 1896.

El edificio, por desgracia ya desaparecido, se levantaba en el número 30 del actual paseo de Sagasta y guardaba una estrecha relación formal con el Nuevo Mercado. Tanto el volumen general de la obra, como el diseño de los detalles, adaptados ahora a la nueva función, remiten al Mercado. También la estructura metálica es similar aunque, eso sí, de menores proporciones.

La Litografía Portabella destaca asimismo, dentro de la producción de Félix Navarro, por el hecho de tratarse de un edificio de carácter industrial. La mayor parte de los proyectos que en el periodo de cambio de siglo recibió el arquitecto fueron inmuebles de viviendas particulares. En ellos se aprecia un doble cambio respecto a la época anterior a 1891: por un lado, la localización de los edificios, que ahora se sitúan en áreas urbanas de mayor renta; y por otro, el tratamiento formal que Navarro confiere a estos trabajos, cada vez más elaborados, variados y definidos.

El más singular de todos los cometidos que recibió Félix Navarro para construir un edificio de carácter residencial fue el que provino del naviero vasco Miguel de Larrinaga. Se trataba de construir un palacete en terrenos colindantes a la carretera de Castellón, en las afueras de la ciudad. El edificio, al que se pretendía dotar de

la máxima espectacularidad, se situaría dentro de una enorme finca rústica.

El origen del encargo, que por muchas razones puede considerarse excepcional en el contexto de la arquitectura zaragozana, radicaba en el deseo de Miguel de Larrinaga de construir una segunda residencia familiar en Zaragoza, localidad donde había cursado estudios universitarios y donde había conocido a su esposa, Asunción Clavero. Los Larrinaga vivían en Liverpool, donde poseían un auténtico imperio naval. Probablemente, en la mente de Miguel de Larrinaga y Asunción Clavero, estaba la idea de construir una vivienda para el momento de su retirada de los negocios. Sin embargo, por diferentes vicisitudes, la vivienda nunca llegaría a cumplir su función.

El palacio de Larrinaga, que es como se conoce al edificio popularmente, fue una oportunidad única para Navarro, tanto por su volumen como por el respaldo económico que suponía la categoría del encargante. Félix Navarro planificó y construyó una gran residencia de planta cuadrada, distribuida alrededor de un pequeño patio cubierto con cupulín polícromo. Exteriormente destacan los cuatro torreones de las esquinas, que confieren una singular silueta al inmueble.

Al igual que el Mercado Central, el palacio de Larrinaga constituye un alarde de variedad formal, material, cro-

mática y decorativa. Todos los detalles están estudiados por el arquitecto para lograr el resultado más espectacular. La piedra blanca y el ladrillo rojo se alzan protagonistas, pero los elementos más llamativos son los recursos ornamentales que despliega Navarro, sobre todo en los paneles cerámicos tanto de los torreones como del remate de la fachada, que destaca por representar una alegoría del comercio marítimo.

Y es que Navarro cuidó al máximo la simbología de los detalles decorativos ligados al tema del mar: caballitos o proas de barcos aparecen en capiteles, e incluso recogió en medallones el emblema de la compañía naviera de Larrinaga: las tres manos unidas.

Sin embargo, pese a su belleza, Miguel de Larrinaga nunca llegó a estar plenamente satisfecho del resultado final de la obra tal y como la había planteado Félix Navarro. De hecho, después de la muerte de éste, otro arquitecto, el madrileño Fernando de Escondrillas, modificó en profundidad el edificio, en especial en lo referente a su parte superior, hasta desvirtuar en gran medida el proyecto inicial de Navarro.

Pero pese a los contratiempos puntuales que pudieron surgir, la trayectoria de Félix Navarro ya estaba, a comienzos del siglo XX, completamente consolidada. Incluso, como si de un reconocimiento definitivo se tratara, el monumento al Justiciazgo que había diseñado

en 1887 se erigió, por fin, en la plaza que habría de recibir del nombre de Aragón.

El éxito profesional, que le llevó aparejado un importante número de encargos, no evitó que Navarro siguiera ocupándose de los temas que, como la vivienda de bajo coste, le habían interesado años atrás. Aunque ya había abandonado su proyecto de casas baratas, volvió a dejar constancia de sus juicios, ahora más maduros, en el artículo *Casas para obreros. Su edificación desde el punto de vista estético, higiénico y económico*, de 1905. El panorama había variado mucho desde 1891, cuando lanzó su proyecto de viviendas económicas. Ahora la sociedad zaragozana en pleno, incluyendo sus clases dirigentes, era consciente de la perentoriedad del problema y las preocupaciones de Navarro no eran vistas como propuestas utópicas o innecesarias.

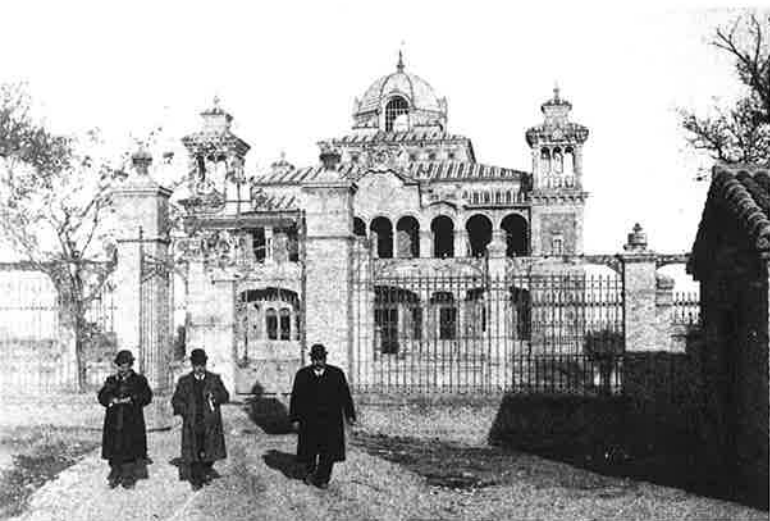
Cada vez más seguro de su propia labor como arquitecto, Navarro concibió en los primeros años del siglo XX dos ideas que, si bien no llegaron nunca a materializarse, tienen el mérito de mostrarnos al Navarro más auténtico, aquel que libre de las ataduras de la práctica constructiva es capaz de imaginar intervenciones extraordinarias.

En concreto Navarro planteó en aquel periodo dos actuaciones: la reforma de la basílica del Pilar y su entorno urbanístico, y la construcción de una gran torre

en memoria de los Sitios de Zaragoza. El momento que eligió fue el inmediatamente anterior a la conmemoración de estos acontecimientos, cuando la ciudad bullía en ideas y propuestas para la celebración. El proyecto de intervención en el templo del Pilar lo concretó en 1906, en un texto titulado *El monumento a los Sitios con el Templo del Pilar de Zaragoza*; mientras que el segundo, ya de 1907, lo publicó en la *Revista Aragonesa* bajo el epígrafe “La Torre de los Sitios”. Como resulta evidente, los dos planes se inscriben en el mismo contexto y tienen una finalidad similar. Sin embargo, su desarrollo difiere claramente.

La reforma del Templo del Pilar parte de la concepción del mismo como gran emblema de la Hispanidad. Navarro busca potenciar al máximo este carácter simbólico y traza una propuesta en la que el elemento más llamativo sería una enorme y nueva cúpula central que se elevaría hasta los cien metros de altura. Además, el conjunto de la basílica recibiría también un nuevo programa ornamental con textos alusivos, columnatas y un variado repertorio decorativo.

Pasado casi un siglo, la idea de Navarro para la reforma del templo del Pilar resulta, cuando menos, chocante. La imagen de la basílica está muy consolidada entre los zaragozanos y es difícil asumir una remodelación tan agresiva y profunda. Sin embargo, para un habitante de



Villa Asunción, fachada, según el proyecto de Félix Navarro, 1901-1908. Archivo Ibercaja



Escuela de Arte, 1908, Archivo Escuela de Arte

la ciudad a comienzos del siglo XX, el templo era todavía un edificio en construcción, aún sin rematar, en el que propuestas como las de Navarro no sorprendían en la misma medida que lo harían hoy.

Además, la iniciativa de Félix Navarro incluye un elemento que no suele destacarse pero que demuestra la visión de futuro del arquitecto: la apertura de la plaza de las Catedrales que uniría, mediante el oportuno derribo de varias manzanas de viviendas, las pequeñas plazuelas de la Seo y el Pilar. Tal plan sería retomado en las décadas siguientes por otros arquitectos, incluido su propio hijo, Miguel Ángel Navarro, pero tendría su primera semilla en el proyecto de Félix Navarro quien, de esta manera, intuyó uno de los paisajes urbanos más ligados a las actuales generaciones de zaragozanos.

Para la Torre de los Sitios propone un carácter simbólico similar a la remodelación del templo del Pilar: había de ser un recuerdo de la defensa de la ciudad contra las tropas francesas y, como aquel, un hito ciudadano. Sin embargo, aquí el planteamiento, lógicamente, se vuelca hacia lo civil. La Torre se habría de levantar en el centro de la plaza de los Sitios, por entonces comenzándose a urbanizar para acoger los pabellones de la Exposición Hispano-Francesa de 1908.

El lugar, que se había conocido hasta entonces como Huerta de Santa Engracia, había tenido un largo y com-

plejo proceso de urbanización. Al fin, la Exposición lograría consolidarlo como el ensanche urbano (junto con el paseo de Sagasta) más atractivo para la burguesía de la época. La Torre de Navarro centraría este espacio como un hito ciudadano.

El diseño que plantea el arquitecto está inspirado en la Torre Nueva, la extraordinaria construcción recientemente derribada que Navarro conocía muy bien, pues no en vano había realizado en 1891 un informe sobre su estado de conservación.

El elemento más interesante del proyecto radica en la revisión que Félix Navarro realiza sobre la arquitectura mudéjar. Cada vez se muestra más inclinado por las formas históricas, las cuales apenas habían tenido presencia en sus proyectos de juventud.

La revisión mudejarista de Navarro no es un hecho personal y aislado, sino que se inscribe en el historicismo de carácter regeneracionista de finales del siglo XIX y comienzos del XX. En Zaragoza esta tendencia tiene su máximo representante en Ricardo Magdalena y su principal obra en las Facultades de Medicina y Ciencias. La aportación de Navarro en esta corriente historicista consistió en combinarla con elementos de la sociedad industrial y con motivos ornamentales de diseño propio. Para Félix Navarro la Historia en sí misma no tenía un valor absoluto. Las enseñanzas de la arquitectura his-

tórica no eran totalmente aplicables a la sociedad moderna. Previamente se hacía preciso adaptarla y reinterpretarla. Así, el pasado, el presente y el futuro se dan la mano en la producción de Navarro de una manera original y personal.

La culminación de esta forma de entender la arquitectura que caracteriza la última fase de su carrera fue el edificio Escuelas de la Exposición Hispano-Francesa de 1908. El inmueble, que posteriormente habría de acoger las instalaciones de la Escuela de Artes y Oficios, fue uno de los tres que, con carácter permanente y con subvención estatal, se levantó en el recinto de la Exposición. Los otros dos fueron los denominados Museo, actual Museo Provincial de Bellas Artes, y La Caridad, destinado a una de las instituciones caritativas más tradicionales de la ciudad.

El edificio Escuelas ofrecía en su estado original, hoy muy desvirtuado, una explosión de creatividad. Inspirado en líneas generales en los palacios renacentistas zaragozanos, Navarro no lo planteó a partir de la reproducción de los elementos formales del siglo XVI. Bien al contrario, los reinterpretó y adaptó, enriqueciéndolos con otras dos fuentes de inspiración: la mudéjar y la industrial.

Desde el punto de vista volumétrico, Escuelas demostraba la extraordinaria habilidad compositiva de Nava-

rro. La manera en que adelanta el cuerpo principal y retranquea el edificio en sus extremos laterales y superior, le dota no sólo de movilidad y riqueza lumínica, sino que también acrecienta la monumentalidad gracias a la fuga visual. Ornamentalmente, los paños se decoran con motivos mudéjares, murales escritos y textos que plasman el contenido ético que Navarro siempre quiere imprimir a sus construcciones.

Junto a las formas históricas, Navarro usó también el lenguaje más característico de la arquitectura industrial. En el interior, el hierro es empleado potenciando sus valores constructivos, sin enmascararlo con adornos, salvo en la desaparecida galería central donde se volvían a repetir los planteamientos utilizados en el pasado en el Teatro Pignatelli, el Mercado Central o la Litografía Portabella. Pero el motivo singular de Escuelas consistía en las pequeñas torres Eiffel que Navarro distribuyó por toda la fachada. Para él, era una manera de unir la historia con el progreso, al tiempo que una forma de simbolizar el espíritu de concordia entre Francia y España dominante en la Exposición Hispano-Francesa de 1908. Incluso recaería en el propio Félix Navarro la tarea de construir el pabellón Francés, proyectado por Eugene Charles de Montarnal. El arquitecto rendía tributo así, a un país que conocía bien y por el que sentía una profunda admiración.

La Exposición Hispano-Francesa de 1908 fue para Zaragoza un punto de inflexión histórica. Con ella acaba el siglo marcado por la huella de los Sitios y comienza el despegue industrial. Desde el punto de vista arquitectónico también hubo un antes y un después de la Exposición. La generación de arquitectos que podemos considerar eclécticos, encabezados por Ricardo Magdalena y Félix Navarro, dejará paso a la de los jóvenes que enarbolan el Modernismo como bandera. Será la hora de José de Yarza, Francisco Albiñana o los hermanos Martínez de Ubago, entre otros.

En los últimos años de su vida, Félix Navarro Pérez es un arquitecto prestigioso y valorado en su ciudad. No le faltan los encargos e incluso alcanzará un reconocimiento oficial que probablemente no esperaba: se le ofreció el puesto de arquitecto municipal tras el fallecimiento de Ricardo Magdalena, cargo que aceptó y desempeñó hasta la primavera de 1911.

Entre los trabajos más significativos de la última fase de la carrera profesional de Félix Navarro sobresalen tres: la vivienda de Nicolás Escoriaza, la fábrica de galletas Patria y la decoración del Teatro Parisiana. Tres proyectos muy diferentes entre sí y que vienen a significar la culminación de una trayectoria laboral de gran intensidad.

Nicolás Escoriaza fue uno de los personajes clave de la industrialización de Zaragoza. Su nombre está ligado al

nacimiento y desarrollo de algunas de las empresas más señeras de la época. En 1908, Nicolás Escoriza le encargó a Félix Navarro la construcción de su nueva residencia en el espacio urbano más señorial de la ciudad: la plaza de Aragón. El palacete que, como la totalidad de los que un día conformaron un espacio de singular belleza, ha desaparecido, se integraba a la perfección en el marco afrancesado y refinado de la plaza. Muy distinto fue el proyecto para la fábrica de galletas Patria, en la avenida de Cataluña. Tanto la tipología como la ubicación suponían un fuerte contraste con la propuesta de Nicolás Escoriza, pero otra vez Navarro da pruebas de su versatilidad. Haciendo un uso contenido y maduro de las referencias históricas y del ladrillo como material constructivo protagonista, Navarro logra un edificio original dentro de la arquitectura industrial de la época en la ciudad.

Cerrando el ciclo y casi su trayectoria profesional, en 1910 diseñó la decoración del teatro Parisiana que se encontraba en el paseo de la Independencia. Sorprende en demasía el empleo de un lenguaje plenamente modernista en el proyecto. Parece que Navarro, en contradicción con lo manifestado en su último artículo periodístico de 1908 titulado *Tres hermosas estatuas*, donde había manifestado su desconcierto y desagrado ante las formas modernistas, cede ante una tendencia

que, aunque efímera, dominará el panorama constructivo zaragozano del momento y será hegemónica en el campo de los espectáculos y el ocio.

La salud de Félix Navarro comenzó a resentirse al finalizar la primera década del siglo. Su intensa actividad profesional chocaba contra unas fuerzas que empezaban a gastarse. Precisamente para tratar de recuperar las energías que le abandonaban decidió dejar su cargo de arquitecto municipal, al que renunció en marzo de 1911, y viajar a Barcelona para descansar.

En la ciudad condal vivía y trabajaba Miguel Ángel Navarro Pérez, que había continuado la tradición iniciada por su padre y estaba a punto de titularse como arquitecto. Junto a él, falleció Félix Navarro el día 22 de julio de 1911, dejando tras de sí la huella de una persona vital e íntegra, y una obra que configura, como pocas, lo que es la Zaragoza contemporánea.

Félix Navarro y el escultor Jaime Lluçh en el Mercado Central

Andrés Álvarez Gracia

Félix Navarro supo captar en su retina de arquitecto el espacio y el tiempo penetrado de las luces inmensas del Puente de Bristol y sobre todo del Palacio de las Máquinas de París construido por el arquitecto Charles Louis Ferdinand Dutert (cuatrocientos veinte metros de longitud, por ciento quince metros de anchura en vigas de un solo tiro, y cuarenta y cinco metros de altura) y luego recrearlo en el Nuevo Mercado de Zaragoza. La reforma moderna de los años ochenta anuló ese espacio mágico que todavía podemos imaginar en un ejercicio de abstracción, o contemplar en imágenes antiguas. El magno proyecto de Navarro no se llevó a cabo en plenitud, pues él proyectaba un edificio con una plaza porticada en su integridad, cuidando de los volúmenes, alturas y viales en un magnífico conjunto,



Antelija con cabeza de carnero



Cartelas decorativas alusivas al acarreo, la caza y la pesca

para una ciudad que por entonces no tenía más de noventa mil habitantes. La construcción del mercado fue posible gracias a la iniciativa de la Sociedad Nuevo Mercado que contó con la acción unitaria de un importante grupo social, liderado por una serie de personas capacitadas y con voluntad de llevar a cabo su objetivo y el Ayuntamiento dirigido por el alcalde Cantín y Gamboa que colaboró decididamente en el proyecto del que se benefició grandemente la Ciudad¹.

En la condensada y notable personalidad del arquitecto concurren una serie de circunstancias poco comunes en un profesional de su época: como la diversidad de sus fuentes de formación, su breve paso por la docencia, su vocación cosmopolita, viajera y activa. Con avidez para asimilar conocimientos acudió a lugares de máximo atractivo para terminar de forjar su exigente formación, desde la ciudad de Bristol, todavía crepitante por la acción del fuego, a Europa Central, pasando por París, para alcanzar su plena madurez como arquitecto innovador y moderno en una brillante carrera salpicada de premios y honores. A todo esto hay que unir la visión realista de su ejercicio profesional para el que contó con un sólido conocimiento y una depurada selección de los materiales a utilizar. Su dialéctica arquitectónica se ajusta perfectamente a fundamentos plenamente estructurados, donde la novedad conecta en perfecta

simbiosis con las trazas genuinas que entraña la arquitectura tradicional aragonesa. La genialidad de Félix Navarro consiste en sumar a las nuevas técnicas constructivas, que supo usar y desarrollar sabiamente, elementos significativos de tradición autóctona manejados con carácter vitalizador, adaptándolos a las nuevas técnicas y gustos.

Difícil de clasificar en determinadas corrientes estéticas, dejando al margen otras consideraciones más banales, Félix Navarro fue un arquitecto con una personalidad sugestiva y apasionante, un humanista en el pleno sentido de la palabra cuyo discurso explícito se encuentra en sus escritos, en sus conferencias leídas en el Ateneo, en las memorias de sus infinitos proyectos (casi doscientos) ejecutados unos e inéditos otros, en la comprensión de esos símbolos parlantes de los que dota a su arquitectura, en su participación activa y comprometida con cualquier iniciativa ciudadana a través de su pertenencia a multitud de sociedades y comisiones técnicas, academias e instituciones, orientadas hacia la recuperación y puesta en valor del secular patrimonio histórico y cultural aragonés. Todo ello conforma su propia visión del mundo, que en un ejercicio profundo y reflexivo aplica a su universo creativo donde el hombre ocupa un lugar muy destacado. Es inútil y carece de sentido comparar a Navarro con el arquitecto

de su generación Ricardo Magdalena, ambos con trayectorias paralelas y diferentes. Magdalena se nos ofrece al encuentro cuando recorremos la ciudad paso a paso, físicamente; la presencia de Félix Navarro alcanza una relevancia social dirigida a conectar con la esencia del alma humana en pleno compromiso con sentimientos más profundos como su ser histórico, su tradición, sus creencias y su futuro. Seguir el ideario de Félix Navarro es una invitación al orgullo de sentirse ciudadano de Zaragoza. Por citar tan sólo un ejemplo aislado que certifica este último aserto repetiré literalmente unas líneas del Proyecto del Nuevo Mercado: “Los cuatro ingresos al Mercado de Zaragoza se harán de estilo monumental, y puesto que al pasar, queriéndolo, por arcos de triunfo halaga universalmente; todos, aun sin darse cuenta se sentirán triunfadores, en cierto modo, y por lo mismo contentos. Seános permitida tan sincera exposición de los resortes estéticos de que nos valemos (ya que el candor del arte no es cosa de nuestros tiempos y mucho menos de la Arquitectura)”.

Félix Navarro de pensamiento universalista, noventayochista de mente abierta y de tremenda capacidad de acción, propuso y se aplicó en un regeneracionismo militante, práctico y activo, legó a Zaragoza y Aragón su creatividad, su amor a la tierra, sus proyectos y obras traspasando su herencia vital a un hijo, Miguel Ángel

Navarro, fiel continuador de la obra de su padre en el desarrollo urbano de nuestra ciudad, escasamente valorado y me atrevería a afirmar que todavía por descubrir².

La decoración escultórica de Jaime Lluch. El valor de los símbolos. Navarro estaba acostumbrado a trabajar en colaboración con el escultor Carlos Palao, pero en esta ocasión no pudo contar con él. Quizá por estar comprometido al mismo tiempo con el monumento al Venerable Francés de Aranda en Teruel y con el dedicado a San José de Calasanz en Peralta de la Sal.

Repescó para dicha ocasión a Jaime Lluch, tallista decorador de origen catalán formado en el trabajo directo de la piedra, que si bien no había podido introducirse profesionalmente en su tierra como escultor si que lo había conseguido en Zaragoza de la mano de Ricardo Magdalena, quien lo utilizó junto a Dionisio Lasuén en la ejecución de las esculturas que habían de decorar la Facultad de Medicina y Ciencias. Lluch intervino en algunas decoraciones de dicho edificio en los años comprendidos entre 1886 y 1893, ejecutando en piedra de Fonz dos de las esculturas sedentes, en severo sillón frailer, ubicadas en la fachada principal representando a Francisco Piquer y a Fausto de Elhuyar; esculpió una tercera, que representa a Hipócrates, para colocarla en la escalera interior, dentro de una hornaci-

na. El mismo autor esculpió entre finales de 1908 y 1909 el gran relieve central del retablo de la Anunciación, así como la zona inferior del mismo siguiendo los diseños de Carlos Palao para la iglesia de Nuestra Señora del Portillo. Otra de las obras ejecutadas por este artista en Zaragoza fue el Panteón de la familia Guillén-Bernard, en el que destaca la figura de un ángel vestido con ceñida túnica, con larga melena rizada, arrodillado y abrazado a una cruz sujetando en la mano izquierda el libro de la vida. De su andadura profesional en Zaragoza quedan todavía cosas por descubrir, aunque no se trate de un gran creador sino de un correcto profesional.

Para el Nuevo Mercado trabajó Jaime Lluch al dictado de los diseños del arquitecto y para ello utilizó piedra de Floresta (Tarragona), mientras que para las labores de molduraje y torneado dejó de utilizarse la de Ainzón, sugerida en el proyecto, sustituyéndose por la procedente de las canteras de La Puebla. Para la ejecución de otro tipo de piezas como plintos y basamentos sencillos el material utilizado fue la piedra de Calatorao. Sabemos por las mediciones proyectadas que cada uno de los ocho fustes mayores se componen de dos piezas: la inferior cilíndrica y la superior con galbo, más la basa y el capitel llegando a alcanzar en su conjunto una altura total de 5,30 m, los capiteles de estas columnas se tallaron de piedras cúbicas de 0,90 m de lado. La labra



Capiteles corintios de las columnas que flanquean la entrada

de la piedra contó con una importante labor de canteoría, hay que tener en cuenta que en este capítulo entran además de las tareas rutinarias de cortado y asiento, todas las labores de tornería como los fustes y basas, junto con molduras y capiteles lisos de las columnillas además de las piezas torneadas que conforman los fruteros.

La decoración artística llevada a cabo por Jaime Lluç se organiza en torno a las cuatro puertas de acceso al Mercado, forjadas por la combinación de piedra y ladrillo, concebidas por el arquitecto a modo de arcos de triunfo. Al tener el espacio planta basilical y tres naves dispuso sus portadas norte y sur con tres vanos rematados en arco de medio punto, sobre pares de columnas adosadas a los grandes pilastrones. Los arcos centrales son de tamaño gigante, las alturas de la fachada se regularizan escalonadamente resolviendo el desnivel sobre los arcos laterales con elegantes galerías de arquillos. Un pináculo central y otros cuatro más sobre cada pilastrón, estos últimos convertidos en fruteros, armonizan y dan esbeltez a dichas fachadas.

En la fachada principal, que es la orientada al costado sur, en la parte inferior, se sitúan en forma de cartelas decorativas verticales cuatro relieves que simbolizan: el cultivo, representado por una azada, una regadera y un racimo de frutos (medios y fin); la caza que acoge la

representación de un pantano, un ánade, un arco y una flecha (penalidad y habilidades); la pesca que evoca las olas, acompañándose de remos, redes y dos peces y por último el acarreo con una cabeza de mulo enjaezada y un roscadero lleno de productos vegetales. Sobre la clave, se muestra el escudo coronado de Zaragoza con el león rampante flanqueado por una decoración de vides y espigas, destacando las letras S.H. (siempre heroica). Vides y espigas están relacionadas simbólicamente con dos de los principales productos de la tierra aragonesa. A ambos lados de la clave de piedra que da soporte al escudo se lee, con letras y números recercados, la fecha de terminación de la obra: AÑO.....1903. Rematan la fachada cuatro fruteros a modo de pináculos repletos de frutos del campo, centrados por otro pináculo más elevado que acoge el reloj del tiempo. A uno y otro lado, sobre el dintel moldurado que cubre las series de arquillos laterales, se ha guarnecido con una decoración centrada por el recuerdo de una antefija de raigambre romana en forma de palmeta que ofrece en bulto saliente la cabeza de un carnero con cuernos, continuándose la decoración a ambos lados a modo de crestería con diversos productos que reproducen la caza: dos conejos; la agricultura: dos alcachofas y dos racimos de uva y la pesca: dos peces. Los capiteles de las columnas mayores son de tipo compuesto. Sobre

una corona de cardinas se cubre el espacio con guirnaldas de frutos, entre las volutas aparecen cartelas, de ellas, las recayentes a la calle, ostentan el león rampante sobre las barras de Aragón, en referencia al territorio. El león por su equivalencia con el sol como eje cósmico responde al temperamento más brillante y avasallador, en alusión al vitalismo, a la innovación y al incorformismo. El resto de las cartelas están ocupadas por motivos diversos: hoz y tres espigas; pez, tridente y anzuelo; ave volando atravesada por una flecha; balanza y rama de laurel. El orden simbólico corresponde a la agricultura, la pesca, la caza y el comercio.

Distintos son los capiteles de las columnas menores que arrancan de un collarino sogueado con una corona de hojas de cardo que se abre para continuar con una especie de cestillo reticular que remata con un fruto en cada uno de sus cuatro ángulos superiores. Cada uno de los capiteles detenta una pequeña cartela con una letra que unida a las de los otros tres forman la palabra Zaragoza. La fachada norte está decorada de forma similar a la opuesta, en este caso no existe en la clave del arco central el escudo con el león rampante.

Las portadas laterales son de un solo vano que remata en forma de arco escarzano, careciendo de los pilares de las puertas principales, el coronamiento de la fachada es también escalonado, en este caso mucho más

simplificado, con una galería de tres vanos ciegos adintelados que apean sobre cuatro columnillas similares a las de las portadas principales, el vano central está decorado con una venera o concha que contiene una colmena tradicional siendo perceptible la imagen de algunas abejas, de la colmena penden tres cabecitas de labrador aragonés con un pañuelo ceñido, en el resto del espacio se desarrolla una teoría de “yaserías” de tradición musulmana centradas por una piña y en forma de arco la palabra zoco, como herencia significativa de la tradicional cultura árabe, reflejada en sus singulares mercados y en nuestra arquitectura tradicional aragonesa, pero también evocando dos elementos introducidos por los árabes, fundamentales para el desarrollo de nuestra cultura y tan necesarios en el comercio: los números y el papel, inventado éste y mantenido en secreto por los chinos hasta que los árabes nos lo transmitieron. Sobre los pilastrones sendos fruteros semejantes a los de las puertas principales. Para el remate central de estas portadas escogió el caduceo símbolo de Hermes-Mercurio, dios del comercio, que significa el equilibrio entre contrarios que en este caso es el acuerdo comercial, sobre las serpientes y el bastón el sombrero alado de viajero; en posición invertida, a modo de ménsulas del caduceo, figuran dos cuernos de la abundancia que derraman sus benéficos y abundantes fru-

tos. La lectura simbólica se hace extensiva a toda la arquitectura del edificio mas su estudio rebasa el objetivo de este trabajo³.

Notas

1. Para el estudio del Mercado Central es fundamental el conocimiento del Proyecto: APA, *Proyecto para el Nuevo Mercado. Zaragoza 1895* (Copia compuesta por la memoria distribuida en varias carpetas más los planos). Las noticias relativas al proyecto las publicó en diversos medios: NAVARRO PÉREZ, F., *Noticia del proyecto de Mercado*. “Suplemento mensual de Octubre de 1898. (Incluye dos alzados) Diario de Avisos de Zaragoza”; HMZ, *Diario de Avisos de Zaragoza*, miércoles 24 de junio de 1903. “Reformas urbanas. El Mercado Nuevo”. Se trata de un preámbulo editorial en el que se cita la publicación de Navarro pasada, la inauguración en el día anterior, las cifras globales y los trámites seguidos en el proceso con una larga referencia de todos los profesionales que han intervenido en su construcción, se repite literalmente el artículo de Navarro con las mismas ilustraciones y se da cuenta detallada del acto de inauguración; *Ibid*, *Diario de Zaragoza* (misma fecha). “Zaragoza moderna. El Nuevo Mercado”. Se da una información general de la obra y luego se describe el acto inaugural; *Ibid*., NAVARRO PÉREZ, F., “Mejoras Locales. El Nuevo Mercado”. Miércoles 24 de Junio de 1903. Se trata de un largo artículo que rebasa la página explicando el proyecto al que añade un “Complemento de la información”, donde pormenoriza las intervenciones en la obra. Va ilustrado con un apunte del antiguo mercado por Gárate y un alzado con amplia perspectiva destacando la fachada principal realizado por Galiay, además de un grabado del retrato del autor; *Ibid*., *El Noticiero*, 24 de junio de 1903. Incluye una referencia más breve del acto de inauguración y de los intervinientes en la obra; La Delegación de Mercados y Consumo del Ayuntamiento de Zaragoza publicó sin firma un folleto relativo a la reforma: *Remodelación y consolidación del Mercado Central “Lanusa”, Zaragoza, 1906. s/pág.*; SALA ASENSIO, M., *Zaragoza y sus edificios*. Zaragoza 1903, pp. 95-100, incluye también la biografía de Félix Navarro Pérez, sin páginar (5 págs) y fotografía del autor, y en la página 435 una foto del Mercado.; CANCELA Y RAMÍREZ DE ARELLANO, M^a L^a. *El Mercado de Zaragoza de 1903*. Cuadernos de Zaragoza nº 12.

Zaragoza 1977. AMZ, Caja 1062, exp. 53,10; Caja 1063, exp. 53,10, Caja 1076, exp. 53,19. Tiene notable interés la revista: "Mercado Central" editada con esmero por la Asociación de Detallistas del Mercado Central, de alcance divulgativo. Para Félix Navarro vid. AA.VV., *Félix Navarro. La dualidad audaz 1849/1911*. Edit. DZ.COAA, Ayuntamiento de Zaragoza, ADML, Caja Rural del Jalón, AQUA, Zaragoza 2003, (Catálogo de la Exposición en el COAA, 9 Mayo-20 Junio 2003); DUMAS, F.G. y FOURCAUD, L, de., *Revista de la Exposición Universal de París en 1889*. Barcelona 1889, 576 págs. y abundantes grabados.

2. NAVARRO PÉREZ, F., *La Torre de los Sitios. Proyecto*. Mariano Escar, Tipógrafo, Zaragoza 1907; *Ibid.*, *El monumento a los Sitios con el Templo del Pilar de Zaragoza*. Zaragoza, Imprenta M. Salas, 1906; *Ibid.*, *La casa de mil pesetas y el nuevo procedimiento constructivo de la carpintería de ladrillo*. Zaragoza. La Derecha, 1891; *Ibid.*, *Memoria de progresos constructivos y de higiene en la edificación exhibidos en la Exposición de París*. Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial, 1889; *Ibid.*, "Casas para obreros. Su edificación desde el punto de vista estético, higiénico y económico". *Diario de Avisos*, 12 enero 1905; *Ibid.*, *Concepto de Arte*. Zaragoza. 1904; *Ibid.*, *El arte en la Cultura Universal*. Zaragoza, 1908.

3. RINCÓN GARCÍA, W., *Un siglo de escultura en Zaragoza (1808-1908)*. Ed. Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, Zaragoza 1984; *Ibid.*, MORÓN BUENO, J R., "El arte en las necrópolis de Zaragoza. Edad contemporánea", ver en AA.VV., *Las necrópolis de Zaragoza*, Edit. Ayuntamiento de Zaragoza, "Cuadernos de Zaragoza nº 63", 1991, pp. 285-323: APA., Papeles varios de artistas aragoneses "Jaime Lluch".

Mercado Central y templo de Mercurio

Javier Delgado Echeverría

En este breve estudio de la decoración del Mercado Central de Zaragoza se intenta identificar exhaustivamente el adorno de motivo vegetal presente en el edificio. Es también una aproximación a la interpretación de una creación arquitectónica en la que los elementos decorativos contribuyen muy notablemente a fijar su identidad. Creemos que la decoración del Mercado Central, inscrita en su propia estructura, habla y explica el sentido de un edificio singular.

En la primera parte nos detenemos en inventariar los motivos vegetales y animales de la decoración del Mercado Central. Aportamos una cuantificación de tales motivos para ayudar a valorar esa presencia atendiendo no sólo a factores de magnitud sino también de frecuencia. Detallamos también su ubicación espacial.



Caduceo símbolo de Hermes-Mercurio, dios del comercio



Detalle de la estructura de hierro forjado y decoración de motivos ornamentales

Ésta es, pensamos, la aportación más permanente de nuestro estudio.

En la segunda parte entramos de lleno en el aspecto simbólico de la presencia de las plantas y de otras figuras representadas en el Mercado Central, atendiendo en primer lugar a lo que el propio arquitecto explicó al respecto. Como quiera que Félix Navarro dejó sin explicar el sentido de la presencia de algunos de los elementos decorativos del Mercado Central o sólo dio a entender levemente el de otros, intentamos aportar una interpretación razonable (por supuesto, siempre discutible) del posible contenido simbólico de esos elementos.

Inventario de motivos ornamentales

En el exterior. Fachada principal (sur). Carteles. En los vanos entre las tres puertas, al pie de los paneles de mármol blanco de los cuatro pilares fundamentales hay cuatro “carteles” de piedra alusivos al comercio, la horticultura, la caza y la pesca. En todos ellos las figuras se superponen a un tallo de acanto clásico en forma de gran ese. En la fachada, de izquierda a derecha: 1: Mulo enjaezado y roscadero con frutas. 2: Tres frutas: granada, manzana y membrillo, colgados por sus pedúnculos, azada y regadera. 3: Ánade muerto, colgado de las patas, cabeza abajo, un arco y una flecha y un

fondo acuático con aneas. 4: Dos pescados: (¿merluza y besugo / barbo y perca / lucio y besugo / mero y lubina?) colgados cabeza arriba, un remo y una red.

Puertas laterales. Verjas de hierro con motivos florales de hojas sin especial identidad botánica y flores semejantes a las de girasol adornadas con esferas intercaladas entre sus pétalos.

Dos pares de columnas, dos a cada lado. En sus capiteles, sobre hojas de acanto, cestos de los que sobresalen frutas: granada, manzana y pera o membrillo. (En esto puede haber un simpático guiño: si de un cesto con hojas de acanto nació la idea del capitel corintio, sobre unas hojas de acanto se asientan aquí cestos con frutas). En cada uno de los capiteles, un pequeño escudo con una letra: Z, A, R, A en los de la puerta del lado izquierdo y G, O, Z, A en los de la puerta del lado derecho. Entre todos forman la palabra que nombra la ciudad: Zaragoza.

Galerías de arquillos sobre los arcos laterales: sus rejas de hierro hacen motivos geométricos como en el arte mudéjar. En ellas hay dos tipos de flores: girasoles y rosas.

Cresterías sobre las galerías. Una central cabeza imponente de carnero. A cada lado, cabezas de conejos, frutos de alcachofa, peces, racimos de uva, todo ello unido por tallos y hojas vegetales sin identidad botánica. Fruteros. Sobre los pináculos, fruteros con frutas. Se trata, en

todos ellos, de un variado conjunto en el que pueden distinguirse granadas, manzanas, higos, peras, uvas.

Puerta central. A cada lado, un par de altas columnas. En sus capiteles corintios cuelgan grupos de frutas: granadas, peras, higos, manzanas, limones, ciruelas, uvas. En estos capiteles hay también pequeños escudos con las siguientes figuras: 1: El león rampante del escudo de Zaragoza, que se muestra dos veces al exterior y otros dos al interior, sobre las cuatro barras de la bandera aragonesa. Bajo estos escudos de los leones aparecen dos serpientes irguiéndose entre las frutas. (La explicación se encuentra en uno de ellos –el del capitel de la columna interior de la izquierda según se accede a la planta calle por la arcada central de la fachada sur– en el que se muestra la figura completa: el escudo de Zaragoza está inscrito en un caduceo sobre el que destaca el casco alado de Mercurio). 2: Tres espigas y una hoz. 3: Un pez sobre un tridente y un anzuelo. 4: Una balanza “romana” con un ramo de laurel. 5: Un ave alcanzada en pleno vuelo por una flecha.

La puerta se cierra con verjas de hierro iguales a las de las puertas laterales. Pero en éstas, hay además en la forja trazos de tipo vegetal (sin identidad concreta) y patentes flores y frutos de granado.

Sobre el arco central está esculpido en piedra, bajo la corona del Reino de Aragón, el escudo de Zaragoza,



Viga de celosía decorada con una flor de girasol

rodeado de espigas, pámpanos de vid, racimos de uva y tallos vegetales entre los que pueden leerse dos letras: S y H, del título de “Siempre Heroica” concedido a la Ciudad tras los sucesos del 5 de marzo de 1838 (la “cincomarzada”). Del escudo cuelga una condecoración en la que puede verse tallada una estrella de seis puntas y en su interior una figura humana, la imagen de la Caridad (matrona que acoge a dos niños): por Real Decreto de trece de julio de 1886 la Reina Regente del Reino (María Cristina) “en nombre de su Augusto Hijo, el Rey D. Alfonso XIII”, autorizó al Ayuntamiento de Zaragoza para unir a sus títulos el de Muy Benéfica y ostentar en su escudo de armas la Cruz de primera clase de la Orden civil de Beneficiencia.

La inscripción “Año 1903”, es el de la fecha de inauguración del Mercado. Sobre todo ello, en el centro, una pequeña torreta cuadrangular para un reloj circular. Sobre el reloj, una breve columna cilíndrica sobre la que brillan, superpuestas, dos pequeñas campanas con macillos exteriores.

La fachada norte. Repite la misma estructura y decoración y los mismos motivos ornamentales que la fachada sur, pero su menor importancia queda patente al no contar ni con los carteles simbólicos ni ninguna decoración sobre el arco central. De esta forma, y pese a su semejante trazo, esta entrada del sur (que

da al Ebro), queda establecida como “entrada trasera” del Mercado.

Fachadas laterales (al este y al oeste). No hay diferencias entre ambas fachadas laterales: altas columnas de hierro en cuyas basas hay ramas de olivo con frutos y en cuyos capiteles hay frutos de granadas y conchas con perlas. En la parte inferior de las fachadas, entre las columnas, cierres metálicos (seis en cada vano) con un motivo vegetal central en cada uno: una flor de cuatro pétalos en el centro de cada plancha de hierro. Creemos reconocer en ella la flor del berro de los prados (*Cardamine pratensis*), planta brasicácea de la familia de las crucíferas, que nace espontáneamente junto a fuentes y regatos, muy difundida en la mitad norte de la península ibérica. Sus flores de cuatro pétalos y sus hojas fueron ya representadas en el arte gótico, desde luego por su bonita forma, pero también a causa de sus conocidas virtudes medicinales, como excelente antiescorbútica².

En el centro de cada una de las fachadas laterales se abre una entrada al Mercado, con rejas de hierro decoradas con los mismos motivos vegetales que vimos en las entrada principal: hojas sin especial identidad botánica, flores inspiradas en las de girasol y frutos de granado.

Los dinteles metálicos que embellecen los arcos de estas puertas laterales tienen una decoración basada

en motivos vegetales: en el centro flores en las que creemos reconocer la forma de la neguilla (*Agrostemma githago*), y en los extremos búcaros con flores cuyas figuras se han geometrizado totalmente haciendo de ellas unos sencillos círculos. La neguilla fue también una planta estudiada desde antiguo, con una flor ya representada en el arte gótico, seguramente por la forma especial que presenta vista frontalmente, con sus finos sépalos muy patentes entre los pétalos. Pero también en su caso hubo razones vinculadas a sus propiedades medicinales³. La semilla de la neguilla es tóxica y su presencia en los trigales la convierte en un factor negativo a tener en cuenta a la hora de fabricar la harina, a la que además le comunica un sabor amargo. Sobre cada una de las entradas laterales, un a modo de templete de cuatro columnas en cuyo vano central se muestra una celosía de diseño arabesco de piedra en la que hay una colmena y tres cabezas aladas (*tres cabezas de labrador aragonés con pañuelo ceñido*, dice Navarro) y un fruto central: una piña. La palabra ZOCO (palabra de origen árabe, sinónimo de mercado) y algunas hojas puramente decorativas, sin especial identidad botánica.

Sobre el templete, en el centro, se alza el símbolo del dios Mercurio, dios del comercio: un caduceo (vara en la que se enroscan dos serpientes) y el casco alado del

dios. A ambos lados del caduceo, dos cuernos de la abundancia (cornucopia) que presentan frutas entre las que distinguimos granadas, peras y uvas.

En los dos extremos laterales, sendos fruteros semejantes a los que se ven sobre los pináculos de las fachadas norte y sur.

En el interior. Planta calle

Toda la decoración interior de la planta del mercado aprovecha la estructura de hierro forjado, en la que repite motivos ornamentales.

1. Las columnas (cuyas filas laterales hemos visto desde el exterior) tienen en sus basas la figura de cuatro ramas de olivo con olivas y en sus capiteles cuatro frutos de granadas (dos abiertas) y cuatro conchas con tres perlas cada una.
2. Las cerchas curvas del arco de la nave central presentan, de abajo arriba, figuras de grandes espigas, caduceos y jarrones con flores de girasol.
3. Las cerchas de las naves laterales presentan, la figura estilizada de un jarrón central con uvas y a sus lados, surgiendo de largos y sinuosos sarmientos, hojas y flores de vid a las que se ha aplicado una embellecedora desproporción que hace a las flores mucho más grandes que los racimos de uva y los pámpanos.
4. Las vigas de celosía que unen las columnas de la fila central son estructuras rectangulares de hierro en cuyos

centros se ajustan tarjetones esmaltados policromos. Esta estructura presenta grandes motivos ornamentales de forja a ambos lados de cada tarjetón: se trata siempre de la figura de un girasol. Los tarjetones exhiben figuras representativas de los productos que se venden en los puestos del mercado. En la cenefa que enmarca las figuras de cada tarjetón está representada la flor de neguilla (que los relaciona con la decoración de los dinteles féreos de las entradas laterales del Mercado: una sutil alusión que confirma la idea de que toda la decoración del mercado, hasta sus más ínfimos detalles, obedece a un plan perfectamente trazado en su concepción).

Los tarjetones fueron restaurados en 1986, tras lo cual se recolocaron sin tener en cuenta su ubicación original, que desgraciadamente desconocemos. Hoy día, iniciando un recorrido desde la fachada principal (sur) hacia la fachada trasera (norte) y volviendo desde ésta hasta la fachada principal se ven tarjetones con las siguientes imágenes:

En el lateral oeste: 1: Melocotones. 2: Gallina y polluelos. 3: Racimos de uva. 4: Peces. 5: Ánade en vuelo. 6: Zanahorias y nabos. 7: Gallina y huevos. 8: Panes y cesta de higos. 9: Alcachofas. 10: Langosta. 11: Cabra. 12: Pájaros. 13: Ciruelas. 14: Codornices. 15: Jabalí. 16: Manzanas y melones. 17: Ternero. 18: Naranjas. 19: Olivas negras. 20: Coliflor. 21: Cordero.



Columna de hierro coronada con granadas y conchas con perlas

En el lateral este: 22: Pavo. 23: Cerdo. 24: Corzo. 25: Aves negras. 26: Peras. 27: Gallo. 28: Toro. 29: Perdices. 30: Cordero. 31: Melón abierto y melocotones. 32: Faisán. 33: Vaca. 34: Pato. 35: Angulas. 36: Membrillos. 37: Pájaros. 38: Conejos. 39: Carnero. 40: Dos palomas. 41: Cerezas. 42: Peces.

Teniendo en cuenta la sistematización que Félix Navarro hizo de los productos en venta en el Mercado Central “carne, hortalizas, frutos, caza y pescado” se advierte una cantidad superior de tarjetones con productos provenientes de la ganadería (que él nombra como “carne”) en trece tarjetones, seguidos de los frutos en doce, los provenientes de la caza en diez, los pescados en cuatro y las hortalizas en tres. Esta escasa representación de verduras y hortalizas (sorprendentemente limitada a las alcachofas, coliflor, zanahorias y nabos) llama la atención aún más en una ciudad cuya huerta ha proporcionado siempre una gran cantidad y diversidad de productos, algunos de merecida fama. ¿Primó en la elección de las figuras una valoración estética, formal?

Semisótano. En el semisótano (concebido inicialmente como importante ámbito comercial) se ven las imponentes pilastras y dos filas de columnas centrales distintas de las columnas de la planta calle. Se trata de columnas menos altas y más anchas que aquéllas, con

elegantes capiteles en forma de flor de loto embellecidos cada uno con cuatro flores de girasol.

Cuantificación y valoración de los principales motivos ornamentales. Cuantificamos los motivos vegetales y animales sin tener en cuenta las figuras del interior de los tarjetones, cuya presencia responde a otra intencionalidad (como el propio arquitecto explica).

Animales: cinco son los tipos de animales representados en el Mercado Central: peces, once veces; conejos ocho; carneros, cuatro; mulo, uno; ánade, uno. Tres animales domésticos y dos de caza y pesca.

Vegetales: son dieciséis las plantas principalmente representadas (se excluyen las de guirnaldas, cornucopias y fruteros). Por orden de frecuencias: Girasol: 460. (En vigas de celosía: 84. En columnas de hierro semisótano: 144. En cerchas: 160. En cierres fachadas norte y sur: 20. En vallas fachadas norte y sur: 20. En puertas fachadas laterales: 16. En celosía galerías de arquillos: 16). Granada: 329 (En cierres fachadas norte y sur: 8. En columnas de hierro planta calle: 304. En capiteles columnas fachadas norte y sur: 16. En cartel fachada principal: 1). Olivo: 304. (En columnas de hierro planta calle). Berro de los prados “*Cardamine pratensis*”: 240 (En cierres laterales). Neguilla “*Agrostemma githago*”: 88. (En tarjetones: 84. En dinteles laterales: 4). Trigo:

82. (En cerchas: 80. Junto al escudo de Zaragoza: 2). Vid: 50. (En cerchas: 40. En cresterías: 8. Junto al escudo de Zaragoza: 2). Loto: 36. (En columnas de hierro semisótano). Manzana: 33. (En cestos capiteles: 32. En cartel fachada principal: 1). Membrillo: 17. (En cestos capiteles: 16. En cartel fachada principal: 1). Rosa: 16 (En celosía galerías de arquillos). Pera: 13. (En cestos capiteles: 12. En cartel fachada principal: 1). Alcachofas: 8 (En cresterías: 8). Piña: 2. (En hornacina colmena). Anea: 1 (En cartel fachada principal). Laurel: 1 (En escudo emblema Balanza).

El plano adjunto permite hacerse una idea de conjunto de la presencia de decoración vegetal del Mercado. Hay que resaltar que la representación de estas plantas es fundamentalmente realista, de forma que el visitante puede reconocer fácilmente las vides de las naves laterales, los trigos y los girasoles de la nave central, los olivos y las granadas de las bases y los capiteles de las columnas y, por supuesto, las frutas expuestas en los capiteles de las columnas de piedra de las entradas norte y sur. Con un poco de atención podrá reconocer también las frutas expuestas en los fruteros elevados sobre los pináculos. En cuanto al berro de los prados y la neguilla, su identificación es discutible, pero creemos que puede defenderse con relativa certeza.

Un grupo de siete plantas predominan en la decoración del Mercado Central: el girasol, la granada, el olivo, la neguilla y el berro de los prados, seguidas del trigo y la vid. Atendiendo no sólo a su cantidad sino también a su ubicación y a sus dimensiones, son el girasol, la vid y el trigo las que predominan en el interior del edificio (y el girasol la única que también está en el semisótano). El berro de los prados, por su parte, domina totalmente la decoración en hierro al exterior, como si de una cerca floral silvestre se tratase.

Es importante advertir la absoluta ubicuidad del olivo y la granada, por más que por su tamaño no estén evidentes a primera vista: están en todas las columnas de hierro de la planta calle (y cuatro veces en cada una). La presencia de la granada en los capiteles de las columnas de hierro, en los capiteles de las columnas de piedra y en las verjas de las cuatro puertas de entrada al mercado hace que su importancia como motivo ornamental se amplíe. Esta tan notable presencia de la granada en el Mercado Central de Zaragoza nos resulta un tanto sorprendente: acaso razones meramente formales la promocionaron a la hora de diseñar el adorno del Mercado, pues su belleza es singular y ha sido desde antiguo realzada en el arte. Pero también como fruto ha sido desde siempre muy apreciada, y muy pronto entró en el mundo literario, emblemático y simbólico. Acaso

su vinculación al mundo natural y al arte árabes tuvo también algo que ver con su elección por Félix Navarro, a tenor de sus propias declaraciones (que más abajo citamos) de sincera admiración hacia *la cultura arábiga*. En cuanto al loto, su presencia en los capiteles de las columnas de hierro del semisótano (a los que da su forma) hace de ella también un motivo ornamental de primera magnitud. Seguramente, aparte de su belleza formal, su presencia en el Mercado tiene mucho que ver con el resurgir de motivos orientales en la literatura y el arte de la época, incluso con un cierto renacer del esoterismo.

La importancia primordial del trigo y la vid no resulta solamente de su patente ubicuidad y el gran tamaño de su representación en las cerchas, sino también por su presencia junto al escudo de la ciudad, en representación (como Navarro explica) de la producción agrícola de nuestra comarca. En el caso del trigo, es también su presencia junto al caduceo de Mercurio en las cerchas del arco central lo que le dota de una especial significación.

Lo mismo puede decirse de la flor de girasol, la figura vegetal más representada en el Mercado: prácticamente no hay lugar, ni en el exterior ni en el interior, en el que no se nos muestre su característica imagen. Seguramente predominaron también aquí razones for-



males, pero no parece casual su inclusión en un plan decorativo en el que se intenta orientar la mirada hacia las alturas, en una dirección en la que los elementos naturales alcanzarían una superior dimensión simbólica. No es raro que para ello se eligiera una planta que contiene en sí misma la natural capacidad alimenticia y su ya desde antiguo admirada apariencia luminosa y “solar”.

La especial ubicación de la alcachofa, la manzana, el membrillo y la pera en los conjuntos emblemáticos de la fachada (capiteles, cresterías y carteles), en los que están en representación de la horticultura, hace que su importancia crezca muy por encima de lo que les corresponde por su tamaño y por su frecuencia. La escasa presencia de la rosa (y su reducido tamaño y marginal ubicación) responde precisamente a este planteamiento general: estamos en un ámbito dedicado a las plantas agrícolas, útiles y alimenticias, vinculadas a la agricultura y la horticultura, y no al mundo de la jardinería (al que sólo pertenecen en el Mercado, además de la rosa, el loto y el laurel).

Simbolismo en la ornamentación. El posible tratamiento simbólico del adorno vegetal se asienta en el conocimiento de las características botánicas, no sólo formales, de la planta representada, de los usos y cos-

tumbres (medicinales, mágicos, folclóricos) a ellas vinculados y del ámbito simbólico con que la tradición las ha connotado, incluyéndolas en la representación de ideas más o menos abstractas. El uso ordenado del adorno vegetal en las artes y en la arquitectura puede estar al servicio de un programa iconológico con una intencionada connotación simbólica⁴.

La evidente presencia de elementos vegetales en la ornamentación de muchos de los edificios diseñados por Félix Navarro habla por sí misma de la querencia de este arquitecto por ella. Ciñéndonos a su obra en Zaragoza, la mayoría de sus edificios muestran a las claras su gusto por una ornamentación vegetal perfectamente visible por el paseante. Que esta presencia de adorno vegetal tenga deseadas connotaciones simbólicas por parte del arquitecto está por demostrar en un estudio detallado, que debería tener en cuenta la época de su realización, sus planteamientos generales sobre la arquitectura y el sentido de los escritos del propio arquitecto sobre la concepción de algunas de sus obras⁵. Pero constatamos ya que el adorno vegetal en las obras de Félix Navarro remite claramente a formas concretas de la vegetación y participa de un lenguaje iconográfico generalizado, gracias a lo cual los elementos concretos de ese adorno pueden ser identificados y, a partir de ahí, entendidos, interpretados. Esto es lo

que vamos a intentar en este apartado sobre la posible connotación simbólica del adorno vegetal en el Mercado Central de Zaragoza.

El uso habitual de adornos arquitectónicos dotados tradicionalmente de cierta connotación simbólica y algunos párrafos de los propios escritos del arquitecto han suscitado a menudo la cuestión de la posible pertenencia de Félix Navarro Pérez a la masonería. Pero no hemos encontrado ninguna prueba documental al respecto. Se ha aducido, como indicio añadido, la posible pertenencia a la masonería de su hijo Miguel Ángel. Pero lo único cierto es que su hijo fue acusado de pertenecer a la masonería en una época en la que tal acusación fue empleada sin escrúpulos como parte de una campaña dedicada a la justificación del exterminio de los adversarios políticos, de modo que aquella acusación nada dice de cierto sobre su verdadera pertenencia a la masonería. El profesor José Antonio Ferrer Benimeli incluye al hijo de Félix Navarro en la lista de quienes fueron acusados sin ningún fundamento. Las personas que colaboraron con Félix Navarro en la construcción del Mercado tampoco aparecen en documentación relativa a la masonería⁶.

Conviene aclarar, por otra parte, que de la pertenencia de un arquitecto a la masonería tampoco debe deducirse una influencia concreta en los programas icono-



Tarjetones de esmalte. Félix Navarro ideó un gran friso compuesto por 42 tarjetones que fueron colocados de seis en seis metros de distancia, con una doble función: la de recordar la vajilla decorada y fijar la atención popular, sobre todo de quien no lee letras ni números, para designar los lugares del mercado. Los esmaltes los realizó Viñado y Burbano, y las viñetas Elías García.

gráficos empleados en sus obras. No parece que ser masón haya obligado nunca a adscribirse a una tendencia o escuela artística, de modo que pueden observarse notables diferencias en las obras de artistas y arquitectos pertenecientes a la masonería en un mismo país y en una misma época. Baste, como ejemplo ilustrativo, reparar en la obra de un arquitecto masón (éste sí conocido como tal, además de militante socialista), el zaragozano Francisco Albiñana (1887–1936): un recorrido por los principales edificios de Albiñana dará idea de lo que pretendemos explicar, pues realizó obras de muy diferentes características formales a lo largo de su carrera⁷.

El simbolismo de Félix Navarro estaba en el ambiente y no hacía falta pertenecer ni a la masonería ni a ninguna otra organización para acceder a su estudio. Se trata de un conocimiento muy extendido entre la intelectualidad europea de su época, en la que, a finales del siglo XIX, se revisan asuntos fundamentales de la cultura y la civilización de Occidente. En esa revisión entran los asuntos vinculados a la simbología: la mitología clásica, las influencias culturales de Oriente, las tradiciones simbólicas vinculadas a la cultura clásica, la emblemática, el folclore y también un cierto esoterismo *fin de siglo*. Estas cuestiones serán objeto de atención generalizada y entrarán en los estudios de artistas, arquitectos e ingenieros con

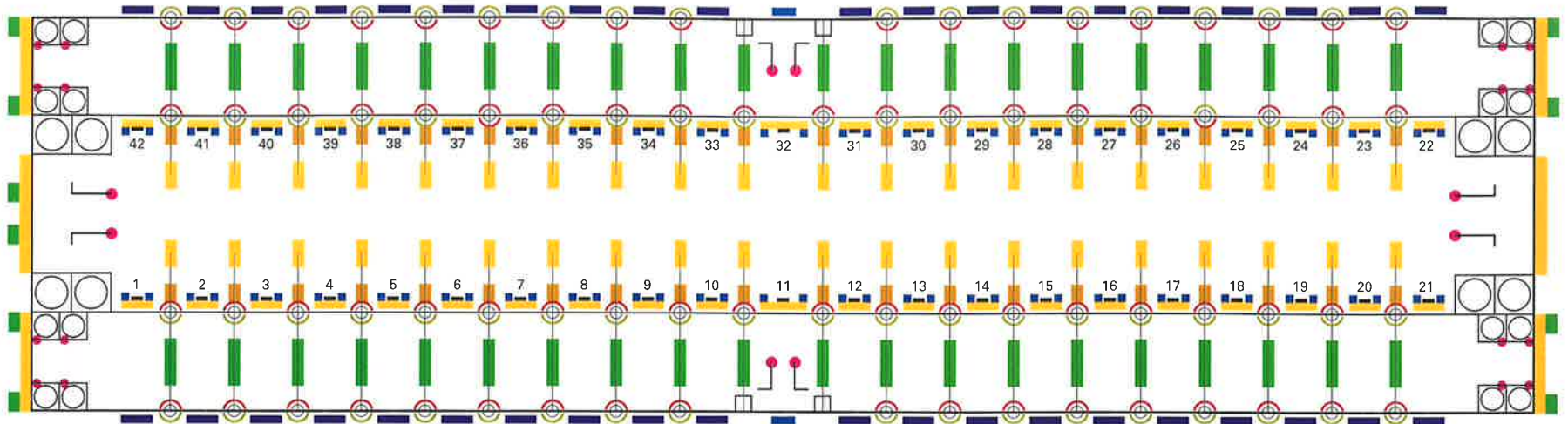
toda naturalidad, como parte de una completa formación humanística. Y ello ocurre precisamente en una época en la que los avances tecnológicos permiten nuevas formas de expresión de las ideas: el hierro y el cemento, junto con el vidrio y el ladrillo, etc., nuevos y antiguos materiales constructivos en un diálogo nuevo entre ellos, revitalizarán una tradición simbólica por lo demás nunca olvidada: antiguos programas iconográficos podrán ser presentados con nuevas formas de expresión y hay una clase social deseosa de manifestar su concepción del mundo por medio de ellos⁸.

Monumentos y edificios públicos recibirán un amplio tratamiento ornamental, pero también participarán del gusto del momento, como no podía ser de otra forma, los edificios privados, sean éstos fábricas, comercios, almacenes o viviendas. En Zaragoza pueden disfrutarse aún de algunas muestras del arte constructivo de aquella época, aunque por desgracia la piqueta se cebara sañudamente contra muchos de los edificios y monumentos con los que una generación emprendedora quiso embellecer nuestra ciudad: las obras de Ricardo Magdalena, de José de Yarza, de Félix Navarro, etc., (Facultad de Medicina y Ciencias, Casino Mercantil y Agrícola, Museo Provincial, Escuela de Artes y Oficios, viviendas del Paseo de Sagasta, de las calles Alfonso y Don Jaime, Manifestación, etc.). Los edificios que han

permanecido en pie dan cabal testimonio de un quehacer técnico y artísticamente notables surgido al calor de la revitalización económica y social que conllevó la preparación y celebración del primer Centenario de los Sitios de Zaragoza en 1908⁹.

Simbolismo: Lo que el arquitecto explicó. El propio arquitecto dio algunas explicaciones de la presencia de las figuras representadas en el Mercado Central. Lo hizo especialmente en un largo artículo de presentación de su obra, publicado en *Heraldo de Aragón* el mismo día de la inauguración del edificio, el miércoles 24 de junio de 1903. En él amplía muchísimo lo declarado hasta entonces (por ejemplo, en una entrevista concedida a este mismo diario el viernes 25 de julio de 1902, con las obras aún en marcha).

Félix Navarro se detiene en la explicación de muchas de las figuras, pero no comenta todas. Parece interesado en un tratamiento del adorno en el que las figuras están por aquello a lo que aluden directamente (un pez es la pesca, un racimo de vid la frutería, una alcachofa la horticultura, el caduceo está por el comercio, etc.), propio del lenguaje alegórico, más que atendiendo a un simbolismo más profundo. Pero su texto ofrece algunos elementos de juicio para valorar otras posibles intenciones.



- Girasol
- Trigo
- Vid
- Olivo
- Granada
- Neguilla
- Berro
- 1 a 42 Tarjetones

Citamos a continuación (en cursivas) las explicaciones que Navarro dio de algunos elementos decorativos del Mercado Central, tras una formulación general de sus intenciones: *Como el decoro de un edificio no estriba sólo en que resulte útil y con buenos materiales, había que hacerlo también artístico.*

El mercado y el arte. *¡Cuántas actividades concurren a proveer un mercado! ¡Cuántas luchas y esfuerzos previos representan aquellas mesas de abundancia! La nobleza del arte se identifica con cuanto es digno y honrado; por eso aquí canta el trabajo humano, condensación de los medios y los fines de la vida en cuanto es material realidad.*

El diseño general del edificio. *Las proporciones y combinaciones generales de líneas, y la esbeltez de las estructuras, que parecen pregonar nuestra soberanía de hombres sobre la cosas materiales.*

Los arcos de las fachadas de testero. *Afectan forma de arcos triunfales romanos, por los cuales pase el pueblo ya culto, victorioso sobre anteriores rudezas y mezquindades.*

El escudo de Zaragoza en la fachada principal. *Sobre la clave del arco principal se ve el león zaragozano entre vides y espigas; o sea con los típicos alimentos. (...) En los frentes exteriores de capitel, provisto de guirnaldas de frutas en sus ángulos, se ve el león*

zaragozano sobre las barras de Aragón, como expresión ya regional de toda esta comarca productora. Bueno será advertir que el león, en general, expresa el más alto potente sol de julio, el signo zodiacal Leo, y se ha escogido siempre con cierta conciencia de intensa vitalidad. España y Zaragoza son en este particular ilo idéntico!

Los carteles de la fachada principal. *Emblemas del trabajo humano para procurar directamente la alimentación. El cultivo, azada y regadera y un racimo de frutas: medios y fin. La caza, un pantano, un arco con flecha y un ánade alcanzada, penalidad y habilidad. La pesca, recuerdos de olas, remos, redes, y un grupo de peces cogidos. El trajín o acarreo, una cabeza de mulo y un roscadero típico, lleno de productos vegetales.*

Los emblemas de los capiteles corintios. *Los capiteles de tipo corintio, de las columnas, tienen como motivo fundamental el heredado caduceo clásico, el sombrerillo de Mercurio, (...) El caduceo clásico representa maravillosamente dos serpientes o egoísmos, la inferioridad de lo que no se eleva del suelo, contrapuestas; pero armonizados ante una norma bajada del cielo, un cetro con alas, una ley o razón que las contiene. Eso debe ser la equidad en el fecundo trato mercantil, necesario a la vida. Alrededor de esa idea principal, como corresponde a la composición de capiteles, se presentan otras*

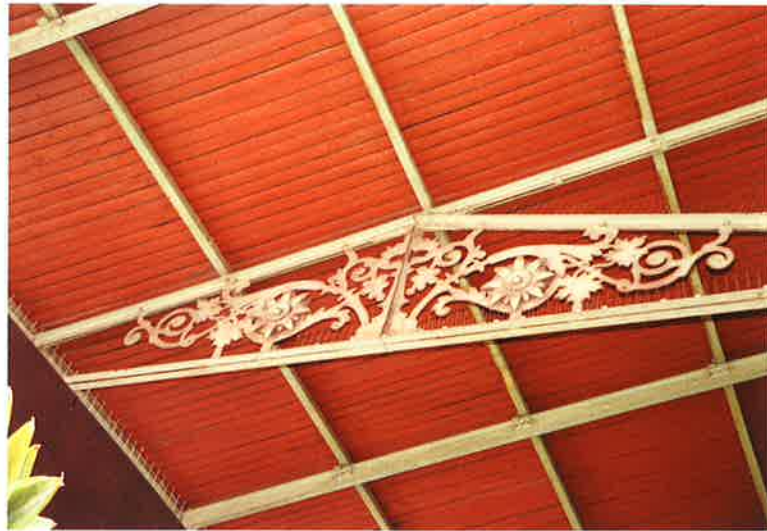
ideaciones habiéndose escogido entre muchas propuestas las que parecieron más claras.

Entre los emblemas de los escuditos de capitel grande, se ve una hoz que siega, una mano que vendimia, ave alcanzada por flecha, el fiel con laureles, por estarlo, etc., esas y otras cosas es o debe ser un mercado. (Curiosamente, aquí Navarro menciona un emblema de la Vendimia, que no encontramos, y no menciona uno, creemos que de la Pesca (un pez sobre tridente y anzuelo) que sí encontramos esculpido en ese lugar. ¿Se trató de un lapsus calami o de un cambio del diseño original?).

Los capiteles de las arcadas laterales de los testeros. *Son sencillamente canastillos rebosando frutas y marcados con una letra, que al ser ocho en cada fachada entre todas las letras dicen ZARAGOZA, porque los productos de una región forman su carácter o nombre.*

Las figuras de las cresterías. *La crestería sobre las galerías decorativas, un resumen de la alimentación: “carne, hortalizas, fruto, caza y pescado”. (Se trata de una composición –repetida cuatro veces en el edificio– en la que el carnero está por la carne, las alcachofas por las hortalizas, los conejos por la caza, los racimos de vid por la fruta y los peces por la pesca).*

Los fruteros. *Las coronaciones de pilares son “fruteros”.
La colmena y las abejas de las entradas laterales. En las portadas laterales y ya que en efecto Zaragoza es como*



Detalles de la estructura interior, en hierro forjado, con motivos ornamentales

el corazón mismo de España, se ha dedicado un recuerdo de gratitud que debe vibrar en nuestra conciencia nacional hacia la civilización árabe. Ante hornacina con fondo de decoración arabesca, vese una concha cuya perla o contenido valioso es una colmena de abejas visibles que son tres cabecitas de labrador aragonés (con su pañuelo ceñido aún a modo de turbante) y entre el festoneado de la concha se ven las letras ZOCO del nombre arábigo español de Mercado. España, por mediación arábigo, difundió ciencias, artes y productos de primer orden para la civilización en general.

Los árabes españoles vulgarizaron la universal numeración y el papel, factores tan importantes para el comercio. La cultura arábigo enseñó a distribuir los riegos en el campo, enseñó la cerámica esmaltada, importó ricas frutas de Asia y Africa, la seda, el algodón, el añil y hasta según estudios arabistas de nuestra propia Universidad, nos enseñó el arte de administrar la justicia en el Justiciazo aragonés.

Los tarjetones esmaltados del interior. Son ya en lo industrial piezas de mérito, y se han fabricado en Zaragoza (Viñado y Burbano). Estas placas, colocadas de seis en seis metros de distancia y en número de 42 a lo largo de un ancho friso. De otros modos también decorado para evitar la sequedad de una simple viga de aspas, llevan imágenes de alimentos de bello

aspecto(...). En su conjunto todos estos cuadros de esmalte recuerdan la vajilla decorada, lo deseable para la alimentación del hombre culto y próspero y en su detalle servirán para fijar la atención popular sobre todo de quien no lee letras ni números para designar los lugares del mercado. “Fulana, se dirá, vende debajo del cartel del jabalí” o enfrente de la pintura “de unos moscateles”.

La costumbre de designar con imágenes en la Edad Media las posadas, hosterías, etc., tenía gran razón de ser y muy recientemente en París han rivalizado los más famosos pintores en especial certamen de muestras artísticas para designar las tiendas, de otro modo que con la sequedad de números y letras. En algunos ferrocarriles extranjeros se ha adoptado también distinguir los coches con imágenes además de tener la usual numeración.

Incluso sobre los propios materiales de construcción empleados tiene Félix Navarro algo que decir en un sentido simbólico. Y lo que dice al respecto es toda una declaración de principios:

Sin duda ninguna la humanidad gusta del arte en las cosas y tanto más cuanto más civilizada; pero no debe desconocerse que ciertas materialidades excelentes influyen no poco en la estimación pública de una obra cuando son conocidas. En ésta debe notarse que para

evitar el desgaste de las graderías se ha empleado por primera vez en España construcción en una roca durísima, pórfido de áspera dierita de difícil labra y permanencia insuperable. Esa roca, de origen ígneo, es de lo más primitivo del planeta, de lo más hondo de los terrenos, pero brotó eruptivamente en los pirineos, en los alpes y en otras montañas. Aquí, en nuestra provincia, hay un “cabezo” de dierita en Codos, de donde se ha traído. El color bronce de esta piedra es muy grato, sobre todo hallándose mojado.

Así pues, vemos que Félix Navarro, en sus comentarios sobre el Mercado Central, dejó establecidas unas líneas de interpretación, a partir de las cuales podemos obtener una idea general de su concepción del edificio y comprender el sentido de los elementos constitutivos de su decoración. Tiene, pues, Navarro una forma de concebir el edificio porque tiene una forma de concebir el trabajo humano (al que canta con su arte), el comercio (*un fecundo trato*) al que está destinado, las relaciones (*de equidad*) de los seres humanos entre sí, las de éstos con la materia (*sobre la que reinan*), con su propia intimidad espiritual (*victoria sobre las rudezas, mezquindades y egoísmos*) y con una inspiración superior (*una norma bajada del cielo, una ley o razón*).

A Navarro le merecen tanto respeto las materias concretas con las que se trabaja en el mercado que pone a



su servicio no sólo su capacidad creativa sino unos materiales de construcción que estima excelentes para la misión que se les encomienda, esas *materialidades excelentes* de las que habla con tanto orgullo como precisión, para construir el Mercado Central como ámbito de transformación de lo efímero (la compraventa cotidiana) en permanente (el comercio), y por lo tanto dotado de unas normas que lo elevan a la categoría de actividad civilizadora.

Alrededor de esa idea principal, como él mismo señala, se ideó el conjunto de la ornamentación de nuestro Mercado Central, una ornamentación que lo embellece y lo hace comprensible y por lo tanto disfrutable por el conjunto de la población.

Simbolismo: Lo que el arquitecto no explicó. A la concepción general del Mercado explicada por Félix Navarro convienen, como él mismo declara, los elementos decorativos que diseñó, algunos de los cuales explicó. También pudieron convenir otros, sobre los que no se pronunció, cuya explicación creemos que completa y refuerza las ideas defendidas por el arquitecto.

La piedra, el ladrillo, el hierro y el cristal, materiales constructivos, están al servicio de un tratamiento muy estudiado del aire y el agua, dos elementos naturales especialmente importantes, que hay que dominar si no

se quiere que un viento destructor y una humedad malsana perjudiquen gravemente la cotidianidad del mercado. La higiene, una de las obsesiones de la época, fue también una prioritaria preocupación profesional de Félix Navarro. También la luz se tuvo en cuenta a la hora de dotar al Mercado de una estructura diáfana, comprometida con las necesidades higiénicas pero también con la necesaria claridad de las operaciones comerciales. Una luz que, vinculada a la altura, alcanzaría categoría como símbolo de las aspiraciones de superación moral propuestas por el arquitecto. La consideración del espacio desde el punto de vista de la luz (de su origen natural, en primera instancia), y por lo tanto desde consideraciones de inferioridad/superioridad ofrece una de las claves más importantes del sentido de la ornamentación del Mercado Central, como intentaremos mostrar en el apartado siguiente, dedicado al simbolismo vegetal.

Simbolismo vegetal. La mayoría absoluta de las plantas representadas en el Mercado Central nos resultan absolutamente familiares y no requieren especial presentación. Han sido desde la más remota antigüedad objeto de atención, no sólo agrícola y culinaria sino cultural, incluso en el ámbito de la experiencia religiosa. Su notable calidad botánica les dotó enseguida de un gran protagonismo de nuestra civilización: enseguida

participaron también en la elaboración –incluida su faceta mítica, literaria y artística– de una visión del mundo en la que lo material y lo espiritual se darían la mano. Todas adquirieron muy pronto una inextinguible capacidad de representación simbólica de preocupaciones, satisfacciones y aspiraciones del género humano¹⁰. De todas ellas, las dos únicas plantas que presentarían una posible connotación simbólica negativa son, precisamente, las únicas plantas silvestres: el berro de los prados y la neguilla. Existe la creencia de que las flores del berro de los prados son las favoritas de las serpientes, por lo que resultaría peligroso recogerlas¹¹. En cuanto a la neguilla, en el folclore centroeuropeo se ha relacionado a la neguilla con el diablo y con la locura¹². Es posible que en el diseño decorativo del Mercado, pleno de plantas agrícolas, útiles y alimenticias y en el que todo colabora en la exaltación de un proyecto civilizador y socializador, estas pequeñas plantas silvestres estén precisamente aportando una llamada de atención hacia la presencia de los peligros que siempre amenazan el positivo desarrollo de la civilización o hacia los elementos que, como excepción, siempre intentarán mantenerse ajenos a ella. Se trataría de un detalle de una notabilísima sutileza intelectual y artística. Es importante reparar en la ubicación de los motivos vegetales distribuidos en el espacio entero del Mercado

Central. (Véase plano). Puede advertirse así un plan perfectamente realizado, en el que parece razonable señalar algunos elementos de simbolismo.

El espacio interior central del mercado estaba destinado al tránsito de las personas (lo que era aún más evidente en el diseño original de la colocación de los puestos de venta), verdaderas protagonistas de las actividades realizadas en él, *pregonando nuestra soberanía de hombres sobre las cosas materiales*, como quería el arquitecto. En un inmediato segundo espacio de centralidad, se muestran los elementos propios del comercio alimentario. Y se muestran en su realidad (en los puestos de venta), en su representación artística (en los tarjetones) y en su representación simbólica (en las columnas, en las vigas de celosía y en las cerchas laterales y centrales), para la cual se ha reservado, además, un espacio especialmente significativo en las alturas del edificio (las cerchas curvas del arco central).

Emblemáticos en la fachada, el trigo y la vid se enseñorean (desde las cerchas) del espacio interior del mercado. Lo hacen unidos a las flores de girasol, que por su parte contribuían a embellecer e “iluminar” (desde los capiteles de las columnas de hierro) el espacio del semisótano. También participan del espacio interior otras plantas que se muestran en el exterior: el olivo, la granada (ambos en las columnas) y la neguilla (en el

dintel de las entradas laterales y en la cenefa de los tarjetones).

Una observación más atenta evidenciará cómo el paso de todas estas plantas al interior del edificio viene acompañada de una elevación en altura. Los campos de trigo y los viñedos que rodean los puestos de venta lo hacen desde una altura superior, manteniendo una categoría simbólica ya adquirida en la fachada, y al resto de las plantas esa elevación espacial también las elevará a una categoría superior como símbolos: eso ocurrirá muy especialmente en el caso de las flores de girasol: presentes en el semisótano y en los cierres metálicos de las entradas, ascienden a las alturas de las cerchas curvas del arco central y allí se muestran repetidamente como símbolo de la transformación de la materia gracias a la luz solar.

Algo semejante sucede con los frutos del granado: al alcance de la mano de quienes acceden al interior por cualquiera de las puertas que permiten el acceso a la planta calle, pero también en los elevados e inaccesibles capiteles de las columnas. Atractivo fruto agrídulce, conocido símbolo de la fecundidad, podrá transformarse en el interior, en la altura de los capiteles, en símbolo de la amistad y de la generosidad. Y sobre estas granadas, por cierto, las conchas con perlas se exhiben como símbolo de la purificación y el perfeccionamiento a partir de la materia más humilde.



El olivo es también árbol simbólico de la prosperidad y de la paz desde los más remotos tiempos. *Sin tierra y olivares, ¿qué serían las ciudades?*, dice un viejo refrán que podría fundamentar su presencia en el Mercado Central si la presencia de los olivares que rodean Zaragoza no fuera ya suficiente razón. Su no inclusión en la fachada, entre *los típicos alimentos* de los que habla Navarro puede así compensarse sobradamente con esta ubicuidad, especialmente si tenemos en cuenta un también antiguo proverbio árabe: *El aceite es el pilar de la casa*. ¡Y lo encontramos representado en las basas de todas las columnas de la planta calle! En cuanto a una relación entre el olivo y la luz, en el Corán encontramos una importante alusión al respecto: *Dios es la luz de los cielos y de la tierra (...). Se enciende gracias a un árbol bendito, el olivo*¹³. Admirador, como hemos visto, de *la cultura arábiga*, Félix Navarro pudo tener en cuenta éstos u otros pensamientos semejantes.

Los frutos de los capiteles corintios de las columnas de las entradas sur y norte, los que se muestran en los cuernos de la abundancia y en los fruteros expresan esencialmente la misma idea de copiosidad, fecundidad, abundancia, prosperidad y felicidad, elevando las frutas cada vez a superiores alturas del Mercado, como exhibiendo una ofrenda frutal a plena luz del sol. Una

antigua representación de la Felicidad fue una mujer coronada de flores, sobre un trono, sosteniendo en la diestra un caduceo (símbolo de la paz, de la virtud y de la sabiduría) y en la siniestra una cornucopia llena de frutos (símbolo de las riquezas). *Foelicitas Publica*, era la inscripción que le acompañaba¹⁴. El caduceo y las cornucopias que vemos expuestos en las entradas laterales del Mercado Central bien podrían estar proclamando ese deseo de Pública Felicidad.

Sólo a una planta de las representadas en el Mercado se la ha excluido de esta norma general de elevación espacial como vía de transformación y entrada en el ámbito de lo simbólico: el loto, que da forma a los capiteles de las columnas del semisótano. *Salida de la oscuridad, se abre a plena luz: es el símbolo de la plenitud espiritual*¹⁵. Junto al agua y en la penumbra, una flor de agua que busca la luz, que significa ella misma la conquista de la luz interior en un contexto religioso de muerte y resurrección. En las “tripas” del Mercado Central, una de las flores más espirituales del planeta. Verdaderamente, a esos lotos no les hacía falta nada más.

¿Y gracias a qué mecanismo todas estas plantas experimentan una transformación que los convierte, más allá de su inmediata capacidad alegórica de la prosperidad material y de la paz, en elementos de una simbología

celebradora de la superación intelectual y moral? Es por obra del caduceo que reina entre todos ellos en este edificio consagrado a Mercurio. Es la acción de esa *norma bajada del cielo*, como lo expresa Félix Navarro, la que propicia una general transformación de la materia gracias a la cual sobrevive materialmente el género humano en materia espiritual gracias a la cual supera *la inferioridad de lo que no se eleva del suelo*. La presencia en el Mercado Central del dios Mercurio sería la clave del sentido de toda su ornamentación vegetal.

El caduceo de Mercurio está representado en cuarenta y tres ocasiones, a lo largo y ancho del Mercado Central. Está discreta pero significativamente unido al escudo de Zaragoza en los capiteles corintios de las altas columnas de las entradas principales (al menos en el diseño original, según se desprende del citado texto de Navarro, aunque sólo lo hayamos encontrado en el capitel de la columna interior de la izquierda según se accede en la planta calle por la arcada central de la fachada sur). Está perfectamente expuesto sobre las dos puertas de las fachadas laterales, en una clara entronización del dios en un espacio comercial. Y está francamente exhibido en todo el interior del mercado en las bellísimas cerchas curvas del arco central. Si elevamos la vista lo veremos ahí, en una verdadera epifanía, a la que contribuye maravillosamente la luz del sol

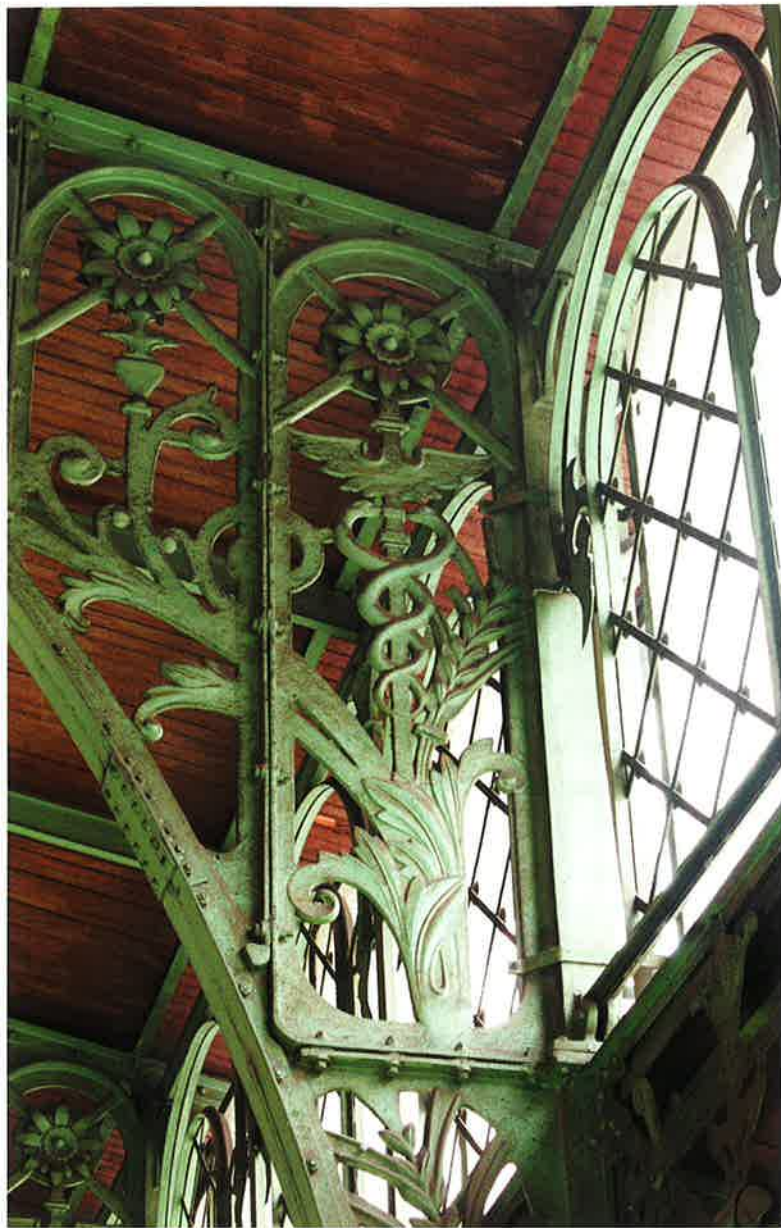
de mediodía. Y en esa epifanía el caduceo está ubicado precisamente sobre las espigas de trigo y bajo búcaros con girasoles, en una posición cuya significación es fácil comprender: por su mediación se producirá el triunfo de la espiritualidad sobre la materia, precisamente a partir del respeto exquisito a esa misma materia en la que se origina el alimento que asegura nuestra supervivencia, y gracias al esfuerzo cultural (al que contribuyen las comunicaciones y el comercio) por la conquista colectiva de grados más elevados de espiritualidad. El dios Mercurio (el Hermes griego) desempeña en la mitología occidental la función de heraldo celestial. Sus atributos principales simbolizan esa misión: sus sandalias aladas, su caduceo y el “petasus” o casco alado, aluden a su función de dios comunicador entre el mundo terrenal y el olímpico, protector de los caminos, de los viajeros, del comercio, del lenguaje, de la elocuencia y en general de la comunicación. Mercurio también actúa como guía y conductor de las almas al Más Allá. Su caduceo es símbolo del poder subsidiario del dios sobre la muerte, lo que le convierte en inductor de una de las formas del éxtasis místico que permite la purificación espiritual¹⁶. De la paz fue también emblema, desde la Antigüedad, su famoso caduceo: vara de oro en torno a la cual se enrollan en sentido inverso dos serpientes, instrumento y atributo habitual de Hermes

o Mercurio, empleado para abatir ante él enfrentamientos y discordias (como recuerda en su artículo Félix Navarro). Mercurio es un dios protector de las artes y las letras, de las artesanías y de los oficios productivos, conocedor de las características del género humano, al que señala y ayuda a encontrar el camino hacia la luz, especialmente interesado en su superación intelectual y moral: de ahí su muy antigua vinculación a la cábala y a la alquimia, escuelas de perfeccionamiento moral¹⁷.

La ostensible presencia del símbolo de Mercurio en el Mercado Central evoca todas esas cualidades y capacidades del antiguo dios, estableciendo el mercado en un ámbito en el que pueden realizarse los humanos deseos de bienestar, paz y comunicación cultural.

Simbolismo zodiacal. La alusión de Félix Navarro al león del escudo de Zaragoza como Leo, símbolo zodiacal, pudiera ser la clave conceptual de otro aspecto del simbolismo con el que fueron concebidas las figuras que decoran el Mercado Central. Recordemos sus palabras: *Bueno será advertir que el león, en general, expresa el más alto potente sol de julio, el signo zodiacal Leo, y se ha escogido siempre con cierta conciencia de intensa vitalidad.*

Podemos colegir de sus palabras que Navarro conocía y estimaba en algo la simbología zodiacal, tanto como para mencionarla públicamente en ese importante



artículo inaugural, y que pudo tenerla en mente a la hora de diseñar la ornamentación del Mercado. Por ello nos atrevemos a plantear la siguiente propuesta, en la que se tienen en cuenta los signos del zodiaco al mirar la ornamentación de la fachada principal.

Si el león del escudo de Zaragoza es Leo, la impactante cabeza de carnero que domina en las cresterías bien pudiera ser Aries. Navarro relaciona ésta directamente con la venta de carne. Pero eso no es obstáculo para recordar que el carnero es uno de los animales vinculados a Mercurio, ya que es protector de los rebaños. (También podría relacionarse con Mercurio, por cierto, el remo que vemos en el cartel de la fachada dedicado a la pesca, antiguo símbolo del comercio marítimo)¹⁸.

Si el león es Leo y el carnero es Aries, el arco y la flecha del cartel dedicado a la caza también pudiera ser Sagitario y los dos peces del dedicado a la pesca pudieran ser Piscis. Casualmente, Aries, Leo, Sagitario y Piscis son cuatro signos de las cuatro estaciones del año: Aries es de la primavera, Leo del verano, Sagitario del otoño y Piscis del invierno. En la fachada principal del Mercado estos signos estarían ante el observador en el orden oportuno, de izquierda a derecha. ¿Podemos deducir que Navarro quiso aludir de una forma discreta, en esa fachada, a las cuatro estaciones del año?

Cerchas curvas del arco central

De ser así, en la fachada principal del Mercado tendríamos cuatro elementos visibles de una alusión al zodiaco, la clave de cuya lectura la hemos encontrado en las palabras del arquitecto sobre el león del escudo de Zaragoza como Leo. De todas formas, hay que advertir que los signos del zodiaco que corresponden a los cambios de estación (por corresponder a los equinoccios y solsticios) y que los simbolizan comúnmente no son estos cuatro sino Aries, Cáncer, Libra y Capricornio. Eso deja abierta la puerta a otras interpretaciones sobre la posible presencia de Aries, Leo, Sagitario y Piscis en esa fachada, para las que debería tenerse en cuenta también la presencia del Sol y de Mercurio y sus respectivas ubicaciones en el edificio¹⁹.

Recapitulación. La ornamentación del Mercado Central combina perfectamente dos factores complementarios: el uso de unos elementos decorativos concretos y su distribución espacial en el conjunto del edificio. Un edificio, concebido como “edificio parlante” cuya estructura es soporte de una decoración en la que un conjunto de plantas perfectamente identificables, todas ellas presentes en nuestro entorno cercano y dotadas de una notable y positiva connotación simbólica desde la más remota Antigüedad, colaboran en la expresión de un mensaje perceptible y comprensible por el visitante.

Los puestos de venta del Mercado Central están, gracias a la ornamentación del edificio, virtualmente rodeados de olivares, campos de girasol, viñedos, trigales, huertos en los que crecen hortalizas como la alcachofa y frutas como las granadas, manzanas, membrillos y peras, como lo está realmente la ciudad en la que se produce su actividad comercial. Aneas, laureles, lotos, palmeras y rosales embellecieron siempre los jardines de Zaragoza. Félix Navarro no tuvo sino que mirar a su alrededor para inspirarse a la hora de diseñar una decoración adecuada al edificio del Mercado. Compradores y vendedores, por su parte, reconocerían inmediatamente allí elementos de un paisaje local en el que durante siglos han trabajado laboriosamente como las abejas de las colmenas esculpidas sobre las puertas laterales quieren simbolizar.

Si nos atrevemos a hablar del Mercado Central como templo de Mercurio es porque así nos lo permite la reiterada exhibición en él del caduceo, instrumento y emblema del antiguo dios. Es una forma de expresar que en su interior se rinde culto cotidianamente, sin especiales ceremonias, a la libre comunicación entre las personas y a la sacrosanta lealtad a la palabra dada, base y garantía del acto comercial. Vemos así un Mercado concebido como obra artística en la que se quiere celebrar la exaltación *del pueblo ya culto, victorioso sobre anteriores rudezas y mezquindades*.

La construcción del Mercado Central de Zaragoza surge, a caballo entre el siglo XIX y el XX, en el seno de una concepción del mundo y de la vida en la que influye poderosamente un optimismo que desgraciadamente la Primera Guerra Mundial no tardaría en desmentir. La coyuntura española propiciaba el compromiso social y animaba el vuelo de la imaginación de arquitectos e ingenieros: España podría disfrutar de construcciones de nuevo cuño, capaces de responder a las necesidades materiales del momento e incluso capaces también de contribuir con su belleza a la promoción de los necesarios cambios en la forma de vida de los españoles. A esa empresa intelectual y moral quiso contribuir Félix Navarro, arquitecto zaragozano de formación universal, con sus construcciones plenamente dotadas de higiene, utilidad y belleza. El Mercado Central de Zaragoza es una buena muestra de ello. Afortunadamente, aún lo podemos disfrutar como lo que es: un monumento espléndido al que acudimos cotidianamente a vender, a comprar y a encontrarnos con nuestros conciudadanos. Que así sea por siempre jamás.



Notas

¹ **Dedicatoria.** A la memoria de mi abuela paterna Encarnación Diarte Biel, nacida en la calle Casta Álvarez y vecina de la plaza del mercado mientras se construía el Mercado Central.

Agradecimientos. Varias personas me han ayudado a la preparación de este trabajo y quiero agradecerlo públicamente: a mi hija Celia, a Valentín Cantalapiedra, coordinador de la Asociación de Detallistas; a Julio Colmenero, frutero, y Vicente Olmeda, pescatero, con puestos en el Mercado Central; a los hermanos José Antonio y Fernando García (“Pesquis”), Pilar Lorente, Fernando Burillo y Cruz Lago, vecinos de la plaza del mercado; a los profesores de la Universidad de Zaragoza Alfredo Ballestín, Juan Francisco Esteban Lorente, José Antonio Ferrer Benimeli, Jesús Navarro Artigas y Guillermo Redondo. Por supuesto, la responsabilidad de cualquier posible error en este trabajo es sólo de quien lo firma.

² FONT I QUER, Pío: *Plantas medicinales: El Dioscórides renovado*, Barcelona, Labor, 1993, T. II, pp. 262–263.

³ FONT I QUER, Pío: *Plantas medicinales...* op. cit. T. I, pp. 178–180. Ambas, berro y neguilla, han sido identificadas, por ejemplo, en los tapices de La Seo y en general en tapices flamencos del siglo XVI: BOSQUED LACAMBRA, Pilar: *Flora y vegetación en los tapices de La Seo, Zaragoza*, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1989 y “Aproximación a la flora y vegetación en los tapices de Bruselas del siglo XVI del Patrimonio Nacional de España”, *Jardín y Naturaleza en el siglo XVII*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 1998, pp. 77–101.

⁴ Es lo que hemos intentado mostrar en otros estudios sobre ornamentación vegetal. Entre otros: DELGADO, Javier y LARIO, Bernardo: *El huerto de piedra: flora esculpida en el claustro gótico de Veruela*, Zaragoza, La Val de Onsera, 1998. DELGADO, Javier: *Jardín cerrado: flora escondida en la colegiata de Santa María de Borja*, Borja, Centro de Estudios Borjanos, 2001.

⁵ Una excelente introducción al estudio de la obra de Félix Navarro en MARTÍNEZ VERÓN, Jesús: *Arquitectura aragonesa: 1885-1920: Ante el umbral de la modernidad*, Zaragoza, Delegación en Zaragoza del Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón, 1993. Sobre el Mercado Central, CANCELA RAMÍREZ DE ARELLANO, M^ª Luisa: *El Mercado de Zaragoza de 1903*, Zaragoza, Ayuntamiento, 1977. El palacio de Larrinaga ha sido objeto recientemente de un estudio pormenorizado en el delicioso libro IRABURU ELIZONDO, Ignacio y MARTÍNEZ VERÓN, Jesús: *Los cuatro viajes del Palacio de Larrinaga*, Zaragoza, Ibercaja, 2000. De los escritos de Félix Navarro, dos son hoy fácilmente accesibles gracias a su reedición por la Catedral “Ricardo Magdalena” de la Institución Fernando el Católico con los títulos *Memoria de la Exposición de París*, y *La casa de mil pesetas*, Zaragoza, IFC, 1996 y 1997.

⁶ FERRER BENIMELI, José Antonio: *La masonería en Aragón*, Zaragoza, Librería General, 1979.

⁷ RÁBANOS FACI, Carmen: *Vanguardia frente a tradición en la arquitectura aragonesa (1925-1939): El racionalismo*, Zaragoza, Guara, 1984. Una excelente introducción a la historia de las relaciones entre masonería y arquitectura y una amplia bibliografía sobre el asunto en *ARCHITETTURA e masonería*, a cura di Marcello FAGIOLIO, Firenze, Convivio, 1988.

⁸ HITCHOCK, Henry-Russel: *Arquitectura de los siglos XIX y XX*, Madrid, Cátedra, 1981.

⁹ BORRÁS GUALIS, Gonzalo M., GARCÍA GUATAS, Manuel, GARCÍA LASAOSA, José: *Zaragoza a principios del S. XX: El Modernismo*, Zaragoza, Librería General, 1977. HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Ascensión: *Magdalena, Navarro, Mercadal*, Zaragoza, CAI, 1999. MARTÍNEZ VERÓN, Jesús: *Arquitectura de la Exposición Hispano-Francesa de 1908*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1984. POBLADOR MUGA, M^ª Pilar: *La arquitectura modernista en Zaragoza: Revisión crítica*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1992.

¹⁰ GODOY, Jack: *La culture des fleurs*, Paris, Seuil, 1994. CATTABIANI, Alfredo: *Florari: Miti, legende e simboli di fiori e piante*, Milano, Mondadori, 1997.

¹¹ ROLLAND, Eugene: *Flore populaire ou histoire naturelle des plantes dans leurs rapports avec la linguistique et le folklore*, Paris, Maisonneuve et Larose, 1967, V. I, pp. 237–241.

¹² ROLLAND, Eugene: *Flore populaire...* op. cit., V. II, pp. 220–231.

¹³ URDIROS VILLANUEVA, Nieves y REYES DE LA ROSA, José: *El mundo del olivo en el refranero*. Córdoba, Universidad de Córdoba, 2001.

¹⁴ RIPA, Cesare: *Iconología*. Madrid, Akal, 1996, T. I, pp. 411–412.

¹⁵ CHEVALIER, Jean y GHEERBRANT, Alain: *Diccionario de los símbolos*. Barcelona, Herder, 1999.

¹⁶ WIND, Edgar: *La elocuencia de los signos*, Madrid, Alianza, 1993 y *Los misterios paganos del Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1998.

¹⁷ AROLA, Raimon: *La cábala y la alquimia en la tradición espiritual de occidente, siglos XV-XVII*, Palma de Mallorca, Olañeta, 2002.

¹⁸ PILLARD-VERNEUIL, Maurice: *Diccionario de Símbolos, emblemas y alegorías*. Barcelona, Obelisco, 1999. Esta obra y *La planta y sus aplicaciones ornamentales*, del mismo autor (1869-1942) fueron muy difundidas entre los arquitectos, a quienes estaban dedicadas.

¹⁹ Una guía fiable de introducción al zodiaco en el arte en ESTEBAN LORENTE, Juan Francisco: *Tratado de iconografía*, Madrid, Istmo, 1990.

Pilar Lorengar. La diva de la parroquia del Gancho

Miguel Ángel Santolaria Barranco

El 2 de junio de 1996 fue el sorpresivo fallecimiento de una de las sopranos más excelsas que recorrieron el universo de la gran ópera durante el pasado siglo XX. Cuando llega el mes de junio, muchos amantes del bel canto recuerdan con dolor los rasgos fundamentales de una cantante entregada por completo a su profesión. Su sublime musicalidad, la humanidad de sus recreaciones artísticas y su sentimiento del deber profesional, no eran sino ornamentos de una voz bellísima en la que destacaba, especialmente, una línea de canto maravillosamente homogénea, una tímbrica personalísima y lo que, con el tiempo, llegó a conocerse como el “vibrato-Lorengar”.



Pilar Lorengar ama de casa en Berlín



Pilar Lorengar, 1950

Sus orígenes fueron modestos, pero sus merecimientos a lo largo de toda su vida y carrera artística merecen inscribirse con letras de oro en la historia de la música lírica. Amplia fue la versatilidad de su arte y grandes sus merecimientos, pero la humildad fue la más grande de sus cualidades (circunstancia realmente extraña entre los cantantes de élite); esta actitud de sencillez y humanidad le llevó a padecer su cruel enfermedad en silencio –su fallecimiento fue totalmente inesperado–, llegando inclusive a expresar, como deseo póstumo, que sus restos no fueran depositados en una tumba, sino que sus cenizas fueran esparcidas en el Mar del Norte, para evitar problemas a su familia. Su esposo, el doctor alemán Jürgen Schaff, respetó sus deseos pero expresó afligido: “La soledad es difícil de llevar cuando no hay una tumba donde visitar al ser querido”.

La mayor parte de la brillante carrera de Pilar Lorengar se desarrolló en el extranjero pero ella, por el contrario, hizo mucho por España y su música. Interpretó por todas partes del orbe música española con mucho cariño y entrega, proclamándose española y aragonesa por los cuatro costados.

Zaragoza, su ciudad, siempre ha sabido corresponderle como ha merecido una hija tan insigne. Le honró con una calle a su nombre y la medalla de oro de la ciudad. En el año 1991, cuando Pilar Lorengar se retiró oficial-

mente de los escenarios, quiso también despedirse de su venerada Virgen del Pilar, cantándole en la propia basílica zaragozana el “Ave María” de Gounod. Ese mismo año, el doce de octubre, fue también pregonera de las Fiestas del Pilar de Zaragoza.

El 11 de noviembre de 1996, el Ayuntamiento de Zaragoza le rindió un póstumo y emocionado homenaje en la Sala Mozart del Auditorio con la participación de figuras del renombre de Alfredo Kraus o Pedro Lavirgen, además de su pianista de siempre Miguel Zanetti. Intervinieron también cantantes aragonesas como Pilar Márquez o Pilar Torreblanca. En este acto, el consistorio zaragozano prometió a su familia, que en un futuro le erigirían, en un lugar prominente de la ciudad, un monumento a su memoria.

A instancias de la “Asociación de Amigos de la Música de la Biblioteca de Aragón de Zaragoza”, organismo dependiente del Departamento de Cultura y Turismo del Gobierno de Aragón, el Ayuntamiento acordó que en la céntrica Plaza del Emperador Carlos se levantara el monumento que recordara a sus queridos conciudadanos la gloria de Pilar Lorengar, pero hasta la fecha y a pesar de la insistencia de la Junta Directiva de dicha asociación musical, solamente se tienen sus buenos deseos y excusas. Esperemos que no sea una promesa incumplida.

Aunque la mayor parte de la carrera artística de Pilar Lorengar se desarrolló en el extranjero, un porcentaje muy elevado de amantes del género lírico la conoce perfectamente, dada su dimensión artística; siempre es grato para el lector el que se recuerde, aun sea en síntesis, los momentos más significativos de la misma. Quizás, aunque parezca paradójico, lo que menos se conozca de Pilar Lorengar sea su infancia, adolescencia y los inicios de su brillante trayectoria cantora.

Nació en Zaragoza el día 16 de enero de 1928 en el Hospital Provincial de la ciudad, e inmediatamente fue trasladada al domicilio familiar en la calle de Las Armas. Asistió, en régimen de internado, al Colegio Duquesa Villahermosa de las Hijas de la Caridad. Marina Pueyo, compañera de estudios y que compartió cuarto con ella en el citado colegio recuerda, con lágrimas en los ojos, que la profesora de música Sor Presentación, se dio cuenta enseguida de sus cualidades y la hizo solista del coro que ella dirigía. También, cuenta que su carácter era muy extrovertido y atesoraba grandes cualidades humanas; son numerosas las entrañables anécdotas que refiere y es un encanto escucharle. Las primeras lecciones de canto y solfeo las recibió del maestro Asensio Pueyo, que era padre, precisamente, de su compañera Marina.

Sus primeras actuaciones en Zaragoza fueron en los cafés Avenida, Ambos Mundos y Alaska. También, actuó

en el pequeño teatrillo de variedades Oasis de su barrio (Miguel Ángel Brunet-Larroche en su libro, *El Oasis*, dice de ella: “La voz con más quilates que se escuchó en toda la historia de este local”) y en el Teatro Argensola. En aquella época, se hacía llamar “Loren Garcy”, ya que su verdadero nombre era el de Lorenza Pilar García Seta. Años después, adoptó el nombre artístico de Pilar Lorengar.

En el año 1940, aún adolescente, se trasladó con su madre a Madrid, donde las posibilidades de triunfar eran mayores. Entró en contacto con Ángeles Otteín, soprano *coloratura* –hermana de la eminente Ofelia Nieto–, que fue catedrática del Conservatorio de Madrid y que durante casi una década continuó la instrucción musical de la joven Pilar Lorengar, y la encargada de reconducir su voz de soprano lírico-ligera hasta colocarla en el que fue siempre su lugar natural, el de soprano lírica plena con ligera tendencia *spinto*. Con Ángeles Otteín, trabajó casi en exclusiva el repertorio zarzuelístico, ya que en aquel entonces, el que es nuestro género lírico nacional era el único capaz de dar una salida profesional a los cantantes jóvenes y la manera más sencilla y directa de empezar a ganar dinero. Si el lector escucha las grabaciones que existen de la zarzuela *Katuska* de Pablo Sorozábal por Angeles Otteín y por Pilar Lorengar, en diferentes épocas, podrá observar la

misma línea de canto, aunque se aprecia mayor frescura y mejor riqueza de timbre en la de la Lorengar.

Pero Pilar Lorengar, apoyada en los triunfos en la ópera de Victoria de los Ángeles, a la que admiraba profundamente, se trasladó en 1949 a Barcelona donde se matriculó en el Conservatorio de la ciudad. Dos años después, regresó a Madrid y actuando en los estudios de Radio Madrid, en la Gran Vía, conoció a Enrique Franco que intuyó las inmensas posibilidades de su voz y ya, con su nombre artístico definido, la puso en contacto con Nicasio Tejada (asesor musical de la casa discográfica Columbia, filial de la poderosa Decca) y con el gran director de orquesta de fama internacional, Ataulfo Argenta.

Entre 1952 y 1958, Pilar Lorengar grabó con Ataulfo Argenta casi una veintena de zarzuelas, que resultan una auténtica antología y en la actualidad representan unas de las grandes joyas de nuestro género lírico español y que no deben faltar en ninguna discoteca, ya que muchas se han reproducido en disco compacto. Se pueden señalar *Los diamantes de la corona* y *Jugar con fuego*, de Barbieri; *El rey que rabió*, *El puñado de rosas*, *Las bravías* y *La tempestad*, de Chapí; *Chateau Margaux*, de Fernández Caballero; *La alsaciana*, de Guerrero; *El caserío*, de Guridi; *Los cadetes de la reina* y *Molinos de viento*, de Luna; *El maestro Campanone*, de



Lleó; *La dogaresa*, de Millán; *La canción del olvido* y *La reina mora*, de Serrano; *Las golondrinas*, de Usandizaga; o *Maruxa*, de Vives.

Un desgraciado accidente mortal truncó en plena juventud la vida de Ataulfo Argenta y Pilar Lorengar completó su catálogo zarzuelero con otros directores e incluso con los propios autores de las zarzuelas, como Federico Moreno Torroba (*La marchenera* y *María Manuela*) y Pablo Sorozábal (*Adiós a la bohemia* y *Katuska*). En estas grabaciones de zarzuela, se puede admirar el maravilloso instrumento vocal de esta gran cantante, con su timbre peculiar y ese original y maravilloso *vibrato* que redondeaba con gran calidad sus interpretaciones.

Como segunda soprano participó en la Compañía de Jacinto Guerrero, pero su primer gran triunfo fue en la obra póstuma de este maestro: *El canastillo de fresas* que se estrenó, con ella de protagonista, el año 1951 en el Teatro Albéniz. Margarita Martínez conserva emocionada la carta que Pilar Lorengar le envió a su tía contándole el evento y en la que se observa la profunda humildad de esta gran *prima-donna*.

Actuó, al año siguiente, en el Ateneo de Madrid en el estreno de *Primavera del portal*, e hizo como protagonista dos películas: *Ultimo día* y *Las últimas banderas*. Pero como ella misma dijo en una ocasión, Madrid se le

quedó pequeño y decidió dar el salto más allá de las fronteras.

En París, bajo la batuta de Ataulfo Argenta, cantó en 1954 la *Cuarta sinfonía*, de Gustav Mahler y el *Réquiem alemán*, de Brahms, con éxito arrollador. Su debut operístico fue memorable, cantando la parte del *Cherubino* en *Las bodas de Figaro* de Mozart, dirigida por Hans Rosbaud, en el Festival de Aix-en Provence, un delicioso retrato felizmente conservado en disco, difícilísimo de conseguir, y que atesorarlo en la discoteca es un auténtico lujo y placer de dioses. Ese mismo año hizo su presentación en Londres, en el Covent Garden, con *La traviata*. Las cámaras de la BBC llegaron a filmarle unos fragmentos de *Madama Butterfly* de Puccini; Town Hall de Nueva York con *Goyescas* y una serie de conciertos en la costa oeste.

En 1956, realiza su debut en Glyndebourne con *La flauta mágica* de Mozart, donde el director del teatro, Carl Ebert, quedó prendado de su personaje. Recuerda no haber conocido una *Pamina* igual, ya que resultaba encantadora e ideal en el papel, pues dice que era esbelta y atractiva con unos ojos preciosos. Carl Ebert, era entonces el intendente de la ópera alemana de Berlín, y una de las personas más influyentes del mundo operístico internacional. En 1957, llevó a Pilar Lorengar a Berlín; después de un triunfo apoteósico en

Carmina Burana, de Orff, se instaló en la capital alemana y, con gran disciplina, aprendió el idioma y estudió repertorios denodadamente, con la ayuda inestimable de Hertha Klust. El tipo de óperas que cantaba entonces en Glyndebourne, Covent Gardent y Berlín dan una idea de la evolución de la voz brillante y vibrante de Pilar Lorengar. Destacando los papeles de Mozart y Puccini: *La condesa de Las bodas de Fígaro*; *Donna Anna y Donna Elvira de Don Giovanni*; *Fiordiligi de Così fan tutte*; *Ilia de Idomeneo*; *Pamina de La flauta mágica*; *Mimì de La bohème*, *Cio Cio Sam de Madama Butterfly*, *Liu de Turandot*, y un largo etcétera.

Siguen los éxitos en el Teatro Colón de Buenos Aires, Festival de Salzburgo, La Monnaie de Bruselas y, el 24 de septiembre de 1961, en La Deutsche Oper de Berlín, junto a Dietrich Fischer-Dieskau, con *Don Giovanni*, su consolidación mundial. Tras su matrimonio con el doctor alemán, Jürgen Schhaf, decide centrar toda su carrera en la capital, cantando en el teatro berlinés durante cinco meses al año un máximo de treinta y cinco funciones. El resto del año, giras por los más grandes coliseos del mundo: Milán, San Francisco, Nueva York, Filadelfia, Chicago, Madrid y Barcelona. El portento de su voz le llevó a protagonizar eventos de grandes dimensiones como la inauguración en 1967 del nuevo Metropolitan de Nueva York en Lincoln Center, en una

Flauta mágica inolvidable, con decoración de Marc Chagall.

Permaneció como primera soprano indiscutible de La Deutsche Oper de Berlín durante treinta años ininterrumpidos y fue reverenciada por el público alemán. El Senado de ese país le concedió el título de Kamersängerin y miembro de honor vitalicio de la Ópera de Berlín, donde hace tres años le erigieron un busto en el pabellón de personajes distinguidos.

En 1991 se retiró de los escenarios ofreciendo varios recitales de despedida en Madrid, Berlín y Oviedo. En Zaragoza, cantó varios conciertos, pero hay que destacar una memorable representación de ópera en el Teatro Principal el 6 de mayo de 1967, que los que tuvimos el placer de verla guardaremos en nuestra memoria para siempre. Como caso curioso les detallamos el programa: *Madame Butterfly* (Puccini). Reparto: *Madame Butterfly*: Pilar Lorengar; *Suzuki*: Pilar Torres; *Kate*: Juanita Martínez, *Pinkerton*: Pierre Fleta; *Scharpless*: José Simorra; *Bonzo*: Julio Catania; *Goro*: Diego Monjo; *Yamadori*: Julio Catania; *Comisario*: Rafael Campos; Maestro Director: Francis Balagna; Maestro de coros: Lorenzo Declunia; Maestro apunador: Rosa Barba; Dirección escénica: Diego Monjo; Orquesta Sinfónica “Luis Aula”. Siempre que podía, Pilar Lorengar se acercaba a su patria chica, a recordar

sus felices años de la infancia y albores de la adolescencia en su barrio de “La Parroquia del Gancho”.

España también ha sabido reconocer el arte de Pilar Lorengar, e independientemente de los reconocimientos de su ciudad natal, a lo largo de su triunfal carrera, ha sido galardonada en numerosas ocasiones. Poseía, entre otras condecoraciones: el lazo de Dama de Isabel la Católica, la medalla del Círculo de Bellas Artes de Madrid, la medalla de Oro al mérito de Bellas Artes y el Premio Príncipe de Asturias.

La voz de soprano de Pilar Lorengar, como se ha expresado al principio, fue de rara belleza y luminosidad, que evolucionó de *lírico ligero* a *lírico spinto*, de un sonido brillante y vibrante con un timbre típico español y un *vibrato* exótico que fascinaba. Su temperamento y capacidad para el estudio le hacían trasladarse con facilidad entre los repertorios alemán, español, francés e italiano, que le permitían multitud de papeles de óperas alemanas, italianas, francesas e incluso checas y rusas, así como numerosas canciones, oratorios y lieder (sus conciertos de esta variante musical se recuerdan por su gran magnificencia).

Lorenza Pilar García Seta paseó su nombre artístico, Pilar Lorengar, por todo el mundo junto a su afable carácter aragonés, belleza y bondad. Esperemos que pronto, desde su atalaya del cielo, contemplará con



Pilar Lorengar en *La Bohème*

sumo agrado y reconocimiento, aunque con su modestia de siempre, el monumento que el Ayuntamiento de Zaragoza prometió a su familia erigirle para nunca olvidar su memoria (volvemos a tocar madera y desear que no sea otra promesa incumplida a la ciudad). Seguramente, en el paraíso, con ese vestido largo, azul cielo y con un ligero toque de pedrería en el pecho, que tanto le gustaba llevar, hace mucho tiempo que ya será la *prima-donna* de un coro de serafines, únicas voces comparables a la que ella poseía, de sonido brillante y vibrante, de un timbre típicamente español y que a todos fascinaba.

Cuando la ciudadanía salvó el Mercado Central

Ricardo Berdié

...Si hoy puede celebrarse el centenario del Mercado Central es porque en un determinado momento de su historia la ciudad decidió salvarlo. Por ser más precisos, la ciudad no, la ciudadanía; una ciudadanía que todavía no tenía entonces, en las instituciones, su representación democrática, pero que a pesar de ello se erigió en la mejor representación de la ciudad. Un variopinto sector de personas de toda índole impulsó lo que acaso fuera la primera expresión global de movimiento ciudadano en Zaragoza: comerciantes, artistas, asociaciones de vecinos, colegios profesionales, cantantes, organizaciones políticas prohibidas, gentes de la cultura en general, medios de comunicación... vecinos, la Zaragoza real en aquellos años del miedo... y la dignidad. Valgan estas líneas como homenaje a un trozo de



Campana Salvar el mercado



Firmas de apoyo

la historia de esta ciudad, pero sobre todo a las personas que anónimamente lo protagonizaron.

En el pasado. Como todas las ciudades medievales Zaragoza tuvo un mercado principal que se ubicó, primeramente, en el entorno de la Puerta Cinegia, lo que hoy es la fachada del popular Tubo zaragozano. En 1210, Pedro II dispone su traslado a la Puerta de Toledo, lugar donde actualmente se ubica el moderno Mercado Central. Como dice Tomás Ximénez de Embún y Val¹: “La historia del Mercado Central llena una buena parte de la historia de la ciudad. A virtud de privilegio concedido el 16 de Octubre de 1210 por el rey Pedro II, se trasladó al lugar, en que de presente persevera, el Mercado, que anteriormente estaba junto á la puerta Cineja: con este motivo se instalaron en aquel espacio el almudí de los panes, el alfolí para la venta de sal, y desde 1330 la tabla para la cobranza de los derechos reales. El privilegio de Pedro II fue confirmado el 5 de abril de 1218 por Jaime I. (...) En él se verificaban las justas, torneos, corridas de toros, juegos de cañas, estafermos, sortijas y demás ejercicios caballerescos: lo mismo sucedía con los alardes de los gremios, descanso de las procesiones, representación de entremeses y otros espectáculos semejantes. Solían también llevarse á cabo en aquel lugar, las ejecuciones de justicia y los autos de Fe. (...)

De las algazaras de los estudiantes, de los motines de las vendedoras y otros casos menores no hay para qué ocuparnos; sería nunca concluir.”

Efectivamente, desde sus orígenes en esa ubicación, plaza del Mercado primero y plaza de Lanuza después, ese espacio urbano llenó una buena parte de la historia de la ciudad. En torno a él creció y se desarrolló el barrio de San Pablo, en donde se establecieron dos de las más importantes industrias zaragozanas en época medieval: la de tejidos, en la calle Hilarza (hoy Casta Álvarez) y la de armamento, en la de Las Armas, las cuales contribuyeron a mantener la actividad de la zona. Ya en 1332 hay un intento de cambiar la ubicación del mercado principal y establecerlo en el solar situado ante el Pilar, pero la idea fracasa y Jaime II devuelve el mercado a su emplazamiento habitual². Es indiscutible la trascendencia que tuvo el traslado de la principal actividad comercial a la zona de la Puerta de Toledo, siendo una de las reformas que mayor importancia tuvo para el desarrollo urbano zaragozano³ y para la vida de la ciudad⁴.

Todos los autores consultados coinciden en destacar que en la plaza del Mercado se dieron importantes eventos cotidianos durante muchos siglos, sucesos que constituían verdaderos actos sociales y populares en los que Zaragoza presentaba –como afirma Guillermo Fatás– su pálpito más vivo.

A principios del siglo XX, en 1901, la Sociedad Anónima Nuevo Mercado de Zaragoza inicia los trámites para abordar la construcción de un nuevo mercado, cubierto, en el mismo sitio en el que llevaba existiendo al aire libre desde hacía siglos. Se encarga el proyecto al arquitecto D. Félix Navarro Pérez y se comienza su construcción a principios del año 1902, finalizándose al año siguiente y siendo inaugurado el 24 de junio de 1903. Su capacidad era para 185 puestos. Muy pronto, por dificultades económicas y de todo tipo de la Sociedad Anónima, el Mercado Central fue adquirido por el Ayuntamiento por cuatro millones de pesetas.

La idea de construir un mercado moderno en el mismo lugar donde esa función social se venía realizando desde hacía siglos era una idea que había ido calando en la Zaragoza de principios del siglo XX. Así lo destacaba Heraldo de Aragón en su portada número 2.406 el miércoles 24 de junio de 1903: “El deseo de la ciudad entera de tener un mercado decoroso, se ha realizado. Esto ha sido aquí, la obra de todos, empresa genuinamente popular; pues quien no ha suscrito acciones ha contribuido como elemento, al modo de gota de agua en una oleada, al movimiento de opinión que todo lo ha vencido.”

Sesenta años después, en la época del desarrollismo español, ese latir especial que en circunstancias deter-

minadas se gesta en las ciudades, volvió a producirse en Zaragoza; y otra vez, al modo de gota de agua en una oleada, se produjo un movimiento de opinión que lo venció todo, en esa ocasión venció a la pretendida acción contraria de las autoridades y algunos grupos de presión: derribar el Mercado Central que se había inaugurado el 1903.

Dos modelos urbanísticos, dos modelos sociales, ¿quién hace la ciudad?

Aunque la gran polémica ciudadana por el intento de derribo del Mercado Central se produce a comienzos de la década de los 70, lo cierto es que ya desde mucho antes se había comenzado a hablar, y a planificar, desde esa perspectiva urbanística. Ya en 1909 se empieza a hablar en el Ayuntamiento de Zaragoza de la posibilidad de prolongar el paseo de la Independencia. El arquitecto municipal Ricardo Magdalena preparó incluso un pliego de condiciones para un concurso público del proyecto que debería abrir el paseo hasta la plaza del Pilar. El concurso queda desierto y en la década de los años treinta se empiezan a presentar estudios con el mismo objeto; en 1952 el Ayuntamiento ordena la redacción del proyecto definitivo de la prolongación del paseo. También en esos años, en el anteproyecto de Ordenación General de Zaragoza de 1943, la Vía Imperial aparece en su fachada al río. Y

aunque en el Plan de Reforma Interior de Regino Borobio (1934) se respeta el Mercado Central a pesar de que se buscan soluciones para abrir vías hasta el Ebro, en el Plan General de Ordenación Urbana de Yarza (1957), además de recogerse la prolongación del paseo de Independencia, se plantea, entre otras cuestiones, el derribo de las manzanas entre las calles Escuelas Pías y Cerdán, así como abiertamente la desaparición del Mercado Central. Posteriormente, en el Plan General de Larrodera (1968), se descarta definitivamente la prolongación del paseo de la Independencia, aunque no la Vía Imperial.

Esta brevísima secuencia de propuestas urbanísticas que recorrió toda la primera mitad de siglo ilustra el criterio de la época: la idea de que era necesario penetrar la ciudad antigua desde el Ensanche de la Zaragoza moderna, abriendo una vía directa hasta el Ebro para recoger el tráfico y para proceder a medidas higiénico-sanitarias sobre viviendas en mal estado. Ya se empieza a barajar entonces la idea del derribo del Mercado Central, que posteriormente, en la década de los 70 y abandonado ya el proyecto de prolongar el paseo de Independencia, se convierte en la propuesta de la Vía Imperial que llegaría desde la Puerta del Carmen hasta el Ebro.

Aunque en el recuerdo ciudadano el peligro del derribo del mercado se empieza a hacer patente a principios de

los 70, lo cierto es que en la memoria de los más directamente afectados, los detallistas del Mercado Central, ya aparece la fecha de los años cincuenta como un borroso antecedente histórico. Así lo relata José Luis López (que fue vicepresidente de la Asociación de Detallistas en los años 70) en la entrevista realizada para esta investigación: “Creo, si mal no recuerdo, que en 1957 ya se mandó un escrito al Ayuntamiento. Se quiso comprar el Cuartel del Carmen, junto al Teatro Fleta, para trasladar el mercado. Pero parece ser que se desechó porque era pequeño. No sé quien dio los primeros pasos. En el 57 yo ya tenía 22 años. Ya me movía. A partir de ahí empezó la preocupación.”

Pero es efectivamente con la aprobación del Plan General de 1968 cuando el peligro de derribo se explicita claramente. En dicho Plan General se propone la construcción de la Vía Imperial a través del desarrollo de tres planes que en su conjunto abrían toda la Vía Imperial: El Plan Especial de San Ildefonso, el Plan Parcial del Polígono 3 y el Plan Especial de la Vía Imperial. Éste último era el que con su desarrollo iba a afectar al tramo entre Conde Aranda y el Ebro, y por tanto al propio Mercado Central.

La voz de alarma surge inmediatamente. En un primer momento desde los propios afectados. Así, en el Heraldo de Aragón de 28 de junio de 1968, bajo un titu-

lar que decía: *En defensa del Mercado Central*, y un subtitular que especificaba que la Asociación de Detallistas agrupaba ya a 237 vendedores, Lázaro Soler (presidente de la Asociación de Detallistas y a quien todos los entrevistados recuerdan como el alma de todas las gestiones para salvar el mercado) dice en una entrevista: “La desaparición del Mercado afecta a un millar de comerciantes”. Como se puede ver se vincula ya el derribo del mercado a un problema social más complejo, a la relación del mismo con el conjunto del comercio del barrio de San Pablo y, especialmente, con quienes habitan en la manzana comprendida en las calles Escuelas Pías y Cerdán, manzana que era la antesala del propio Mercado Central, también en peligro y que al final se derribaría. En esa manzana de la que hablamos se crea también una asociación de propietarios y vecinos, a la que se unen 40 o 50 comerciantes afectados. Lázaro Soler envía una carta a la mencionada asociación: “Nuestros problemas guardan una íntima relación –les dice–. El problema escapa a una simple consideración cuantitativa”. (Veremos más adelante cómo pronto, entre ambas asociaciones, surgen diferencias)

Muestran las palabras de Soler una clara percepción de que el problema no es solamente un asunto cuantitativo sino cualitativo, en el sentido de que el fenómeno que representa el mercado y la zona tiene elementos

que van más allá del mero número de vendedores o comerciantes afectados; por eso, no es de extrañar que cuando a José Luis López se le pregunta por las personas que hicieron cosas a favor del mantenimiento del mercado, responda con nombres propios y entidades de la más diversa índole: “El doctor Fernando Solsona, Sebastián Contín, Guillermo Fatás, Antonio Beltrán, el profesor Torralba, Santiago Lorén, el movimiento vecinal y las fuerzas políticas de izquierdas, sobre todo el Partido Comunista, también los vendedores ambulantes que en el mercado vendían ajos y naranjas, nos ayudaron muchísimo” –dice. Y, efectivamente, en los textos de la época queda reflejado, como luego veremos, parte de ese extenso apoyo social. Pero antes, es preciso mencionar cuál es el momento en que la decisión de derribar el mercado es ya un hecho inminente, y ver qué contradicciones e intereses confluían en esa magna obra que pretendía ser la Vía Imperial.

El Plan Especial de la Vía Imperial se aprobó provisionalmente por el Ayuntamiento de Zaragoza en noviembre de 1973 e inmediatamente viene aprobado definitivamente por el Ministerio de la Vivienda con algunos retoques, entre otros, que se declara monumento la manzana del colegio Escolapios. Afectaba a un total de 11 manzanas, la mayor parte de ellas para ser derribadas. De la venta de la manzana 7, situada junto al Mer-

cado Central que se quería derribar, el Ayuntamiento pensaba sacar la mayor parte del dinero para expropiaciones y urbanización.

La contradicción de intereses se empieza a plasmar ya en 1971. En *Heraldo de Aragón* (30-5-71) aparece una información que de forma resumida decía lo siguiente: La Asociación de propietarios y ocupantes del sector (se refiere a la anteriormente mencionada asociación creada en el entorno de Escuelas Pías y Cerdán) solicita al Ayuntamiento la permuta del bloque central Cerdán-Escuelas Pías por el solar resultante del derribo del Mercado (para levantar un edificio de nueve plantas). El presidente de la asociación era Miguel Ferrer Castelar, la permuta estaba solicitada desde el 22 de diciembre de 1967 y el estudio para la permuta lo realizó el abogado Isabelo Forcén Bueno. El estudio sólo iba suscrito por los comercios del sector no afectados directamente”. Poco después, en el mismo periódico (11-6-71), y bajo un titular que señalaba: “Mil familias dependen actualmente del Mercado Central,” el presidente de los detallistas Lázaro Soler les contesta: “Estamos convencidos del gran servicio que hemos prestado y seguimos prestando a los intereses generales de la ciudad. Hace más de un año que tenemos redactado el proyecto de nuevo mercado. Los detallistas del Mercado Central no estamos de acuerdo con las soluciones apuntadas por

el señor Ferrer. Los afectados de las calles Cerdán y Escuelas Pías percibirán las indemnizaciones correspondientes. Nosotros no. Pero tenemos un derecho moral. Y me atrevería a decir que también un derecho social. Ha sido el Mercado Central, nadie más que el mercado, el que ha dado vida a todo el comercio que lo circunda. Por eso no podemos estar de acuerdo con el juego de particulares intereses.”

Si analizamos las anteriores afirmaciones observamos que aparece por primera vez una filosofía clara por parte de los detallistas del mercado: defensa del mercado sobre la base de un servicio que presta a los intereses generales de la ciudad, la creencia de que tienen un derecho social porque el mercado es quien ha creado una específica vida en el entorno y la negativa a entrar en el juego de intereses particulares. Además, se produce una ruptura, por no coincidir en los fines, entre la Asociación de Detallistas y la de propietarios. Este es el punto de partida de defensa del mercado por sus más directos sostenedores. Y, efectivamente, la función de regulación de precios que tenía el Mercado Central era una cuestión de interés general en una época, la del desarrollismo, en la que se empiezan a agudizar las diferencias sociales y la libertad de mercado comienza a funcionar a una velocidad que en épocas anteriores se desconocía.

En la entrevista a Ángel Sánchez, carnicero, nacido en 1934, y que empezó a ir al mercado a ayudar a su padre, a los 12 años, la memoria le sale a flote cuando recuerda su primera imagen del mercado: “las ratas salían al cerrarse el mercado de abajo que estaban las frutas y verduras (...) era el barrio que más se vendía de Zaragoza. Lo habitaba la clase media. Los márgenes de precios estaban marcados y en la posguerra se daban los alimentos con cupones. La venta más grande fue la primera vez que se pagó la extra de Navidad. Se agotó todo. La gente se lo gastó todo en comer”. Este hombre recuerda también la época en que se empezó a hablar del posible derribo: “A la gente le costaba mucho juntarse –dice, y se queja del carácter de los aragoneses, que no se mueven hasta que las cosas están muy mal–. La clientela estaba con el mercado –continúa–, la gente del barrio también. Soler, que era socialista, promovió la unión con las asociaciones y los partidos. Me sentí arropado por la mayoría de la gente”.

En la memoria de los encuestados se entrelazan constantemente tanto aspectos sociológicos como antropológicos de la vida del mercado y su entorno, retazos que en su recuerdo, y en la propia actividad que ellos mismos desarrollaran durante la crisis del Mercado Central, serían utilizados como un valor en defensa de la propia existencia del mercado.



Pancarta en defensa de la movilización

“La memoria de las ciudades se ayuda de atributos naturales de carácter totémico o protector –afirma M^a Ángeles Durán: montañas, árboles singulares, ríos, mar, altas rocas. Pero, además, las ciudades tejen y refuerzan su memoria con palabras, signos, fechas, iconos y construcciones. Ninguno de estos elementos son neutrales o transparentes: todos tienen detrás una historia, un sentido, una probabilidad diferente de sobrevivir.” Por eso, los que no sobreviven, van desapareciendo de la memoria colectiva y únicamente acaban siendo reconocidos en la memoria individual de los más viejos. Hasta que con el paso del tiempo, terminan borrándose de la memoria o pasan a formar parte de la memoria virtual.

Félix, el mayor de los entrevistados, que hoy tiene 91 años y fue carnicero, recuerda que durante la I^a Guerra Mundial su familia en lugar de estar en el mercado estaba en los porches, que la muralla romana estaba metida en las casas y que en la ribera del Ebro había numerosas posadas. Se pagaba por un puesto en el mercado 75 cts. Repite constantemente que en todo el entorno había una gran actividad comercial, un cabaret de categoría y muchas mujeres de vida alegre por las calles. En 1976 los acontecimientos empiezan a precipitarse. El año empieza con un titular en *Heraldo de Aragón* (13-II-76) que señala: “Nuevo plazo a los detallistas.

Solicitaron 6 meses de prórroga y sólo les concedieron 3”. En la entrevista de la mencionada noticia, el presidente de los detallistas Sr. Soler dice: “La Avenida Imperial no merece los sacrificios que está costando, porque se malogra al llegar a la Puerta del Carmen. El mercado debe subsistir, porque es una cosa viva; ningún otro edificio puede ser tan singular como éste, bella muestra del hacer arquitectónico de una época. Nosotros estamos dispuestos a hipotecar nuestro futuro 25 años (en referencia a que se ofrecen al Ayuntamiento para remodelar el mercado)”. Notamos que ahora, los detallistas, añaden al mercado un nuevo valor. Además de ser “una cosa viva”, esto es, mucho más que un mero edificio, resaltan que tiene también un valor arquitectónico. Tratan de ligar, así, lo que sin duda sería un elemento decisivo para su mantenimiento futuro, más que por la “sensibilidad” de las autoridades de la época, de las que el propio proyecto de Vía Imperial lo decía casi todo, porque de esa forma se abrían líneas de encuentro con amplios sectores ciudadanos preocupados por la cultura y por el patrimonio histórico-artístico de Zaragoza, con sectores que desde hacía tiempo vinculaban a la dictadura con la destrucción del legado histórico-artístico a favor de una especulación urbanística sin límites. El Mercado Central empieza a adquirir de esta forma un valor simbólico, a

convertirse en un lenguaje en el que pronto la ciudad leerá en su pasado y adivinará su futuro; o mejor dicho, luchará por su futuro, con el que se sueña que debe ser diferente. Y algo sucede a pesar de que la ciudad aún vive bajo la dictadura y el ayuntamiento es una administración no democrática. Sucede que el ayuntamiento no se atreve a actuar. Y el tiempo que pierde, lo van ganando los ciudadanos.

A finales de 1976 otro titular de *Heraldo de Aragón* (31-XII-76) certifica que la situación se mantiene igual: “Nuevo plazo –hasta el 31 de marzo– para el desalojo de los puestos del mercado”. Pero el debate se generaliza y, como decíamos, se amplía. Se abren coloquios. Así, en la delegación del diario *Pueblo* en Aragón, 1977 se estreña con un coloquio entre importantes profesionales de la ciudad: Saturnino Cisneros, Santiago Lagunas, Enrique Barrao, Pedro Marqueta, Sierra y José Rubio. El propio titular centra el tema: “El Mercado Lanuza contra la Vía Imperial”. En síntesis, se viene a decir que el edificio tiene una razón de ser: que la plaza fue diseñada por Ricardo Magdalena para ese uso; y que no hay que olvidar que lo que se persigue es una revalorización del suelo en contra del interés público de la ciudad, degradando más, si cabe, el barrio de San Pablo.

A principios de ese año, un nuevo sector social organizado en torno a una Asociación de Vecinos del Casco

Viejo, que entonces se está creando y se halla en trámite, colabora intensamente en la “campaña por salvar el viejo zoco”, como resalta Heraldo de Aragón en otro coloquio que organiza con algunos de los fundadores de la actual Asociación de Vecinos Lanuza-Casco Viejo: Concha López, Teresa Iriarte, Alejandra Conte y Ángel Losantos resaltan que la misión futura del mercado debe ser la proyectada por los propios detallistas; “que sirva para control de precios, como mercado regulador”. Y así empieza lo que sería el último tramo de la campaña bajo el eslogan de “Salvemos el Mercado”. Algunas voces individuales, pero notorias en la ciudad, escriben encendidos y sentimentales artículos en la prensa que, al margen de la opinión particular, sintetizan lo que cada vez más es un sentimiento generalizado. Santiago Lorén, en *Heraldo de Aragón* (9-1-77) dice, entre otras cosas: “Durante este año que acaba de nacer, dicen que va a desaparecer la gran manzana de viejas casas que se alzan entre la calle Cerdán y la calle Escuelas Pías. Así la Vía Imperial -nombre que despierta viejos sueños triunfalistas– llegará hasta la Plaza Lanuza y sólo se encontrará con el estorbo del viejo Mercado, para cruzar el Ebro por el Puente de Santiago. A pesar de que algunas voces se han alzado a favor de la conservación del viejo mercado como ejemplo de la arquitectura urbana de principio de siglo, yo estoy seguro que lo

derribarán y también estoy seguro de que entre sus ruinas –piedras de Calatorao y hierros de forja– perecerá definitivamente mi infancia.”

En el mismo medio informativo, dos días después, el 11-1-77, Guillermo Fatás escribía: “Los escasos restos de solera ambiental que le van quedando a la buena y vieja Zaragoza no acaban nunca de encontrar decidido protector. El Mercado Central, evocado en un hermoso texto hace unos días por Santiago Lorén, lleva a cabo una lucha contra la diarrea asfaltadora que no parece sino la de David contra Goliath”. El texto continúa haciendo un llamamiento a las entidades y particulares para que comparezcan apoyando la declaración de monumento histórico artístico del Mercado, lo que garantizaría su conservación.

El día 18-1-77 los titulares son: “Zaragoza dice sí al Mercado Central de la Plaza de Lanuza.” Y es que se había empezado una gran campaña de recogida de firmas, porque el expediente que se tramitaba a través del M.E.C. para la declaración de monumento histórico artístico estaba en información pública durante 9 días. “Ayer habían firmado ya más diez mil zaragozanos de todas las clases sociales” informa *Heraldo de Aragón*. “Esto es un plebiscito” –señala el presidente de la Asociación de Detallistas Lázaro Soler. En las fotografías se ven carteles con el lema “Salvemos el Mercado”,

COMPANEROS
 ANTE LA POSIBLE DESAPARICION
 DEL MERCADO CENTRAL. SU JUNTA
 DE DETALLISTAS Y LA ASOCIACION
 DEL "CASCO VIEJO" HAN EMPEZADO
 UNA CAMPAÑA A NIVEL POPULAR
 RECABANDO VUESTRAS TIRMAS PARA
 OPRONER NOS TODOS LOS CIUDADANOS EN
 BLOQUE A ESTO PROBABLE DECISION
 MOTIVOS:
 — NO A LA ESPECULACION URBANIS-
 TICA
 — NO A LA FALTA DE UN REGULADOR
 DEL PODER ADQUISITIVO
 — NO A LA DESTRUCCION DEL PATRI-
 MONIO HISTORICO ARTISTICO
 — NO A LA DESAPARICION DEL
 CASCO-VIEJO
 — NO A LAS MEDIDAS ANTIPOPULA-
 RES
 APOYA FIRMANDO

Texto de petición llamando a la movilización contra el derribo del mercado

pancartas de la Asociación de Vecinos que dicen: “Zaragozanos el mercado os necesita. Esperamos vuestra firma.” Y entre los que se acercan a firmar, el *Heraldo de Aragón* resalta que también lo hace D. Miguel Merino, a la sazón alcalde de la ciudad. Tremenda paradoja que anunciaba que la batalla a favor del mercado iba a ganarse por la ciudad, pues si el Ayuntamiento de Zaragoza era quien había impulsado la propuesta de derribo del mercado, su máximo representante terminaba por sumar su firma a la de quienes defendían su permanencia. De forma muy gráfica recuerda el entrevistado José Luis López (cuyo hijo pequeño logró entregar a la reina, cuando visitó Zaragoza el 16 de diciembre de 1975, una carta explicativa de por qué el mercado debía permanecer) cuántas firmas se recogieron en la campaña: “Se recogieron 7 u 8 kilos de folios de firmas, 30 o 40 mil.” Entre los documentos escritos, es de resaltar el que ese mismo día escribía también, con mucha emotividad, el doctor Solsona. Bajo el título: “A los parroquianos de San Pablo. ¡Salvemos el Mercado!”, este ciudadano muy conocido y reconocido en la zona decía: “Haber nacido y vivido treinta años en la Parroquia de San Pablo, tener antepasados durante tres siglos y tres hijos en ella bautizados, haber recorrido semanalmente sus calles, incluso en años que me tocó ejercer fuera de

Zaragoza, son razones que me autorizan moralmente para dirigirme a todos los zaragozanos que en ella hayan nacido o vivido y a los que ahora la habitan, para instarles a que una vez más la insigne parroquia, que, desde su fundación en 1256, salvase a la ciudad de tantas situaciones comprometidas, se apreste a la nobilísima tarea de salvar el mercado. Porque salvar el mercado es salvar Zaragoza y la continuidad de nuestra entrañable parroquia.

Id todos a firmar en los pliegos establecidos, todos los miembros de la familia, con vuestros hijos, aunque sean pequeños y sus firmas no tengan validez; que firmen en folios para ellos dispuestos y aprenderán así la mejor lección de amor a su ciudad y quién sabe si lo mucho que amen sus habitantes a la Zaragoza del año 2000 arranca de esa balbuceante firma infantil.”

En este momento de la campaña a favor del mantenimiento del Mercado Central puede verse ya claramente que el significado del mismo es para la ciudad de Zaragoza bastante más que lo que pueda atribuirse meramente a su uso social o a su valor arquitectónico. Es el concepto de la propia ciudad lo que se está dirimiendo, y ello porque el espacio urbano del mercado ha adquirido un valor semantizado, repleto de significados individuales y colectivos, históricos y propios del momento en que se está dilucidando su futuro, arqui-

tectónicos y representativos de unas formas de vida y unas relaciones a las que la ciudad no quiere renunciar. En definitiva, nos encontramos ante una situación en que la suma de dos elementos iniciales, el puro mercantil y el estrictamente arquitectónico, ofrecen un resultado que no es el de la simple adición de elementos, sino el de su multiplicación por tantos y tan variados que en su conjunto se convierten en una extendida opinión social que fragua lo que desde un punto de vista sociológico se expresaba magníficamente en frase del último artículo de prensa que exponíamos: “Salvar el mercado es salvar Zaragoza.” Esta idea entroncaría de lleno con lo que Bert Klandermands⁶ considera en su estudio sobre “La construcción social de la protesta”: “Las reacciones que un individuo experimenta ante los fines de una protesta no sólo dependen del contenido de sus reivindicaciones –dice–, sino también del modo en que esas demandas son simbolizadas o presentadas al público.”

En mi opinión, ésta es una de las razones fundamentales con las que la administración local, el Ayuntamiento de Zaragoza, no contaba, ni quizás podía contar por su propia esencia (estamos hablando de 1977), cuando se embarcó años atrás en acometer una operación que significaba para la ciudad algo más que la simple remodelación de un espacio físico. El mercado y la plaza, en

ese enclave de la ciudad, era un espacio simbólico, un espacio que no admitía para los zaragozanos una ruptura entre pasado, presente y futuro, un espacio público urbano con un valor de ciudad altamente considerado así por sus habitantes. En fin, podríamos afirmar que lo que se estaba dilucidando, consciente o inconscientemente, desde un punto de vista intelectual o desde una reacción sentimental, era la esencia misma de la ciudad. Y se estaba demostrando el profundo divorcio entre la ciudad y sus regidores.

M^a Luisa Cancela⁷, en su mencionado estudio sobre el mercado, terminaba con una alusión a la situación por la que estaba pasando el mismo, y decía, en la línea que comentamos: “La continuación del Mercado en su emplazamiento, con todo su significado en la personalidad del Casco Viejo puede ser el punto de partida hacia el reencuentro de una ciudad que estamos a punto de perder definitivamente en su carácter tradicional y a medida del hombre.”

Prosigamos ahora con esas fechas clave de comienzos de 1977 y la evolución de la situación. En el periódico *Aragón Expres* (20-1-77), en un reportaje sobre la recogida de firmas de la campaña “Salvemos el Mercado” del domingo anterior, encontramos una opinión de un vecino del barrio que puntualiza: “Hablan de que hay ratas, pero las verdaderas “ratas” que quieren sanear

no son los roedores (que se pueden exterminar fácilmente con mejoras en el mercado) sino los ciudadanos de tercera que vivimos aquí. Hay que reconocer que estorbamos a quienes quisieran destruir el barrio para levantar rascacielos.”

En esta reflexión de un vecino anónimo se refleja una cuestión de fondo de la que no quedan demasiados testimonios escritos: la alusión a la especulación. Al margen de las denuncias explícitas de la Comisión Gestora de la Asociación de Vecinos del Casco Viejo que se constituyó en esa época: “Las voces que se oyen a favor de la destrucción del mercado son aquéllas que tendrían mucho que ganar”, *Heraldo de Aragón* (18-1-77), lo cierto es que el tema de los intereses especulativos se mantuvo siempre bastante oculto.

También se dieron algunas diferencias entre los medios de comunicación, como demuestra la opinión que aparecía escrita en *El Noticiero* (22-1-77): “A Televisión Española nuestro Mercado Central se le da una higa. Lo mismo que a muchos zaragozanos se les da una higa Televisión Española, mire usted.” O esta otra firmada por “Jalón” en *Aragón Expres* (7-11-77): “No hemos querido exponer nuestra opinión durante el plazo de Información Pública para no causarles (a los detallistas), ni remotamente, el más mínimo perjuicio. Creemos que sería un contrasentido que cuando esa infortunada



Pancarta para la movilización

calle bautizada con el pomposo nombre de Vía Imperial, cubre la última etapa para enlazar con el Puente de Santiago, se pretenda supeditar su funcionalidad e incluso la razón de su construcción al mantenimiento del viejo mercado. En cuanto a los valores históricos y artísticos que al parecer reúne el mercado, confesamos sinceramente que ni históricamente nos emociona, ni su aspecto genera en nuestro ánimo sensaciones estéticas de mayor cuantía.” Quien firmaba con el seudónimo de “Jalón” en *Aragón Expres* proponía una curiosa solución intermedia: Hacer la Vía Imperial y trasladar el Mercado Central piedra a piedra.

Pero a pesar de todo, el breve periodo de información pública sirvió para dar el último empujón al mantenimiento del mercado. En una entrevista al entonces alcalde de la ciudad D. Miguel Merino, publicada en *El Noticiero* (22-1-77), se le preguntaba: “La Vía Imperial es una obra promovida por el ayuntamiento, la Vía Imperial es la responsable de que el Mercado esté pasando apuros, pero el ayuntamiento defiende el Mercado ¿Cómo se conjuga eso? Y el alcalde respondía: “Es preciso replantearse el estudio de la Vía Imperial atendiendo al posible uso y conservación del Mercado. Es preciso no olvidar que, aunque sin proponérselo, el Mercado es un contenedor de precios, y por tanto presta un importantísimo servicio a la sociedad zaragozana.”

Aunque formalmente todavía pasaría un tiempo hasta que se resolviese el expediente incoado para la conservación del mercado, es claro que el Ayuntamiento anunciaba la marcha atrás de un intento que le había llevado a enfrentarse a la ciudad desde la década de los sesenta.

Cinco días después de esta entrevista, el mismo periódico informaba del resultado de la campaña por salvar el mercado: “Más de 30.000 mil firmas recogieron los minoristas del Mercado. Se han presentado alegaciones del Colegio de Arquitectos, del Colegio de Abogados, de AEORMA, de la Asociación de amas de casa. Toda una ciudad en marcha para defender algo que considera como un bien común, es algo muy importante: manifiesta el ansia de participar ordenadamente por los cauces legales de todo un pueblo.”

La batalla estaba ganada. En 1978 se declarararía al Mercado Central Monumento Histórico.

La memoria ciudadana retuvo lo sustancial de los hechos. En 1982 se anunciaba la presentación del Proyecto de remodelación del Mercado Central, redactado a instancia de la Asociación de Detallistas y con un coste de cuatrocientos millones de pesetas pagado por ella, más otros cuarenta millones de subvención municipal. El 7 de diciembre de 1982, recogían la noticia distintos medios de comunicación. *Heraldo de Aragón*:

“Sainz de Varanda (entonces alcalde) se refirió a la desastrosa avenida que nunca se debió trazar.” Aragón Expres: “Se habló de que las razones desarrollistas argüidas hace tiempo a favor de trasladar el mercado quedaban mermadas por las razones sociales y económicas de los habitantes y comerciantes de la zona. Calificó el alcalde a la Vía Imperial de “auténtico engendro urbanístico.” *El Día de Aragón*: “Supone el paso definitivo para consolidar el lugar como un centro de ventas y como dinamizador del sector San Pablo en el Casco Viejo de la ciudad. Sin embargo –afirma Lázaro Soler– fue este Ayuntamiento el que asumió nuestro deseo.”

Como hemos podido comprobar a través de las entrevistas, la memoria persiste hasta hoy día, al menos en las personas que vivieron aquel largo proceso. También, en la actual Asociación de Detallistas del Mercado Central, que embarcados en un nuevo proyecto de modernización e impulso del Mercado están trabajando para conmemorar en el año 2003 el centenario de la construcción del mismo.

En una entrevista realizada a Teresa Iriarte para este trabajo, mujer que hoy día continúa en el movimiento ciudadano en la Asociación de Vecinos Lanuza-Casco Viejo, que entonces como hemos dicho estaba en trámite de legalización y se creó precisamente cuando el

derribo de las manzanas de Escuelas Pías y Cerdán, vemos cómo la memoria se le dispara mientras habla: “La administración decía que la solución del Casco era dinamitarlo. ¿Con gente o sin gente? –le preguntábamos.” Y para demostrar que la lucha por salvar el Mercado Central tuvo un amplísimo apoyo popular, muestra una carta recibida tiempo después (fecha el 4 de septiembre de 1979) de una asociación americana denominada “Friends of Cast Iron architecture” en la que felicitaban a “los amigos de Zaragoza por sus esfuerzos en preservar el viejo mercado” y enviaban 10 dólares como apoyo.

La historia del Mercado Central de Zaragoza, y más concretamente la de los años en que la administración local pretendió derribarlo, es mucho más que la historia de un edificio que hoy está catalogado de monumento. Es la historia de la construcción de un espacio público que mantiene su esencia camino ya de los ocho siglos. Continúa manteniendo un uso social cuya esencia, además de la compraventa, es una forma especial de relacionarse, tal como aseveran, sin más explicación, todos los entrevistados que tuvieron un puesto en el mercado: “Los vendedores del mercado somos de mercado –dicen–, que es muy distinto a ser de cualquier otro comercio.” Pero además del uso social intrínseco, el Mercado de la plaza de Lanuza de Zaragoza, reconvir-

tiéndose durante siglos, es exponente de un tipo de espacio público muy especial, el más ciudadano si cabe. La confluencia de gentes diferentes, la heterogeneidad social del perímetro urbano de su influencia, la capacidad de regeneración social a pesar de las largas épocas de extremo deterioro de su entorno, en fin, la continua construcción y re-construcción de una identidad ciudadana que con el paso de los siglos no rompe ese hilo que a veces enhebra la historia social y cultural de las ciudades.

Hoy que estamos en el siglo de la informatización y de la cultura virtual, tenemos en Zaragoza la historia de dos núcleos de centralidad cuyo devenir histórico ha sido muy diferente: la plaza de Lanuza, la plaza del Mercado Central, que es parte de la memoria real de la ciudad; y en otro sentido, el paseo de la Independencia, que formaría parte de la memoria virtual. Al decir de Carlos Hernández Pezzi⁸: “La destrucción de la memoria es una parte inseparable del proceso de creación del espacio virtual, ya que al desaparecer el lugar de recuerdo, en el subconsciente colectivo de los ciudadanos se pierde el *continente* de los hechos urbanos. Los elementos primarios de la ciudad desaparecen en la epidermis, la memoria se refleja en el imaginario colectivo mediante un maquillaje escenográfico visual.

Es imposible encontrar esa capacidad de representación de los espacios históricos en sus versiones construidas o reconstruidas virtualmente, porque las mallas y redes que configuran el espacio virtual de la ciudad informacional, no sólo deslocalizan las actividades, sino que también producen un efecto evocador de espacios inexistentes, representados por contenidos en los que el historicismo ya no se constituye en una forma tectónica, sino en un parámetro sin vida, una piel que se guarece bajo el paraguas justificativo de la *réplica*.”

En la década de finales de los 60 y principios de los 70 se fraguó en la ciudad un movimiento social que, partiendo del problema concreto de los detallistas del mercado, adquirió características políticas y culturales, de percepción de la ciudad, que por primera vez en la época del franquismo simbolizaron a la propia ciudad que se quería para el futuro, convirtiendo la visión de un espacio público central y de su significado más profundo en consenso ciudadano frente a una minoría política y económica que pretendía modificar algo más que la estructura central de la ciudad, esto es, pretendía borrar la huella social de ocho siglos.

Todo estaba predestinado para la destrucción de un espacio público de relación, decidido por los “representantes de la ciudad”, pero fue la ciudad misma la que suave pero de forma generalizada, era difícil en

aquella época de prohibiciones que fuera de otro modo, terminó imponiendo su construcción del espacio, que no era otra que la permanencia de su función secular: sostener y vertebrar la diversidad social del Casco Viejo para que en el futuro se fuera recuperando sin que la ciudad lo perdiera para siempre.

Notas

¹ “Antigua Zaragoza (1)”, ed. Los libros de El Día de Aragón, nº13, 1986, pag. 107.

² M^a Luisa Cancela Ramírez de Arellano, “El Mercado de Zaragoza de 1903”, Cuadernos de Zaragoza nº 12 ed. Ayto. 1977, pag. 5.

³ Idem, pag. 8.

⁴ Sebastián Andrés Valero, “Historia de Zaragoza (1118-1336)”, ed. CAI-Ayto. 1998, pag. 49.

⁵ “La ciudad compartida. Conocimiento, afecto y uso.” Ed. Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, 1998, pag. 56.

⁶ “Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad.” Ed. CIS, 1994, pag. 203.

⁷ Op. cit. pag. 27.

⁸ “La ciudad compartida. El género de la arquitectura.” Ed. Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, 1998, pag. 100.

El nuevo mercado de Lanuza

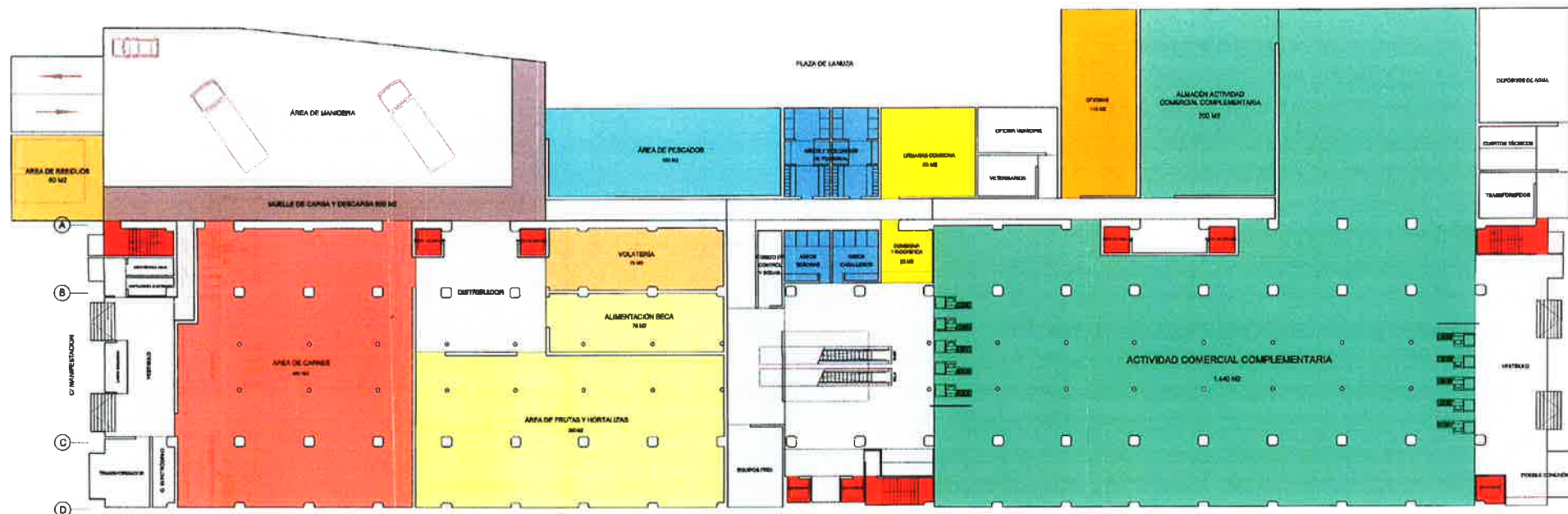
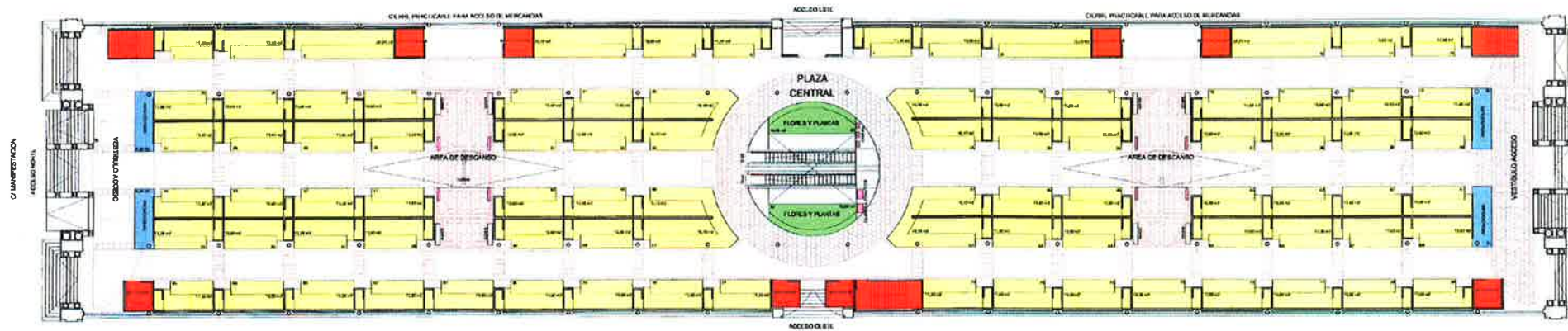
José María Turmo Molinos

Cien años no es nada. De ahí que nuestro veterano Mercado Central afronte orgulloso y esperanzado su futuro en la seguridad de que los zaragozanos, lejos de darle la espalda, volverán sus ojos a esta vieja fábrica con la misma ilusión e idénticas expectativas que las alimentadas en los albores del siglo, aquellos felices años en los que se dibujaba una Zaragoza abierta, pujante y cosmopolita.

La reedición de semejantes inquietudes obliga, no obstante, a un necesario ejercicio de autocrítica. Cien años después el Mercado Central de Zaragoza –monumento histórico-artístico de carácter nacional desde octubre de 1976– precisa lógicamente de una intervención en profundidad que garantice su funcionalidad y su futuro. La oportunidad, por otra parte, surge fluida en la



Pedro Avellaned, *Sin título*, 2003



Proyecto de remodelación. MERCASA

efeméride centenaria que celebramos, llamada a convertirse en un punto de inflexión imprescindible sobre el que discurra, como mínimo, otro siglo de actividad comercial y social ininterrumpida.

El Ayuntamiento zaragozano no ha dejado pasar de largo la oportunidad. Ha mostrado sensibilidad ante el edificio y diligencia en la gestión, como pone de manifiesto el proyecto de remodelación encargado, a través de Mercazaragoza, a la Empresa Nacional MERCASA, sin duda la máxima autoridad española en la materia. En esta misma línea el Consistorio ha cursado peticiones al Ministerio de Fomento, a través de la Secretaria de Estado de Infraestructuras, al Ministerio de Educación y Cultura y a la propia Empresa Nacional MERCASA, para obtener financiación extramunicipal con cargo al denominado 1% cultural, dado el reconocimiento como tal del edificio.

En cuanto al proyecto de remodelación, hay que anticipar que responde a la necesidad de adecuar la estructura y oferta comercial del Mercado de Lanuza a las demandas actuales de los consumidores, y para su ejecución está prevista una inversión total superior a los 10 millones de euros, más de 1.600 millones de las antiguas pesetas.

El proyecto elaborado por MERCASA contempla la rehabilitación total del edificio, que tendrá una nueva ima-

gen enmarcada en el entorno urbanístico de una de las zonas con mayor protagonismo y proyección de futuro de la ciudad de Zaragoza.

Los objetivos básicos del estudio confirman que el Mercado Central de Lanuza debe apostar por su transformación en un centro comercial especializado en la oferta integral de productos de la compra cotidiana, porque los estudios previos han demostrado que los consumidores valoran en gran medida el servicio que prestan estos establecimientos, a los que identifican con una imagen de calidad y seguridad alimentaria.

El estudio realizado por MERCASA aconseja, asimismo, la redefinición del espacio comercial existente; la reorganización de los servicios internos; la mejora de las instalaciones; la ampliación de la oferta de nuevos servicios a los consumidores (aparcamientos, servicios de compra y reparto a domicilio, venta telefónica y electrónica...); la búsqueda de una mayor complementariedad de la mezcla comercial (alimentación fresca-seca, áreas de calidad y otras ofertas) y la formación de los comerciantes e incorporación de criterios unitarios de gestión en el nuevo Mercado de Lanuza.

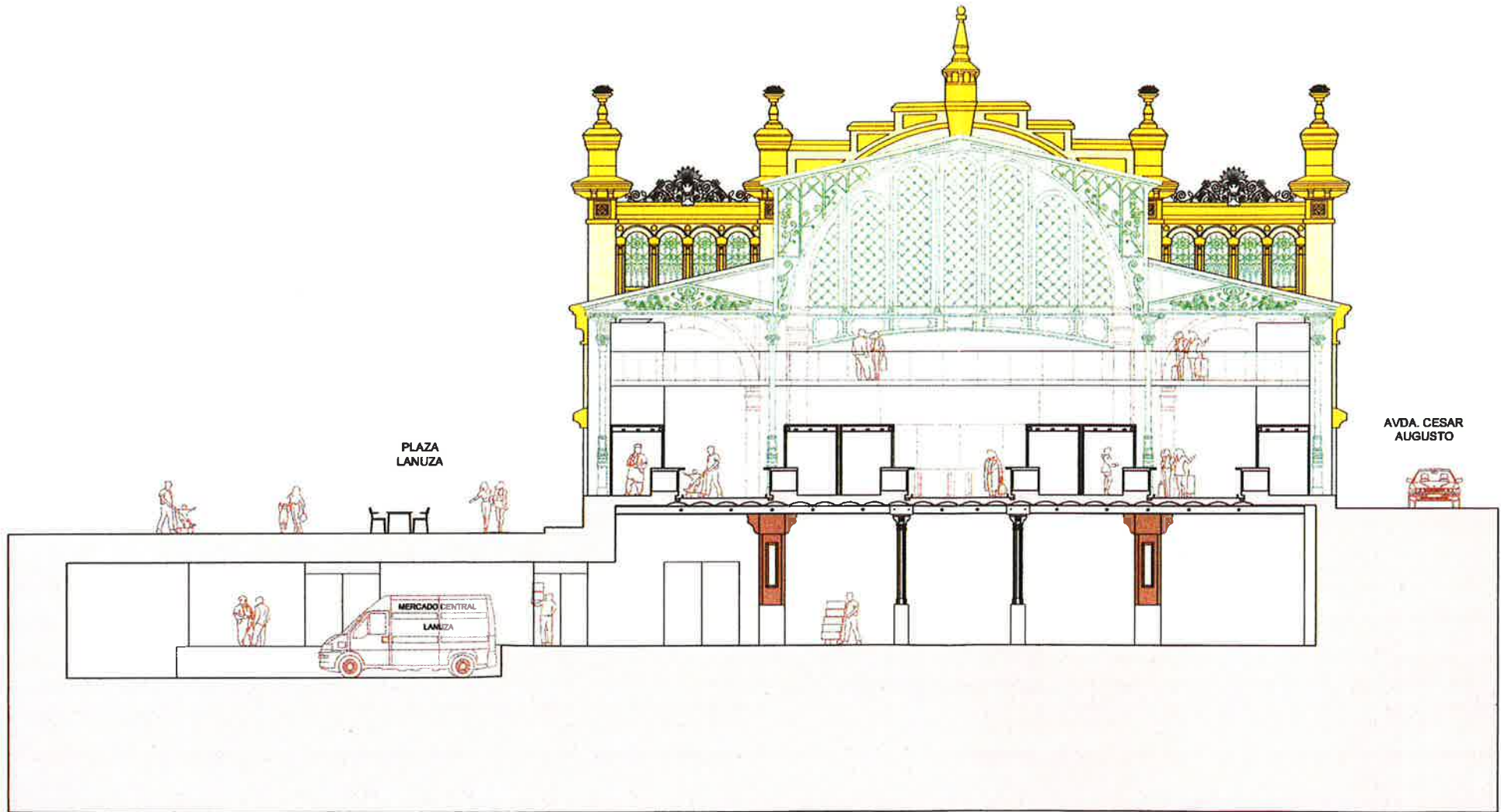
Las líneas maestras trazadas por los arquitectos José Ramón Espada Guamido e Iñaki Anchueta Ocaña, adjuntos al mencionado Departamento de Estudio y Formación de la Empresa Nacional MERCASA, contem-

plan tanto la rehabilitación futura de las actuales instalaciones como la confirmación de una nueva y ambiciosa oferta comercial que devuelva al Mercado su protagonismo.

Los grandes ejes de la intervención propuesta por MERCASA comprenden esquemáticamente los siguientes puntos:

Rehabilitación del soporte físico. Esta intervención resulta de gran valor arquitectónico con unos criterios de recuperación que comprendan los aspectos más esenciales, constructivos, espaciales y formales, de manera que el edificio constituya un soporte capaz de asumir el nuevo programa comercial que se plantea. Así, no se trata de devolver el edificio al pasado sino de prepararlo para el futuro, de forma que disponga de la capacidad de absorber con naturalidad un programa comercial moderno en su actual contexto urbano.

Redefinición del programa comercial. La reforma del Mercado pretende implantar un nuevo modelo físico del edificio basado en la creación de una plataforma operativa a modo de infraestructura sobre la que se dispone una nueva distribución modular de puestos integrada en la arquitectura presenta. Además se pretende intensificar el programa comercial, basado en la actualidad en una única sala de mercado, añadiendo otras unidades de programa complementarias como un formato de



autoservicio alimentario, un local de restauración y una sala con asignación de usos culturales donde el Mercado sea su constante vinculación temática.

Reorganización de los servicios internos. La actuación propuesta entiende necesaria una reorganización de los espacios de servicio existentes y la implementación de otros nuevos. En este sentido, y como consecuencia de la propia intensificación del programa general del Mercado se propone, entre otras intervenciones, el soterramiento de la carga y descarga, así como de los sistemas de almacenamiento de residuos.

Nuevos servicios al cliente. El propio Mercado se concibe, fundamentalmente, como un servicio destinado a satisfacer las necesidades de compra alimentaria del cliente. Este hecho condiciona la totalidad de la intervención estableciéndose todas las medidas necesarias para que el acto de compra se desarrolle de la manera más estimulante y confortable posible. Las áreas de descanso, los terminales telefónicos y bancarios, la consigna de reparto a domicilio serán complementos esenciales para la consecución de este objetivo.

Nuevo esquema funcional. La modificación del programa residente conlleva un replanteamiento de la estructura operativa del Mercado. Si bien se conserva esencialmente el uso comercial de la planta baja, la inserción de unidades comerciales y de uso público tanto en

la planta semisótano como en la entreplanta supone una intensificación de las comunicaciones verticales que deben tener su debida respuesta. Se pretende, en la medida de lo posible, la segregación de los niveles básicos de flujo, público o interno, la conexión entre los dos niveles comerciales principales mediante dos unidades de escaleras mecánicas y la fluidez de los tránsitos internos entre las áreas de servicio inferiores y la sala de mercado con la implantación de cuatro unidades de montacargas. En cualquier caso, no se pretende establecer un esquema rígido, sino más bien al contrario, buscar la flexibilidad con la posibilidad de establecer variantes de funcionamiento adaptándose a la necesidad del Centro.

Conexión directa con el aparcamiento. El aparcamiento situado bajo la Avenida Cesaraugusta constituye una oportunidad para el Mercado siempre que se establezca un vínculo funcional que garantice la continuidad entre el espacio comercial del Centro y la propia superficie de estacionamiento.

Integración del Mercado en su contexto urbano. Además de una urgente necesidad ciudadana, la integración del Mercado en su contexto urbano resulta esencial para la futura viabilidad del centro como estructura comercial. El edificio se encuentra aislado en la actualidad, pues el desarrollo urbano ha ido disminu-

yendo progresivamente su antiguo protagonismo y hoy no disfruta del carácter referencial que un día tuvo en la ciudad, siendo absorbido por los flujos circulatorios y por determinadas operaciones basadas en un pretencioso esteticismo monumental que lejos de solucionar los problemas los agravan colmatando el escaso espacio público existente en su entorno más inmediato.

Apuntadas ya las principales líneas de actuación y siguiendo siempre el detallado proyecto elaborado por MERCASA, conviene subrayar una serie de recomendaciones cuya acometida más o menos inmediata va a marcar el tránsito de la situación actual a la decidida apuesta por el futuro.

La implantación del Supermercado en el mismo recinto supone, por ejemplo, la incorporación de una nueva *locomotora* que complemente la tradicional fortaleza del Centro en la línea de productos alimenticios frescos que la venga a enriquecer con el resto de productos de la compra cotidiana, fundamentalmente bebidas, droguería, perfumería y toda la línea relacionada con la alimentación seca.

En cuanto se refiere al Mercado propiamente dicho, y con carácter general para todas sus secciones, se defiende la conveniencia de que los establecimientos se ajusten a una dimensión mínima, como indicador de que sus titulares van a poder disponer de una adecua-

da organización empresarial, soportar costes razonables, aplicar márgenes adecuados y desarrollar, en definitiva, una correcta gestión de su negocios, así como tener la visión empresarial suficiente para impulsar una actuación conjunta del Mercado como un Centro que les posibilite una posición competitiva en el sector.

Una característica de este nuevo Mercado que se considera importante cuidar con el mayor escrúpulo ha de ser la mejora de la calidad y variedad de la oferta comercial, tanto de los propios productos como de su presentación y tratamiento. Esta cualidad que debe exigirse no solo en el Mercado propiamente entendido, sino en el conjunto del nuevo equipamiento y en cuantas actividades y servicios se decidan incorporar al mismo, han de constituir la imagen y el rasgo definitorio del *nuevo* Centro, impregnando tanto la oferta comercial como los factores de ambientación física y basando en ella las futuras campañas de promoción.

Alguna reflexión merece, asimismo, la actual ubicación en el Mercado de las distintas actividades. A este respecto hay que señalar que se considera adecuada una agrupación de las distintas secciones en áreas identificadas y diferenciadas que permitan una orientación de los compradores y facilite su elección, apoyado todo ello por la implantación de adecuados soportes de comunicación en los lugares apropiados.

Se considera importante también prestar una atención especial al diseño de elementos de cartelería y rotulación buscando la modernización y uniformidad de los puestos, en aras de ofrecer una mejor ambientación comercial y una mayor imagen de gestión unitaria.

Respecto a la carga-descarga de productos, el nuevo Mercado debe incorporar a estos efectos una zona específica, sin olvidar una dotación adecuada de sistemas mecánicos de comunicación y transporte que los traslade desde el subsuelo hasta el espacio comercial correspondiente.

En cuanto a la recogida, almacenamiento y evacuación de residuos, debe preverse espacio suficiente para la instalación de contenedores-compactadores donde verter estos materiales tan pronto sean retirados de puestos y pasillos y descendidos a través de medios mecánicos. No hay que olvidar que se trata de una actividad en torno a la cual las exigencias técnicas, sanitarias y administrativas serán cada vez más exigentes, por lo que el Mercado Central deberá cuidar estos aspectos con esmero.

Intervención igualmente imprescindible resulta la ampliación de la superficie disponible para el almacenamiento, despique, evisceración y manipulación de productos. Solo así se podrá incrementar la competitividad de este formato comercial, dando oportunidad

para establecer una marca comercial propia a través de la elaboración de sus propios productos.

Con respecto al parking, y aunque actualmente existe un convenio con el aparcamiento más próximo en la avenida Cesaraugusta, sería recomendable profundizar en nuevas soluciones pues el estacionamiento de vehículos debería estar resuelto no sólo para los compradores sino también para los vendedores del Mercado que necesitan acudir en su propio vehículo a su lugar de trabajo.

Por todo ello el aparcamiento de coches puede considerarse un servicio más al cliente y se deben potenciar los convenios de colaboración vigentes con este recinto desarrollando servicios como el traslado de la compra al parking. La apertura de un acceso directo desde el sótano situado en la fachada sur del Mercado, que comunique la planta subsuelo con el aparcamiento se considera de vital importancia en este sentido.

Por fin, el traslado de los productos desde el Mercado al hogar por parte del comprador representa no solo una clara incomodidad sino también una limitación física al tamaño de la compra, por lo que se propone la habilitación de un espacio que posibilite la prestación adecuada del servicio de consigna frigorífica y reparto a domicilio de manera conjunta y generalizada para todos los operadores del Mercado.

Entre las circunstancias que contribuyen a establecer un nivel aceptable de confort en la realización de la compra no puede olvidarse la temperatura ambiental y a este respecto se considera conveniente mejorar las instalaciones actuales para disponer de una climatización más eficaz. En esta misma línea parece de interés la instalación de puertas automáticas de acceso al Mercado.

La vigilancia y seguridad de un recinto como el Mercado Central garantiza una de las exigencias básicas para la conservación de la atracción comercial. Por otra parte, las instalaciones generales (energía eléctrica, cámaras frigoríficas...) exigen una atención continuada para comprobar de inmediato la aparición de cualquier incidencia. Otra línea interesante de reflexión sería la búsqueda de acciones que impulsen la fidelización de la clientela actual y promuevan su ampliación en aras de conseguir mayores cifras de negocio. Así se inscribirían las acciones tendentes a aminorar los costes del transporte de los compradores: entrega generalizada de vales o bonos canjeados por horas de aparcamiento, así como tickets para transporte público.

Parece de interés la total generalización de las tarjetas de crédito/débito como medio de pago, incluso, la creación de una tarjeta propia del Mercado, que, al tiempo que prestan este servicio, son susceptibles de suministrar información utilizable para posibles acciones de fideliza-

ción de los clientes: premios por mayores volúmenes de compra, regalos de Navidad, comunicación directa, creación de un “Club” con ventajas especiales... Asimismo, resulta necesaria la disponibilidad de adecuadas prestaciones en cuanto a cajeros automáticos, servicio telefónico público, megafonía y música ambiental.

El nuevo Mercado de Lanuza se asoma, en definitiva, al futuro cargado de proyectos y optimismo, con idéntica ilusión que la manifestada por sus emprendedores protagonistas hace un siglo, aquellos zaragozanos que manteniendo la fidelidad por nuestro viejo zoco comercial, apostaron por la modernidad, por la higiene, por las nuevas técnicas constructivas y supieron hacer posible esta formidable fábrica de piedra y hierro que nos ha sobrevivido orgullosa cien años en el ejercicio ininterrumpido de las funciones para las que fue concebida.

Mercado Central. 100 años

A lo largo de la historia, los mercados han cumplido un papel determinante en la conformación del tejido urbano y humano de las ciudades por ser centros aglutinadores de la vida comercial y revitalizadores de la actividad sociocultural de los barrios. Estas funciones continúan en la actualidad. Reconocerlas y explicarlas son los objetivos de esta exposición que celebra el Centenario del Mercado Central de Zaragoza.

Emplazado en la que fue plaza del mercado de la ciudad desde 1210, el edificio del Mercado Central, proyectado por el arquitecto Félix Navarro, sigue siendo un elemento clave en el tejido urbano de Zaragoza y lugar privilegiado de nuestra memoria histórica.

El pasado, el presente y el futuro, conforman el recorrido expositivo que aparece vertebrado en varios capítulos:

Itinerario por la historia del mercado en Zaragoza, a través de una secuencia narrativa y visual, evocadora de las peculiaridades del mercado en los tiempos de Caesar Augusta, Saraqusta, de la Zaragoza medieval, moderna y contemporánea. La palabra aliada con la imagen, comparte escenario con una selección de obras originales, elocuentes de las transformaciones habidas a lo largo de la historia del mercado en Zaragoza.

Félix Navarro y el Mercado Central. Arquitecto y edificio comparten el núcleo de la exposición. La personalidad progresista y cosmopolita de Félix Navarro, conocido como el “arquitecto filósofo”, tiene su reflejo en la selección de documentos y proyectos que dan testimonio de su valiosa aportación a la transformación urbanística que Zaragoza vivió entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Junto a sus edificios más relevantes, la fisonomía arquitectónica del Mercado Central ocupa un apartado destacado.

Retratos en el Mercado, da título a la galería de retratos de las gentes que mantienen con su trabajo la actividad del Mercado. La mirada privilegiada de los fotógrafos Pedro Avellaneda, Gonzalo Bullón, Ángel Carrera, Virginia Espá y Aránzazu Peyrotau & Toño Sediles, nos descubre la imagen contemporánea y de futuro del Mercado Central.

Ignacio Guelbenzu
Chus Tudelilla

Relación de obras en exposición

Itinerario por la historia del mercado en Zaragoza

Ánfora romana, siglo I d. C.
Cerámica a torno
80 x 36 cm
Museo de Zaragoza

Ánfora romana, siglo I d. C.
Cerámica a torno
80 x 33 cm
Museo de Zaragoza

Ánfora romana, siglo I d. C.
Cerámica a torno
103 x 30 cm
Museo de Zaragoza

Ánfora romana, siglo I d. C.
Cerámica a torno
76 x 30 cm
Museo de Zaragoza

Ánfora romana, siglo I d. C.
Cerámica a torno
85 x 33 cm
Museo de Zaragoza

Jarra de cuerda seca parcial con asas,
siglo XI
Cerámica
Hornos de San Pablo
28 x 23 cm
Gobierno de Aragón
Depositado en el Centro Municipal
de Patrimonio Cultural

Jarra de cuerda seca parcial con asas,
siglo XI
Cerámica
Hornos de San Pablo
24 x 18 cm
Gobierno de Aragón
Depositado en el Centro Municipal
de Patrimonio Cultural

Jarra de cuerda seca parcial con asas,
siglo XI
Cerámica
Hornos de San Pablo
24 x 18 cm
Gobierno de Aragón
Depositado en el Centro Municipal
de Patrimonio Cultural

Desecho de cocción, siglo XI
Cerámica
Horno de la calle Mayor
29 x 42 cm
Gobierno de Aragón
Depositado en el Centro Municipal
de Patrimonio Cultural

Ataífor, siglo XI
Cerámica
5,5 x 18 cm
Gobierno de Aragón
Depositado en el Centro Municipal
de Patrimonio Cultural

Ataífor, siglo XI
Cerámica
8 x 35 cm
Gobierno de Aragón
Depositado en el Centro Municipal
de Patrimonio Cultural

Ataífor, siglo XI
Cerámica
6,5 x 22 cm
Gobierno de Aragón
Depositado en el Centro Municipal
de Patrimonio Cultural

Filtro de jarra, siglo XI
Cerámica
5 x 10 cm
Gobierno de Aragón
Depositado en el Centro Municipal
de Patrimonio Cultural

Candil de pellizco, siglo XI
Cerámica
4 x 10 cm
Gobierno de Aragón
Depositado en el Centro Municipal
de Patrimonio Cultural

Candil de cazoleta, siglo XI
Cerámica
16 x 5 cm
Gobierno de Aragón
Depositado en el Centro Municipal
de Patrimonio Cultural

ANÓNIMO
De indio y mestiza sale coyote,
siglo XVII
Óleo/lienzo
82 x 105,5 cm
Colección Antonio Gajón

ANÓNIMO
Bodegón, siglo XVII
Óleo/lienzo
70 x 100 cm
Colección particular

ANÓNIMO
Bodegón, siglo XVII
Óleo/lienzo
70 x 100 cm
Colección particular

Francisco BARRERA
Bodegón del mes de abril, c. 1630-1640
Óleo/lienzo
92 x 114 cm
Colección Ibercaja

Bodegón del mes de octubre,
c. 1630-1640
Óleo/lienzo
92 x 114 cm
Colección Ibercaja

Bodegón del mes de noviembre,
c. 1630-1640
Óleo/lienzo
92 x 114 cm
Colección Ibercaja

LAPORTA
Puerta de Toledo, 1887
Xilografía
32 x 35 cm
Archivo Municipal de Zaragoza

Privilegio Real. Pedro IV traslada
de fechas los mercados anuales
de la ciudad, 12 de junio 1344
Archivo Municipal de Zaragoza

Jurisfirma de los Jurados de Zaragoza
contra el Prior y Cabildo del Pilar,
1568
Archivo Municipal de Zaragoza

Bartolomé Leonardo ARGENSOLA
*Relación del torneo a caballo con
que la imperial çaragoça solemnizó
la venida de la Serenísimá Reyna
de Ungría y de Boemia, Infanta
de España, presentes el rey nuestro
Señor, y los dos Serenísimos Infantes
sus hermanos, que a su Majestad
acompañaron...*, Zaragoza, Juan
de Lanaja, 1630
Biblioteca Universitaria de Zaragoza

Los lumineros de la parroquia
de la Magdalena solicitan la
celebración de una corrida de toros
en la plaza del Mercado para atender
con los beneficios las obras
del Retablo Mayor, 1753
Archivo Municipal de Zaragoza

Traslado del patíbulo desde la plaza
del Mercado a la ribera del Ebro, 1835
Archivo Municipal de Zaragoza

ANÓNIMO
Proyecto de plantas y alzados de unas
galerías para mercados, 1851
Tinta y acuarela/papel
47,5 x 50,5 cm
Archivo Municipal de Zaragoza

Miguel JELINER Y GERMÁ
Proyecto de galerías para Plaza
del Mercado, 1856
Tinta y acuarela/papel
57 x 87,5 cm
Archivo Municipal de Zaragoza

Proyecto de galerías para Plaza
del Mercado, c. 1856
Tinta y acuarela/papel
41,5 x 87 cm

Proyecto de cajones con toldos para
el Mercado Público, 1861
Tinta y acuarela/papel
47,5 x 50,5 cm
Archivo Municipal de Zaragoza

*Panorama Nacional. Bellezas de
España y sus colonias*, finales siglo XIX
Litografía Hermenegildo Miralles,
Barcelona
Colección particular

Félix Navarro y el Mercado Central

Félix Navarro. Arquitecto
Teatro Pignatelli
Alzado de la fachada a la plaza
de Santa Engracia, 1878
Tinta/tela
47 x 63 cm
Archivo Municipal de Zaragoza

Alzado de la fachada a
Independencia, 1878
Tinta/tela
46 x 80 cm
Archivo Municipal de Zaragoza

Monumento al Justiciazgo
Bocetos, c. 1887
Grafito/papel
38 x 20 cm / 72 x 40 cm / 43 x 43 cm /
29 x 21 cm
Archivo Navarro Trallero

Edificio para enseñanzas de la mujer,
1892
Tinta, lápiz y acuarela/tela
49 x 51 cm
Archivo Navarro Trallero

Clínica-sanatorio Doctor Lozano
Alzado fachada principal, 1903
Copia heliográfica de ferropusiató
30 x 39 cm
Archivo Municipal de Zaragoza

Alzado paralelo al paseo de Sagasta,
1903
Copia heliográfica de ferropusiató
30 x 38 cm
Archivo Municipal de Zaragoza

Casa para obreros
Alzado, c. 1905
Grafito, tinta y acuarela/papel
12 x 72 cm
Archivo Navarro Trallero

Planta, c. 1905
Grafito, tinta y acuarela/papel
34 x 23 cm
Archivo Navarro Trallero

Planta, c. 1905
Grafito, tinta y acuarela/papel
34 x 23 cm
Archivo Navarro Trallero

Mobiliario, c. 1905
Grafito, tinta y acuarela/papel
34 x 23 cm
Archivo Navarro Trallero

*Pabellón francés de la Exposición
Hispano-Francesa*
Alzado, c. 1907
Dibujo acquarelado
37 x 129 cm
Archivo Municipal de Zaragoza

Fábrica de galletas Patria
Alzados, c. 1909
Grafito, lápiz color y acuarela/papel
23,5 x 34 cm / 43 x 45 cm / 33 x 53 cm
Archivo Navarro Trallero

Teatro Parisiana
Plano de la portada, 1910
Lápiz/papel
30 x 49,5 cm
Archivo Municipal de Zaragoza

Mobiliario para Zorraquino, s/f
Tinta/papel
30 x 24 cm
Archivo Navarro Trallero

*Tipología casa urbana y casa
de campo*, s/f
Casa urbana, alzado
Grafito/papel
44 x 43 cm
Archivo Navarro Trallero
Casa de campo, alzado
Grafito/papel
44,5 x 65 cm
Archivo Navarro Trallero

Félix Navarro. Teórico y divulgador
de la arquitectura
*Memoria de los progresos
constructivos y de higiene de la
edificación exhibidos en la Exposición
de París*. Redactada por encargo de la
Excma. Diputación Provincial de
Zaragoza por el arquitecto don Félix
Navarro, Zaragoza, Imprenta del
Hospicio Provincial, 1889
Archivo Navarro Trallero

La casa de las mil pesetas y el nuevo procedimiento constructivo de la carpintería del ladrillo por el arquitecto don Félix Navarro. Conferencia dada en el Ateneo de Zaragoza e impresa por acuerdo del mismo, Zaragoza, Establecimiento Tipográfico de "La Derecha", mayo 1891
 Archivo Diputación Provincial de Zaragoza

Programa de la asignatura de Teoría del Arte Arquitectónico precedido de su razonamiento. Redactado por el arquitecto don Félix Navarro, 1900
 Archivo Navarro Trallero

Concepto del arte. Primera conferencia de las preparadas sobre El arte en el hierro, para la sesión de Bellas Artes del Ateneo de Madrid, por el arquitecto don Félix Navarro, Zaragoza, Imprenta y fotografado de Abadía y Capapé, 1904
 Archivo Navarro Trallero

El Monumento al Justiciazgo. Folleto complementario de dicha obra (erigida en 1904) por el arquitecto don Félix Navarro, Zaragoza, febrero 1905. Imprenta del Hospicio Provincial
 Archivo Municipal de Zaragoza

El arte en la cultura universal, por el arquitecto don Félix Navarro, Zaragoza, Imprenta y Fotog. de Abadía y Capapé, 1908
 Archivo Navarro Trallero

Sketch Book. Apuntes sobre Historia de la Arquitectura, s/f
 Archivo Navarro Trallero

Álbum de fotografías de Félix Navarro para optar a la plaza de Arquitecto Municipal de Zaragoza, 1910
 Archivo Navarro Trallero

Mercado Central

Félix NAVARRO
 Planta y alzado de la manzana que se derribó para realizar el proyecto del Mercado Central, 1895
 Copiativo en poliéster
 70 x 76 cm
 Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón

Proyecto presentado por D. Félix Navarro para la construcción de un Nuevo Mercado, 1896-1900
 Archivo Municipal de Zaragoza

Mercado Central
 Sección transversal, c. 1900
 Grafito y tinta/papel
 95 x 89 cm
 Archivo Navarro Trallero

Alzado parcial de la portada lateral, c. 1900
 Grafito y tinta/papel
 64 x 23,5 cm
 Archivo Navarro Trallero

Sección del colector central, 1900
 Grafito, lápiz color y tinta/papel
 25 x 34,5 cm
 Archivo José Manuel Pérez Latorre

Alzado del plan general de las nuevas casas que se proponen para el Nuevo Mercado, 1902
 Tinta/tela
 32 x 146 cm
 Archivo Municipal de Zaragoza

Ricardo MAGDALENA
 Planta del Mercado con la modificación de alineaciones, febrero 1902
 Tinta/tela
 48 x 98 cm
 Archivo Municipal de Zaragoza

José María MATEO SOTERAS
Mercado Central
 Proyecto de remodelación
 Alzados, 1986
 Tinta/papel
 43 x 141 cm / 44 x 66,5 cm
 Archivo Municipal de Zaragoza
 Secciones transversales, 1986
 Tinta/papel
 46,5 x 161,5 cm / 64,5 x 141 cm
 Archivo Municipal de Zaragoza

Le Panorama. L'Exposition Universelle
 L. Baschet editeur, Paris, c. 1900
 Colección particular

Expedientes relativos a la Construcción de un Nuevo Mercado en la plaza de este nombre, 1900-1901. 1901-1903. 1903-1904
 Archivo Municipal de Zaragoza

Testimonio de la Escritura de la Sociedad Anónima, bajo la denominación "Nuevo Mercado de Zaragoza", 8 septiembre 1900
 Archivo Municipal de Zaragoza

Reforma de la alineación de la Plaza de Lanuza, 1902
 Archivo Municipal de Zaragoza

Diario de Avisos de Zaragoza, Zaragoza, 24 junio 1903, pág. 1
 Archivo Municipal de Zaragoza

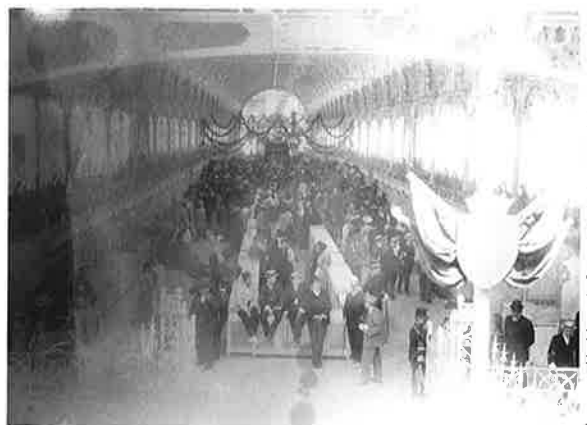
Heraldo de Aragón, Zaragoza, 24 junio 1903, pág. 1
 Archivo Municipal de Zaragoza

Instancias de la Sociedad Anónima Nuevo Mercado de Zaragoza, 1903-1904
 Archivo Municipal de Zaragoza

Adquisición del Nuevo Mercado. Empréstito de 3.500.000 pesetas para la adquisición de los bienes y derechos de la Sociedad Anónima Nuevo Mercado de Zaragoza, 1 abril 1911
 Archivo Municipal de Zaragoza

Retratos en el Mercado

Pedro AVELLANED, Gonzalo BULLÓN, Ángel CARRERA, Virginia ESPA y Aránzazu PEYROTAU & Toño SEDILES
Retratos en el Mercado, 2003
 Fotografías color
 50 x 60 cm
 Colección Asociación de Detallistas Mercado Central



Inauguración Mercado Central, 24 junio, 1903. A. Navarro Trallero

Este catálogo se acabó de imprimir el 24 de junio de 2003,
día en que se conmemora el Centenario
del Mercado Central Zaragoza.







AYUNTAMIENTO
DE ZARAGOZA

**Mercado
Central** 